LORENZO
de' MEDICI
El diamante
perdido
de los Medici
El Fiorentino
NOVELA HISTÓRICA

Índice

Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42

Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86

Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Nota personajes
Nota histórica
Bibliografía
Créditos

A mi hermano, Carlo.

1

Hacía un día de primavera estupendo. La temperatura era ideal y nada en el mundo hubiera podido arruinarle aquel agradable momento que estaba disfrutando. Le encantaba dedicarse de vez en cuando al *dolce far niente*…

Ann Carrington acababa de llegar.

Había tenido suerte y había encontrado una mesa libre en la terraza del único café abierto del pueblo, ya que los lunes todos cerraban. Hasta la pastelería de al lado estaba cerrada.

Se instaló y ocupó las otras sillas de la mesa con sus bolsas. A la espera del capuchino que había pedido, sin quererlo y sin dedicarle particular atención, se puso a observar a las personas sentadas a su lado, una media docena en total. Parecían todos extranjeros. Ninguno de ellos atrajo su interés.

En la mesa más cercana a la suya, había una pareja de mediana edad; parecían alemanes, no solo por su aspecto físico, sino también por la manera que tenían de mirar el modesto menú, comentando cada plato con cara de circunstancias, mientras, un poco más allá, tres hombres más jóvenes, y aparentemente amigos, discutían animadamente en portugués. Como ella no lo hablaba, no podía entender qué estaban diciendo. El tono era bastante animado, pero no conseguía percibir si estaban discutiendo por algún motivo o simplemente estaban charlando. Una sonora carcajada de dos de ellos le hizo entender que solo era su manera de hablar.

No se le había escapado que, de vez en cuando, uno de ellos levantaba la vista en su dirección, observándola discretamente. Estaba acostumbrada. A sus cuarenta y cuatro años atraía todavía la mirada de los hombres. Era una mujer bella y con un cuerpo envidiable.

Un poco más allá, detrás de ellos, una señora, sola, ocupaba otra mesa, pendiente de su móvil. Bien vestida en suaves tonos pastel, estaba sentada con despreocupación, con las piernas cruzadas, y sonreía en dirección a su teléfono. Ann se preguntó si estaría esperando a alguien o simplemente se había acomodado en la terraza para descansar y tomar un café.

Ann había aterrizado hacía apenas unas horas en Lisboa, procedente de Madrid, donde había participado en una conferencia sobre la recuperación de documentos históricos dañados. Era un simposio internacional, y ella era una de las tres expertas invitadas. Allí la había llamado su exmarido y ahora amigo, Philipp, que, desde Estados Unidos, se había puesto en contacto con ella para pedirle un enésimo favor: había leído que, en Portugal, una casa de subastas de nombre Veritas, de Lisboa, iba a realizar una venta importante de

objetos, muebles y joyas pertenecientes a la familia de los duques de Palmela, una insigne familia aristocrática portuguesa. De todos los lotes en venta, a Philipp le interesaba solo un libro antiguo que había visto en el catálogo online de la casa de subastas. Quería que ella fuese a verlo para averiguar su estado y el contenido, asegurándose de que no faltaban páginas, especialmente los grabados que, según él, eran más importantes que el libro en sí, y poder comprarlo para la Universidad Brown, la institución para la que ambos trabajaban.

Al principio, se había quejado un poco, diciéndole a su ex que solo la llamaba para pedirle algún favor, pero luego se había dejado convencer por los argumentos de Philipp, que le dijo que Lisboa estaba tan solo a una hora de vuelo y que no podía desperdiciar una ocasión como esa para conseguir una pieza tan importante para la biblioteca de la universidad. Philipp, siempre tan eficiente, le había enviado un email con todos los detalles, así como un plano de la zona, para que ella pudiera ubicarse más fácilmente. Como ella se quejaba a menudo de que los mapas de Google Maps o Google Earth eran demasiado pequeños, Philipp, sabiéndolo, se había apresurado a organizarle todo el viaje. De esta manera, contaba con que Ann no tendría excusas para rechazar su petición. Y así fue.

La idea de conocer Portugal, aunque fuera por pocas horas, la intrigaba. Había viajado mucho, pero no conocía este país. Aun así, había reservado el último vuelo de regreso para Madrid para ese mismo día. Pensaba que, aunque la subasta duraría un par de horas, tenía tiempo suficiente para ir al aeropuerto y alcanzar su vuelo.

En la documentación que Philipp le había enviado, Ann leyó que la subasta en cuestión se realizaría en una propiedad privada, llamada Quinta da Serra, situada a las afueras de Vila Nogueira de Azeitão, un pueblo residencial que quedaba a apenas unos treinta kilómetros al sur de Lisboa. Con el coche alquilado desde el aeropuerto, había llegado a su destino en solo cuarenta minutos. Pero, para su sorpresa, era una hora antes de la subasta y el personal de seguridad le indicó que abrirían exactamente a la hora señalada en la convocatoria. Ann decidió volver a Vila Nogueira de Azeitão, que estaba a unos pocos kilómetros, y tomarse tranquilamente un buen capuchino mientras esperaba la hora de apertura.

Diez minutos más tarde ya había aparcado en la plaza principal del pueblo y ocupaba la única mesa libre en la terraza del café. Después de haberse instalado, se fijó en el nombre del local: Casa das Tortas.

Desde donde ella se encontraba, la plaza estaba cerrada en la parte superior por un antiguo palacio, aparentemente del siglo XVII, bastante grande, visiblemente deshabitado y en muy mal estado, mientras que el centro estaba ocupado por un gran *parking* al aire

libre, y una buena cantidad de plátanos centenarios, que le daban un aire más bien elegante.

«Qué pena», pensó, apartando la vista del palacio.

2

Ann Carrington era una mujer muy atractiva, de las que no pasan desapercibidas; esbelta, de cabello rubio y largo que caía por su espalda y un corte visiblemente de alta peluquería. Poseía unas manos finas y largas que cuidaba mucho. No usaba esmalte de colores para las uñas, solo un barniz neutro que apenas se notaba… Tenía cuarenta y cuatro años y pasaba gran parte de su tiempo libre en el gimnasio para mantenerse en forma. Hubiera preferido practicar al aire libre, pero eso suponía trasladarse en coche desde su casa para acercarse al bosque más cercano, y no siempre le apetecía. Vivía en una zona residencial de Providence, la capital del estado de Rhode Island, y era profesora de Historia en la Universidad Brown, ubicada precisamente en Providence.

Había estado casada con Philipp, que había sido un novio entrañable y un fabuloso amante antes de convertirse en un marido aburrido y celoso. El matrimonio apenas había durado un par de años, tras lo cual cada uno había recuperado su libertad. Al cabo de cierto tiempo, se dieron cuenta de que aún se necesitaban el uno al otro, y se convirtieron en grandes amigos.

Era experta en documentos históricos, por lo cual viajaba a menudo por todo el mundo cuando la llamaban para participar en congresos y simposios. Su calidad de experta la divertía, porque para ella su profesión era también su pasión. La experiencia lograda a lo largo de los años la había convertido en una especialista en el Renacimiento y particularmente en la célebre familia de los Medici. Había participado en varias ocasiones en búsquedas específicas y hallazgos fortuitos sobre uno u otro miembro de esta familia.

Consultó su teléfono. Faltaba solo media hora para el comienzo de la subasta. Tenía que ponerse en marcha.

No le resultó difícil encontrar nuevamente la villa. En apenas diez minutos ya estaba delante del imponente portón de hierro forjado que daba acceso a la Quinta da Serra.

Después de entregar a los guardias de seguridad la tarjeta impresa con la invitación a la subasta, avanzó por un camino asfaltado en dirección a la casa, que no era visible desde la entrada. Lo que sí pudo apreciar fue la majestuosidad de la sierra de Arrábida. Entre árboles centenarios y arbustos de flores rojas y blancas, el camino, de unos quinientos metros de largo, la condujo hasta una segunda puerta, un arco de piedra que destacaba en un muro encalado y sobre el que sobresalía un escudo de armas que, supuso, pertenecía a la familia propietaria de la casa. A ambos lados, las figuras de dos alabarderos pintados sobre azulejos de tonos azules custodiaban la entrada.

Pudo ver entonces la villa, que se erguía monumental en el interior de un patio amurallado. Condujo su coche siguiendo las instrucciones de los carteles hasta un aparcamiento situado junto a una fuente y en el que ya se veían varios vehículos. Dejó el suyo al lado de un imponente Ferrari, asegurándose de estar lo suficientemente alejada para no rozarlo al abrir la puerta, y se dirigió hacia lo que parecía el edificio principal con estructura de palacio. Subió unos pocos peldaños que llevaban a una terraza en la que había una enorme piscina construida justo frente a una gran puerta acristalada que daba acceso a lo que luego descubrió era un imponente salón.

Creyó que se había equivocado y que aquella no podía ser la entrada principal, pero le dio pereza rodear todo el edificio para encontrar la entrada correcta, así que, aprovechando que algunas personas salían por la puerta acristalada, se deslizó en el interior.

Era evidente que estaba en el salón principal de la casa. Un amplio espacio con los techos altísimos, y, lo más sorprendente, las paredes repletas de cuadros de todo tipo, desde los retratos de los que ella suponía los antepasados de la familia hasta obras de pintura contemporánea.

Recorrió con la mirada el espacio en busca de un catálogo, y sus ojos se encontraron con los de un elegante caballero, alto y bien parecido, que se dirigía hacia ella. Tenía el cabello oscuro entreverado ya de algunas canas, que no desentonaban; se venía peleando con un mechón rebelde que se le resistía, y que intentaba obsesivamente colocar en su sitio mientras se acercaba con una sonrisa encantadora.

—¿Busca algo, señora? —preguntó en un perfecto inglés.

Ann supuso que se trataba de alguno de los empleados de la casa de subastas.

—Sí, un catálogo, si es tan amable de decirme dónde puedo encontrarlo.

—Aquí mismo —le contestó el amable caballero, ofreciéndole un ejemplar elegante y austero pero muy voluminoso, que tomó de una pequeña estantería.

—Pesa una barbaridad —exclamó Ann, sosteniéndolo con dificultad.

—¿Quiere que le ayude? —preguntó amablemente el hombre.

—No, no, ya puedo yo sola, gracias —respondió Ann, con una sonrisa cautivadora, y luego añadió—: Con su permiso, voy a dar una vuelta.

—Si necesita algo, no dude usted en pedírmelo —dijo él, alejándose con paso elegante, no sin haberle antes ofrecido su tarjeta de visita.

«Qué hombre más guapo», reflexionó Ann, mirándolo mientras se

alejaba.

Guardó la tarjeta en uno de los bolsillos de su chaqueta, sin ni siquiera mirarla.

No había querido decir que había venido solo por un libro, para no mostrar demasiado interés. Primero quería verlo.

No tuvo dificultad en encontrarlo. Estaba apoyado sobre una consola barroca, mezclado con otros objetos de varios tamaños: entre ellos un abrecartas de plata con un escudo nobiliario, el mismo que aparecía en otros objetos que estaban a la venta, por lo que dedujo que solo podía tratarse del blasón familiar, y toda una serie de diferentes cajitas también de plata y esmaltes, que podían ser pastilleros. Le entraron tentaciones de comprar un par de ellas para llevarlas a Estados Unidos y guardarlas para regalar en ocasiones especiales, pero se dijo que lo mejor era centrarse en el motivo de su visita.

Apoyó el voluminoso catálogo sobre una silla que había cerca y cogió el libro con las dos manos. Era más estrecho de lo que pensaba, y también más ligero, pero no había duda, era el ejemplar que Philipp buscaba.

Estaba a punto de hojearlo cuando una asistente se precipitó hacia ella con semblante severo:

—No se puede tocar, señora —dijo, intentando ser amable y categórica a la vez—. Debe pedir a un asistente de Veritas que se lo enseñe.

—Ah, perdón. ¿Y no me lo puede enseñar usted?

—Por desgracia, no, señora. Soy del servicio de vigilancia. Si quiere, puedo llamar a alguien. Pero, de todas maneras, por el tipo de etiqueta, este lote no estará a la venta hasta la tercera subasta.

—¿Perdón? No entiendo lo que quiere decir.

—¿La señora no sabe que la subasta está dividida en tres sesiones? Hoy es la primera, mañana, obviamente, la segunda y pasado mañana la última. Este lote, por su etiqueta, forma parte de la tercera y última sesión.

Ann Carrington puso cara de contrariedad. Philipp no le había contado nada de esto. O bien no lo sabía o se lo había ocultado.

La vigilante la miraba como si estuviera esperando una respuesta.

—Pero, aunque se ponga a la venta en la tercera subasta, eso no significa que no lo pueda mirar, ¿no?

—Por supuesto, señora. Avisaré a alguien.

Ann miró en dirección al gran salón en donde había más gente y vio al apuesto caballero que le había entregado el catálogo.

—¿Podría avisar a ese señor, por favor? —dijo, señalando con el dedo hacia él—. Hace un rato tuvo la amabilidad de ofrecerme el catálogo.

—Oh, no, eso no es posible, señora. El caballero que usted me indica es el propietario de la quinta, el señor barón de Teixeira.

—¿Barón de Teixeira? —exclamó Ann, sorprendida—. ¿No es esta la subasta de la colección del conde da Póvoa?

—Sí, señora, es correcto. Pero el conde da Póvoa falleció hace ya tiempo y este señor es su hijo.

—Ah —dijo Ann, que no entendía nada, aunque tampoco le interesaba saber más sobre ese tema—. ¿Y usted cómo sabe todos estos detalles?

La vigilante de seguridad se inclinó hacia Ann y, en tono claramente confidencial, le dijo:

—Esta es una aldea, señora. ¡Aquí lo sabemos todo de todos!

—Ah, bueno —dijo Ann, perpleja. Y pensó: «¿Y a mí qué me importa? Era solo para cotillear un poco y conocer mejor la historia de la familia». Le podía resultar útil para descubrir los orígenes del libro y saber cómo había llegado a manos de esta familia, si veía que todavía era interesante para Philipp, y si podía comprarlo, que esa era otra incógnita.

La vigilante se alejó un instante y regresó con una mujer joven, discretamente vestida de negro y blanco, con un voluminoso pecho tan exuberante que parecía que los botones de su blusa iban a saltar en cualquier momento.

Esta, con precaución, sacó un par de guantes de algodón blanco y se los colocó con rapidez, tomó el libro, lo abrió delante de ella, y fue pasando las páginas una a una lentamente mientras Ann se lo indicaba, lo que permitió averiguar que era precisamente el libro que Philipp buscaba y le había descrito minuciosamente. Además, pudo confirmar que contenía los dibujos e imágenes que Philipp le había pedido específicamente que controlara.

Se trataba de un tratado dedicado a Cosme II de Medici, gran duque de Toscana, por Pompeo Studentoli, joyero veneciano afincado en Florencia que había diseñado y tallado el que se conocería como el Florentino, uno de los diamantes más famosos de la historia, de gran tamaño y de un intenso color amarillo con tonos verdosos, procedente de la India; una verdadera rareza, y que actualmente estaba desaparecido.

Contenía todos los dibujos de las diferentes fases del tallado, así como la joya terminada en donde había sido engastado, junto a otros diamantes igualmente valiosos y que constituían una de las piezas más importantes del fabuloso tesoro de los Medici.

Acababa de darle las gracias a la amable asistente de la casa de subastas, cuando vio que el barón de Teixeira se acercaba a ella.

—¿Ha encontrado algo que le podría interesar? —le preguntó educadamente.

—Puede ser —respondió ella, enigmática, esbozando una gran sonrisa. Y agregó—: Discúlpeme si antes lo he confundido con un empleado, señor barón.

El barón la miró sorprendido al tiempo que le dedicaba una sonrisa maliciosa. Sus ojos la miraban con una expresión entre divertida y curiosa.

—Oh, no, por favor. Aquí no empleamos los títulos. Son más bien una forma de tratarnos entre familias, cosas del pasado. Pero veo que el chismorreo funciona a la perfección.

Ann no pudo evitar una carcajada.

—Lamentablemente, acabo de saber que la pieza que me podría interesar se subasta solo en el tercer lote. No había previsto quedarme tanto tiempo. De hecho, tengo una reserva en el vuelo de esta noche para Madrid.

—Si quiere quedarse, la puedo ayudar a encontrar un hotel.

—Oh, no, gracias —respondió Ann—. Es usted muy amable… pero tengo que hacer un par de llamadas y luego decidiré cuál es mi futuro inmediato. Y tranquilo, soy la reina de internet —bromeó.

—Entonces, espero volver a verla mañana y pasado mañana —dijo cortésmente—. Por cierto, mi nombre es João.

—Ann —contestó ella, tendiéndole la mano—. Ha sido muy amable. Un placer conocerle. Gracias por todo.

Se giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta por donde había entrado. No pudo dejar de reparar en que el diseño de la portada vista desde el interior reproducía el mismo diseño de aquella que se encuentra en Villa Medici en Roma. Esto la divirtió, mientras reflexionaba si era casualidad o intencionado.

El salón estaba ahora lleno de gente de todo tipo, pero ella ya había visto lo que quería ver y era hora de marcharse.

3

Instalada en su confortable habitación, y dada la diferencia horaria con América, Ann grabó un mensaje de voz a través de WhatsApp para Philipp, describiendo cada detalle del libro.

Como había dicho a João, ella era efectivamente la reina de internet.

Después de una rápida búsqueda, había visto que en Azeitão había poca oferta hotelera. Lo único que podía ser interesante era un hotel a las afueras, camino de Setúbal, llamado Casa Palmela, pero le daba pereza tener que coger el coche para ir simplemente a tomar un café a una terraza. En Airbnb, había encontrado una oferta en una casa privada que también estaba a las afueras, perdida en medio de un bosque, pero a poca distancia de la Quinta da Serra a donde pretendía volver. La casa estaba dirigida por un joven australiano muy simpático y se llamaba Quinta da Conceição. Era justo lo que necesitaba, con todas las comodidades y una piscina a su disposición, por si quería nadar. Había reservado para un par de noches.

Le quedaba un día entero libre en espera de la tercera subasta. Mañana decidiría qué hacer. Probablemente aprovecharía la ocasión para visitar la zona.

Sola en su habitación, se tomó su tiempo para reflexionar sobre lo que había hecho en las últimas horas. Habían sido intensas, entre el vuelo, el coche de alquiler, la búsqueda de la quinta, la visita a la subasta y encontrar por fin ese alojamiento. De hecho, se sentía cansada y aunque su estómago empezaba a protestar —no había comido nada desde la cena en Madrid la noche anterior— decidió tumbarse un momento sobre la cama para descansar. Eran las cinco de la tarde.

La despertaron unos golpecitos en la puerta. Miró el reloj: eran las ocho. Había dormido tres horas. Se levantó con movimientos lentos, todavía entorpecida por el sueño, y fue a abrir la puerta.

Era el chico australiano.

—Perdone si la molesto, pero he pensado que estaría muy cansada por el viaje y quizás le apeteciera comer algo. Si quiere, puedo ofrecerle un poco de salmón ahumado y una ensalada. Lamentablemente, el restaurante no está abierto fuera de temporada.

Bendito joven, pensó. Precisamente lo que necesitaba.

—Con mucho gusto. Me salva la vida. Estaba pensando justamente en salir en busca de un restaurante.

—Entonces la espero en el comedor. Cuando quiera, no hay prisa.

Se fue con paso enérgico. Ann imaginó que, al ser temporada baja, tendría pocos clientes.

Mientras se vestía, Ann pensó en el libro. Sí, claro, podía ser interesante, pero no entendía el empeño que había mostrado Philipp en adquirirlo. Él no era experto en temas de diamantes, aunque conocía muy bien el Barroco.

No había tenido tiempo para examinarlo con detalle, pero el libro se encontraba en buen estado. No había manchas ni oxidaciones y las imágenes eran buenas y precisas. Estaba claro que se trataba de una buena edición y podía ser muy interesante para conocer los detalles de ese diamante perdido de los Medici. Si conseguía adquirirlo, lo leería antes de entregárselo a Philipp. Nunca se sabía qué cosas interesantes podía esconder un texto aparentemente insignificante. Y, a fin de cuentas, hablaba de los Medici. A pesar de que inicialmente no habían sido objeto de su interés, al especializarse en el Renacimiento italiano, era lógico que acabara por centrar su atención en los Medici y los misterios que todavía los rodeaban, y sin los cuales no se podía entender este período histórico.

La cena fue muy placentera. Más de lo que había imaginado. Se veía que el chico tenía la costumbre de tener invitados, porque había decorado la mesa de forma muy bonita, cuidando cada detalle; la comida estaba deliciosa, y la conversación había sido lo suficientemente discreta para no resultar invasiva. Al no tener más clientes ese día, el joven se había quedado cerca de la mesa, por si acaso Ann necesitaba algo más, aunque en realidad se aburría al estar solo y un poco de conversación con la clienta americana le venía muy bien para distraerse.

Después de la cena, Ann aprovechó para disculparse a causa del cansancio y se retiró a su habitación.

4

Florencia, palacio Pitti, septiembre de 1742

De pie, semiescondida por las enormes cortinas, Anna Maria Luisa estaba observando discretamente lo que ocurría en el patio del palacio. Eran las diez de la noche y un inusual cortejo de carrozas y personas habían atraído su atención. Algo pasaba.

Hacía ya tiempo que sospechaba que los austriacos no respetaban el pacto firmado. Servidores y damas de la corte, fieles a su persona, la habían informado de esos movimientos nocturnos. Sucedía por lo menos una o dos veces a la semana. Pero esta vez lo veía con sus propios ojos, y si lo que los hombres cargaban sobre estas carrozas era lo que pensaba, iba a tomar cartas en el asunto. Era intolerable.

Anna Maria Luisa de Medici era una mujer fuerte y enérgica. Pasaba de los setenta años, alta y con un porte regio que imponía por su sola presencia. Había sabido siempre afrontar las mil y una dificultades a las cuales su familia había sido sometida en los últimos decenios, pero no iba a tolerar que los austriacos se creyeran impunes y que pudieran robar lo que todavía era de su legítima propiedad.

Desgraciadamente, un malicioso cáncer de mama estaba mermando sus fuerzas, y sabía que no le quedaba demasiado tiempo de vida. Pero no permitiría que esos muertos de hambre de los Habsburgo la vencieran.

Anna Maria Luisa era la última de la dinastía reinante, los Medici. A la muerte de su hermano Gian Gastone, el último gran duque, acaecida cinco años antes, y en ausencia de herederos, había tenido que tomar la decisión más importante de su vida. ¿Qué hacer con la incalculable fortuna que había heredado de sus antepasados?

Sabía, perfectamente informada por sus espías, que las grandes potencias europeas, Francia, Austria y España, habían llegado a un acuerdo para repartirse el gran ducado, la tierra de sus antepasados.

Carlos de Borbón, hijo de Felipe V de España, había sido el elegido para suceder a Gian Gastone, pero luego, por un extraño giro del destino, se habían repartido de nuevo las cartas y fue Francisco de Lorena el heredero de la Toscana, mientras que Carlos de Borbón conseguía el título de rey de Nápoles.

Ese ilustre desconocido que era Francisco de Lorena había sido impuesto por su suegro, el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico Carlos VI, por ser el esposo de su querida hija María Teresa, quien le iba a suceder como emperatriz de Austria. El pequeño ducado de Lorena, en cambio, fue entregado al exrey de Polonia, Estanislao Leszczynski, con la excusa de que había perdido su reino, aunque en realidad se le concedió por ser el suegro de nada menos

que Luis XV de Francia. Era una pequeña compensación. A la muerte de Estanislao, el pequeño ducado había pasado a ser anexionado por Francia.

Anna Maria Luisa y su padre, el gran duque Cosme III, habían sido excluidos de la negociación por expreso deseo del emperador Carlos VI, que consideraba a la Toscana un feudo imperial.

No había un heredero varón en el trono de la Toscana, y la ley sálica vigente excluía a las mujeres, y aunque había varios miembros de la familia que podían optar a la sucesión, el documento de creación de antiguo ducado, anterior al gran ducado, exigía que solo podrían acceder al trono los varones descendientes de la línea de Cosme I, con lo que se excluían los parientes de cualquier otra rama.

Cosme I había sido reconocido por el emperador Carlos V, a quien posteriormente solicitó una nueva pragmática de sucesión al trono de Florencia solo para sus herederos varones, por lo que dicho documento contenía esa cláusula particular.

La obsesión de Cosme I de consolidar sus derechos al trono se debía a que él mismo había usurpado los derechos a su primo Lorenzino de Medici, culpable de asesinar al duque Alejandro I, primo de ambos. A la muerte de Alejandro, Lorenzino se convirtió en heredero del ducado, pero huyó a Venecia perseguido por los hombres de Cosme, uno de cuyos sicarios lo asesinó, dejando a Cosme vía libre para asentarse en el trono.

Pero ya no había más herederos varones de la rama del gran duque y por aquella antigua cláusula ninguno de los primos podía acceder al trono, que así se perdía para siempre.

En sus últimos años de vida, el padre de Anna Maria Luisa, Cosme III, había intentado desesperadamente nombrarla heredera, en contra de la ley sálica que impedía ocupar el trono a las mujeres, pero las grandes potencias europeas se habían opuesto enérgicamente, en particular el emperador. Y en concreto, la obstinada negativa de Carlos VI enfureció a Cosme III, ya que precisamente el propio emperador había promulgado en 1713 la Pragmática Sanción, que derogaba la ley sálica en Austria y permitía a su hija María Teresa sucederle en el trono y en todas las posesiones de los Habsburgo repartidas por Europa.

De todas maneras, habría servido de bien poco. Anna Maria Luisa no había tenido descendencia. Y ahora se encontraba con el problema de qué hacer con todos sus bienes, que eran infinitos.

La herencia con la cual se había encontrado Anna Maria Luisa era verdaderamente gigantesca. Probablemente una de las más grandes fortunas de Europa.

Todas las galerías de cuadros de los mejores artistas, acumulados durante siglos, que adornaban no solo palacio Pitti, sino también las

villas de recreo diseminadas por toda la Toscana, incluidas las de Roma, todas, eran de su propiedad. También estaban las colecciones de gemas y piedras preciosas; plata; camafeos; tapices; exquisito mobiliario realizado en maderas nobles y materiales preciosos, mármoles o exótica marquetería; libros antiguos y raros, reunidos por Cosme el Viejo; alfombras orientales, antiquísimas estatuas etruscas, griegas y romanas; antigüedades exóticas de Oriente y la exquisita y muy valiosa colección de coronas y diademas realizadas por los mejores orfebres para cada uno de sus antepasados, porque hasta en eso habían sido exclusivos. Cada príncipe de la Casa de los Medici mandaba confeccionar su propia corona y la de su consorte, y todos estos ornamentos, junto a cetros y capas de armiño y sedas, constituían el fabuloso tesoro. Y no había que olvidar el más precioso de todos ellos, el diamante amarillo de los Medici, denominado el Florentino, de ciento treinta y siete quilates, el segundo más grande del mundo.

Anna Maria Luisa estaba furiosa al ver cómo los austriacos se burlaban de ella con tanta desfachatez. Sí, era cierto que había firmado el Pacto de Familia, que decidía, hasta el más mínimo detalle, el destino de cada uno de sus bienes. Para gran sorpresa de todos, había elegido finalmente al Estado toscano como su heredero universal. De esta manera, evitaba dispersar lo que su familia había acumulado durante los últimos tres siglos. Era su voluntad que las maravillas atesoradas en los palacios pudieran ser admiradas por todos los que visitaban Florencia y la Toscana. Había precisado, con obsesiva determinación, que nada, absolutamente nada podía salir de Toscana y ser enviado al extranjero. ¿Y qué sucedía? Bajo sus propias narices, los austriacos se burlaban de sus instrucciones y cargaban carros enteros con piezas de su tesoro, y sin la más mínima discreción, para enviarlas a Viena donde serían vendidas para sostener sus guerras que no tendrían otro modo de financiar. Por eso ella los llamaba muertos de hambre.

No podía permitir que dilapidaran su herencia.

Tiró enérgicamente del cordón que colgaba del ventanal para llamar al servicio. Unos metros más allá, en las estancias de los criados, una pequeña campanilla tintineó avisando a las damas de que la electora requería su presencia inmediata. Pocos instantes después, apareció la marquesa Rinuccini, una de sus damas de honor.

—Haced llamar a ese bufón de Beauvau. Quiero verlo inmediatamente —ordenó en tono severo.

—¿A estas horas? —exclamó la marquesa, sorprendida. Era casi medianoche.

—De inmediato. Me importa poco que tengan que sacarlo de la cama.

La marquesa se inclinó ceremoniosamente antes de desaparecer tan rápido como había aparecido.

Anna Maria Luisa dirigió de nuevo su mirada cansada al patio de carruajes.

Así que era cierto lo que sus fieles le habían contado. Los austriacos no respetaban nada y campaban a sus anchas, sin consultarla, a escondidas. ¿Qué podía hacer? Por cuestiones de protocolo, la habían tratado siempre bien, de eso no podía quejarse, pero ¿de qué servían las apariencias si luego la despojaban a sus espaldas? ¿Qué actitud podía tomar, aparte de protestar?, se preguntaba.

Beauvau llegó en menos tiempo de lo que la electora imaginaba. El deseo de la princesa lo había sorprendido mientras terminaba de firmar unos documentos que Viena esperaba con impaciencia. Y más que un deseo, le había sonado como una orden; a pesar de que la princesa había sido desposeída de cualquier poder en el gobierno del gran ducado —aunque se le había ofrecido ejercer como regente, título que ella había rechazado—, Beauvau le tenía muchísimo respeto. Recordaba siempre su primer encuentro con ella.

Había sido recibido en la sala del trono de palacio Pitti, bajo un baldaquino negro donde destacaban las armas de los Medici en oro. Ella se había quedado de pie, junto al trono, una forma de respeto por el representante del nuevo gran duque de Toscana, Francisco de Lorena, más regia e imponente que nunca. Había hablado poco, algunas palabras de bienvenida protocolarias, susurradas con una voz sorprendentemente profunda. Para poder oírla mejor, Beauvau se había atrevido a dar un paso hacia ella, e inmediatamente un chambelán lo había detenido con un gesto perentorio, indicándole que el protocolo no le permitía acercarse a más de cinco pasos de la electora.

Beauvau se había quedado muy impresionado. En la corte del duque de Lorena, de donde provenía, no existía un protocolo tan rígido.

Si su alteza lo requería en plena noche, debía de ser por un motivo bastante grave. No solía ser caprichosa.

—¿Vuestra alteza me ha hecho llamar? —dijo para romper el hielo.

Ella lo miró fijamente con severidad. A pesar de su edad, conservaba ese brillo peculiar en la mirada que imponía tanto a los demás.

—Vos, *monsieur* de Beauvau, ¿tenéis una explicación plausible para justificar lo que está pasando en el patio en este momento y cada noche desde que vos habéis llegado a Toscana?

—La verdad, alteza serenísima, es que no estoy al corriente.

Anna Maria Luisa lo miró con desprecio.

—Si queréis jugar a ese juego, os aviso que mi paciencia ya ha llegado a su límite. Os ordeno que devolváis todo lo que están cargando en esos carruajes al lugar de donde procede. Enviaré una queja a su majestad a Viena. No es necesario que os recuerde que el pacto firmado por mí precisa que nada debe dejar Florencia.

Beauvau bajó la cabeza. No sabía qué argumento usar para salir de aquel atolladero. Ciertamente, no podía decirle que se limitaba a ejecutar órdenes de Viena. El Imperio austriaco estaba en guerra y la campaña costaba mucho dinero.

—Retiraos —le ordenó ella, cansada.

Beauvau estaba a punto de besarle la mano, pero ella no se la ofreció.

Dio algunos pasos atrás para despedirse, pero cuando estaba a punto de llegar a la puerta, ella le dijo con voz fuerte y decidida:

—Decid bien claro a vuestros señores de Viena que, si no respetan los pactos, me liberan de la obligación de respetarlos a mí también. Informaré a mi primo el rey de Francia.

Y antes de que él pudiera reaccionar, ya había desaparecido detrás de una puerta secreta.

Al volver a su despacho, situado en el ala oeste del palacio, Beauvau pensó en lo que acababa de decirle la electora. ¿Si Viena no respetaba los pactos, ella se sentía libre de la obligación de respetarlos? ¿Qué quería decir con eso? ¿Qué anulaba la donación? ¡Sería una catástrofe! Beauvau ya había comenzado a seleccionar y enviar a Viena piezas del gran tesoro. ¿Podría ella hacerlo? Probablemente sí. Eran sus bienes privados. Tenía que escribir con urgencia a Viena. Y controlar con cuidado la correspondencia que salía hacia Francia. La situación se ponía muy seria.

5

Ann Carrington había pasado una noche tranquila. No estaba acostumbrada a la calma de las casas de campo y se había despertado un par de veces durante la noche al oír ladrar a unos perros a lo lejos. Aún somnolienta, echó una rápida ojeada al reloj, y se adormeció de nuevo sin problemas.

Se despertó nuevamente temprano. Eran la siete y media. Aquel era el gran día de la tercera subasta, y tenía que elegir una indumentaria adecuada para la ocasión.

Optó por una blusa de seda color crema y un pantalón marrón, con una chaqueta de cuadros en los mismos tonos. Puso una nota de color con uno de sus vistosos pañuelos de Hermès, que eran casi su seña de identidad. Tampoco tenía mucho donde elegir. De Estados Unidos había traído lo justo para no tener que arrastrar una maleta demasiado pesada. Y no había previsto aquel viaje a Portugal.

El día anterior había visitado un poco la zona, siguiendo los consejos de su anfitrión. Había estado en el cabo Espichel, un promontorio desde donde se podían admirar las olas furiosas del Atlántico romperse contra las rocas cien metros más abajo, y en la pequeña ciudad de Sesimbra, blanca y soleada, con sus playas de arena fina.

Se había detenido a comer en un restaurante en Meco, situado en la playa misma, una playa larguísima que se extendía hasta Lisboa, treinta kilómetros más al norte y que se podía ver a lo lejos con cierta claridad.

Terminó de prepararse y se fue al pueblo en busca de un bar abierto para desayunar. No fue muy difícil. Eligió una cafetería llamada El Negrito, en donde disfrutó de un café fuerte mientras observaba a grupos de turistas que acudían a las antiguas bodegas de vino justo enfrente de ella, cuyo nombre —José María da Fonseca— estaba escrito con grandes letras en azulejos. Satisfecha, estaba lista para luchar por el libro en la subasta.

En la Quinta da Serra había todavía poca gente cuando llegó. Sabía que era el último día de la subasta y probablemente los lotes más interesantes ya habían sido vendidos en los días precedentes.

Buscó con la mirada si João, el propietario, estaba entre los presentes, pero no lo vio.

Cuando llegó finalmente el momento de pujar por el libro, fue la única interesada, y pudo adquirirlo por el precio base fijado, una suma bastante irrisoria para un volumen de esa época. Le fue entregado en mano, ya que pudo pagarlo directamente allí y no hubo necesidad de hacer transferencia alguna.

De regreso a su habitación, Ann empezó a hojear el libro. En la primera página, vio que estaba dedicado a su alteza real la gran princesa de Toscana, electora viuda del Rin y del Palatinado, Anna Maria Luisa de Medici. Se sorprendió, porque no recordaba haber visto esta página cuando le mostraron el libro la primera vez. Probablemente se había distraído mientras la empleada de la subasta se lo enseñaba, girando ella misma las páginas con sus guantes blancos.

En esta dedicatoria, se usaban todos los títulos de la princesa. Había estado casada con Johann de Pfalz-Neuburg, príncipe elector del Palatinado y del Rin, uno de los principados más importantes de Alemania, con Düsseldorf como capital. Ann recordó que en el antiguo Sacro Imperio Romano Germánico había siete príncipes electores, que eran los que elegían al emperador. Eran príncipes soberanos de sus territorios y por esa razón figuraba como el título más importante de Anna Maria Luisa, ya que nunca había sido soberana de Toscana.

En una de las páginas ilustradas había encontrado una marca de agua con el escudo mediceo, lo que demostraba y en cierto modo certificaba que el libro había sido efectivamente publicado por orden de un miembro de la casa del gran ducado. En la última página, había un sello *ex libris*, indicando que este libro había pertenecido a la biblioteca de una tal condesa Simonetta Caetani-Spina.

Notó inmediatamente que había algo que no cuadraba.

Si mal no recordaba, Studentoli había vivido bajo el reinado de Cosme II, bisabuelo de Anna Maria Luisa, y era un artesano joyero al que Cosme II había encargado tallar el diamante. Studentoli había finalizado el encargo en el 1615. ¿Cómo podía el libro haber sido dedicado a la princesa cien años más tarde? Solo podía significar una cosa. Que fuera una nueva edición del libro original. Solo así se podía entender la dedicatoria a la princesa.

Recordaba que Anna Maria Luisa, en sus últimos años de vida, había encargado una serie de libros que incluyeran a todos los miembros de su familia. Era posible que ordenara también una reedición del libro sobre el diamante.

Las imágenes representaban el famoso diamante amarillo de los Medici y sus diferentes tallas. Ese mismo diamante formaba parte de las joyas desaparecidas del palacio Pitti con la llegada de los Austrias, poco tiempo antes de la muerte de la electora. Los austriacos lo habían enviado a Viena, contraviniendo lo establecido en el famoso Pacto de Familia. Luego había reaparecido en los primeros años del siglo XX, hacia 1920, cuando el último emperador de Austria, Carlos I, se lo había llevado en su exilio a Suiza. Estaba desaparecido desde entonces. Oficialmente, el exemperador había declarado que el diamante había sido robado de su residencia helvética, pero las malas

lenguas aseguraban que él mismo lo había vendido. La cuestión fue que desapareció definitivamente.

Examinando detalladamente la cubierta, notó que había algo raro, pero no entendía qué podía ser. La portada era de piel de color castaño, con un discreto ribete dorado a fuego que enmarcaba la característica corona medicea, en la que aparecía en el lugar predominante la flor de lis de Florencia, llamada *Giglio*, acompañada de una filacteria con la palabra *«Semper»*, el lema más popular de los Medici. Lo giró, y entonces vio con sorpresa que en la contraportada se representaba el otro lema más conocido de la familia, y que era una tortuga, con un mástil de barco sobre su caparazón acompañada de otra filacteria con la frase *«Festina lente»*, que en la traducción del latín viene a decir: «Avanza lentamente».

Lo dejó sobre la cama y lo contempló a un metro de distancia. Luego lo tomó de nuevo en la mano, girándolo en todas las posiciones posibles para depositarlo de nuevo sobre la cama. Había algo que no le cuadraba, ¿qué sería?

Decidió hacer una pausa. Un café le sentaría de maravilla. Se dirigió a la recepción. Seguramente, su nuevo amigo australiano le podía ofrecer un buen café. Abandonó durante un rato el libro sobre la cama.

Cuando volvió con la taza en mano saboreando su café en pequeños sorbos, miró nuevamente el libro y de golpe entendió lo que le resultaba raro. La cubierta no estaba proporcionada con respecto a las medidas de las páginas interiores. Sobresalía más de un centímetro, en lugar de los dos o tres milímetros habituales. Poca cosa, pero suficiente para que una experta como ella notara que algo no era correcto.

Dejó la taza del café sobre la mesilla, y volvió a coger el libro, dedicando toda su atención a la portada. Era raro, pensó, por no decir imposible, que un artesano se equivocara en las medidas de una cubierta y la hiciera más grande de lo necesario. Este error provocaba que el libro, con el paso del tiempo, se curvara en sus bordes hacia el interior de las páginas, lo que además generaba un desgaste mayor en los remates dorados que acababan por sufrir rozaduras que, con el manejo del libro y el paso del tiempo, acababan por tensar el lomo. Era un detalle importante.

Si aquel había sido un encargo directo de la princesa, obviamente le había sido presentado y ella lo habría tenido entre sus manos. Era altamente improbable que Anna Maria Luisa diera el visto bueno a una obra imperfecta con lo perfeccionista que era ella.

Pasó entonces al interior del volumen, analizando la encuadernación. Su mente profesional le llevó a pensar en cómo había evolucionado la técnica en todo el siglo XVII. Italia era el país que

mejor realizaba esta técnica y el gusto y el modelo con que se efectuaba eran seguidos por el resto de los países. Este ejemplar respondía exactamente al tipo de buen libro, donde el interior de la cubierta ya no era de madera, sino de cartón para aliviar el peso de la obra y evitar su destrucción por la carcoma. El cartón era recubierto con pergamino o fina piel. Este en concreto era del tipo conocido como badana, piel de carnero curtida con polvo de corteza de roble, decorado con dorados que solo se reservaban a ediciones de lujo.

Agarró el libro con las dos manos, sosteniéndolo por ambas portadas, colocándolo a la altura de sus ojos. Fue soltando lentamente las páginas, generando en el lomo una curvatura, justo por donde los diferentes cuadernillos estaban cosidos, y allí, para su sorpresa, descubrió que algo no iba bien: había una cosa inusual. Intentó enfilar un dedo en el espacio del dorso, pero era demasiado estrecho. Posó el libro sobre la cama y se fue al baño para buscar en su neceser una pinza fina de metal —la que usaba habitualmente para depilarse algún pelillo indeseado— y volvió a por el libro, y con la ayuda de la pinza fue entrando en el estrecho agujero. No consiguió lo que esperaba, pero estaba convencida de que allí había algo. Lo intentó por el otro lado. Entonces notó que algo impedía a la pinza avanzar. Con mucha paciencia y varios intentos, logró poco a poco pinchar el objeto que obstruía el espacio y que impedía ver a través del hueco bajo el lomo. Resultó ser un rollo pequeño de papel de forma cilíndrica aplastado.

¿Por qué diablos alguien habría querido reforzar el lomo insertando ese papel? No lo entendía.

Dejó la pinza y el rollito de papel que acababa de extraer y dirigió su atención a examinar el libro. No encontró nada en particular.

Cogió la pinza y la devolvió a su neceser. Organizó sus cosas.

Ya había hecho su maleta. Solo le faltaba guardar el libro, y estaría lista para salir para el aeropuerto. Vio el trozo de papel que había extraído del libro sobre la mesa y lo cogió para tirarlo a la basura… pero dudó, y algo en su mente le sugirió no hacerlo y guardarlo para examinarlo más adelante.

Metió la maleta en el coche y cuando se disponía a salir por el portón principal le vino a la cabeza que algo no cuadraba. No sabía a qué atribuir el refuerzo del lomo. Tenía que tener una explicación. Volvió a aparcar el coche en su sitio habitual y entró de nuevo en su alojamiento. Se dirigió directamente a la mesa, y abriendo su bolso sacó el trocito de papel. Lo examinó detenidamente. No tenía nada de especial. Sin embargo, si alguien lo había puesto allí, tendría un buen motivo. Temía que al intentar abrirlo se pudiese romper. Parecía muy frágil. Pero si no lo intentaba, jamás sabría qué era. ¿Un simple relleno o algo más? Volvió al coche, sacó la maleta y se la llevó a la

habitación. Recuperó la pinza del neceser, y con mucha delicadeza, empezó a abrir el papelito. Se resistía y Ann temía que se rompiese, pero soplando ligeramente y con la ayuda de la pinza, consiguió abrir el pliegue menos apretado. Cuando lo consiguió, se dio cuenta de que en el lado interior había algo escrito. Algunos números y letras. ¿Qué significaba aquello? Los nervios y la impaciencia se apoderaron de ella.

Tardó más de media hora en abrir totalmente el papelito y desplegarlo ante ella. Podía ser algún tipo de mensaje. Pero ¿de quién y para quién? A juzgar por el espacio reducido, el autor solo había escrito unas cuantas letras seguidas de unos números y una palabra a modo de firma que decía: *«suit tome 11»*.

¿Qué significaba aquello? Ya intentaría resolver más tarde el enigma de las letras y las cifras. Se concentraría de momento en la firma. El libro estaba en italiano, pero ese mensaje obviamente no era italiano, ni siquiera latín. Tampoco podía ser inglés, porque la palabra *suit* significaba traje o también apropiado. No tenía sentido. ¿Y el número 11 que estaba al lado? Comparando el «11» con las otras cifras más abajo vio que no se correspondía con la escritura. ¿Y si en lugar de «11» era II? En ese caso la firma se convertía en *«suit tome II»*. ¿Y si era francés? Era la lengua diplomática de la época, lo más normal era que se usara en un país extranjero. Si así fuera, la firma no era tal, sino más bien una indicación. «Seguir tomo II». O sea, siempre dentro del campo de la hipótesis, sería: «Seguir tomo II». Estaba claro. Quien había escrito este mensaje indicaba que el código cifrado seguía en el segundo tomo de este libro. ¿Había entonces un segundo volumen? No tenía ni idea. ¿Y quién podía saberlo? Se le ocurrió que solo había una persona a quien preguntar. Pensó en el barón, el vendedor del primer volumen. Debía contactar con él lo antes posible. Tal vez él supiese si existía un segundo volumen.

La subasta ya había concluido y probablemente no hubiera nadie a quien preguntar en la quinta, pero recordó que el propio João le había dejado su tarjeta. ¿Qué diablos había hecho con ella? Rebuscó en su bolso, luego en su cartera, pero no tuvo éxito. Se quedó pensativa durante unos minutos e intentó recordar cuáles había sido sus movimientos. Tuvo que hacer un esfuerzo, pero al final se dijo que probablemente se había limitado a guardarla en uno de los bolsillos de su chaqueta. Hizo memoria para acordarse de qué llevaba puesto ese día. Era la chaqueta que tenía doblada dentro de la maleta.

La sacó y buscó en todos los bolsillos. Al final apareció. João de Sousa Holstein era el nombre del barón. Sabía que pertenecía a una familia muy importante, ya que era nieto del duque de Palmela, si mal no recordaba, pero, a juzgar por su apellido, no imaginaba que se trataba de una familia de origen alemán.

6

Florencia, noviembre de 1742

Beauvau estaba extremadamente preocupado. La respuesta del emperador a su misiva, en la que le informaba de que la princesa electora había amenazado con romper el acuerdo si no cesaban las expoliaciones que había visto con sus propios ojos, era enigmática y muy peligrosa.

De su puño y letra, Francisco I había escrito, en un mensaje cifrado, que se tenían que tomar todas las medidas, fuesen cuales fuesen, para que la electora no pudiera actuar. La frase «fuesen cuales fuesen» era contundente, porque la real mano había subrayado esas palabras, dejando entrever su importancia. ¿Contemplaba el monarca la posibilidad de llegar a eliminar a la electora? Eso hubiese sido muy grave, más bien una verdadera catástrofe. Por muy fiel servidor que él fuera y quisiera que el emperador continuara pensando que era, no estaba muy seguro de que fuera capaz de llevar a buen término un crimen de lesa majestad. Era absolutamente impensable. Ahora tenía un problema, y era muy gordo.

Si bien era cierto que la electora era solo una anciana que vivía sus últimos años prácticamente recluida en un ala del palacio, este todavía le pertenecía, ya que era una de las propiedades de la familia, comprada y engrandecida por sus antepasados desde Leonor de Toledo, la esposa del duque Cosme I. La princesa era la mujer que tenía, sin saberlo, el poder de decidir la suerte de la guerra contra los turcos. Sin ese expolio, si no se transferían a Viena esos tesoros, Austria no podría continuar la contienda. ¿Era suficiente para deshacerse de ella? Una sola persona, y anciana además, se oponía a que Austria pudiera servirse a manos llenas del tesoro y de todos los bienes acumulados durante siglos por los Medici.

Francisco y María Teresa habían firmado el Pacto de Familia sabiendo perfectamente que no se iban a respetar sus últimas voluntades. La decisión de la electora de legar sus inmensos bienes al Estado de Toscana les había sorprendido. No se les había pasado por la cabeza semejante cosa. Había sido una gran jugada y no iban a permitir que aquella vieja princesa nostálgica les privara de esa colosal fortuna. Todos los pretendientes a la sucesión al trono de Toscana no solo miraban al trono, sino más bien al enorme tesoro que lo acompañaba, la fabulosa herencia de los Medici. Nadie estaba dispuesto a renunciar, y menos el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

Transcurrieron un par de semanas antes de la llegada del enviado especial de Viena, con las instrucciones imperiales para Beauvau. Al

caballero, de porte noble, vestido enteramente de negro, se le hizo pasar de inmediato a su despacho.

Por su aspecto, no parecía un sicario ni nada semejante, pensó Beauvau al verlo entrar. Al contrario, parecía un hombre de buena educación, culto y amable. Un cortesano. Su nombre era caballero Hugues de Saint-Jean.

—Os doy la bienvenida, caballero de Saint-Jean, espero que hayáis tenido un buen viaje —saludó el virrey gobernador, que se había temido lo peor cuando le anunciaron su llegada.

El hombre sonrió.

—Para ser sincero, se me ha hecho un poco largo.

—¿Venís directamente de Viena?

—No. Vengo de Nancy, en Lorena. Cuando he recibido las instrucciones de su majestad, me he puesto en marcha inmediatamente.

—¿Instrucciones? —repitió Beauvau, ligeramente preocupado.

—Sí, señor. Directamente de su majestad.

—¿Y…?

—Aquí están, señor gobernador. Su majestad me ha encargado encarecidamente que fueran entregadas a vuestra excelencia en mano.

Al tiempo que hablaba, Saint-Jean desabrochó su casaca y de su interior sacó unas cartas que tendió al gobernador. Se abstuvo de indicarle que en el otro bolsillo traía otras instrucciones del emperador por si acaso Beauvau se negaba a colaborar por completo con su enviado especial.

El gobernador empezó a leer, y a medida que avanzaba, su cara mostraba signos de consternación y de preocupación. Intentó ocultar sus pensamientos, aparentando tranquilidad ante su interlocutor, mientras notaba en su interior que le invadían primero la inquietud, luego la rabia y finalmente el pánico. Las instrucciones imperiales iban en la dirección que temía. El primer pensamiento que se le cruzó por la mente era que tenía que ganar tiempo. No podía aceptar que aquel aparentemente amable caballero viniera al gran ducado para cometer un horrible crimen bajo su jurisdicción y responsabilidad. No le gustaba nada la ligereza con la cual el emperador había decidido solucionar el problema y, por lo visto, temía pasar a la posteridad como magnicida, el hombre que había permitido el asesinato de la princesa electora.

Su lealtad estaba naturalmente al lado de su señor, pero sentía que era su deber, ante la historia y su conciencia, proteger a la electora.

—Ya veo —dijo por fin, al terminar la lectura. Había resignación en su tono de voz, tratando de que Saint-Jean no dudara ni un segundo en que él iba a intentar por todos los medios saltarse las

instrucciones imperiales. No sabía todavía cómo, pero tenía que encontrar, y pronto, una solución.

—¿Habéis encontrado alojamiento? —preguntó en tono casual, para cambiar de tema.

—No, excelencia —se sorprendió el caballero—. He venido directamente aquí. Había pensado que vuestra señoría me alojaría en el palacio.

—¿En el palacio? —exclamó extrañado Beauvau—. De ninguna manera. Este es un gran palacio, pero la corte es pequeña, no puedo alojaros aquí; tendría que explicar quién sois, y como comprenderéis no podéis quedaros. Solo estamos su alteza real la electora, mi familia y algunos otros altos miembros de la corte al servicio de la princesa. Todo el mundo se conoce y todos tienen su cometido. No podemos llamar la atención sobre vos. No puedo acogeros aquí de ninguna manera. No sería conveniente. Pero no os preocupéis, encargaré a uno de mis sirvientes que os conduzca a una posada cercana. Estoy seguro de que la encontraréis a vuestro gusto.

Saint-Jean estaba furioso. ¿A qué estaba jugando el gobernador? Si estaba fuera del palacio, le sería más difícil acercarse a la electora y acabar con su vida. Intentó protestar, pero el gobernador se mostró inflexible.

—¿Ni siquiera en el Palazzo Vecchio? —insistió Saint-Jean.

—Para vuestra información, el Palazzo Vecchio es la residencia del gobierno del gran ducado. Ni pensarlo. Y como os he dicho, el palacio Pitti es la residencia de los soberanos. No es una posada.

Saint-Jean claudicó.

7

Ann Carrington buscaba desesperadamente aparcamiento. Hacía ya un buen rato que daba vueltas por las callejuelas del barrio de Chiado, en la capital de Portugal, empedradas con un tipo de adoquín que los locales llaman «calzada pombalina» y que hacía temblar las ruedas del coche.

Finalmente vio la entrada de un *parking* público y se coló dentro, sin pensarlo dos veces. Tenía una cita con João Holstein, y aunque había anotado en el Google Maps su teléfono y la dirección, no tenía ni idea de adónde había ido a parar. Pero no había problema, porque tenía intención de coger el primer taxi que encontrara, y ya se había fijado en que circulaban muchos. Sacó una foto del aparcamiento con su teléfono para identificarlo rápidamente después, y paró un taxi con un gesto imperativo. Le indicó la dirección al taxista, y este la miró sorprendido, pero no dijo nada. Tardaron solo pocos minutos en llegar a su destino. Evidentemente, estaban muy cerca.

Llegó a la cita a la hora convenida.

João ya estaba sentado en una mesa en la terraza de un pequeño quiosco bastante concurrido en la plaza del Príncipe Real. Cuando la vio, le hizo un gesto con el brazo, sonriendo amablemente. Estaba muy elegante con su traje azul oscuro y camisa blanca. No llevaba corbata.

—¿Ha encontrado el sitio fácilmente? —le preguntó mientras Ann se sentaba a su lado.

—He venido en taxi —zanjó ella. Le avergonzaba confesar que llevaba más de media hora dando vueltas en busca de aparcamiento y que al final había desistido de poder encontrar una plaza cerca del lugar en el que se habían citado.

—Es la mejor solución para quien no conoce Lisboa —confirmó João—. ¡Esta es una ciudad complicada para circular cuando no eres de aquí!

Mientras bebía tranquilamente su café, Ann le explicó, sin entrar en detalles, que había comprado el libro en su subasta, para la universidad, y que, al leerlo en su hotel, había comprendido que ese libro tenía un segundo tomo.

—¿Sabe algo a este respecto? ¿Nunca ha visto si ese libro iba acompañado por otro?

João esbozó una sonrisa.

—La verdad, querida Ann, es que yo ni siquiera sabía que tenía el ejemplar que usted ha adquirido. Y tampoco sé si pertenecía a nuestra familia desde hace mucho tiempo o si fue adquirido por mi padre, que era un comprador compulsivo. Lo que le puedo asegurar es que no

tengo otro, porque lo hemos vendido todo, pero si no estaba en el catálogo ese segundo tomo del que usted me habla, me temo que no puedo ayudarla.

—¿Y no hay nadie en su familia que pueda tener conocimiento de este asunto?

João hizo una mueca escéptica.

—Lo dudo, pero puedo preguntar a mis hermanas si saben algo. Antes de la subasta, repartimos algunos objetos que queríamos conservar, podría estar entre ellos… aunque me parece difícil; sería raro separar dos libros que van juntos. ¿Se va a quedar algún tiempo en Lisboa?

—Para serle sincera, no lo sé, pero al menos me gustaría intentar averiguar si estoy en lo cierto. ¿Tiene usted idea de a quién podría dirigirme para preguntárselo?

—La verdad es que no lo sé, pero deje que lo piense un poco, y si me lo permite, me pondré en contacto con usted si se me ocurre cualquier cosa que pueda serle de utilidad.

Se despidieron. João tenía que volver a su trabajo, y ella no sabía bien por dónde empezar a buscar. Mientras daba vueltas con su coche, se había fijado en que en esa zona abundaban los anticuarios. Tal vez habría alguna librería especializada en textos antiguos. Estaba convencida de que en una ciudad como Lisboa debía de existir más de un establecimiento de esas características.

Ahora que había descubierto ese mensaje cifrado, su mente bullía. No podía irse. Tenía que buscar ese supuesto tomo II, porque estaba convencida de que existía.

João había sido muy amable y muy educado. La verdad es que podría haberle preguntado por teléfono, pero la idea de volver a verle le resultaba placentera. Definitivamente, era un hombre encantador.

Pasó el día de librería en librería. Para su sorpresa, Lisboa poseía muchos locales de este tipo. Visitó todos los que encontró a su paso, pero no localizó lo que buscaba. Hubiera sido demasiado fácil, pensó ella.

A media tarde, exhausta de tanto recorrer calles en un continuo subibaja, concluyó que aquel día ya había hecho suficiente y era hora de volver a su remanso de paz en Azeitão.

No imaginó que le iba a costar tanto cruzar el puente 25 de Abril que se extendía sobre el río Tajo. Miró el reloj. Era hora punta, y había un enorme atasco. La gente que trabajaba en la capital regresaba a sus hogares en los barrios del sur de Lisboa. Tardó más de una hora en llegar a su alojamiento.

8

Ann se había echado una pequeña siesta al regresar de Lisboa, y ahora se encontraba en plena forma. Había aprovechado el buen tiempo para echar un vistazo rápido al jardín de la quinta. Era muy relajante, aunque fuera de esto no había mucho que hacer en aquel sitio.

Decidió buscar en Google por si encontraba algo interesante sobre el libro que había comprado para Philipp.

Estaba a punto de renunciar, después de un par de horas navegando, cuando un pequeño link en italiano atrajo su atención: «Obras de Pompeo Studentoli».

No podía creérselo.

Dio doble clic con el ratón y leyó con atención.

El artículo era un catálogo descriptivo de toda la extensa obra de joyería desarrollada por el joyero veneciano, quiénes habían sido sus mecenas, las piezas más destacadas y los libros que había publicado. Después de pasar por muchos detalles que ya conocía, llegó a la parte que mencionaba claramente la existencia de un segundo tomo de la edición que ella había comprado. Tenía razón, y sus deducciones encontraban finalmente una prueba tangible de que estaba en lo cierto.

Continuó la búsqueda durante otra media hora, hasta que abandonó definitivamente. No había más información. Además, estaba cansada y necesitaba de una buena noche de sueño. Desde que había llegado a Europa no había tenido ni un minuto de tregua.

Pasó una noche tranquila y recuperó todas las horas de sueño que había perdido. Al despertar, se sentía cargada de energía, con ganas de comerse el mundo. Además, era una jornada estupenda, un verdadero lujo, y ya se había organizado para volver a Lisboa, ver algún que otro anticuario y visitar la famosa Fundación Gulbenkian.

Antes de salir, se echó una ojeada en el espejo. Se encontró guapa. Nada mal para su edad. Las horribles ojeras que tenía el día anterior habían desaparecido. Se había lavado el pelo y se había vestido de manera informal. No tenía programado ningún encuentro de tipo profesional.

Satisfecha, enfiló el camino de Lisboa. La verdad es que estaba muy cerca, apenas media hora en coche. En Providence, su ciudad, empleaba mucho más tiempo para ir de su casa a la universidad.

Había decidido empezar por la Fundación Gulbenkian. Había una exposición de la célebre Casa Lalique, que le interesaba visitar, una amplia colección de cristal realizado por la firma francesa de renombre internacional, junto a piezas propias reunidas por Calouste

Gulbenkian a lo largo de su vida como coleccionista.

Esta vez no se estresó buscando aparcamiento. Entró en el primero que encontró en la famosa avenida de la Libertad, la más lujosa de la capital portuguesa, y de allí tomó nuevamente un taxi.

Al igual que el día anterior, se dio cuenta de que había aparcado muy cerca de su destino, porque el trayecto en taxi fue muy corto.

La exposición le resultó muy interesante; las piezas eran singulares y variadas, con grandes formatos y colores, y había también otras piezas de mobiliario que ella desconocía. Ann se quedó un poco decepcionada con la iluminación, que muchas veces creaba reflejos sobre las vitrinas e impedía ver con claridad. Estaba a punto de abandonar el museo, cuando prestó atención a un grupo de personas que llegaban discutiendo animadamente. No parecían interesados en visitar la exposición, así que Ann dedujo que debían de ser funcionarios o empleados de la propia fundación.

Uno de los recién llegados, un hombre de unos cincuenta años, de porte elegante y buena presencia, se acercó a ella.

—Perdone que la moleste, señora, pero ¿no es usted Ann Carrington, la historiadora de la Universidad Brown?

Ann lo miró sorprendida, intentando reconocer a quién pertenecía aquella voz grave y la sonrisa encantadora, pero no logró asociarlas con ningún nombre. Por otro lado, en una fracción de segundo, el hombre había declarado con toda claridad que la conocía, ya que sabía su nombre, profesión y lugar de trabajo.

—Soy Antonio Filipe Pimentel, el director de este museo. Hemos coincidido la semana pasada en Madrid, en el simposio. La verdad que nos presentaron brevemente y además había mucha gente, pero yo me acuerdo perfectamente de usted.

Ann Carrington esbozó su mejor sonrisa para amortiguar un poco la turbación de no haber reconocido al doctor Pimentel. Pero tenía razón. Había mucha gente, y no siempre se acuerda uno de todos aquellos a los que conoce o encuentra en un congreso.

—Tiene usted que perdonarme, doctor Pimentel, por mi despiste.

—Antonio, por favor —dijo, estrechándole amablemente la mano —. ¿Qué hace usted aquí? No sabía que venía a Lisboa, de lo contrario, le hubiera organizado una visita completa.

Ella se rio.

—Ha sido una decisión de última hora, un viaje que no estaba previsto.

Pimentel no hizo ningún comentario al respecto.

—¿Puedo por lo menos ofrecerle un café antes de que se vaya?

—Con mucho gusto —aceptó Ann.

Se instalaron en el jardín de la cafetería de la fundación, un auténtico vergel de diseño moderno con desniveles y multitud de aves

acuáticas que conferían al espacio un ambiente bucólico en medio de la ciudad. Estaban conversando a solas, aunque Antonio era constantemente molestado por llamadas telefónicas o personas que lo requerían para una cuestión urgente.

—Veo que es usted un hombre muy ocupado, Antonio. Me sabe mal robarle un tiempo precioso.

—Tranquila. Yo también necesito una pequeña pausa y un café. Pero dígame, ¿qué hace en Lisboa? ¿Está por vacaciones o por trabajo? ¿Cuántos días se queda?

—Francamente no lo sé. Voy improvisando sobre la marcha. Inicialmente vine por veinticuatro horas en un viaje relámpago, para adquirir un libro para la biblioteca de mi universidad en una subasta que tuvo lugar hace unos días. Aunque luego descubrí que en realidad se trataba de dos tomos, pero solo he comprado uno, que era el único que estaba a la venta. Me he quedado unos días más para ver si existe la posibilidad de dar con el segundo tomo… Estoy intentando encontrar ese ejemplar en particular, pero ni siquiera sé si está aquí.

—¿Y qué le hace pensar que está en Lisboa? ¿Hay algún motivo?

—Es que al haber adquirido esta edición aquí, y al faltar el segundo tomo, he pensado que quizás en principio estuviesen los dos ejemplares juntos y uno de ellos pudo haberse vendido por separado. El propietario, un aristócrata portugués, vendía la colección de su padre, y él no sabía ningún detalle más… Y como estaba aquí y tengo unos días libres, empleo ese tiempo para realizar esta búsqueda. Si lo consiguiera, sería mejor tener los dos volúmenes, ¿no cree?

Pimentel asintió con la cabeza.

—¿Y se puede saber de qué trata el libro que ha comprado, si no es indiscreción?

—No es ningún secreto —dijo ella, riéndose—. Es una rara edición original que trata acerca del diamante amarillo de los Medici. El Florentino… también conocido como el Toscano.

—Ah. Qué interesante. ¿Y está segura de que existe un segundo tomo? ¿Es el que se vendía a la subasta de la Quinta da Serra? ¿La de los Palmela?

—Sí. Veo que está bien informado.

Antonio Pimentel esbozó una encantadora sonrisa.

—Querida, este es un país muy pequeño. Ha mencionado que era un aristócrata, y que vendía la colección de su padre… Es evidente que se trata de los condes de Póvoa, ha sido fácil… Aquí todos nos conocemos, e incluso hay muchos emparentados. Aquí no hay secretos que se puedan guardar —dijo mientras que hablaba y reía al mismo tiempo. Recobrando la compostura, Antonio añadió—: Ahora no tengo mucho tiempo, pero si está libre, ¡la invito a cenar esta noche y así podremos ver si hay alguna otra posibilidad de ayudarla!

—De acuerdo —exclamó Ann, sorprendida de su rápida respuesta —, acepto encantada.

—Tome mi tarjeta —indicó Antonio, apuntando a mano su número de contacto personal.

Se separaron. Pimentel se dirigió a su despacho, mientras Ann Carrington volvía a la calle en busca de viejas librerías.

9

Florencia, 1742

Saint-Jean siguió escalera arriba al propietario de la posada que le habían indicado. Era un hombre un poco gordo que resoplaba con cada escalón. Finalmente abrió una puerta a su derecha.

—Esta es —dijo, recuperando el aliento—. La última que me queda. Sabéis, caballero, aquí a Florencia vienen muchos comerciantes y es difícil encontrar un alojamiento decente.

—Vale, vale —dijo el caballero Saint-Jean, que quería librarse cuanto antes del posadero.

La habitación era pequeña para su gusto, típica de comerciantes de paso, aunque limpia y con una cama ancha. Desde la ventana que daba al río Arno, a lo lejos, por encima de los tejados, se podía adivinar la imponente silueta de la residencia real, el palacio Pitti.

Él había dado por descontado que se alojaría en el palacio. La firme negativa del gobernador lo había dejado consternado. Ahora sería más complicado acercarse a la electora. Las instrucciones del emperador eran muy claras. Si la anciana princesa quería llevar a cabo su amenaza de cancelar la donación hecha con el Pacto de Familia, había que eliminarla lo más rápido posible y que pareciese una muerte natural. Esto suponía un problema porque quedaban excluidos los métodos habituales, como el uso de una daga o de un mosquete. Solo quedaba el veneno, y este no era fácil de conseguir en una ciudad desconocida para él como Florencia. De Nancy había traído un poco de estricnina y arsénico. Sobre este último sabía por experiencia, porque ya lo había usado en varias ocasiones, y era una sustancia difícil de detectar, que producía una gran alteración del sistema nervioso, dificultades respiratorias, orina oscura y convulsiones que podían llevar a un fallo respiratorio y causar la muerte cerebral. Muerto el sujeto, era dificultoso, por no decir imposible, averiguar que había sido envenenado con arsénico.

Había pensado acercarse a las cocinas de palacio, descubrir cuáles eran los platos destinados a la electora, y espolvorearlos con el arsénico. Debía actuar con cautela para no levantar sospechas, y lo más seguro era ir poniendo cada día una pequeña dosis para no alterar el sabor y que la electora no se diera cuenta de que algo pasaba con su comida.

Pero la decisión del gobernador de impedir que se alojara en palacio le complicaba las cosas. Ahora tenía que encontrar una manera de acercarse a las cocinas de palacio sin ser descubierto. Era más fácil de decir que de hacer.

Decidió que se merecía un buen trago de vino. Después de todo,

¿no estaba precisamente en una taberna?

Se dirigió a la planta baja, donde se servían las comidas. A esa hora del día no estaba demasiado frecuentada. Había una docena de personas más o menos. Todos hombres, a primera vista parecían lugareños. Pensaba que se encontraría con algún extranjero, pero no vio ninguno. No hablaba italiano, por lo que buscaba la complicidad de alguno que por lo menos hablara francés.

Se sentó en una mesa y pidió un vaso de vino blanco.

El posadero le indicó que solo tenían vino de Carmignano, un tinto local, así que lo aceptó, aunque le resultó muy fuerte.

Observaba a la gente que entraba o salía. Había de todo. Los que solo se paraban a beber una copita y ya se iban, y otros que estaban allí sentados con aire somnoliento delante de su frasca. Nada particularmente interesante. No sabía qué buscaba exactamente. Podía ser que un lacayo de palacio frecuentase la taberna, sería fácil de reconocer, porque todos vestían libreas rojas con ribetes dorados. Cuando lo encontrara, sabría si le podía ser de alguna utilidad.

¿Un cómplice? No exactamente, pero sí alguien en quien apoyarse. Quizás un palafrenero de palacio… o algo similar. Antes de llegar a Florencia, pensaba que tendría asegurada la complicidad del gobernador, pero ahora se daba cuenta de que no podía contar con él. Debía actuar solo, y a espaldas del propio gobernador.

La cantidad de veneno que había traído probablemente no sería suficiente para llevar a cabo sus planes. Tal vez no fuese muy difícil de encontrar en Florencia, que era una ciudad en la que había comercio de todo tipo. El problema era que cuando llegabas a una ciudad en la que no conocías a nadie, resultaba complicado orientarse y localizar lo que buscabas. Por ese motivo, examinaba con detenimiento a toda la gente. Tenía que entablar nuevas amistades que pudiesen prestarle alguna ayuda.

* * *

Solo en su despacho, Beauvau reflexionaba sobre la visita del caballero de Saint-Jean. Cogió un abrecartas de plata y marfil que estaba sobre su mesa y jugueteó con él, intentando concentrar sus pensamientos sobre el extraño visitante.

Aquel hombre era francamente irritante. Tenía algo que no le gustaba, y no sabía si era algo físico o simplemente se trataba de que le habían encomendado una misión tan perversa.

No compartía la opinión de su señor sobre cómo actuar con la princesa electora, pero también era consciente de que el emperador no debía sospechar de él. Si se enteraba de que él no aprobaba estos métodos, sería el fin de su carrera.

No quería admitirlo, pero le había cogido afecto a la electora.

Volvió a recordar aquel día de su llegada a la Toscana.

Ella lo había recibido de pie, delante del trono, bajo aquel baldaquino negro a causa del luto por su hermano, el gran duque Gian Gastone. Era majestuosa, y Beauvau se había quedado muy impresionado. Una princesa alta, con un imponente aspecto y gran seguridad en sí misma, orgullosa de pertenecer a esa gran familia, pero también dotada de un gusto exquisito, que se notaba no solo en ella misma, sino en los objetos que la rodeaban. No había visto nunca tanto lujo. La verdad era que solo conocía el palacio ducal de Nancy, y no se podía comparar con la magnificencia de esta residencia.

Había notado inmediatamente que a la electora no le agradaba su presencia. No creía que fuese por su origen modesto, sino más bien porque él venía a ocupar el trono de su hermano, un trono que había pertenecido a su familia durante los últimos trecientos años. Él venía en nombre de un desconocido duque que había tenido la fortuna de casarse con la hija del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Y si la solución que las potencias europeas habían encontrado a la sucesión del gran ducado de Toscana no era de su agrado, tampoco lo demostraba. Lo había recibido con cierta amabilidad, eso sí, haciéndole entender claramente que entre ella y él había un abismo imposible de salvar.

La idea de asesinarla le disgustaba.

Anna Maria Luisa ya era mayor. Tenía setenta y cinco años. Aparentemente, disfrutaba de buena salud, pero tenía ya una cierta edad. ¿Cuánto más podía vivir? ¿Cinco, diez años? Era poco probable. ¿Viena no podía esperar un poco antes de llevárselo todo? El imperio debía de estar en bancarrota si necesitaba con tanta urgencia el oro de los Medici.

Por el momento había conseguido alejar al caballero de Saint-Jean. Tenía que ganar tiempo, el tiempo necesario para encontrar una solución que no fuera la ideada por Viena.

Esperaba que Saint-Jean no se quejase al emperador. Dudaba que lo hiciese. No se podía molestar a un emperador porque no le gustaba su alojamiento. Estaría fuera de lugar.

Había pensado que, en el momento oportuno, podría hablar directamente con la electora sobre su situación y convencerla de no abandonar el pacto, aunque sabía que era un tema muy delicado. Anna Maria Luisa había hecho de su herencia su obsesión cotidiana. Vivía por ella, para que todo quedase bien dispuesto antes de que la muerte la sorprendiera.

Aparte de su séquito de muy pocos íntimos, nadie en palacio estaba al corriente de su verdadero estado de salud. Estaba gravemente enferma y afrontaba serenamente su estado. Ella misma había impuesto una severa ley del silencio.

Hacía algún tiempo que le habían descubierto aquel cáncer de pecho que la hacía sufrir y se daba cuenta de que cada día que pasaba era un día ganado. Hasta que la gente no supiera que se estaba muriendo la respetarían, pero al enterarse de que su muerte era inminente, podrían permitirse cualquier licencia, y probablemente los austriacos se llevarían sus piezas más valiosas.

No lo toleraría, y lucharía hasta su último suspiro para impedirlo.

Había dedicado los últimos años a inventariar todos los bienes de su familia. Un catálogo infinito, dividido en muchas partes, que abarcaba joyas, plata, piedras semipreciosas, piezas de arte antiguo, mobiliario, propiedades, etc. También había ordenado elaborar una lista de las personas próximas a ella que siempre le habían sido fieles, no solo a ella, sino también a algún miembro de su familia. Les compensaría con alguna donación. Esa lista iba cambiando constantemente. Añadía de su puño y letra una nota junto al nombre de la persona a la que se refería, o incrementaba las donaciones con alguno de los bienes. Cada día recordaba un nombre y este era añadido a su listado con el correspondiente obsequio que ella le atribuía.

Sabía que tenía que compensar también a sus primos, miembros de otras ramas de su familia, más o menos próximas a la suya. A tal efecto, había hecho confeccionar un complicadísimo y completísimo árbol genealógico de todas las ramas vivas o desaparecidas de su familia. Y un tal Pietro Paolo de Medici resultó ser su pariente más próximo.

A estos familiares los recompensó con propiedades, tierras de las muchas que poseía, y algo de dinero. También les había destinado algunos retratos de la familia. Generalmente se trataba de obras de pintores menores o de miembros poco conocidos de la familia, que podían tener relaciones de parentesco directo con algún primo en particular. Consideraba más apropiado que fueran a parar a la casa de un primo suyo que a cualquier desconocido castillo austriaco. Citaba en su testamento a sus primos de Nápoles como los parientes de su sangre más ricos de Italia, por lo que los excluía de la lista de sus beneficiados. Los consideraba suficientemente poderosos para no enriquecerlos todavía más con su herencia.

Había prestado particular atención a la monumental Capilla de los Príncipes, levantada junto a la basílica de San Lorenzo, que siempre fue la iglesia familiar, dada su proximidad al primer palacio que Michelozzo construyó para los Medici en Florencia. Allí estaban enterrados los más antiguos miembros de su linaje cuando aún no eran duques de Florencia ni grandes duques de Toscana. Aquel mausoleo familiar todavía en construcción, a pesar de haber sido encargado casi un siglo antes, y con obras del gran maestro Miguel Ángel, continuaba

inacabado. Dedicó páginas enteras a dar instrucciones sobre qué piedras semipreciosas debían emplearse, de dónde debían extraerse, enumeró canteras y distancias entre estas y la obra, número de maestros y artesanos, cómo debían rematarse los cenotafios, a quién encargar las esculturas de sus antepasados y cómo la obra entera debía ser rematada, y a fin de asegurarse que así fuera, destinó una gran suma de dinero que permitiera finalizarla.

10

Antonio Filipe Pimentel llegó puntual. Había quedado con Ann en un restaurante italiano que se encontraba muy cerca de la Asamblea da República, que así se llamaba la Cámara de los Diputados. En realidad, estaba casi enfrente de la misma, pero en un desnivel, unos pocos escalones más abajo de la propia calle de São Bento.

Ann se sentía vagamente incómoda por no haber tenido tiempo de volver al hotel para ducharse y cambiarse de ropa, pero había intentado sin mucho éxito alisar los pliegues de su falda con la mano, y en el baño del restaurante se había arreglado un poco el cabello y perfumado. Menos mal que siempre tenía en su bolso un minineceser con cosméticos y perfume. Ya la había salvado en ocasiones similares.

Antonio Pimentel era decididamente un hombre culto. Daba gusto escucharlo. Hablaba un inglés más que correcto y se esforzó en ser amable y *charmant*.

—He hecho una búsqueda sumaria esta tarde, sin resultados. Pero he enviado varios emails a colegas directores de archivos y bibliotecas, y, con un poco de suerte, igual alguien sabe algo y tiene la cortesía de decírnoslo… Entretanto, puedo decirte —ya habían decidido tutearse— que, en una de las ramas de la extensa familia Palmela, hay una señora muy aficionada a los libros, y creo que es quien ha heredado la mayor parte de la biblioteca del primer duque. Se llama Teresa Ribeira, quizás ella podría aportarte alguna idea…, pero no es seguro. Yo sé, por algunos amigos intelectuales, que posee muchas obras en francés, pero no puedo decirte nada más… Podría resultar interesante que hablaras con ella.

—Oh, eso podría ser una estupenda opción. De todos modos, no te preocupes, Antonio, ya has hecho demasiado, con lo ocupado que estás con tu trabajo. Pero claro, si tienes alguna noticia, házmelo saber.

Hablaron de otros temas. Colegas que ambos conocían, muestras y exposiciones, futuros viajes de trabajo. Y cuando Ann intentó ocultar su primer bostezo, Antonio, que se había dado cuenta, propuso que ambos se fueran a descansar.

—Tienes todavía un buen trayecto que hacer. No quiero retenerte. Mañana te llamo y te cuento las novedades, si las hay.

—No es para tanto, apenas una media hora, cuarenta minutos de carretera como máximo. Pero sí, estoy cansada. Todo el día corriendo de arriba abajo. Necesito una buena noche de descanso.

Se separaron con la promesa de llamarse al día siguiente y cada uno se fue por su camino.

De vuelta en su habitación en Azeitão, Ann llamó a Philipp. Con

la diferencia horaria, era buena hora para encontrarlo todavía en su despacho.

Hablaron largamente del tema, y, al final, Ann le dijo que no sabía si valía la pena que se quedara unos días más en Portugal para proseguir con la búsqueda, ya que no tenía ni la más mínima pista de dónde encontrar el segundo volumen y ni siquiera si este segundo tomo todavía existía.

—Mira —le dijo Philipp—, tómatelo como un viaje de estudio o unas minivacaciones. Aquí no hay nada urgente. Con eso que quede claro que no quiero forzarte a nada, solo digo que, ya que estás ahí, puedes aprovechar la ocasión. Y si luego no encuentras nada, por lo menos lo habrás intentado.

—¡Que fácil lo ves! —contestó ella, tomándole ligeramente el pelo. La verdad era que ya había valorado la posibilidad de quedarse y Philipp se lo confirmaba. De hecho, estaba decidida a quedarse. Pero quería que pareciera que era el propio Philipp quien se lo había sugerido—. Vale. Me quedo unos días más a ver qué descubro. Pero luego no vengas a decirme que me aprovecho de mis viajes para tomarme unos días de vacaciones —dijo, riéndose.

—Claro que no —respondió él en el mismo tono divertido—. Pero, Ann… no pensarás que has conseguido engañarme. Sé que ya habías decidido quedarte.

Todavía resonaba su risa cuando colgó el teléfono.

Ann oyó que alguien daba unos suaves golpecitos en la puerta. Al abrir se encontró con el chico australiano.

—Ah, justamente quería hablar con usted. He decidido quedarme unos días más. ¿Hay algún problema? ¿Tiene otra reserva o me puedo quedar?

—Ningún problema. Puede quedarse tranquilamente. ¿Tiene idea de cuántos días serán?

—Francamente, no. Como sabe, he venido para comprar un libro en la subasta y ahora me dicen que podría existir un segundo tomo de este mismo libro. Un colega de Lisboa me ha mencionado a una señora que tiene una gran colección de libros antiguos. Se llama Teresa Ribeira y me gustaría tratar de contactar con ella.

—¿Teresa Ribeira? La conozco. Siempre que sea la misma persona, por supuesto.

—¿Sabe si esta Teresa que usted conoce tiene una gran colección de libros?

—Creo que sí, aunque no estoy muy seguro. Pero lo podemos averiguar fácilmente. Yo venía a proponerle tomar una copa con unos amigos. Puedo intentar que venga Teresa, siempre que esté disponible.

—La verdad es que sería fantástico. Y si no es ella, pues por lo menos lo habré intentado.

—Deje que la llame y veremos si se puede organizar.

Tras la marcha del amabilísimo gerente, Ann terminó algunas cosas que efectivamente estaban pendientes, como contestar a los correos electrónicos que se acumulaban desde hacía unos días en su buzón.

Aunque era primavera, Ann ya se había dado cuenta de que las noches en esta parte de Portugal eran frescas. En previsión, se puso una ligera chaqueta de cachemira sobre sus hombros y salió en dirección a la casa principal.

A través de la puerta acristalada vio que el chico australiano acababa de terminar una conversación telefónica.

—Ah, Ann —dijo el gerente, al verla—, buenas noticias. He encontrado a Teresa y ha aceptado venir esta noche. Estará a punto de llegar.

Ann se alegró. «Es la ventaja de vivir en un país pequeño —pensó —. Aquí todos se conocen».

En el salón, había una pareja de mediana edad, de nacionalidad francesa. El marido hablaba un correcto inglés… mientras la mujer se limitaba a sonreír tímidamente…

Habían empezado con los cócteles cuando llego Teresa Ribeira. Era una señora bastante mayor. Ann se fijó particularmente en el rostro muy delgado de intensos ojos verdes. Se veía claramente que había sido una mujer de gran belleza en su juventud. Todos sus movimientos reflejaban una innegable elegancia innata.

—Teresa —dijo ella simplemente, tendiéndole una mano huesuda, antes de que el australiano tuviera tiempo de presentarla formalmente.

El ambiente era distendido, la conversación era trivial, y mientras elogiaban la vajilla de estilo italiano, que estaba pintada a mano, Ann observaba impaciente a Teresa, y esperaba el momento justo para dirigir la conversación al punto que le interesaba sin molestar a los demás. Entonces, la tímida señora francesa se adelantó a sus pensamientos y le preguntó:

—¿Está usted de vacaciones o ha venido a Portugal por trabajo?

—Realmente he venido a petición de un amigo, que me encargó comprar un libro que se subastaba aquí en Azeitão.

—¿Y lo ha conseguido? —inquirió la mujer.

—Sí, he podido finalmente comprarlo.

—¿Y de qué libro se trata, si no es indiscreción?

—Es un antiguo tratado que describe la historia de uno de los diamantes más famosos de la familia de los Medici de Florencia.

—Ah —dijo la mujer, visiblemente desilusionada—. ¿Y es interesante? Nunca se me ocurriría comprar semejante libro en una subasta.

—Hay un público para todo —intervino el marido.

—¿Un libro sobre el diamante de los Medici? —se interesó Teresa, más como si pensara en voz alta que como una pregunta—. Qué curioso. ¿Sabe? Una amiga mía, María del Mar, la madre de Joan Holstein, desgraciadamente ya fallecida, me regaló un libro que también habla del diamante de los Medici. Debo admitir que no lo he leído. Está escrito en italiano y recuerdo que algunas páginas estaban subrayadas, lo que complica su lectura. Sabe, no tengo muy buena vista, y si no es un texto claro y limpio, me resulta difícil de comprender.

—¿Y tiene ilustraciones o solo tiene texto? —preguntó Ann, que había esperado toda la cena para poder abordar el tema.

—No lo recuerdo bien, lo siento… —respondió Teresa, pensativa.

La señora francesa cambió de tema y, dirigiéndose al gerente, inició una conversación sobre los árboles frutales del jardín; a su vez, Teresa se entretuvo charlando en un muy correcto francés con el marido de esta, y la charla siguió por otros derroteros. Ann no podía dejar de pensar en este nuevo hallazgo y mientras el gerente se levantó para coger algo en la cocina, ella se dispuso a ayudarlo, ignorando sus protestas. Solos en la cocina le preguntó si Teresa accedería a mostrarle ese libro suyo.

—No se preocupe, Ann —respondió el joven—. Lo he hablado ya con ella, y nos espera mañana en su casa a la hora del té para enseñarle su biblioteca. Teresa es muy asequible. Es un encanto de persona.

Ann sonrió con satisfacción. No se esperaba mucho, pero estaba bastante intrigada por que existiese la posibilidad de que apareciese otro libro que hablara del diamante de los Medici, y que encima ambos se encontraran en este pueblo perdido. ¿Era una casualidad o estaban relacionados?

Miró la hora. Era tarde. Demasiado tarde para llamar a Antonio Pimentel y decirle que había conocido a la mismísima Teresa Ribeira, pero se moría de ganas de contárselo.

11

Florencia, 1742

El caballero de Saint-Jean había pasado los últimos días dejándose caer de taberna en taberna a la espera de encontrar a alguien que tuviera relación con el palacio, pero hasta ahora su búsqueda había sido infructuosa.

Salió a dar una vuelta.

En una esquina de la pequeña plaza que separaba el imponente palacio de los Uffizi y el Ponte Vecchio, oyó que alguien lo llamaba.

—Psst… Caballero.

Un hombre vestido con cierta apostura apareció detrás de una columna.

—Hola, señor. ¿Sois vos el que busca un contacto en palacio?

Saint-Jean ni siquiera se sorprendió. Hacía días que preguntaba con la debida discreción si alguien conocía a un empleado de palacio. La excusa era que era un mercader que ofrecía sedas de Lyon y quería encontrar a alguien que pudiera introducirlo en palacio para vender su mercancía.

Para dar más credibilidad a su cobertura, había viajado hasta Pistoia y luego a Siena para comprar tejidos lioneses a comerciantes locales. A ellos les había dicho que tenía que redecorar el palacio florentino de un importante noble y que necesitaba unas muestras para ese dueño. Todos los mercaderes se habían apresurado a satisfacer sus demandas, atraídos por la esperanza de vender unos cuantos metros de telas para la decoración del palacio que mencionaba el caballero. Como pagaba al contado sin protestar, no tenían motivos para dudar de las buenas intenciones del caballero extranjero.

—He oído que buscáis un contacto en palacio —repitió el hombre, casi susurrando.

—Sí, es cierto. ¿Sois vos esa persona?

—No, señor, no soy yo. Pero mi cuñada trabaja en palacio y he pensado que igualmente os podría ser útil. La Mariuccia, así se llama mi cuñada, está empleada en las cocinas, pero conoce a casi todo el personal. Seguramente os puede echar una mano. ¿Cuánto estáis dispuesto a pagar para esta información?

Saint-Jean lo miró sonriendo.

—¿Y por qué pensáis que voy a pagar simplemente por una información? Si vuestra cuñada me introduce en palacio, la recompensaré generosamente, si no, os podéis olvidar de cobrar una recompensa.

El hombre reflexionó un instante antes de proseguir:

—De acuerdo. Yo os presento a mi cuñada y vos le pagaréis a ella.

—Si puedo entrar en palacio; si no, nada —replicó Saint-Jean.

Los dos hombres convinieron en que se verían esa misma tarde en ese mismo sitio. El informador iría con su cuñada.

Una vez solo, Saint-Jean meditaba en su plan mientras caminaba por la orilla del río Arno. Si efectivamente esa Mariuccia podía darle acceso al palacio, desde allí tenía que tener un plan de acción bien preciso para no perder tiempo y no tener que volver otra vez.

Si, como había entendido, podía acercarse a las cocinas, había pocas probabilidades de encontrarse allí con el gobernador. Pero, por si acaso, debía preparar una explicación por si el gobernador le preguntaba qué hacía allí.

No se esperaba ese giro en su misión. Según las instrucciones recibidas directamente del emperador, estaba convencido de poder contar con el apoyo del gobernador, pero ahora ya sabía que no sería el caso. Al contrario, Beauvau no solo no iba a ayudarlo, sino que más bien podía entorpecer sus planes, que, de momento, tenía que admitir, todavía no tenía muy claros. No podía improvisar, pero, en cierto modo, solo podía decidir el siguiente paso sobre la marcha.

Esa misma tarde, a la hora convenida, Saint-Jean fue al lugar convenido para su cita.

—Mi cuñada Mariuccia —dijo el nuevo amigo de Saint-Jean, mientras se la presentaba.

Se habían citado en el Ponte Vecchio, un lugar fácil de encontrar. Estaba a punto de caer la noche, aunque todavía no había oscurecido del todo, y ya se iluminaban algunas luces en las casas cercanas.

La llamada Mariuccia, la cuñada cocinera, no se correspondía en nada con la imagen que se había hecho Saint-Jean en su cabeza. Esperaba encontrarse con una señora de mediana edad, de formas rotundas y con pocas luces, y, en realidad, Mariuccia, al contrario, era una chica joven, alta y delgada, con el cabello negro como el ébano que caía sobre su espalda. Era guapa, no había duda, y en sus ojos había un brillo que mostraba inteligencia y picardía. Saint-Jean no podía dejar de mirarla. Las chicas italianas eran decididamente guapas, reflexionó, y Mariuccia era una de ellas, y encima, no daba el perfil de cocinera. Iba bastante bien vestida y no parecía una simple sirvienta.

—¿Así que vos queréis contactar con alguien de palacio que pueda ayudaros a vender vuestra mercancía? —preguntó Mariuccia, mostrando poca simpatía por el extranjero. Su expresión corporal reflejaba claramente que no se fiaba de él, y Saint-Jean entendió de inmediato que debía conquistarla si quería asegurarse su colaboración y borrar esa actitud claramente suspicaz hacia su persona.

—Así es. ¿Creéis que vos podréis hacerme este favor? —dijo, sacando todo el encanto del que podía disponer en ese momento—. Naturalmente, os recompensaré con un florín si es así. —La cocinera no mostró ningún entusiasmo por la oferta que el caballero creía más que generosa. Viéndola dudar, se apresuró a precisar—: Un florín de oro, por supuesto.

Una gran sonrisa iluminó la cara de Mariuccia. No pudo disimular su satisfacción. Un florín de oro era una buena suma para alguien que ganaba apenas unos pocos *spiccioli* por una jornada entera de trabajo. Se hubiese también quedado satisfecha con un simple tálero.

—Que quede claro que yo no os puedo presentar personalmente a esta persona —precisó con seriedad—. Solo os puedo indicar dónde encontrarlo. Después, es asunto vuestro. Al personal de las cocinas no nos está permitido salir de las mismas y pasearnos por las plantas superiores del palacio. ¿Os queda bien claro?

—Perfectamente, no os preocupéis.

Convinieron que se encontrarían nuevamente al día siguiente en el mismo lugar. Al caballero le resultaría fácil de dar con él y no estaba muy lejos del palacio Pitti. Apenas unos pocos minutos de camino.

12

La casa de Teresa estaba en el centro del pueblo, adosada a la pared posterior del antiguo y ruinoso palacio ducal, pero separada de él. Solo estaba conectada por una entrada compartida entre muros, que daba paso a un largo corredor, en parte cubierto, con varias puertas, que permitía el acceso a la casa de Teresa, de manera que daba la sensación de que cuando Teresa entraba en su casa, lo hacía al palacio por una puerta secundaria.

Cuando uno se adentraba en el pasadizo, un poco más adelante a la derecha, había una puerta que daba a un pequeño patio interior. Era la entrada a la casa de Teresa. «Algo inusual —pensó Ann—; en América hay siempre una entrada principal, y una o dos de servicio, pero jamás se entra a una casa por el jardín posterior».

El discreto patio daba acceso efectivamente a una puerta doble por donde se pasaba al salón. Les recibió una empleada discretamente vestida, que les anunció que doña Teresa llegaría enseguida.

El interior era armonioso y muy limpio. Se notaba que Teresa era de buena familia. El mobiliario era de muy buena factura, probablemente heredado, y en las paredes colgaban retratos antiguos y grabados, sobre todo de estilo clásico inglés. La parte central la ocupaba una chimenea, rodeada de porcelanas chinas. Teresa se presentó, entrando en el salón por una puerta lateral, con una caja de madera en la mano, que dejó discretamente sobre una mesa de centro al tiempo que daba la bienvenida a los invitados y ordenaba servir café y té.

Ann estaba expectante. Y sus ojos iban impacientes hacia la mesa y la caja… Contendría el libro que buscaba o sería otra cosa.

Teresa habló un rato de cosas triviales y en un determinado momento tomó la caja, la abrió y, sacando un libro similar en tamaño al suyo, dijo:

—Este es el libro del que le hablé. No sé si es el que usted buscaba. —Se lo tendió.

—Vamos a ver —respondió ella, casi emocionada.

El libro se parecía en todo al que ella había comprado. Mismas dimensiones, misma cubierta. Pasó las páginas para echarle una rápida ojeada. Era casi todo texto con un grabado aquí y allá mostrando siempre el diamante. Pero lo que le resultó intrigante fue que muchas páginas y frases enteras estaban subrayadas. Casi todo el libro lo estaba, como si el que lo había leído antes hubiera querido remarcar lo que estaba escrito.

—¿Es el libro que busca? —preguntó Teresa, en un tono desenfadado.

—No lo sé todavía, tengo que estudiarlo —respondió Ann, sin dejar de mirar los textos, pasando de página en página.

—Lléveselo con usted y lo examina tranquilamente. Si le vale, si es lo que buscaba, lo puede guardar. Y, de todos modos, no tiene que devolvérmelo. Tanto da, yo no sé qué hacer con ese libro.

—No, verdaderamente no puedo aceptarlo. Se lo compro, no hay problema.

—De ninguna manera, Ann. Yo no necesito ese libro ni representa nada para mí. Lo he guardado solo como recuerdo de viejas amistades, y, además, mi italiano es muy rudimentario para entender de qué trata, y sinceramente no tengo mucho interés a mi edad por acumular viejos libros… prefiero la literatura francesa. Por otra parte, me hace un favor, a mí me deja un espacio libre para poner otro libro.

—Oh, Teresa. Es muy generoso por su parte, pero me cuesta aceptarlo. Déjeme que lo examine y volveré con una propuesta si es lo que creo que puede ser.

Por toda respuesta, Teresa se encogió de hombros y bajó los ojos en signo de aceptación, mientras se concentraba en el té recién servido. No tenía ninguna gana ni interés en discutir el precio de un viejo libro.

A continuación, Ann, para animar la conversación, le preguntó a Teresa dónde estaban todos sus libros, ya que su biblioteca era famosa, y Teresa respondió:

—Están en el primer piso, junto a mi habitación. Allí paso muchas horas del día leyendo, tengo muy buena luz, y los tengo muy a mano; aquí abajo serían una distracción, y también una tentación para mis amigos, y no me gusta prestar mis libros, prefiero regalarlos.

Tomaron el té en preciosas tazas de porcelana china en tonos café con leche y flores, que Teresa explicó eran de la Compañía de las Indias; eran unas fantásticas piezas que los portugueses habían introducido en Europa desde sus lejanas colonias en Oriente. Así la conversación avanzó por otros derroteros.

Ann estaba impaciente por volver a su habitación para consultar atentamente el texto y averiguar si podía tener algún significado para ella. Pero no podía simplemente levantarse e irse. La anciana había sido más que amable y se veía que disfrutaba de la compañía. Ann imaginó que no tendría muchas visitas y que debía de sentirse muy sola.

Finalmente llegó el momento de marcharse. Se despidieron, y prometieron volver a verse lo antes posible.

En el camino de vuelta a casa, el australiano, siempre muy discreto, no volvió a mencionar el libro que reposaba en el asiento trasero del coche. No entendía el interés que Ann podía tener por aquel viejo texto.

En la tranquilidad de su habitación, la primera cosa que hizo fue llamar a Philipp.

—Lo tengo en mis manos —le dijo, entusiasmada—. Todavía no he tenido tiempo de estudiarlo, pero creo que es él. Te diré algo más mañana.

—Enhorabuena —dijo Philipp—. No creía que fueras a encontrarlo. Has tenido mucha suerte. Dime algo cuando sepas más.

Después de despedirse, Ann cortó la comunicación. Estaba demasiado impaciente por ponerse a examinarlo. Todavía no podía creerse la suerte que había tenido. Algo así no sucedía casi nunca.

13

Florencia, 1742

Mariuccia se presentó puntual a la cita, y ya estaba esperando cuando el caballero de Saint-Jean llegó. El cuñado de la cocinera no apareció, y ambos decidieron que no valía la pena esperarlo.

Caminaron por la calle que llevaba del Ponte Vecchio al palacio Pitti, desierta a esa hora. Iban en silencio, intentando amortiguar el paso de sus zapatos sobre los adoquines y muy cerca de las casas, hasta el punto de que casi las rozaban. Era la zona más oscura, porque al otro lado había una antorcha para iluminar la calle cada veinte pies. No era frecuente en Florencia, pero todas las calles cercanas al palacio estaban iluminadas, probablemente por motivos de seguridad, para ver si un enemigo se acercaba demasiado.

Saint-Jean esperaba encontrar algunos guardias de vez en cuando, pero al no ver a ninguno, le preguntó a Mariuccia:

—¿No hay guardias por las calles de Florencia?

—¿Para qué? —contestó ella, como si la respuesta fuese muy obvia—. ¿No sabéis que por aquí encima pasa el corredor vasariano?

—¿El corredor vasariano? ¿A qué os referís?

—Los príncipes rara vez van por la calle. Hay un pasaje construido desde hace mucho tiempo que sale de Palazzo Vecchio, cruza los Uffizi, atraviesa el Arno por encima del Ponte Vecchio, gira en aquel arco que acabamos de atravesar, pasa por este palacio y esta iglesia y unas casas más allá, y llega al palacio Pitti. Así la familia real puede atravesar toda Florencia sin ser vista ni importunada.

—¿Me estáis tomando el pelo?

—Claro que no. Lo sabe todo el mundo.

Saint-Jean se quedó pensativo a la vez que sorprendido, nunca habría sospechado algo semejante…

Cuando llegaron ante el palacio, cruzaron la plaza y se dirigieron a una puerta casi disimulada, custodiada por un par de guardias. Saint-Jean dedujo que debía de ser la entrada del personal.

—¿Y cómo vamos a sortear a la guardia? —preguntó inquieto.

—No os preocupéis. Les diré que sois un nuevo chef francés. No les sorprenderá. Por aquí pasan muchos cocineros franceses. Parece que el señor gobernador nunca está satisfecho.

—Si vos lo decís… —respondió el caballero, no del todo tranquilo… No creía que fuese a ser tan fácil penetrar en la residencia real. En el fondo, allí mismo, en la parte noble de la primera planta, residía la serenísima princesa electora.

Efectivamente, no hubo problema para entrar. A Mariuccia los guardias la conocían.

—¿Servicio de tarde? —preguntó uno de los soldados.

—Sí, hoy me toca. Menos mal que no es diario. Prefiero el de la mañana.

Siguieron por un corredor en donde se cruzaron con varios sirvientes que iban con paso rápido a realizar sus tareas.

—¿Siempre hay tanta gente por aquí? —quiso saber Saint-Jean, preocupado.

—A la hora de la cena. Pero después todo se calma y quedan solo los del servicio de noche, por si alguien de arriba quiere algo. Siempre hay personal disponible.

—¿Y la guardia?

—Hay varios turnos también. Pero, aunque no los veáis, están. Siempre está todo bajo control. Y no os digo los de la planta noble. Allí la seguridad es muy estricta, Es prácticamente imposible acercarse a los apartamentos de la electora. Entre guardias y cortesanos, los alrededores de sus estancias están siempre muy concurridos.

—¿La habéis visto alguna vez?

—¿Queréis decir aquí en palacio?

—Sí.

—No, jamás. Yo soy una simple cocinera. Ni yo puedo acercarme a sus habitaciones, ni siquiera a su planta, ni ella ha bajado nunca a las cocinas. Sería impensable. Ni siquiera sé si ella sabe dónde están.

—¿Es querida?

—¿Cómo? ¿Qué queréis decir con eso?

—Quiero saber si la electora es querida por la gente de aquí.

—Querida no sé. Pero es muy respetada. Dicen que impone con su sola presencia. Se podría decir que solo la he visto una vez… en una ocasión, cuando pasó en su carroza para ir a una de sus villas fuera de la ciudad. Pero fue algo fugaz. Muy rápidamente y había muchos soldados a caballo en torno a ella, así que no pude verla bien. Fue solo un breve instante. Bueno, yo tengo que empezar mi servicio. Voy por allá —indicó con un gesto de la cabeza el fondo de un corredor transversal.

—¿Y cómo salgo? —preguntó el caballero, que ya en su cabeza imaginaba por dónde tenía que ir.

Ella lo miró con sorpresa.

—¿Cómo saldréis? Pues por la misma puerta que habéis entrado. No os pondrán ningún problema. Salid simplemente, sin hablar con la guardia.

—Está bien —replicó, resignado.

Ella lo miró con un gesto malicioso y extendió la mano.

—¿Y no os olvidáis de algo? —dijo—. Yo he cumplido con mi parte.

—Ah, es verdad. —Y acompañando el gesto a las palabras sacó de

su casaca una pequeña bolsa de cuero de la que extrajo un florín de oro—. Aquí está.

Mariuccia tomó la moneda, se la llevó a la boca para morderla, y convencida de que era buena, se la guardó entre los senos.

—¡Aquí nadie la tocará! —exclamó—. Adiós, caballero —se despidió y, girándose, se alejó a buen paso en dirección a las cocinas.

Saint-Jean se quedó con la boca abierta, mientras la veía alejarse. Tenía un paso firme y orgulloso. Decididamente, no era una chica vulgar.

Empezó por adentrarse en el interior del palacio. No había dado ni cien pasos cuando un grupo de soldados de la guardia lo sorprendieron y con una rápida maniobra lo sujetaron, sin decir palabra, lo hicieron prisionero y se lo llevaron.

¿Mariuccia lo había traicionado? Se lo haría pagar, y caro.

14

Hacía ya más de una hora que Ann Carrington hojeaba el libro y no entendía por qué prácticamente todas las páginas estaban subrayadas; en algunas solo se trataba de palabras aisladas, pero en otras partes eran capítulos enteros. ¿Qué diablos significaba aquello?

Las palabras subrayadas no tenían sentido en sí mismas, por lo que dedujo que debían formar parte de un grupo, pero ¿de cuál? ¿Y por dónde empezar?

Trató de encontrar una explicación coherente. Era lógico que siempre se debía empezar por el principio, pero, aun así, no hallaba un significado que fuera plausible, aunque estaba convencida de que seguramente quien había subrayado estas palabras había seguido un razonamiento, una lógica que de momento no percibía. Pero no podía ser de otra manera. Era un verdadero rompecabezas.

Al cabo de media hora se sentía exhausta y cada vez más confusa. Decidió dejar de lado el libro y pensar en otra cosa. Obsesionarse no hacía más que empeorar las cosas. Necesitaba tener la cabeza liberada, y solo podía hacerlo dedicándose a otros asuntos.

Pensó en pedir a alguien que la ayudara. Dos mentes son siempre mejor que una sola, pero ¿a quién? Philipp estaba demasiado lejos. Después de Philipp, el primer nombre que le vino a la cabeza fue el de Pimentel, pero, pensándolo bien, casi no lo conocía y no se atrevía a pedirle una ayuda tan grande. Tenía que pensárselo bien antes de dar un paso arriesgado.

Salió a pasear por el jardín, que era muy amplio, pero al llegar a la altura de la piscina, se dio cuenta de que el gerente podía verla y no tenía ganas de hablar con nadie. Volvió a su habitación, cogió las llaves de su coche y salió a dar una vuelta por el parque de Arrábida. Era un paisaje espléndido, cuidadosamente preservado. Se dejó llevar y condujo sin un destino preciso. Desde la carretera, había una vista imponente sobre el mar y tan pronto pudo detuvo el coche en un área que parecía un mirador. Era un remanso de paz, a una altura que no conseguía calcular, pero que debía de ser más bien importante, ya que no llegaba a ver la línea de costa.

Pensó en su casa de Providence, en sus amigos, en todas las cosas que había dejado de hacer desde hacía tiempo, como ir a correr cada día antes de dirigirse a su despacho de la universidad. Allí, en ese país, todo era muy diferente. Le recordaba vagamente a su estancia en Italia, en Camogli, donde tanto había disfrutado. Intentó por todos los medios alejar sus pensamientos del libro, pero este volvía a su mente constantemente y con irritante tenacidad.

Volvió al coche, dio marcha atrás, y enfiló por el camino de

vuelta. Había tomado una decisión. Solo tenía Pimentel a mano. Era la única persona capaz de ayudarla, y nadie más, así que le llamaría para pedirle si estaría dispuesto a colaborar con ella.

Antonio Pimentel se quedó sorprendido por la llamada de Ann. No la esperaba tan pronto, y mucho menos con las noticias que le estaba contando. Así que su alusión a la biblioteca de Teresa Ribeira había ido en la buena dirección. Ann había logrado unir los cabos sueltos, encontrado el supuesto segundo tomo, que ya no era supuesto, sino que existía realmente.

Ann había sido lista y afortunada.

Le gustaba esa mujer. No era la típica americana en el sentido estricto del término, porque razonaba con una cabeza de europea. Sus conocimientos históricos del Renacimiento eran vastos y precisos. Sabía qué buscar y dónde, y esto solo lo podían hacer las personas dotadas de una gran cultura.

Convinieron en verse al día siguiente. Pimentel la invitó a su casa.

—Allí estaremos más tranquilos —dijo para justificar la invitación.

15

Florencia, 1742

Un mayordomo corría por los interminables corredores de palacio, en dirección a los apartamentos reales. Debía informar de lo que acababa de ver.

Entró en la sala destinada al personal de cámara, los servidores más cercanos a la electora que tenían el privilegio de asearla, vestirla y peinarla. Eran todas damas de la más alta cuna, la flor y nata de la aristocracia toscana. En ese momento solo había una media docena de ellas en la sala. Algunas leían, otras solo hablaban entre ellas en voz baja. El mayordomo, todavía jadeante, ya que no era muy joven, recuperó su compostura y se acercó a la marquesa de Acquaviva, camarera mayor de su alteza real, y le dijo algo al oído. Las otras damas presentes miraron todas en su dirección, intrigadas y muertas de curiosidad. No todos los días llegaba corriendo un mayordomo a los apartamentos reales para susurrar un mensaje a una de las damas de la corte.

La marquesa de Acquaviva hizo un discreto gesto de aprobación con la cabeza y el mayordomo se retiró. Entonces, ella se levantó y salió de la habitación, consciente de ser en ese momento el centro de atención.

Las otras damas la siguieron con la mirada, sin decir una sola palabra, para luego mirarse unas a otras, interrogándose con los ojos.

—¿Qué habrá sucedido? Seguramente algo grave.

Mientras, en la sala adjunta, la marquesa de Acquaviva se acercó a la marquesa Rinuccini, que en ese momento estaba bordando, sentada en el extremo de un sofá, con la espalda bien recta, intentando guardar la compostura delante de las otras damas presentes, más jóvenes que ella. Eso le suponía un mayor esfuerzo a su edad.

Acquaviva le dijo algo en voz baja, pero como la Rinuccini era bastante sorda, tuvo que repetir la frase varias veces, elevando poco a poco la voz, hasta que la marquesa dio señales de comprenderla. Se dibujó en su cara una expresión de susto y de incredulidad.

—¿Cómo? —preguntó, sin saber todavía si había oído bien—. ¿Estáis segura?

—Sí, señora. Me lo acaba de decir un mayordomo que ha venido corriendo a informarnos.

—Es increíble, inadmisible. No se puede tolerar una cosa así —exclamó, indignada.

Se levantó y se dirigió a la habitación contigua, la misma donde la princesa electora se estaba vistiendo para ir a dormir, ayudada por

cuatro jóvenes damas de la corte que giraban en torno a ella como moscas. Ella, por su rango, había sido la encargada de ofrecer la ropa que su alteza iba a usar esa noche, pero una vez hecha la elección, les tocaba a otras damas de menor rango la tarea de ayudar a vestirla.

Rinuccini hizo una profunda reverencia y esperó a que la electora le diese permiso para hablar.

—¿Creéis que este color me sienta bien? ¿No será demasiado vivo para esta temporada? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular, pero todo el mundo calló a la espera de la respuesta de la Rinuccini mientras las damas se miraban entre sí…

Como nadie respondía, la serenísima princesa levantó la mirada y se encontró con la de Rinuccini:

—¿Qué sucede, marquesa? ¿Pasa algo? Tenéis una cara asustada como si os hubiesen robado la sopa.

—Sí, alteza. Disculpadme, he creído oportuno informaros inmediatamente: un hombre acaba de ser arrestado en la planta baja de palacio. Se había introducido por la entrada del personal. Es un extranjero. Un lorenés, al parecer.

La electora no tuvo ninguna reacción apreciable. Sin mover un solo músculo de su rostro, observó fijamente a la marquesa, dejando pasar un breve tiempo que a la Rinuccini le pareció eterno, antes de contestarle:

—Mañana salimos para La Quiete. Me quedaré allí unos días. Ordenad a mi secretario que se me informe sobre todos los detalles concernientes a ese hombre y enviadme inmediatamente el informe a la villa… ¿Algo más?

—No, señora, pero…

—Podéis retiraros —ordenó bruscamente.

La marquesa hizo nuevamente una profunda reverencia y se alejó tres pasos marcha atrás hacia la puerta que daba a la sala de las damas. El protocolo no permitía que se girara de espaldas a la electora. A la marquesa no le dio la sensación de que pareciese particularmente preocupada con la noticia… Aunque la conocía suficientemente bien para saber que Anna Maria Luisa jamás hubiese mostrado sus sentimientos.

* * *

Anna Maria Luisa amaba La Quiete. Era una gran villa-palacio, unas de las diecisiete que poseía, con un enorme jardín que se extendía suavemente por la colina. Allí se sentía en paz, lejos de los deberes de su cargo, del protocolo y de la corte, que la aburrían soberanamente. Podía pensar con toda tranquilidad y pasear por los jardines, sola, sin que nadie la pudiera observar ni molestar. Odiaba las miradas de los cortesanos, cuando buscaban en su rostro una señal de su mal.

Desde hacía ya algún tiempo luchaba contra la melancolía. Y aunque siempre había sido una mujer de carácter fuerte, no podía evadir la realidad a la cual se enfrentaba. Todos sus parientes cercanos, padres, tíos, hermanos, primos, habían muerto. De su familia solo quedaban vivos unos primos a los que ni siquiera conocía o que poco había frecuentado. Unos desconocidos para ella. Se sentía sola. No tenía a nadie en quien se pudiera apoyar y menos aún tener confianza para abrir su corazón. Era perfectamente consciente de que se dirigía hacia su inexorable final. El cáncer de pecho que le habían descubierto hacía pocos meses avanzaba a pasos agigantados. Cada día los dolores eran más fuertes y no sabía hasta cuándo podría ocultarlo. Solo unos pocos íntimos estaban al corriente. Había dado a sus físicos severas instrucciones para que nadie, absolutamente nadie, supiera que se acercaba a la tumba.

Pensaba en su familia. A los que había amado y a los que había soportado. Sus relaciones con sus hermanos habían sido siempre complicadas. Fernando, el gran príncipe heredero, se había abandonado a los brazos de la pasión y la lujuria, y estas lo habían conducido prematuramente a la tumba. No había dejado herederos, solo su viuda, la princesa Violante de Baviera, que había sido nombrada por su padre, Cosme III, gobernadora de Siena. El sucesor natural había sido su hermano menor: Gian Gastone, de corazón más bondadoso, y a quien el peso del gobierno había convertido en un infeliz. Se sentía culpable con respecto a él, especialmente por haberlo forzado a un matrimonio ya desde el principio condenado al fracaso. La dinastía necesitaba herederos y se había recurrido a todas las estratagemas para intentar procrearlos, pero todas habían fallado.

Pensaba sobre todo en su tío, el cardenal Francisco María, a quien tanto había amado y que siempre había sido su incondicional aliado en el seno de la familia. Era el hermano menor de su padre, nacido como fruto de una reconciliación entre sus abuelos, el gran duque Fernando II y la gran duquesa Vittoria della Rovere.

Entre su padre, Cosme III, y su tío había una diferencia de edad de dieciocho años. Este había sido siempre un *bon vivant* y estaba encantado con su vida de cardenal, que pasaba coleccionando antigüedades y disfrutando de grandes banquetes interminables en sus villas. Como resultado, había engordado mucho y su salud se había resentido. Su desgracia fue que, a la edad de cuarenta y nueve años, fue obligado por su hermano, el gran duque, a renunciar al cardenalato y a la buena vida que tanto amaba para casarse con la joven princesa Eleonora Luisa Gonzaga, veintiséis años menor que él y que encima se había negado a consumar el matrimonio. Esta nueva búsqueda de herederos, además de infructuosa, había sido un verdadero desastre emocional para ambos contrayentes.

A su hermano Gian Gastone, ella misma le había sugerido que se casara con la princesa Ana María Francisca de Sajonia-Lauenburg, un error imperdonable. Nunca se imaginó lo inadecuada que era esa princesa para su hermano. Una mujer ruda, teutónica, más interesada en la caza en sus extensas propriedades en Bohemia, en sus caballos y en sus perros que en una vida de princesa reinante. Después de la boda, se había negado rotundamente a viajar a Toscana, el país en donde su esposo sería llamado a reinar, por miedo a ser envenenada… Gian Gastone había entonces mandado construir en Praga una suntuosa residencia para ella, y él mismo se había desplazado en innumerables ocasiones a Bohemia, para complacerla y agasajarla, pero ella se había mostrado inflexible.

Y Gian Gastone no se lo había perdonado a su hermana, y se negó a recibirla cuando regresó de Alemania viuda, e incluso durante años, aunque ambos residiesen en el mismo palacio…

Solo durante las últimas semanas de su vida pudo Anna Maria Luisa acceder a los apartamentos reales de su hermano, y solo para descubrir horrorizada que se había convertido en un ser despreciable, malhumorado, que solo gustaba de la compañía de hombres jóvenes de la más baja calaña, que continuamente le robaban y a quienes él debía volver a adquirir aquellas piezas robadas, viviendo, comiendo y gobernando desde su cama, sin salir jamás de su habitación durante los últimos años de su vida.

Qué triste todo.

Y ahora que había encontrado la solución para que su familia perdurara durante toda la eternidad en la memoria de la gente con su decisión de donar todos los bienes preciosos de su familia al Estado, descubría que le estaban robando precisamente aquellos príncipes que debían dar continuidad al gran ducado. ¡Qué desfachatez…, qué poca dignidad!

Era una jornada soleada. Un sol pálido, otoñal, se abría paso entre los cipreses, la luz en torno a ella creaba una atmósfera bucólica y resaltaba los parterres de flores que ya comenzaban a cubrirse con las hojas caídas. Desde un banco en donde se había sentado para reposar un instante, miró a lo lejos, hacia la villa y sus bosques, a sus fuentes y a sus jardines y muros de cuidadas geometrías, y que albergaban antigüedades de mármoles finos. Todo lo que había sido perfectamente construido generación tras generación iba a pasar a la Casa de Austria.

—¡Qué tristeza! —exclamó, mientras pensaba con inquietud si estos príncipes estarían a la altura.

Esperaba la visita del doctor Giuseppe Bianchini, de Prato, a quien había encomendado confeccionar una historia familiar, junto a una serie de retratos de todos los integrantes de todas las ramas de su

familia, para completar los que ya había encargado su tío abuelo, el cardenal Leopoldo, al artista Campiglia, tiempo atrás, en un libro con los miembros de la línea sucesoria del gran ducado. Bianchini se había hecho cargo del texto de los preciosos libros y había confiado a varios artistas el diseño de los retratos.

Estaba todavía sumida en sus pensamientos cuando vio venir desde la villa a un sirviente de librea que le traía una carta que acababa de llegar. Por el sello de lacre comprendió que se trataba de su diplomático de confianza, Salimbeni, su encargado de negocios en Viena.

Anna Maria Luisa la abrió y la leyó inmediatamente, deseosa de saber qué noticias le enviaba.

El diplomático era un viejo servidor de la Casa de Medici a quien había confiado varios encargos discretos. Con la llegada de los Austrias al poder en Toscana, había perdido su función de representante, equivalente a embajador, pero se había quedado a vivir en la capital del imperio, ya que, durante su larga estancia, se había casado con una noble austriaca, y mantenía su acceso a la corte. Había sido siempre muy fiel a la Casa de Medici, e informaba continuamente a la electora de cada movimiento en la corte imperial.

En su carta, el exdiplomático escribía:

Ayer su majestad imperial recibió varias veces al ministro Von Zellstein para hablar de la situación en Toscana. El ministro, según me ha confiado luego, parecía muy preocupado. La advertencia de vuestra alteza de cancelar el Pacto de Familia ha caído como una tromba, os aconsejo que tengáis mucho cuidado. Esta gente es muy peligrosa y sin escrúpulos. La interminable guerra contra los turcos está agotando las arcas de Estado. Ellos no pueden permitirse perder los tesoros de Toscana. Aconsejo a vuestra alteza que pida secretamente el respaldo de vuestro primo, su majestad el rey de Francia. Temo por vuestra seguridad.

Anna Maria Luisa dejó caer los brazos en su regazo sin soltar la carta… y permaneció reflexionando unos instantes mientras pensaba: «¿Por qué Salimbeni había escrito que temía por mi seguridad?».

Recordó el pequeño incidente que le habían comunicado antes de venirse a La Quiete. El hombre al que habían arrestado mientras intentaba introducirse en palacio. ¿Estaría relacionado o sería solo una coincidencia? Por principios, no creía en las coincidencias.

No temía por su vida. Nadie osaría jamás atentar contra ella, de eso estaba casi segura, pero si Salimbeni le aconsejaba que buscara la protección de su primo el rey de Francia, posiblemente tenía otras noticias que no le había querido transmitir. Seguiría su consejo. Si Luis XV estaba informado, por lo menos sus enemigos se lo pensarían dos veces antes de actuar. Le enviaría un mensaje secreto. Con todos los espías que los rodeaban, tanto allí como en la corte de Versalles, si escribía una carta por los cauces normales, no tenía ninguna posibilidad de pasar inadvertida. Más bien al contrario, era altamente

posible que fuera interceptada y leída por otros. Era importante que actuara con la máxima discreción.

16

Ann Carrington quedó con Antonio Pimentel en que se reunirían en la casa de él, en la rúa de São Marçal, una de las zonas más bonitas de Lisboa. Era una entreplanta, y apenas entró en el luminoso apartamento, sintió un *feng shui* muy positivo. En pocas ocasiones le sucedía. Había pasado lo mismo con la quinta donde se alojaba en Azeitão. Percibía buenas vibraciones.

La casa de Pimentel era muy agradable; nada más entrar, en la pared de enfrente, una extensa biblioteca anunciaba la intelectualidad de quienes allí vivían. Este era un espacio abierto donde cuidadas piezas barrocas convivían armoniosamente con una gran fotografía de autor que parecía casi una pintura del genial maestro español Ribera, con sus juegos de sombras; el resto, amueblado con gusto y piezas quizás heredadas, quizás compradas, daban una atmósfera chic; todo era un *open space* con ángulos que delimitaban las estancias y juegos de ventanas que filtraban la luz.

Se habían instalado en el salón comedor para aprovechar la gran mesa. Ann había llevado consigo los dos libros, pero no había mencionado el papelito que había descubierto en el lomo del primero; quería comprobar el impacto que tenía sobre Antonio cuando lo pusiese delante de sus ojos.

Y, en efecto, cuando, ocultando su satisfacción, sacó con una pinza el pequeño billete, Antonio abrió los ojos como platos por la sorpresa.

—¿Cómo has hecho para descubrir este escondite? —preguntó, todavía maravillado.

—Años de experiencia, querido amigo. Hay que saber dónde buscar y no dejar nada de lado por imposible que pueda parecer. A veces, los escondites más seguros están justo delante de nuestros ojos, pero son tan evidentes que no los vemos.

Antonio desplegó cuidadosamente el papelito que contenía el código. Se veía que era un hombre experto. Cualquier otro no hubiera tenido tanta precaución.

—G7, G14 + 17 —leyó en voz alta la primera línea—. ¿Qué puede significar? ¿Tienes ya alguna idea?

—Una idea no, pero una sospecha sí. Como ves aquí —indicó con el dedo una parte del mensaje—, es evidente que se refiere al tomo dos. He buscado también en ese primer tomo, pero no he encontrado nada que pudiera acercarse a estas letras y cifras. La respuesta debe estar en el segundo tomo. ¿Pero cuál es y qué significa?

—Este subrayado, ¿crees que tiene algún significado? ¿Por qué una persona subrayaría un libro entero? No tiene mucho sentido. Yo

creo que este podría ser un elemento que nos puede conducir a la clave del enigma —dijo Antonio, casi más para sí mismo que para Ann.

—No lo había analizado en este sentido, y es muy posible que tengas razón, pero ¿por dónde empezar? —Antonio la miró en silencio, como si esperara que ella pudiera responder a su propia pregunta, y en efecto, esbozando una gran sonrisa, exclamó—: ¡Claro! Por el principio, ¿no?

Antonio dejó escapar una carcajada.

—Por supuesto, doctor Watson. Siempre se empieza por el principio.

Examinaron los dos libros con atención, luego el papel, posándolo encima de una de las páginas del libro subrayado, pero nada. El misterio permanecía sin desvelar, no había ni un mínimo rayo de luz que los viniera a iluminar.

—La letra delante de la cifra debe de indicar algo; si no, ¿por qué ponerla? —dijo Ann en cierto momento, un poco desanimada. Sabía que no iba a ser fácil, pero no creía tampoco que se encontrase delante del enigma del siglo.

—Estoy seguro de que es de una sencillez increíble y por eso no lo entendemos —concluyó Antonio, convencido de que iban a desvelar el secreto de la clave.

—Veamos, por ejemplo, la primera cifra. Doce. ¿Es la página doce, la línea doce o la palabra doce? Y en ese caso, ¿dónde empieza la palabra número uno?

Antonio la miró, desconcertado.

—Creo que tienes razón. El significado del número solo puede corresponder a uno de estos tres. Intentémoslo con todos, centrándonos únicamente en la cifra doce.

Lo hicieron, y el intento les llevó un buen rato, sin llegar a ningún resultado que pudiera ni siquiera acercarse a la clave.

—Quien escribió este código debía de ser un *crack* —comentó Ann.

—Por cierto, me olvidé de preguntarte una cuestión importante. ¿Sabes o tienes idea de quién ha podido escribir esta nota? Nos ayudaría a encontrar la clave.

—Desgraciadamente, no. También hay algo raro en este libro, mira aquí. —Y acto seguido volvió a las primeras páginas—. Ves aquí, el libro está dedicado a Cosme II con la fecha de 1615. Luego hay esta otra dedicatoria, justo antes del primer dibujo, a la gran princesa de Toscana, la electora Anna Maria Luisa, más de cien años más tarde. ¿Cómo es posible? No son personajes contemporáneos, y en estos libros impresos a mano, es bastante difícil insertar nuevas dedicatorias, ¿me entiendes? No es normal. ¿Crees que podría

significar algo?

—Es verdad, resulta curioso —respondió Antonio mientras continuaba pasando las páginas entre la primera y la segunda dedicatoria—. Esto solo puede significar una cosa. Es un mensaje. Diría que estamos ante la primera parte del mensaje. Estoy casi seguro.

—¿Casi? —repitió ella, esbozando una sonrisa.

—Bueno, en estos casos, nunca se está seguro al cien por cien —respondió él, riendo.

—¿Entonces cuál es su veredicto, ilustrísimo doctor Pimentel? —preguntó, un poco sarcástica.

Antonio se puso serio.

—Pues me parece evidente: o este libro era entonces un mensaje destinado a Anna Maria Luisa, o este mensaje es de Anna Maria Luisa destinado a otra persona, que no sabemos quién es.

—Me parece una buena suposición. La comparto. Es un principio. Pero ahora surge otra pregunta. Sea quien sea el que haya escrito el mensaje, ¿piensas o crees que el destinatario lo ha recibido o leído? Si la respuesta fuera sí, entonces, ¿por qué el billete ha vuelto a su escondrijo en el lomo del libro?

Antonio la miró sopesando la cuestión. Ann tenía razón. Al menos, la pregunta tenía una cierta lógica. Pero ¿iba esto a ayudarle a descifrar el mensaje?

—Haremos una prueba —dijo Antonio, después de haber reflexionado unos instantes—. Si la destinataria era o es la electora, ¿cómo podía ella leer el mensaje sin la ayuda de un código? ¿Y quién lo escribió? Por el contrario, si fue ella quien lo escribió, nos podemos hacer la misma pregunta: ¿de dónde ha sacado el código? ¿Y a quién se lo escribía? A un amante creo que queda descartado. Tampoco a un amigo. No se necesita un código tan sofisticado para escribir una carta a un amigo. Así que tendría que ser a alguien importante, por lo menos para ella. Y si usa un código, significa que no quiere que caiga en manos de otros, de sus enemigos, por ejemplo. ¿Y quién eran los enemigos de Anna Maria Luisa? Por ahí debemos empezar a buscar. Y viceversa, ¿quién puede ser el misterioso amigo poderoso de la electora? Porque tiene que ser poderoso, o no tendrían sentido estos intentos de esconder el motivo por el que escribe.

Ann lo miró maravillada. ¡Qué bien le funcionaba la cabeza a aquel hombre!

—Siguiendo tu razonamiento, busquemos un amigo poderoso.

—Podría tratarse de alguien de los Austrias —apuntó Pimentel—, aunque ciertamente no se comportaron como amigos, a pesar de que luego se beneficiaron de su herencia. Los pondría más bien en la lista de los enemigos. Solo podría ser el rey de Francia, Luis XV, que era su

primo, y esto justificaría que ella le escribiera en código.

—Todo ese razonamiento me parece muy bien, pero son solo conjeturas. No tenemos ninguna prueba.

—A decir verdad, sí que las tenemos. Recientes publicaciones han revelado que Luis XV estableció una red de espías y de mensajes ocultos siguiendo un patrón de mensajes codificados —explicó Pimentel ante la cara asombrada de Ann, y prosiguió—: Aunque también es verdad que solo lo conocemos en parte; no se sabe cuál es el código fuente, ya que estas publicaciones hablan de los mensajes que se conservaban en la biblioteca personal de uno de sus ministros de la época. Para descifrar todo el código tendríamos que conocer las dos fuentes, la que escribe el primer mensaje, y la segunda que es quien lo recibe y decodifica.

Ann se quedó sorprendida y reflexionó un poco.

—Bueno, también he pensado en una explicación más sencilla —dijo.

—¿Cuál? —preguntó Antonio, curioso.

—Pues que Anna Maria Luisa haya decidido hacer una nueva edición, basándose en los originales publicados cien años antes, y por eso está dedicado a ella misma.

—Muy bien pensado, mi querida Ann. Creo que has dado en el clavo. ¿Hacemos una pausa? ¿Te puedo ofrecer un café?

—Con mucho gusto. Te lo iba a pedir.

Antonio desapareció en la cocina, que se encontraba justo al lado de donde ellos estaban. Ella, poniéndose en pie, lo siguió, deseosa de relajar un rato las piernas y, para qué negarlo, curiosear un poco más. Le gustaba aquel apartamento.

Desde la cocina, una puerta acristalada llevaba a un pequeño patio de luces, de lo más agradable, amueblado con una mesa de hierro blanca con cuatro sillas a juego, las mismas que ya había visto en las terrazas de muchos bares antiguos de España. Los muros estaban decorados de antiguos azulejos desiguales, pero con cierta armonía, colgados con soportes en el muro encalado, con tonos de azul, verde y ocre. También había muchas plantas verdes y trepadoras.

—Es fantástico poder tener este espacio verde en pleno centro —comentó ella, mientras Antonio estaba ocupado en preparar el café.

—Sí, da mucho juego —confirmó él.

Sirvió el café en pequeñas tazas, blancas, muy delicadas, con un borde dorado al fuego, y Ann no pudo resistir la tentación de separar el plato y girarlo, para mirar su procedencia; su rostro se iluminó con una sonrisa cuando vio la marca francesa de Limoges. Volvió a dejar el plato en su posición correcta.

—¡Me encantan! —exclamó, y a continuación, se sirvió un terrón de azúcar de un barroco azucarero de plata y saboreó el café con

deleite—. Hum, buenísimo —afirmó; sin duda, el café portugués es infinitamente mejor que el café que se sirve en España, o tú tienes futuro como camarero, porque el café que preparas es excelente.

—Gracias —respondió Pimentel—. Es verdad, pero, en compensación, hay que reconocer que los españoles tienen un jamón mucho mejor que el nuestro.

17

Florencia, 1742

Desde que había sido apresado en el palacio Pitti, el caballero de Saint-Jean fue trasladado *manu militari* a la fortaleza de Basso, la imponente construcción erigida por el duque Alejandro de Medici en 1534 para ser la sede de una importante guarnición militar que controlaba a la ciudad, y al mismo tiempo poder albergar a la familia reinante en caso de revuelta popular. Después del exilio que su familia había tenido que soportar, no se fiaba de la fidelidad de su pueblo. La fortaleza poseía también en su parte más profunda los calabozos destinados a los prisioneros.

Tirado en una mazmorra sin mucha delicadeza, Saint-Jean pasó allí los tres días siguientes, preguntándose sobre su futuro, que no se presentaba demasiado halagüeño.

Intentó entender qué había pasado. Estaba claro que la guardia lo estaba esperando y eso solo podía significar una cosa: que Mariuccia lo había traicionado.

Pensándolo bien, tampoco creía que su futuro fuese tan incierto. En el fondo, solo podían acusarlo de haberse introducido en la residencia real sin autorización, pero poco más. Y contaba sobre todo con la intervención del gobernador Beauvau, que seguramente habría sido avisado de su arresto. No creía que fuese a mostrarse benevolente, teniendo en cuenta la poco entusiasta bienvenida que había tenido con él cuando se presentó en el palacio Pitti, pero el gobernador sabía que era portador de un salvoconducto firmado por el emperador e ignorarlo le podía costar caro. Contaba con el hecho de que, tarde o temprano, el gobernador lo sacaría de aquella mazmorra tan poco acogedora.

Pasaron un par de semanas antes de que Saint-Jean recibiera su primera visita. Una visita ilustre, ya que se trataba nada menos que del gobernador en persona.

Beauvau se había desplazado hasta la fortaleza de Basso para encontrarse con el prisionero. Podía haberlo hecho llevar al palacio Pitti, sin que nadie lo supiera, pero quería mostrarle a ese pretencioso quién mandaba y que la supuesta protección imperial no le impresionaba.

Los quince días que llevaba detenido no habían hecho mella en el alma de su prisionero como pensaba. Saint-Jean se mostró tan orgulloso y seguro como el día que se habían encontrado por primera vez.

—Sí que habéis tardado en venir a sacarme de esta inmundicia —le reprochó al verlo entrar en su celda.

—Las cuestiones de Estado me tienen muy ocupado —respondió tranquilamente Beauvau, que disfrutaba de ese pequeño momento.

—Durante estos días he tenido todo el tiempo para meditar sobre lo que ha podido pasar. Era evidente que la guardia me estaba esperando. ¿Cómo lo sabían? ¿Me ha traicionado la cocinera Mariuccia? ¿Es ella quien me ha vendido por cuatro *spiccioli*?

El gobernador lo miró con sorpresa, antes de contestarle:

—No, señor. Sois un ingenuo. Cómo podéis pensar que en una ciudad como Florencia, llena de espías de todos los continentes, esperando la gran noticia por la que sus patrones estarían dispuestos a pagar fortunas, podéis desembarcar desde vuestra lejana provincia e ir paseando por la ciudad de taberna en taberna pidiendo a quien sea introduciros en el palacio Pitti. No solo sois un ingenuo, sino un verdadero estúpido. Tan solo una hora después de vuestra llegada, toda la ciudad estaba ya al corriente. Y no, para vuestra información, no fue la cocinera, esa chica llamada… —El gobernador buscaba su nombre en su memoria cuando Saint-Jean vino en su ayuda.

—Mariuccia —dijo.

—Ah, sí, Mariuccia, exacto. No, ella no ha tenido nada que ver. Fue su cuñado el que nos avisó de vuestra torpe actuación.

—¿El cuñado? —Claro. Estaba tan convencido de que había sido Mariuccia que ni siquiera se había parado en pensar en el cuñado. Reflexionó un momento antes de preguntar—: ¿Y ese cuñado… es hermano del marido de ella?

Beauvau dejó escapar una carcajada.

—No, caballero, estáis equivocado. Él es el marido de la hermana de la dichosa Mariuccia. Bueno, basta de chismorreos. Salgamos de aquí, este lugar es verdaderamente lúgubre. No sé cómo habéis podido sobrevivir a tanta humedad.

Saint-Jean le lanzó una mirada furiosa. Encima el cabrón se permitía bromear sobre el tema.

Beauvau no tenía intención alguna de llevarse al ya exprisionero al palacio Pitti. Se subieron a una discreta carroza negra tirada por un par de caballos y sin escolta para no llamar la atención, y él dio orden de dirigirse hacia el Belvedere, el palacete desde el cual, en lo alto de la colina, se veía el Jardín de Bóboli. Allí podían hablar, sin ser vistos y con la máxima discreción. Beauvau solo quería que aquel hombre desapareciera de su vida.

Durante el trayecto, ninguno de los dos pronunció una palabra. Saint-Jean disfrutaba de su recuperada libertad mirando el paisaje que se veía desde la carroza, mientras el gobernador estaba pensando en cómo librarse del indeseable visitante sin atraer las maldiciones del emperador. No era fácil. De una cosa estaba seguro: Saint-Jean no podía quedarse en Florencia. Debía desaparecer. ¿Pero él lo entendería

o seguiría con sus planes? Lo descubriría pronto.

Mientras tanto, para calmar las aguas y tener tranquila a la electora, había dado instrucciones para que se suspendieran los envíos de objetos preciosos a Viena. El imperio tendría que esperar.

En la tranquilidad del Belvedere, Saint-Jean aprovechó para asearse y cambiarse de ropa. Desde el palacio habían enviado a un criado a la posada donde estaba alojado para recoger sus escasas pertenencias. Aunque a Beauvau le disgustaba compartir cualquier cosa con aquel individuo tan inútil, era perfectamente consciente de que ahora era un hombre marcado y que su permanencia en la posada solo podía traerle quebraderos de cabeza. Lo que más temía era que uno de aquellos espías que pululaban por la ciudad, conociendo las intenciones del lorenés, contactase con él para conspirar juntos, y aquel cabeza de chorlito era capaz de aceptar.

Tampoco olvidaba que tenía una carta firmada por el propio emperador que le permitía moverse por donde quisiera en el interior de las fronteras del gran ducado. Una verdadera piedra en el zapato para él.

Para estar tranquilo, era imprescindible que lo tuviera siempre controlado, y supiera cada uno de sus movimientos, y aunque le disgustara la idea, no tenía otra elección que ofrecerle la hospitalidad en el Belvedere.

—Por el momento, os quedaréis aquí, a la espera de nuevas instrucciones de su majestad. He tenido que informarle de vuestra ligereza y de vuestro torpe intento de penetrar en el palacio Pitti.

Saint-Jean no supo qué responder. Reflexionando sobre su actuación, no podía culpar al gobernador. Se había precipitado un poco, en eso le daba la razón. Ahora debía esperar las instrucciones del emperador para saber si llevar a buen fin su misión o no.

—Pero ¿me concederéis el permiso de pasear por la ciudad o tendré que considerarme prisionero en el Belvedere hasta recibir nuevas órdenes?

El gobernador reflexionó un breve instante antes de responder:

—Si me aseguráis que no intentaréis hacer algún otro disparate como ya habéis hecho, os puedo conceder cierta libertad de movimientos, siempre que no abandonéis la ciudad o toméis alguna iniciativa sin informarme previamente.

—Os lo prometo —suspiró en su interior el caballero, que ya se veía confinado entre los muros del Belvedere—. Y siento mucho por lo que habéis pasado. No era mi intención otra que…

—¡Callaos! —lo interrumpió el gobernador—. No quiero oír ni una palabra más sobre vuestras actuaciones y vuestras intenciones.

Beauvau se retiró. Saint-Jean esperaba una invitación para cenar, pero, obviamente, el gobernador no iba a hacer nada semejante, así

que desapareció sin ni siquiera saludarlo.

Le había dicho que podía salir a su antojo y pasear por la ciudad. Era lo que Saint-Jean esperaba oír, y apenas Beauvau despareció, se precipitó fuera por la puerta de atrás del palacete, la que daba a una pequeña calle poco frecuentada y aseguraba la mejor discreción a los que la usaban. Tenía una idea en la cabeza y no podía perder un minuto más.

Después de haberse asegurado de que nadie lo seguía, caminó a buen paso en dirección a la ciudad.

18

Ann y Antonio Pimentel ya habían bebido su café y habían vuelto al rompecabezas, sin obtener un resultado que pudiese llamarse como tal.

Era cierto que los textos podrían interpretarse de diferentes formas, pero, aunque las habían probado todas, ninguna de ellas fue considerada como explicación plausible. Llegado a ese punto, Ann se preguntó:

—Pero, si es tan difícil encontrar la solución, ¿quién nos asegura que el destinatario de este mensaje lo ha conseguido leer? Parece imposible.

—Si lo han escrito de esta manera seguramente fue solo porque el destinatario sabía cómo leerlo. Probablemente con un código o un sistema que aprendió de memoria.

—Es increíble que una cosa tan sencilla resulte tan complicada.

Antonio Pimentel dejó escapar una risa.

—Tan sencillo no será si estamos aquí rompiéndonos la cabeza para entender cómo funciona.

—Bueno, sugiero que por el momento lo dejemos. Tal vez con la cabeza descansada se nos ocurra algo. La verdad es que estoy agotada.

—De acuerdo. Pues nos vemos en los próximos días con ideas frescas —concluyó Pimentel.

Se despidieron con un abrazo.

19

Florencia, 1742

Hacía más de dos horas que Saint-Jean esperaba escondido en la esquina entre dos calles. Para no atraer la atención, de vez en cuando cambiaba de posición, moviéndose al siguiente cruce, para luego regresar a su primera posición, porque desde allí tenía una mejor vista sobre la puerta de entrada del personal del palacio Pitti.

Esperaba a alguien y sabía que, en un momento dado, tenía que pasar por esa puerta. Temía también que uno de los guardias que lo habían arrestado lo reconociera y sospechara de sus intenciones, pero era un riesgo que debía correr.

El tiempo se le hizo eterno, y hasta llegó a dudar de si valía la pena exponerse así al peligro de ser descubierto, pero siempre llegaba a la misma conclusión: ¿tenía algo mejor que hacer en esa ciudad desconocida para él?

Finalmente, la persona que esperaba salió y se dirigió hacia él. Mariuccia estaba más guapa que nunca.

* * *

Anna Maria Luisa entró en uno de los parterres del extenso jardín de la villa, en el que crecían las hierbas aromáticas utilizadas para dar realce a los platos de las cocinas de palacio; caminó por los senderos con la mirada relajada y el rostro pensativo… Era el efecto beneficioso que le daba la estancia en La Quiete; esa villa había sido siempre de las más queridas por sus antepasados y debía su nombre a un fresco titulado: *La Quiete che domina il vento*. Esa quietud era la que necesitaba para encarar las preocupaciones que la asaltaban al final de sus días.

En el palacio Pitti, entre obligaciones y protocolo, poco tiempo tenía para pensar.

Desde hacía unos días tenía una idea en mente que la rondaba, pero no sabía qué hacer. En esos momentos, en situaciones como aquellas, era cuando más echaba en falta a una íntima amiga con quien compartir opiniones y pensamientos.

La marquesa Rinuccini era la más fiel de sus servidoras, pero a sus años era ya demasiado mayor para compartir con ella el proyecto que se abría camino en su mente. No tenía sentido confiarle un encargo si iba a ser la siguiente en seguirla a la tumba. Se persignó en un acto reflejo, llevándose las manos a la cabeza y el pecho con un gesto mecánico y repetido para que Dios la perdonase por haber tenido ese mal pensamiento.

La electora estaba al corriente de que existía en Florencia y, por

lo que había oído decir, en toda la Toscana, un movimiento más o menos secreto llamado «I Palleschi». Partidarios incondicionales de los Medici que se reunían en secreto, desafiando el poder de los Austrias. Eran hijos o descendientes de antiguos caballeros de la Orden de San Esteban, creada por Cosme I, y cuya insignia era en la actualidad la más alta condecoración concedida por el gran duque. Aquella orden se había hecho célebre en el mundo entero por su valentía y su determinación luchando contra los turcos. Fueron, en sus tiempos, el brazo armado del gran ducado. Todos los grandes nobles de Toscana eran o habían sido miembros de la orden.

Al margen de eso, algunos caballeros, cuando la sucesión al trono fue decidida fuera de sus fronteras, no se mostraron en absoluto de acuerdo con la solución impuesta por las grandes potencias, y sostenían que la sucesión del último gran duque, Gian Gastone, debía recaer en otro miembro de la real casa de los Medici, y no en un extranjero.

Un primo más o menos cercano, el príncipe Giuseppe de Medici, ya había avanzado sus pretensiones y reclamaba el trono para él y sus descendientes. Aunque esta propuesta fuera definitivamente descartada, sobre todo por el emperador y por las potencias extranjeras, la idea había germinado en muchos de estos caballeros para sostener dicha candidatura, la más cercana por derecho de sangre a la línea del gran ducado. De ahí la creación de este movimiento secreto al cual la electora había evitado apoyar, al menos en público, por no correr el riesgo de verse a su vez involucrada, lo que hubiera comprometido su posición, su prestigio y sus buenas relaciones con los nuevos gobernantes.

El nombre «Palleschi» tenía su origen en el grito de guerra de los partidarios de los Medici, ya desde el lejano Renacimiento, en una clara alusión a las bolas del escudo mediceo, las famosas *«palle»*.

Pero ahora que sentía que se acercaba el final, y veía con horror el expolio y los abusos de los nuevos supuestos sucesores, la electora pensaba que tal vez pudiera ser una buena, y quizás última, jugada en contra de la imposición de los Habsburgo-Lorena, el apoyo discreto a dicho movimiento sin comprometerse. La posibilidad la mantenía pensativa… Era peligroso…, pero al mismo tiempo le gustaba.

La marquesa Rinuccini le había mencionado en una ocasión ese movimiento promediceo, pero ella con un gesto de desdén le había ordenado que se callara. No quería oír hablar de movimientos subversivos, aunque fueran a favor de su dinastía.

Ahora esa idea la perseguía. ¿Podía ella sostenerlos económicamente o incluso ayudarles a contar con algún apoyo externo…? Debía pensarlo con detenimiento.

Se enfrentaba a sentimientos contradictorios. Iba en contra de sus

principios y de su educación hacer una cosa como esa, pero el hecho de poder responder a los abusos de los Austrias representaba para ella también un aliciente.

Descartada la Rinuccini por cuestiones de edad, ¿de quién se podía fiar la electora lo suficiente para apoyarse en ella? No solo tenía que ser una persona en quien pudiese confiar, sino también alguien que fuese completamente leal a la Casa de los Medici.

Mientras la idea continuaba rondando por su cabeza, recordó también una entrevista que había tenido con el enviado especial en Toscana de su primo el rey de Francia. En esa ocasión, el embajador francés le había remitido unas cartas privadas de Luis XV que ella inicialmente había descartado al no considerarlas demasiado útiles, pero ahora entendía que podían servirle.

En esas cartas, Luis XV le comunicaba un código secreto que solo ellos dos y un par de secretarios conocían. Se trataba de un código especial para mantener una correspondencia confidencial sin que nadie pudiera leerla en caso de ser interceptada.

En sus cartas, Luis XV explicaba también a su prima cómo se debía usar para que nadie sospechara. El concepto era sencillo y consistía en utilizar un libro cuyo texto hiciera referencia al arte o a la descripción de objetos, no un libro de política, sino algo trivial, de entretenimiento, y en el texto ya escrito, destacar discretamente en el dorso el mensaje, mientras se subrayaban palabras y páginas de modo aleatorio. A ella le había parecido inicialmente muy fantasioso que el rey pensase que ella iba a emplear tal código, pero ahora entendía el cuidado que había tenido su primo a la hora de proteger sus conversaciones de la maliciosa curiosidad de otros. Luis XV era un visionario, y tenía grandes estrategias para llevar adelante sus planes; conocía los peligros a los que se debían enfrentar con la correspondencia secreta o privada.

Repasando mentalmente a su personal de confianza, concluyó que solo una joven condesa de su círculo podía eventualmente ser esa persona fiable, aunque su juventud jugaba en su contra. Antes de confiar en ella, Anna Maria Luisa debía probar su fidelidad sometiéndola a alguna prueba que le demostrase su total entrega a la causa de su familia.

Convocarla en La Quiete podía levantar sospechas. Por ese motivo, dio instrucciones a la marquesa Rinuccini para que le llevaran desde el palacio Pitti el inventario de sus bienes. Sabía que la Rinuccini enviaría a la persona más joven, y así se evitaba ella hacer un viaje a la villa; no se equivocaba…

Simonetta Caetani-Spina, la joven condesa, llegó acompañada de un lacayo que portaba una voluminosa bolsa de cuero rojo.

Mientras la joven se inclinaba en una profunda reverencia, la

electora la observó detenidamente con especial atención.

¿Hacía bien en confiar en aquella joven y guapa muchacha?

Simonetta no era muy alta, pero tenía el pelo más oscuro que el ébano y los ojos de un verde profundo, con una piel sonrosada que indicaba su buena salud.

—Qué se cuenta en palacio, Simonetta. ¿Hay novedades? —preguntó para que la joven se relajase, ya que parecía un poco nerviosa.

—Nada en particular, alteza. Lo habitual de cada día. El señor gobernador ha dado instrucciones para que vuestros apartamentos estén preparados para recibiros, en el caso de que vuestra alteza decidiera volver a Florencia.

Anna Maria Luisa sonrió. Era propio de Beauvau. No le gustaba que nada estuviese fuera de su campo visual y en un lugar donde no podía controlarla.

—¿*Monsieur* de Beauvau os ha dado por caso algún mensaje para mí?

—No, alteza real, o por lo menos no con palabras, pero se veía por su nerviosismo que está impaciente por veros volver a palacio.

20

Ann Carrington salió de la casa de Pimentel con la cabeza todavía llena de incógnitas sobre cómo descifrar el código. Necesitaba tomar el aire.

Miró desanimada hacia la calle en cuesta que se abría delante de ella. No estaba segura de tener el coraje de afrontarla. Últimamente se había dedicado poco a mantenerse en forma, y empezaba a resentirse de su escasa actividad física. Pero se esforzó a no desanimarse por una simple pendiente y empezó a subir en dirección a la plaza del Príncipe Real. Al llegar al final de la empinada cuesta, tuvo la duda momentánea de si ir directamente hacia la izquierda, bajando la calle de la Escola Politécnica hacia el *parking* donde había dejado su coche, o ir a la derecha, hacia la plaza del Príncipe Real y tomarse un último café bajo los plátanos en uno de esos quioscos tan agradables.

Se decidió por esta última opción. La plaza estaba apenas a unos doscientos metros.

Encontró una mesita libre en el primer quiosco que hacía esquina con la plaza. En esa época, Lisboa estaba a rebosar de turistas. Se los veía deambular por las calles, con un aire un poco cansado de subir y bajar por la calzada pombalina. Aquel empedrado de las aceras podía ser muy bonito, pero también era muy resbaladizo si no se llevaba el calzado correcto. Se había dado cuenta de que las elegantes señoras caminaban sin quitar la vista del suelo, buscando el ángulo perfecto donde apoyar el pie… Lisboa era una ciudad encantadora y llena de atractivo, pero tenía siete colinas, parecidas a las de Roma, y uno no paraba de subir o bajar entre barrios.

Pidió un café y se dedicó a su pasatiempo favorito: estudiar a las personas de su entorno con ojo crítico. Todas las mesas estaban ocupadas. Eran pequeñas, de hierro, pintadas de verde oscuro, en donde se podían acomodar solo un par de personas. Intentó percibir por los idiomas si había algún portugués, prestando especial atención a las conversaciones de sus vecinos más próximos, pero solo oía francés e inglés. En una de las mesas había un hombre que bajaba la cabeza cada vez que ella miraba en su dirección. Fingió no haberse dado cuenta de su actitud, pero por el rabillo del ojo lo pilló un par de veces mirándola, mientras creía que ella tenía la vista en otra dirección.

Al cabo de un rato, se cansó de su jueguecito y pensó que era hora de volver al coche y a su habitación en el campo. Se levantó y se fue en dirección del *parking* justo frente al palacio de la Procuradoria Geral da República.

Miró una última vez hacia la mesa del desconocido, pero este ya

no estaba. Se había levantado sin que ella se hubiera dado cuenta. Miró a su alrededor, para controlar si lo veía alejarse en alguna dirección, pero nada. Había desaparecido completamente.

Mientras bajaba la calle de la Escola Politécnica, le dio la extraña sensación de que alguien la seguía. Se giró varias veces, pero no vio nada sospechoso. Eran imaginaciones suyas. Sonrió para sí misma. ¿Se había vuelto paranoica?

Cuando llegó a su habitación, empezó a fotografiar cada página del libro con su móvil de última generación con tres cámaras incorporadas. Tenía que enviarle el original a Philipp, que lo reclamaba, pero quería guardar una copia para seguir con su investigación. Hubo un momento en que pensó en llevarlo a una fotocopiadora, pero temía que no lo trataran con cuidado. Era un libro antiguo que necesitaba ser manipulado con cierta consideración debido a su antigüedad.

Después tenía que encontrar la forma de enviarlo. Ignoraba si en la zona había DHL o una compañía similar, porque no se fiaba del correo normal. Pero no creía que tuviese problema en encontrar alguna compañía de transportes en internet, y eso fue lo que hizo. En la vecina ciudad de Setúbal había varios operadores internacionales, y como su primera idea había sido DHL, fiel a su instinto eligió esta compañía, así que embaló el libro cuidadosamente entre varias capas de plástico de burbujas y se lo envió a Phillip, no sin antes contratar un seguro en la misma compañía.

El segundo volumen se lo guardó para su investigación. Todavía debía decidir si se lo devolvía a la generosa Teresa o si aceptaba su donación.

Un par de días más tarde, Philipp recibió el libro, y fiel a la política de transparencia de la universidad, mandó publicar una nota en la cual se informaba de que se había adquirido un precioso volumen del siglo XVIII que trataba del famoso diamante de los Medici. A continuación, lo envió al departamento de restauración y digitalización pertinente.

21

Florencia, 1742

Anna Maria Luisa había encontrado el sistema para descubrir quién era fiel a la causa de su familia y quién no.

Estaba sentada en un sillón, rodeada de un selecto grupo de sus damas de compañía, de las más íntimas, las que solían acompañarla cuando se movía de una residencia a otra. Eran media docena como máximo. Algunas se dedicaban a bordar pequeños pañuelos, mientras una de ellas leía en voz alta un libro y se detenía de vez en cuando para permitir a las otras hacer comentarios.

A la electora le gustaba mucho este tipo de entretenimiento.

Le hubiese encantado que alguna de sus damas leyese algún libro en alemán. Le recordaría su larga estancia de veinticinco años en la corte de Düsseldorf, cuando era soberana de ese país ahora tan lejano, pero se temía que entre las damas de su séquito que hablaban este idioma estarían sobre todo las que habían llegado con los nuevos soberanos. Estas tenían encargos protocolarios en la corte que ella misma no había querido suprimir, para evitar un enfrentamiento con los Austrias. Pero no se fiaba de este grupo. Sospechaba que corrían al despacho del gobernador a desvelar el más mínimo detalle de sus conversaciones. Naturalmente, eran excluidas discretamente del selecto grupo que la seguía en sus cambios de residencia.

Aprovechó la pausa en la lectura que hizo la dama para introducir discretamente el tema de la nueva casa reinante.

—No es posible entender a esta gente, que después de haber acumulado tantas posesiones por media Europa, sigan siendo unos muertos de hambre que tienen que recurrir a mis bienes para cubrir sus gastos.

Lo expresó en voz baja, casi en un susurro, como si hablase consigo misma, mientras se fijaba con mucha atención en la cara de cada una de sus damas. La mayoría se quedaron impasibles, una esbozó una sonrisa y otra mostró un gesto de disgusto. Anna Maria Luisa se quedó extrañada ante las escasas reacciones que provocaron sus palabras, y percibió que todas eran extremadamente prudentes ante un tema que ya era conocido por todos: el del expolio de los bienes mediceos…

Un rayo del pálido sol otoñal que entraba por el gran ventanal iluminó la cara de la condesa Caetani-Spina. Parecía concentrada en su bordado, pero la electora notó que la joven no pudo disimular una ligera sonrisa, mientras negaba discretamente con la cabeza. «Sí —pensó—, esta parece compartir mi opinión», pero como naturalmente no había preguntado a nadie en particular, las damas, al no ser

interpeladas personalmente, siguieron el protocolo de no responder a su alteza.

Más tarde, la electora encomendó diversas tareas a cada dama, sin dar ninguna a la condesa Caetani-Spina, para despejar la sala y quedarse a solas. La electora se acercó discretamente a la joven condesa, y sin mirarla, pero manteniendo los ojos fijos en dirección a las otras, dijo en voz baja:

—Condesa, ¿sabéis alguna cosa de ese grupo que se llaman a sí mismos los Palleschi?

La Caetani-Spina no pudo reprimir un gesto de sorpresa, mientras, un poco nerviosa, levantaba la cabeza en dirección a su señora, y sin dejar de mirar también a su alrededor, respondió casi susurrando:

—Por supuesto, alteza, como todos los que somos de Florencia.

—¿Y tendríais la capacidad de informarme discretamente de los nombres de algunos de sus seguidores aquí en Florencia?

—Lo puedo intentar, alteza. Con vuestro permiso, se lo puedo pedir a mi hermano mayor, Francisco, que de estas cosas entiende más que yo.

—¿Es de fiar?

—Es la persona más honorable que conozco.

La electora la miró fugazmente, escrutando su rostro con gravedad, pero al mismo tiempo dando a entender su complicidad, y respondió:

—Está bien, pero con la máxima discreción. Y no digáis nunca que he sido yo la que os he pedido esta información.

—Podéis contar con nuestra fidelidad, alteza. Nuestra familia no será florentina como otras que pueden jactarse de muchas generaciones de pertenencia a esta tierra, pero mi bisabuelo fue el primero en instalarse en Toscana, y siempre hemos sido fieles servidores de vuestro queridísimo padre, el gran duque Cosme III.

La electora hizo un rápido cálculo. Claro, su padre había reinado durante más de cincuenta años. Eso explicaba que el padre, el abuelo y el bisabuelo de la Caetani-Spina hubieran conocido solo su largo reinado y no el de su propio abuelo Fernando II.

—Sí, ya me acuerdo —dijo finalmente Anna Maria Luisa—. Conocí a vuestro abuelo. Fue uno de los gentilhombres que formaba parte de mi séquito que me acompañó al Palatinado para mi matrimonio. Hace ya muchos años de eso. Sois originalmente del reino de Nápoles, ¿no es así?

—Del reino de Sicilia, alteza. Mi bisabuelo nació en Palermo. Somos toscanos por adopción desde entonces. Y orgullosos de serlo y de servir a vuestra ilustrísima familia.

—Ni una palabra al resto. Ruego que os mováis con la máxima

discreción.

—Sin ninguna duda, alteza. Podéis contar con ello.

Luego la condesa Caetani-Spina hizo una reverencia y desapareció. Tenía prisa por cumplir con el encargo de su señora. Abandonó la villa pensativa. Era la primera vez que la princesa hablaba del tema. ¿Qué intenciones tenía? Era muy raro ese repentino interés por los Palleschi. Hablaría con su hermano mayor. Sabía de sus actividades secretas, aunque nunca lo habían comentado en casa. Seguramente, muchos miembros de su familia eran miembros de los Palleschi. Debía ser prudente…

22

El hombre estaba sentado en la cafetería en la esquina de la vía Pisana y Porta San Frediano, a pocos pasos del río Arno. Parecía que estaba leyendo distraídamente un periódico, tomando tranquilamente su café. En realidad, estaba controlando con suma atención lo que pasaba en la acera de enfrente.

Allí mismo había una librería especializada en libros antiguos, la más concurrida de la zona, ya que exponía asimismo las últimas novedades literarias y los libros más vendidos del momento.

Desde su posición, el hombre veía entrar a diferentes personas y, en ocasiones, en grupos de tres o cuatro, charlando amigablemente entre ellos. Hasta ahora, había calculado que debían de ser más de una veintena. Lo curioso era que, si uno se acercaba a la puerta y miraba al interior, no veía a un grupo de hombres mirando y buscando entre las antiguas estanterías llenas de libros, sino solo a un vendedor, un hombre de edad avanzada sentado al lado de la caja, entretenido en leer una hoja de publicidad que un chico joven encargado de distribuirla le había dado por la calle.

El hombre sentado en la cafetería de la acera de enfrente lo sabía y no le preocupaba. Su deber era controlar que sus hermanos no fueran seguidos por un indeseable. Nadie debía saber que ese grupo de hombres se reunían en la sala que estaba en la segunda planta del edificio, justo encima de la librería, a la cual se accedía a través de una escalera discretamente incorporada detrás de una falsa estantería. Si no fuera por la existencia de la librería, cualquiera que estuviese sentado en la cafetería de enfrente, al ver entrar a tantos hombres en ese edificio, se podría preguntar adónde iban. La librería era una perfecta tapadera. De hecho, ese mismo grupo de hombres habían adquirido ese local de la segunda planta hacía muchos años, mucho antes de que se instalara la librería. Antes que esta existiera, al acceso al local se hacía por una puerta trasera del edificio que desembocaba en una escalera, pero al liberarse el local que daba a la vía Pisana, el grupo de amigos lo habían comprado para fundar la librería.

Cuando el hombre calculó que todos los que esperaba habían llegado, pagó su café y cruzó la calle. En la segunda planta lo aguardaban sus hermanos.

Los hombres venían vestidos con su ropa, y antes de entrar en la sala de reunión pasaban por una pequeña habitación llena de armarios, donde guardaban sus pertenencias personales. Cuando la reunión era importante, como ese día, vestían la capa color amaranto con la cruz de San Esteban bordada en la parte derecha del pecho y colgaban al cuello el cordón dorado que soportaba la medalla de oro

con la figura de la electora palatina en un lado y en el otro lado la imagen del príncipe Giuseppe de Medici, el pretendiente, que ellos, los Palleschi, consideraban como el único legítimo heredero.

Ningún otro símbolo distinguía a unos de los otros. Ni siquiera el que ocupaba el puesto más alto de la jerarquía, el maestre. Solo se diferenciaba de los demás por un casquete parecido al que usaban los turcos bajo el Imperio otomano, del mismo color que la capa. Era extraño que ellos, los descendientes de estos caballeros de San Estaban que habían combatido precisamente contra los turcos, hubiesen adoptado su fez como símbolo de distinción. Ellos eran los Palleschi, la organización que había sobrevivido más de tres siglos desde su creación, y que todavía mantenía un poder en la sombra nada desdeñable.

Aunque inicialmente la hermandad había sido creada y destinada exclusivamente a hombres, que debían demostrar cuatro cuartos de nobleza para poder ser iniciados, ya a mediados del siglo XVIII se fundó una sección femenina, impulsada por una de las damas más jóvenes de la electora palatina, poco tiempo después de su muerte, la condesa Simonetta Caetani-Spina.

Inicialmente, la hermandad de los Palleschi fue establecida para revindicar y defender los derechos de la dinastía de los Medici, en contra de la dinastía extranjera instalada en el poder por las potencias europeas, pero, con el paso del tiempo, se había inclinado más a la búsqueda del poder en la sombra, intentando ocupar los puestos más altos de la jerarquía del Estado. Desaparecido el gran ducado, conservaron sus principios bajo los sucesivos gobiernos. Algunos de ellos, en la actualidad, mantenían puestos claves de poder.

Sentados en torno a una gran mesa semicircular, de manera que todos pudiesen verse, el que ostentaba el mando pidió silencio. Como todos se conocían, al pertenecer en su mayoría a grandes familias de la aristocracia toscana, le resultó difícil conseguir que se callaran. La jefatura era un puesto más simbólico que real y solo servía para dirigir los debates, así que al que ocupaba en ese momento el cargo, el marqués Rinuccini, le costó un poco silenciar a sus colegas.

—Vamos, señores. Un poco de orden —dijo en voz alta, tratando de hacerse oír entre el ruido y las risas de los compañeros que casi nunca se veían, si no fuese por las reuniones de la hermandad—. Tenemos que discutir una cuestión importante.

Se hizo el silencio. Todos estaban expectantes por conocer el motivo de aquella convocatoria. Hacía meses que no se reunían.

—Uno de nuestros hermanos que reside en Estados Unidos me ha informado de un hecho importante que acaba de ocurrir en ese país. —Los otros lo miraron con renovada atención—. Al parecer —siguió el marqués—, una universidad local ha publicado la noticia de que

habían adquirido un libro antiguo. Por lo que dicen, creo que se trata del nuestro. El que habla del diamante de los Medici, y que contiene el mensaje secreto de nuestra querida patrona, su alteza la electora palatina.

Todos se miraron sorprendidos.

—¿Y de dónde ha salido? Hace años que estamos buscando ese libro —preguntó uno de los hermanos.

—Por lo visto, de una subasta que hubo en Portugal hace poco.

—¿Y qué te hace pensar que es precisamente el nuestro? —quiso saber otro.

—No lo sé con total exactitud, pero ¿cuántos libros de esa época y escritos por el mismísimo Pompeo Studentoli sobre ese tema en concreto habrá? De todas maneras, el hermano que ha descubierto esta información tratará de averiguarlo. Si es propiedad de una universidad, pronto será puesto a disposición de quien quiera verlo. No sé si lo dejarán consultar, cosa que dudo, pero solo al ver la cubierta, él sabrá si es el nuestro o no. Ya le he enviado toda la información que tenemos sobre él.

23

Ann Carrington estaba haciendo el equipaje. No tenía mucho que empaquetar, así que en poco tiempo ya estaba lista. Miró a su alrededor para asegurarse de que no se había olvidado de nada, y todo le pareció en orden.

Consideraba que ya no tenía nada más que hacer en Portugal. Volvería a Madrid, donde quería quedarse unos cuantos días para visitar la ciudad y sus museos, aprovechando así su estancia en Europa antes de volver a casa.

Llamó a Pimentel para despedirse y darle las gracias por la ayuda que le había proporcionado durante su estancia y prometieron volver a verse en una próxima ocasión. Su viaje a Portugal había sido interesante, pero le quedaba un cierto regusto amargo por no haber sido capaz de descubrir el mensaje escondido en el interior del libro. Se consolaba pensando en que, cuando tuviera algo de tiempo, podía dedicarse a ese rompecabezas y, con un poco de suerte, tal vez lo solucionaría.

En Madrid había reservado un apartamento con Airbnb. Estaba situado en el barrio de los Austrias, a dos pasos del Palacio Real y cerca de la Ópera, en la calle Santa Clara. Era un tercer piso sin ascensor y lo había elegido por el precio y por la ubicación, aunque ahora se arrepentía al no haber tenido en cuenta que subir tres pisos sin ascensor todos los días era una gran pesadez. Pero, por otra parte, le permitía también hacer algo de ejercicio que tanto echaba en falta. El apartamento era luminoso y grande y, sobre todo, tenía un buen *feng shui*, algo importante para ella. Cuando lo había visitado por primera vez, había sentido esta vocecita escondida en su interior que le decía: sí, eso es. ¡Es perfecto para ti! Había un gran salón, muy luminoso, tres habitaciones y dos baños. Demasiado para ella sola, pero era el único disponible en la zona que ella quería.

Consultó internet para programar todo lo que deseaba ver en Madrid. No había decidido todavía cuántos días se quedaría. Tampoco podía alargar indefinidamente su estancia, pero le gustaría permanecer allí por lo menos una semana.

Después de haber deshecho su pequeña maleta y ordenado sus cosas en el armario, se preparó para dar una vuelta por el barrio y así conocerlo. Hacía un día estupendo, soleado y con un calor agradable.

Empezó por la plaza situada enfrente de la Ópera. Había unas cuantas terrazas y se dejó seducir por una que estaba al sol para su primer café madrileño.

Mientras se dedicaba a su deporte favorito, que era observar la gente a su alrededor, le pareció descubrir una cara que le resultaba

familiar. No sabía con certeza dónde la había visto, pero estaba convencida de que la conocía. Buscó en su memoria, pero no supo ponerle nombre ni recordar de qué le sonaba. Era un hombre de cierta edad, de unos cincuenta años, bien vestido y de aspecto cuidado. De vez en cuando, lanzaba una discreta mirada en su dirección, aunque, por muy discreta que fuera, a Ann, que lo observaba con el rabillo del ojo, no se le escapó.

Pagó su café y se levantó para irse, no sin antes echar una última ojeada a aquel hombre, pero ya había desaparecido. Había sido suficiente un momento de distracción, el tiempo de pagar su café.

De golpe recordó una situación similar, en la plaza del Príncipe Real de Lisboa. Ahora se acordaba perfectamente. Se trataba del mismo hombre.

24

Florencia, 1742

Simonetta Caetani-Spina esperó a que las otras damas se retiraran para quedarse a solas con la electora. Tenía la lista que le había pedido. Cuando la última dama salió de la estancia, Caetani-Spina sacó el papel de un bolsillo escondido en su corsé y se lo tendió a la princesa.

Anna Maria Luisa tenía mal especto. Parecía cansada y se movía lentamente, como si estuviese sufriendo algún dolor en alguna parte secreta de su cuerpo, pero como en ningún momento se había quejado, era difícil adivinar si sufría o simplemente estaba cansada. Cogió el papel que le tendía la joven y se lo acercó a la cara. Hacía ya algún tiempo que su vista había menguado y leía con dificultad.

—¿Están todos en esta lista? —preguntó, como si aquella relación le pareciera demasiado corta.

—He anotado solo los más importantes y las personas que sé que vuestra alteza conoce. Hay más, pero son desconocidos o gente insignificante.

Anna Maria Luisa reconoció muchos de los nombres. Casi toda la alta aristocracia toscana estaba presente. Algunos habían formado parte de su corte en los últimos años, otros le resultaban conocidos, aunque nunca los había frecuentado. Sintió alivio al no ver ningún miembro de su familia. Por lo menos eso demostraba que sus primos habían tenido la decencia de no comprometer la dinastía. Hubiese sido embarazoso. Había temido encontrar el nombre de Giuseppe, su primo, el llamado pretendiente, pero, gracias a Dios, no estaba. Notó igualmente los que faltaban. Algunos de gran calado. ¿Significaba que ya se habían sometido a la nueva dinastía? No tenía el valor de criticarlos. Era aceptar o no una realidad. Los Austrias estaban en el poder, y probablemente allí estarían durante algún tiempo.

Se dirigió finalmente a la joven condesa Simonetta, que esperaba en silencio algún comentario.

—Voy a meditar un poco sobre esta lista. Mañana os daré tres o cuatro nombres. Todavía tengo que decidir quiénes. Quiero que los convoquéis. Ha de ser una reunión secreta. Nadie en absoluto debe saber que me he encontrado con ellos. Ni ellos mismos sabrán con quién se van a reunir cuando se lo comuniquéis. Creo que lo más oportuno es recibirlos en Cerreto Guidi. Es una villa bastante apartada adonde no suelo ir. Si el gobernador llega a saberlo, y seguro que sus espías le informarán de ello, le diremos que quería controlar el inventario de la villa. Que cada uno piense que es el único invitado. Se dará cuenta de que no es así cuando llegue y se encuentre con los

otros. ¿Está todo claro?

—Sí, alteza.

—Usad el nombre del conde Astensi para atraerlos. Es consejero de *monsieur* de Beauvau, y acabo de ver su nombre en la lista. Nos será útil. A Astensi decidle que quiero verlo en la villa de Cerreto Guidi para controlar algo del inventario de las donaciones que pretendo dar a algunas personas. Regalos personales para mis fieles servidores. Seguro que lo entiende y no sospechará nada.

La villa de Cerreto Guidi estaba a unas treinta leguas de la capital. De todas las villas mediceas dispersas por todo el territorio toscano era la que menos se utilizaba. Fue comprada por Cosme I, que la había transformado en una lujosa residencia de caza. De dimensiones relativamente modestas, su aislamiento permitía un encuentro discreto, y en cuanto a los escasos sirvientes que en ella había, se les habían encomendado pequeños encargos fuera de la villa, de manera que nadie pudiera contar que había visto a la electora conversar con caballeros de alta cuna.

El marqués Frescobaldi, el marqués Antinori, el conde Guglielmini y el marqués Puccini no se sorprendieron cuando un mensajero los convocó individualmente a la villa de Cerreto Guidi por orden del consejero conde Astensi, con la excusa de averiguar algo sobre el legado de algunas piezas que se encontraban en la villa y que la electora iba a regalar a ciertas personas de su entorno. Cada uno consideraba un honor ser llamado a participar en ese inventario y alguno se equivocó al pensar que sería el destinatario de la generosa donación de la electora.

Se sorprendieron al ver llegar uno a uno a los otros invitados.

Astensi los reunió en la gran estancia que se encontraba en el ala sur de la villa-palacio, y que había sido, dos siglos antes, la habitación de la princesa Isabel de Medici y supuestamente donde fue asesinada por su marido.

Se miraron unos a otros, con cara de sorpresa, expectantes por conocer cuál era el motivo de aquella convocatoria, totalmente inusual, y alguno de ellos empezó a sospechar que la excusa del inventario era solo una estratagema para reunirlos. Siendo todos miembros de los Palleschi y conociéndose perfectamente, a ninguno se le ocurrió que sus vidas podían correr peligro.

—Queridos amigos —dijo Astensi cuando todos hubieron llegado —, antes de empezar, debo informaros de que estamos esperando todavía a otro invitado, que es quien me ha pedido que organizara esta pequeña reunión. Es inútil decir que nadie, absolutamente nadie, debe saber de este encuentro. Habéis sido elegidos por vuestra discreción y pertenencia a cada una de las grandes familias del gran ducado.

Los cuatro hombres se miraron con cara de sorpresa. ¿Qué se estaba tramando? Astensi era uno de ellos, y alejado de cualquier sospecha, pero todo era muy raro.

—¿Tiene que ver con nuestra hermandad?

—Con certeza no lo sé.

Iba a añadir algo cuando una de las puertas que conducía a una estancia interior se abrió lentamente. Al ver entrar a la electora en persona, todos se quedaron maravillados y se inclinaron profundamente. Iba seguida por una de sus damas de honor, la condesa Caetani-Spina.

Anna Maria Luisa iba vestida toda de negro y tenía el rostro parcialmente recubierto por un velo, pero todos la reconocieron de inmediato, a pesar de que la princesa no aparecía en público desde hacía muchísimo tiempo.

Se acercó con paso lento al grupo y les tendió su mano para que se la besaran. Antinori, el más emocionado, puso una rodilla en el suelo mientras besaba la augusta mano. Era un honor increíble, un privilegio único ser admitido en su presencia, sobre todo desde que había muerto su hermano, el gran duque Gian Gastone, y desde que ella vivía completamente retirada.

Se murmuraba que estaba enferma e intentaron leer en su cara una señal de esta debilidad, pero Anna Maria Luisa se mantenía erguida, más regia que nunca, y el velo disimulaba suficientemente su rostro para esconder su verdadero estado de salud.

—Señores —empezó con la voz profunda que la había caracterizado siempre, mirando fijamente a los ojos a cada uno de los presentes—, os he reunido hoy aquí para informaros de que estoy al corriente de vuestras actividades. No he venido para juzgaros ni daros instrucciones, pero si de verdad queréis favorecer en algo a mi desgraciada casa, hay una cosa que podéis hacer. —Hizo una pausa, estudiando la reacción de cada uno. Por el momento estaban pendientes de sus palabras—. Como ciertamente sabéis, cada noche salen del palacio Pitti decenas de carros cargados con mis bienes, dirigidos a Viena, pese a haberse firmado un acuerdo prohibiendo la exportación de mi herencia. He destinado mis bienes al Estado toscano, no al Imperio austriaco. Probablemente lo mismo ocurre en mis otras residencias. Es un acto intolerable al cual os pido que pongáis fin. Quiero que detengáis cada uno de esos carros y recuperéis el contenido. Son mis posesiones —alzó un poco la voz—. Os daré luego instrucciones sobre qué hacer con ellas. ¿Puedo contar con vosotros?

Se miraron unos a otros, buscando un gesto afirmativo que no necesitaba de palabras. Fue Antinori el primero en hablar.

—Vuestra alteza puede contar sin ninguna duda con la

colaboración de sus más fieles servidores. Es un gran honor para nosotros poder ayudar a salvar los tesoros de vuestra augusta familia, a la cual somos todos muy fieles. Lo que está ocurriendo es inaceptable y una verdadera infamia.

Anna Maria Luisa escuchó satisfecha las palabras del marqués. No dudaba de la fidelidad de esos hombres, aunque, pidiéndoles que actuaran contra el gobierno establecido, era algo parecido a incitarlos a la rebelión, y era eso lo que la molestaba. Jamás habría imaginado encontrarse en la tesitura de pronunciar aquellas palabras. La colocaban en una situación muy delicada. Interiormente, lo consideraba un último acto desesperado para salvar lo salvable. Y, además, el robo de sus bienes era también un acto contrario a lo establecido por el Pacto de Familia, así que no había otro remedio.

Antes de separarse, les hizo jurar que mantendrían aquella reunión en secreto, y les informó de que, a partir de ese momento, sería la condesa Caetani-Spina quien actuaría como mensajera. Las instrucciones serían comunicadas al conde Astensi, que se las transmitiría a ellos. Astensi fue elegido por su puesto en el gobierno. Podía controlar más fácilmente lo que pasaba e informar de cuándo sería el próximo convoy con destino a Viena.

25

Florencia, 1742

Desde que había sido liberado, Saint-Jean estaba intentando descubrir dónde vivía Mariuccia. La chica le había gustado mucho desde su primer encuentro, y ahora que sabía con certeza que ella no le había traicionado, tenía ganas de volver a verla.

No tenía ni idea de por dónde empezar, y se le ocurrió que lo mejor era volver a su antigua posada y esperar para encontrarse con el cuñado de ella, el mismo que lo había denunciado.

Cuando llegó había pocos clientes. Era temprano y la taberna no solía llenarse hasta pasadas las siete de la tarde. A esa primera hora de la tarde, solo unos pocos de los habituales hacían un alto para refrescarse con una cerveza.

El dueño lo recibió con la misma cortesía de siempre. Para él, Saint-Jean era un caballero que pagaba bien y era el tipo de cliente al que apreciaba. Era cierto que había desaparecido durante algunos días, pero no era problema suyo, y la discreción le recomendaba no preguntar a dónde había ido.

Esa tarde, el cuñado de Mariuccia no apareció, y Saint-Jean se quedó desilusionado. Eso significaba que no iba a ver tan pronto como desearía a la bella Mariuccia. De todas maneras, poco tenía que hacer, así que no tenía prisa.

El anfitrión le ofreció la misma habitación que solía ocupar, y Saint-Jean la aceptó de buen grado. Era espaciosa y luminosa y la gran ventana daba precisamente a la calle y le permitía controlar a los transeúntes. Si el cuñado iba a la taberna, no se le escaparía.

Aburrido, se dio un paseo por el mercado de San Lorenzo, por pasar el rato. Los florentinos eran gente discreta y no gritaban las características de sus mercancías como había visto en otros sitios. Todo lo contrario, casi parecía que cliente y vendedor hablaban en voz baja, como si la cuestión del precio fuera un tema personal que los de al lado no debían saber.

Mirando entre la multitud, creyó descubrir a una figura casi familiar, pero desapareció inmediatamente detrás de un puesto que vendía quesos, para luego reaparecer cerca de otro atiborrado de hogazas de pan. Sí, no había duda, era Mariuccia.

Se puso a correr entre la multitud para alcanzarla, pero cuando llegó al puesto del pan, ya había desaparecido.

Buscó alrededor pero no vio a nadie que se le pareciera. ¿Había sido una ilusión o era ella de verdad?

26

Ann Carrington se quedó perpleja.

Había vuelto a casa y, tras el viaje, tenía que llevar algunas prendas a la tintorería. Algo muy trivial, pero que también le permitía pensar.

No podía quitarse de la cabeza la imagen del hombre que había visto en varias ocasiones, tanto en Lisboa como en Madrid. ¿Pero estaba realmente segura o era solo una fantasía suya? La respuesta no podía ser más que una: estaba ocurriendo de verdad. Pero ¿qué significaba? ¿Alguien la seguía? ¿Quién y por qué?

Evidentemente, no encontraba una respuesta lógica. ¿Por qué alguien iba a seguirla?

En ese momento sonó el teléfono. Era Pimentel.

—¿Has llegado bien? ¿Ya estás instalada? ¿Cómo está la casa?

—De una en una —respondió ella, riendo—, dame tiempo para respirar.

—Lo siento, tengo mucha curiosidad.

—Sí, estoy casi instalada, aunque ahora me doy cuenta de que la casa es realmente demasiado grande para mí.

—Te acostumbrarás, ya verás. En un par de días ya habrás ocupado todo el espacio.

Hablaron de algunas cosas triviales.

—Me ha pasado algo extraño —dijo ella en un momento dado.

—Cuéntame.

—Tengo la impresión de que alguien me sigue.

Hubo un momento de silencio al otro lado del teléfono, y luego Pimentel preguntó, serio:

—¿Lo crees o estás segura?

—Puedo decir que estoy segura. Vi al mismo hombre tomando café en la misma terraza que yo tanto en Lisboa como en Madrid. ¡No puede tratarse de una coincidencia!

—¿Joven? ¿Viejo?

—De unos cincuenta años, tal vez menos.

Pimentel parecía estar pensando, porque se produjo otro silencio prolongado.

—Si es así —continuó—, solo puede significar una cosa.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Que vas por buen camino.

—No te entiendo. ¿A qué te refieres?

—A que, si alguien te está siguiendo de verdad, eso significa que estás haciendo algo que ese hombre también quiere y quiere saber cómo te mueves.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Qué puedo tener o qué quiere ese

hombre de mí?

—Piénsalo un momento.

—Lo estoy pensando, pero no… ¿Te refieres al libro?

—¿Tiene acaso otra explicación? ¿Hay alguna otra cosa que estés haciendo en este momento que pueda interesar a otra persona?

—Pero ya le envié la obra a Philipp. Si realmente me está siguiendo, ese tipo debería saberlo.

—Tal vez solo quiera el segundo volumen que tú guardaste. Tal vez este libro es más valioso de lo que pensamos. Y si alguien es capaz de seguirte por él, debe de ser realmente importante.

Ann se quedó pensativa.

—Sería genial que así fuera. ¿No te parece?

—¿Dónde está el libro ahora mismo?

—En mi maleta. ¿Por qué?

—Ponlo en un lugar seguro. Busca un sitio en donde nadie vaya a buscarlo. Si realmente es lo que buscan, seguro que intentarán robártelo.

—Me siento como si estuviera viviendo en una serie de ficción.

—A veces ocurren cosas en la vida que uno ni siquiera puede imaginar.

Hablaron un rato sobre cuál podría ser un buen escondite.

—¿Cuántos días piensas quedarte en Madrid? —le preguntó Pimentel.

—Una semana más o menos, ¿por qué?

—Porque, si te parece bien, podría tomarme unos días libres y acompañarte en Madrid. Si a alguien más le interesa ese libro, no puedo dejar pasar la oportunidad de descubrir también qué clase de secreto esconde.

—Sería una gran idea. Así trabajaríamos en ello seriamente.

—Pues eso me parece estupendo —se rio Pimentel.

—Puedes quedarte en mi casa. Tengo muchas habitaciones libres.

—En realidad, preferiría quedarme en un hotel y no molestarte.

—¿Cuál es el problema? ¿Y si se te ocurre una idea por la noche y no tienes el libro a mano para verificarla?

Pimentel se rio con ganas. Era cierto que prefería estar tranquilo en una habitación de hotel, pero también lo era que, si trabajaban juntos en el libro, era más cómodo estar cerca.

—De acuerdo. Miraré el horario de vuelos y te diré algo. Mientras tanto, guarda el libro.

—A sus órdenes, jefe. Me sentaré encima de él hasta que llegues.

Cuando colgó, Ann dio rienda suelta a su preocupación. Si realmente alguien la estaba siguiendo por el libro, ¿eso podría significar que estaba en peligro? Pero ¿qué clase de misterio ocultaba aquella obra para ser tan importante? Y todavía se hacía una pregunta

más. ¿Quién podía saber que ella tenía el segundo volumen? Antes de marcharse de Portugal había llamado a Teresa y ella había insistido en que se quedara con el libro. A ella no le interesaba. ¿Había hablado Teresa con alguien sobre este asunto? ¿Cómo podría averiguarlo? Si volvía a llamarla y se lo preguntaba, corría el riesgo de levantar sospechas. Era mejor ser discreta.

27

Florencia, 1742

Anna Maria Luisa contemplaba la campiña toscana mientras paseaba alrededor de la villa de Cerreto Guidi. Siempre había amado mucho su país, y cuando vivía en Alemania a menudo se dejaba invadir por la melancolía al recordarlo.

Prefería no pensar en su familia. Ya era bastante duro enfrentarse a la realidad. Ya no tenía a ninguno de los suyos con quien compartir un recuerdo, una anécdota. Ahora los recuerdos eran solo suyos. Qué triste.

Le gustaba Cerreto Guidi por su lejanía de Florencia y su aislamiento. También por el tamaño de la villa, bastante pequeña en comparación con las demás que poseía la familia. Sin embargo, le daba poco uso. A su padre no le gustaba, precisamente porque estaba demasiado lejos de la ciudad, y a sus hermanos tampoco, por ser poco mundana. Era cierto que se trataba de una casa muy austera, pero ese era precisamente el motivo de su atractivo.

Paseando por la villa, se dio cuenta de que había varios rincones que no conocía o no recordaba. No la visitaban demasiado. Algunas de las estancias estaban más o menos atendidas por el servicio, pero otras estaban totalmente abandonadas sin función establecida. Recorriéndolas una a una, le vino una idea a la cabeza.

Consiguió un plano de la villa. Quería saber exactamente cuántas habitaciones había y cómo acceder a ellas.

28

La llegada de Antonio Pimentel fue como un bálsamo para Ann Carrington. No tenía que ir sola a los restaurantes, estaba acompañada todo el día, y sin duda era más divertido y estimulante estar los dos investigando en lugar de estar sola.

Antonio optó finalmente por instalarse en un pequeño hotel que no estaba lejos de la casa que alquilaba Ann. Aunque le encantaba su compañía, prefería mantener cierta «intimidad».

—No sé cómo haces todas estas escaleras —dijo en cuanto Ann le abrió la puerta para recibirlo. Estaba sin aliento.

Ella se rio, contenta de volver a verle.

—Agotador, ¿eh? Pero al menos hacemos algo de ejercicio.

—La próxima vez nos vemos en mi habitación del hotel. Hay ascensor y no tendremos que sudar tanto.

Se acomodaron en la gran mesa del salón. Antonio había traído toda una serie de documentos y un par de libros.

—Eso es todo lo que he podido encontrar hasta ahora sobre el diamante. No creo que haya nada nuevo, pero nunca se sabe. Podemos revisarlo de nuevo y ver si hay alguna información que hayamos pasado por alto.

—Estupendo. Repasemos todo desde el principio. También nos refrescará la memoria.

—Seguro. ¿Dónde has escondido el libro?

—Lo puse entre dos cacerolas en una alacena de la cocina. Es el único escondite que se me ocurrió.

—No está mal. Aunque tendremos que encontrar un lugar más seguro. Luego lo buscaremos.

Empezaron a ordenar la documentación que había traído Pimentel.

—Así que el diamante fue descubierto en la India a principios del siglo XVI, en la zona de Goa, entonces colonia portuguesa. Se dice que el gobernador, un tal Ludovico Castro, conde de Montesano, se lo regaló a su esposa, Mexía de Noronha. No se sabe de dónde lo sacó o lo compró. Es probable que lo obtuviera de algún sultán local. Lo único que sabemos con certeza, y es la documentación oficial más antigua que tenemos sobre el diamante, es cuándo lo vendió la familia Noronha. Fue en 1601, cuando, tras una durísima y agotadora negociación llevada a cabo por el filósofo y experto en gemas Orazio Rucellai, el gran duque Fernando I de Medici lo compró a la familia Castro-Noronha por la enorme suma de treinta y cinco mil escudos portugueses. La compra está probada por la anotación realizada en el diario de la corte fechada el 12 de octubre de 1601 y que aún se

conserva en los Archivos Estatales de Florencia. En el momento de su adquisición, el diamante estaba aún en bruto, es decir, nunca había sido tallado. Hacia 1615 Cosme II, hijo y sucesor de Fernando I, encargó la talla del diamante a Pompeo Studentoli, un especialista veneciano en diamantes afincado en Florencia.

Antonio hizo una breve pausa para recuperar el aliento. Ann estaba muy concentrada. No se perdía ni una palabra del discurso de Antonio.

—Y aquí es donde empieza lo interesante.

—¿Por qué?

—Paso a explicarlo. Studentoli, consciente de las instrucciones dadas por el gran duque, no se atrevió a tallar directamente el diamante, por miedo a estropearlo. En este punto, Cosme II se había mostrado intransigente. Por ello optó por hacer varias pruebas, creo que fueron tres en total, con una piedra muy parecida al diamante, el citrino, casi idéntico al original. Hay que ser un especialista en piedras preciosas para notar la diferencia. Y fueron estas pruebas las que se entregaron a Cosme II, para que eligiera qué talla prefería. Una vez tallado el diamante, se montó en un collar de oro con pequeños diamantes. Esta joya aparece en los cuadros de María Magdalena de Austria, la esposa de Cosme II. Existen varias descripciones del diamante, que desde entonces se llama Florentino, y se consideraba el segundo diamante más grande del mundo, siendo el primero el Gran Mogol, de color azul y doscientos ochenta quilates de peso. En la actualidad, el Gran Mogol también ha desaparecido. El último registro oficial del diamante se remonta a la muerte del gran duque Gian Gastone, cuando por herencia pasó a su hermana, Anna Maria Luisa, junto a todas las joyas de la familia, incluidos tres mil novecientos grandes diamantes, además de innumerables piedras preciosas y perlas. Todas ellas figuran en el testamento de la electora, que mandó hacer un inventario detallado de sus posesiones. Después parece haber desaparecido.

—¿Cómo que «parece»?

—Pues sí, parece, porque se dice que la emperatriz María Teresa lo lució varias veces, porque lo consideraba una piedra de la buena suerte, aunque existe la leyenda de que el Florentino que llevaba la emperatriz era en realidad una de las copias realizadas en citrino.

—Pero ¿cómo es posible? ¿De verdad crees que los joyeros de la corte no se habrían dado cuenta?

—Y eso es precisamente lo que tenemos que averiguar.

—Tomémonos un descanso y vayamos a tomar un café. Hay muchas terrazas por aquí.

—Con mucho gusto, pero no voy a volver a subir esas escaleras. Al menos por hoy yo ya he tenido suficiente.

29

Florencia, 1742

De vuelta al palacio Pitti, la electora solo tenía una cosa en mente. Proteger sus bienes y asegurarse de que su legado al Estado toscano se realizaba según sus deseos y de que se cumplían los pactos firmados con los nuevos grandes duques.

Había reservado algunas de sus joyas para el futuro uso de las grandes duquesas, pero quería que tanto las piedras preciosas como ciertas alhajas permanecieran en Toscana y no fueran desmontadas para ser vendidas por separado. No se fiaba de los austriacos. Con la excusa de poner al día el inventario de sus joyas, informó al gobernador Beauvau de que esa tarde visitaría la sala del tesoro del palacio Pitti.

Beauvau no podía detenerla y mucho menos acompañarla para comprobar lo que hacía. Seguía siendo de su propiedad, así que se consideró informado y dejó que la princesa hiciera lo que fuese de su agrado.

La acompañaba la condesa Caetani-Spina, que había pedido al personal que se retirara cuando la princesa estuviera presente.

Al quedarse sola, Anna Maria Luisa cogió una lista que había cerca, en una cartera de cuero con el escudo de los Medici en la parte delantera. Contenía varias páginas con números en la parte izquierda de cada hoja, mientras que en la derecha había una descripción de la alhaja correspondiente.

—Buscad el número correspondiente al Florentino. Si no recuerdo mal, está registrado con ese nombre. Es un diamante bastante grande, de color amarillento.

Simonetta leyó cada línea con atención. La lista parecía interminable. Pero ¿cuántas joyas había acumulado esa familia? Ella conocía su famosa riqueza, pero nunca imaginó que fuera tal.

—Aquí está, lo he encontrado —exclamó de repente, feliz de haber descubierto lo que le pedían—. Corresponde al número 2.427.

—Bien —dijo la electora—, ahora tenéis que buscar el estuche correspondiente a este número.

Simonetta estaba a punto de llevar a cabo sus instrucciones, cuando, repasando una y otra vez los números de la interminable lista, dijo:

—Disculpad, alteza, pero ¿es ese realmente el número?

—¿Por qué lo preguntáis? —respondió ella, sorprendida.

—Porque los números siguientes, 2.428, 2.429 y 2.430, contienen la misma mención: diamante amarillo.

La electora dejó escapar una leve sonrisa.

—Bravo, querida, eso era exactamente lo que estaba buscando.

Simonetta esperaba una explicación, pero la electora no dijo nada y empezó a rebuscar entre los innumerables cofrecillos para encontrar la del diamante.

—Tomad esta hoja de papel —dijo, mostrando el papel donde estaban anotados los diamantes—. Id a ver a mi secretario y decidle que copie esta hoja entera, excluyendo dos de estos tres números con los objetos correspondientes. Dos de estos números deben desaparecer de la lista. ¿Lo habéis entendido?

—Sí, alteza —contestó ella, aunque no entendía muy bien lo que la electora tenía en mente. Giró sobre sus talones y salió en busca del secretario.

Anna Maria Luisa todavía estaba rebuscando entre los cientos de estuches apilados sobre una mesa cuando Simonetta regresó con el papel correcto en la mano. La electora le echó un rápido vistazo para cerciorarse de que todo había sido hecho según sus instrucciones y lo volvió a meter en la carpeta con los demás documentos.

—Ayudadme a buscar en estos cofres —pidió a la joven—. Quiero ver los cuatro.

Tardaron en encontrar lo que buscaban, pero cuando por fin lo hicieron y la electora abrió la primera caja, la que llevaba el número 2.427, no pudo ocultar una gran sonrisa de satisfacción. En su mano estaba el famoso diamante amarillo de los Medici. Estaba desnudo, sin ningún adorno. Evidentemente, había sido extraído del collar que se había confeccionado para María Magdalena, la esposa de Cosme II.

Lo admiró un momento antes de volver a guardarlo con cuidado en su estuche. Luego abrió las siguientes cajas, sin darles más importancia. Volvió a colocar el que tenía el número 2.428 sobre la mesa, junto con las demás joyas, y se llevó las otras dos.

De vuelta a sus dependencias, pidió que la dejaran sola. Dijo que tenía que descansar. En realidad, quería admirar el famoso diamante con toda tranquilidad. Al menos, los austriacos no podrían llevárselo. Les había dejado una de las dos copias que se habían hecho en citrino. A primera vista, podían engañar a cualquiera. Un ojo experimentado habría tardado poco en descubrir el engaño, pero qué más daba. Desde luego, ella ya no estaría en este mundo cuando eso ocurriera.

Sonrió para sus adentros ante la jugada maestra que les había preparado a los Habsburgo.

* * *

Saint-Jean se sentó en los escalones de la iglesia de San Lorenzo, cansado de tanto correr tras un fantasma. ¿Volvería a ver a la joven? Florencia era una ciudad pequeña, pero parecía enorme cuando se buscaba a alguien sin saber por dónde empezar.

Miró a la gente que caminaba delante de él en la plaza, pero no había nadie que se pareciera a Mariuccia. ¿Debía rendirse? ¿Era una locura buscar a una guapa muchacha con la que apenas había pasado media hora?

No estaba seguro, pero creía haber percibido que ella también estaba interesada en él y solo esta vaga impresión había desencadenado aquel ansia por volver a verla y quizá pasar más tiempo con ella.

—Así que por fin te han soltado —dijo una voz a su espalda.

Se volvió bruscamente.

Mariuccia estaba detrás de él, sonriendo.

—¿Y qué haces aquí? ¿No puedes vivir sin mí? —dijo con un tono jocoso. Estaba contenta—. El dueño de la taberna me dijo que buscabas a mi cuñado. Te vi paseando por la plaza y por eso me acerqué para preguntarte qué querías de él.

—De él absolutamente nada. De hecho, si lo encuentro, le partiré la cara, a ese sucio traidor. En realidad, en honor a la verdad, te buscaba a ti.

—¿A mí? ¿Y qué quieres de mí? ¿Otro paseíto por las cocinas de palacio? —preguntó bromeando.

Saint-Jean la observó, y guardó silencio unos instantes, observándola. Realmente era una joven muy guapa. Y también ingeniosa, si se quería añadir otra cualidad.

Pasaron la tarde juntos. Al caer la tarde, cuando el sol estaba a punto de ponerse, Saint-Jean la invitó a acompañarle al fuerte Belvedere, desde donde le aseguró que había una vista maravillosa de la puesta de sol sobre la ciudad. No tuvo que esforzarse mucho para convencerla.

* * *

Al conde Astensi le sorprendió la petición de la electora. A través de Simonetta, la princesa había dispuesto que el conde recibiera un plano de la planta baja de la villa de Cerreto Guidi.

A primera vista, parecía un plano normal, pero al examinarlo en detalle, Astensi se dio cuenta de los cambios que había solicitado la princesa.

—Su alteza quiere que la puerta sur de esa estancia sea tapiada —dijo Simonetta, señalando con el dedo una zona de la villa en el plano—, mientras que en el lado norte hay que hacer un pasadizo oculto de tal forma que nadie se dé cuenta de que existe, pero que permita el acceso a la estancia en caso de necesidad. Esa dependencia debe cerrarse con llave. Solo algunas personas sabrán quién la tiene. Ordenad que, para realizar este trabajo, que debe hacerse con la máxima discreción, se recurra a gente de confianza, leales a nuestra

causa, pero que sean de fuera, que no tengan contacto con los que viven en la villa o sean empleados de la misma. Nadie debe conocer este cambio en los planos del edificio. Es muy importante.

Astensi se quedó pensativo. Al principio no entendió cuáles eran las intenciones de la electora, pero luego, al recibir las instrucciones de la condesa Caetani-Spina, comprendió lo que quería hacer. Quería crear una cámara secreta en la villa de Cerreto Guidi, lo suficientemente alejada de las villas frecuentadas habitualmente por la corte, para garantizar la discreción, pero sobre todo la seguridad. Posiblemente se le informaría más tarde del propósito de todo aquello.

—Podéis asegurar a su alteza que sus instrucciones se cumplirán al pie de la letra y con la máxima discreción. No os preocupéis.

30

Ann Carrington y Antonio Pimentel se habían encontrado por enésima vez en el piso de la calle Santa Clara. A pesar de las protestas de Antonio por las escaleras, el piso era más cómodo para trabajar que la pequeña habitación del hotel donde se alojaba.

Ya no sabían adónde llevar el libro para averiguar el misterio que encerraba. ¿Qué tipo de mensaje contenía y a quién iba dirigido o quién lo había escrito? La única certeza que tenían, aunque a veces habían llegado a dudar de ella, era que el libro tenía una relación diferente con el diamante, pero ¿cuál?

Habían probado todas las fórmulas que se les ocurrieron, pero ninguna surtió efecto. De hecho, cuanto más lo intentaban, más ridícula y sin sentido les parecía la conclusión a la que llegaban.

—Estamos en un punto muerto —dijo Antonio mientras estiraba los brazos para relajarse.

—O es que somos unos ingenuos al pensar que con leer el libro ya era suficiente para descubrir su secreto —respondió Ann, francamente sin energía.

—Sin embargo, estoy convencido de que la solución está aquí, ante nuestros ojos, y que somos incapaces de verla.

—Si es así, querido Antonio, no solo somos ingenuos, sino que también estamos ciegos.

Él la miró, sonriendo. Parecía cansado.

—Aun así, estoy convencido de que la solución está aquí, ante nuestros ojos —añadió en voz baja, como si hablara consigo mismo.

—¿Por qué no lo dejamos un momento y vamos a dar un paseo? Así tal vez podamos despejar nuestras mentes. De todos modos, no estamos avanzando nada. Hay una exposición en el Museo Thyssen Bornemisza que me gustaría ver. ¿Te apetecería ir?

—Qué buena idea. Yo también quería verla, pero no estaba seguro de que mi jefa me diera permiso para visitarla —bromeó.

—Tu jefa se muere por un café antes de ir a la exposición. Vamos, tengo la espalda destrozada de estar sentada estas sillas tan duras.

31

Florencia, 1742

La electora estaba satisfecha con su pequeña jugada.

Estaba segura de que tarde o temprano los austriacos se llevarían el Florentino a Viena. Por eso había dejado una de las copias de citrino en la estancia de las joyas. También estaba segura de que los joyeros de la corte imperial se darían cuenta inmediatamente de la sustitución, pero mientras tanto el verdadero diamante seguiría en Florencia, perfectamente oculto.

Había dado instrucciones para habilitar una cámara secreta en la villa de Cerreto Guidi, donde pretendía esconder todos los objetos que los Palleschi consiguieran recuperar antes de ser enviados a Viena, fuesen joyas, muebles u obras de arte. Su futuro seguía siendo incierto, si ella moría pronto, pero al menos permanecerían en la Toscana y no acabarían en Viena, en donde sería prácticamente imposible recuperarlos.

La elección de Cerreto Guidi para habilitar allí aquella especie de caja fuerte secreta fue debida a que era una villa poco frecuentada tanto por su familia como por los nuevos gobernantes.

Durante su breve estancia en Toscana, los nuevos grandes duques de la familia Habsburgo-Lorena jamás habían estado en ella, lo que le daba cierta seguridad. Había decidido que solo la condesa Simonetta Caetani-Spina tendría acceso a ella. No solo porque había demostrado ser leal a su casa, sino porque además era joven. Si elegía a alguien mayor, corría el riesgo de que muriera y se llevara el secreto a la tumba.

Su problema ahora era dónde esconder el diamante. Solo ella sabía que había hecho aquella sustitución.

Por el momento, el lugar más seguro eran sus habitaciones del palacio Pitti. Mientras ella viviera, nadie se atrevería a entrar y rebuscar entre sus cosas.

Metió el cofre en una pequeña bolsa de tela y esta en uno de los muchos cajones de un secreter que había en su dormitorio y que solo ella utilizaba cuando tenía que escribir sus cartas personales. Los demás cajones estaban ocupados por sus papeles personales y su correspondencia. El secreter también tenía un cajón secreto, pero estaba convencida de que solo era secreto de nombre y que todas sus damas conocían su existencia. Por esta razón, evitó ocultar allí el diamante.

Estaba impaciente por ver qué ocurría. Temía que los austriacos decidieran trasladar pronto el Florentino a Viena y allí se dieran cuenta rápidamente de que no se trataba del original, sino de una

vulgar copia en citrino.

Le avergonzaba un poco aquella maniobra, pero no quería ni imaginar que el diamante más hermoso de Europa, el que le había regalado su padre como despedida cuando se había casado y trasladado a Alemania, acabara ahora en las arcas del Imperio austriaco para ser probablemente fragmentado y vendido para pagar deudas de guerra. Su padre, Cosme III, le había regalado el Florentino porque quería que se llevara consigo un pedazo de la historia de su país. ¿Quién habría imaginado que veinticinco años más tarde ambos regresarían a Florencia? Si ella hubiera tenido hijos, seguramente no habría ocurrido. Por desgracia, las cosas habían salido de otra manera, y ahora que solo era una anciana, no tenía sentido lamentarse de algo que pudo haber sido y que nunca ocurrió.

El destino final del Florentino suponía para ella un problema y en aquel momento era su máxima preocupación.

El diamante era demasiado grande para donarlo a un simple ciudadano, fuese pariente suyo o no, y era demasiado famoso para ser llevado como una joya por cualquiera. Su destino era un tema que le causaba una permanente desazón y al que resultaba difícil encontrar una solución.

Si los austriacos hubieran respetado sus pactos, Anna Maria Luisa consideraba justo que se entregara a las grandes duquesas de esa casa para que fuese lucido en los grandes acontecimientos. Por desgracia, estaba segura de que acabaría en Viena, y eso era algo que no podía permitir. El Florentino tenía que permanecer en Florencia y de una pieza. Le rompía el corazón imaginar que pudiera ser fragmentado en varios pedazos. Solo completo poseía identidad propia y una extraordinaria belleza. Era el segundo diamante más grande de Europa. Más de ciento treinta y siete quilates. Era el Florentino, el orgullo de la Toscana. No podía acabar en Viena. Era impensable.

32

Florencia, Fuerte Belvedere, 1742

Saint-Jean y Mariuccia acababan de hacer el amor. Mientras ella se vestía, Saint-Jean le preguntó:

—¿Ya te vas? ¿No quieres quedarte un poco más? ¿O tienes a alguien esperándote en casa? ¿Quizá un novio celoso?

Ella se rio, al tiempo que se pasaba la mano por el pelo para peinárselo con los dedos.

—A decir verdad, hoy no tengo prisa. No tengo que trabajar hasta mañana. Por lo tanto, puedo quedarme sin problemas.

Se sentó en el borde de la ventana mientras contemplaba los últimos rayos del atardecer. Era cierto que la vista desde el fuerte era especial. Nunca se había parado a pensar que desde algunos lugares de Florencia se podía apreciar una puesta de sol como aquella. En la parte de la ciudad donde ella vivía, apenas se notaba si era un día soleado o no.

—Dime una cosa, apuesto caballero, porque debes de ser alguien importante si el gobernador te aloja aquí, ¿eres un gran señor o qué secreto ocultas?

—No te hagas ilusiones —respondió un poco avergonzado. No se esperaba aquella pregunta y no sabía muy bien cómo justificar su presencia en el Belvedere sin revelar su identidad. ¿De qué serviría, si ni siquiera estaba seguro de volver a verla?—. No soy nadie. Digamos que en mi país tengo parientes más o menos importantes, eso es todo. Pero soy un simple caballero.

—¿Ah, sí? ¿Pero no dijiste que eras comerciante de paños? Sabía que era mentira. De todos modos, podrías haber buscado una excusa más convincente.

—La buscaré —contestó, serio—, y cuando la encuentre te lo diré.

Ella lo miró sorprendida.

—Muy bien, caballero misterioso. Quedémonos con lo de caballero de Saint-Jean. No suena mal.

Pocos conocían su verdadera identidad, ni siquiera el gobernador Beauvau. De haberlo sabido, le habría tratado de forma muy diferente, pero eso era precisamente lo que el emperador quería evitar, y así permitir a Saint-Jean moverse a sus anchas y hacer lo que le conviniera para garantizar el éxito de su misión.

Daba la casualidad de que Saint-Jean era hijo bastardo del propio duque de Lorena, el príncipe Leopoldo, y de una doncella de palacio a la que mantenía alejada de la pequeña corte de Lunéville, la capital del ducado.

El duque Leopoldo no había reconocido al recién nacido, ya que él mismo era padre de una numerosa prole legítima; tenía nada menos que catorce hijos, engendrados por su esposa, Isabel-Carlota de Orleans, hija del regente de Francia. A pesar de no haberlo reconocido, el duque Leopoldo se había ocupado de su manutención y de que tuviera una cierta educación. Más tarde, cuando el joven cumplió los dieciocho años, le concedió el título de caballero de Saint-Jean, una distinción que había creado exclusivamente para él.

Saint-Jean fue educado junto a otra media docena de hermanastros nacidos de otras muchas relaciones adúlteras del duque Leopoldo, en una casa no lejos de Nancy, propiedad del duque. No conocía a su hermanastro Francisco Esteban, quien, tras haber tenido que abandonar su ducado de Lorena, se convirtió más tarde en gran duque de Toscana y emperador de Austria y del Sacro Imperio Romano Germánico. Fue entonces cuando el emperador lo llamó a la corte de Viena. Nunca quedaron claras sus intenciones, pero era evidente que quería que los asuntos delicados se resolvieran en el seno de la familia. Muy pocas personas, quizá solo la propia emperatriz, conocían la relación familiar entre Saint-Jean y el emperador.

Mariuccia se convirtió en una visitante asidua del fuerte Belvedere. Ella y Saint-Jean se veían con cierta regularidad las tardes que ella tenía libres, y su relación, aunque seguía siendo secreta, se hizo cada vez más frecuente e intensa.

Una de esas tardes, después de hacer el amor, Mariuccia se sintió lo bastante segura como para hacer ciertas confidencias.

—¿Sabes que en palacio circulan los rumores de que la electora está muy enferma?

—¿Ah, sí? ¿Qué mal le aqueja? Es una anciana, tendrá sus achaques.

—No creo que sea eso. Creo que tiene una enfermedad grave. Al menos eso es lo que se rumorea.

—Ya sabes que en palacio abundan los chismorreos. Tal vez sea solo un resfriado.

—¿Un resfriado? El gobernador pregunta varias veces al día por ella. Eso no es normal. ¿Es posible que se esté muriendo?

—¿Cómo voy a saberlo? Eres tú la que trabaja allí, no yo. De todos modos, tienes razón. Si el gobernador insiste en saber de ella con frecuencia, es porque algo le pasa.

Cuando Mariuccia se marchó, Saint-Jean reflexionó sobre lo que le había comentado. Si aquello era cierto —y no lo dudaba, pues en los rumores de palacio siempre había una parte de verdad—, y si la electora se estaba muriendo, eso significaba que su misión estaba llegando a su fin. Fue un gran alivio para él. Nunca le había gustado la idea de envenenar con arsénico a una anciana para librarse de ella. El

encargo del emperador le causaba una enorme desazón. Por un lado, no quería decepcionarle, ya que le había mandado llamar especialmente desde Lorena. Era un honor que se hubiera acordado de su hermanastro para una misión tan delicada, pero, por otra parte, aquel era un acto de cobardía que no le gustaba.

* * *

Beauvau estaba furioso. Desde hacía varias semanas, los carros cargados de tesoros con destino a Viena estaban siendo atacados y confiscados. Para eludir los reproches de la electora, había ordenado cargar los carros en otro patio, lejos de las ventanas de las estancias de la electora. A pesar del secretismo de las comitivas que salían del palacio Pitti, una de las últimas expediciones de tres o cuatro carros, antes de llegar a la frontera del gran ducado con los Estados Pontificios, se había desvanecido en el aire, sin que se supiera nada más de ellos ni de su contenido. Era increíble.

Había puesto a su guardia en estado de máxima alerta, pero a pesar de la cuidadosa vigilancia, seguían desapareciendo. Era imposible saber quién informaba a aquellos bandidos sobre el origen del cargamento, lo que contenía y el día en que saldría de palacio. La guardia que acompañaba a los convoyes y se encargaba de su seguridad acababa amordazada y maniatada, aunque, afortunadamente, hasta el momento no habían tenido que lamentar muertos o heridos. Cómo lo habían hecho era todo un misterio.

Dedujo que aquellos bandidos solo podían ser informados por la gente del propio palacio.

Hizo detener a los hombres que habían cargado los carros, así como a los soldados de la escolta, pero ni siquiera bajo tortura habían hablado. Nadie sabía nada. Mientras tanto, los ataques continuaban y no se podía detener a los bandidos. Ante semejante situación, el gobernador había tomado la decisión de suspender los envíos a Viena. Era demasiado peligroso. Primero tendría que averiguar quién estaba detrás de aquellos robos.

* * *

Saint-Jean había pedido ver al gobernador. Si era cierto que la electora estaba enferma, debía informar al emperador, para saber cómo debía actuar en consecuencia. Seguramente Beauvau ya le había informado de la situación, pero esperaba instrucciones directas sobre su misión.

El gobernador primero le dijo que estaba muy ocupado, pero luego, ante su insistencia, acabó accediendo a reunirse con él.

Lo recibió en su despacho.

—Así que, querido amigo, ¿qué tal os encontráis en fuerte Belvedere? —le preguntó al entrar en su despacho—. ¿Tenéis todo lo que necesitáis? Si os falta algo, no dudéis en pedírmelo. Será un placer serviros. Me han dicho que además disfrutáis de una excelente compañía.

El caballero sonrió, pero no dijo nada. Sabía que lo vigilaban y no le importaba que estuvieran enterados de las visitas de Mariuccia.

Alojar a Saint-Jean en el fuerte Belvedere no resultó del agrado de Beauvau y le causó ciertas complicaciones allí. Si por él fuera, ya lo habría echado, pero desde Viena recibió una extraña recomendación del ministro Von Zellstein:

El caballero debe ser tratado con el máximo respeto, ya que es muy apreciado por su majestad imperial. Una ofensa podría costarnos nuestro puesto. Sed prudente.

No entendía a qué se refería el ministro, pero si le advertía que debía tener cuidado, le haría caso. No tenía ningún deseo de jugarse su puesto por una simple descortesía.

No había visto a Saint-Jean desde que había ido personalmente a sacarlo de las mazmorras, en la fortaleza de Basso, y lo encontró demacrado y flaco. Ahora, sin embargo, tenía un aspecto muy saludable e incluso parecía estar de buen humor.

—Todo va bien, querido Beauvau. Os estoy muy agradecido por vuestra hospitalidad.

—Bien, me alegro. ¿Qué puedo hacer por vos? Habéis pedido verme.

Saint-Jean tomó asiento en la silla ante el escritorio del gobernador antes de responder.

—Veréis —carraspeó antes de continuar—, aunque mi estancia en el fuerte Belvedere no podría ser mejor, y de nuevo os agradezco vuestra hospitalidad, me encuentro sin embargo en una situación un tanto incómoda.

—¿Ah, sí? —se sorprendió Beauvau—. ¿Qué os sucede?

—Seré sincero. ¿Qué hago aquí? La misión que me fue encomendada parece no tener ya razón de ser. Su majestad no me ha enviado más instrucciones. Entonces, ¿qué debo hacer?

Beauvau se quedó desconcertado. No tanto por el hecho de que Saint-Jean le estuviera consultando, sino porque ignoraba que el propósito de la visita del caballero a Florencia ya no tenía razón de ser. ¿Por qué habían cambiado de opinión? ¿A qué se debía? ¿Se trataba de una iniciativa del caballero o era una decisión imperial? En cualquier caso, si era así, se alegró. Nunca le había gustado la idea de deshacerse de la electora. Le parecía un sacrilegio.

—Si lo deseáis, puedo escribir a su majestad para que me dé instrucciones al respecto.

—Os lo agradecería mucho —respondió Saint-Jean, satisfecho

con la respuesta. Le molestaba escribir personalmente al emperador. No quería que Francisco I pensara que no quería hacerse cargo de la misión y se echaba atrás. Pero si era el gobernador quien preguntaba, su reputación quedaba a salvo.

33

Ann y Antonio acababan de salir a la calle y se dirigían a una terraza de la plaza de Ramales para tomar otro café, cuando Antonio le dijo:

—Como estamos a tiro de piedra del Palacio Real, se me ocurre una idea: por mi cargo de director de museo, me han invitado a hacer una visita previa, antes de que se abra al público, al nuevo museo del Palacio Real, el destinado al tesoro real. ¿Te interesaría verlo? Podemos ir ahora si quieres. Está justo enfrente.

—Por mí, encantada de la vida —contestó Ann, feliz con la propuesta—. Yo también quería visitarlo y me daba mucha pena que aún no estuviera abierto al público. Pero ¿estás seguro de que puedo acompañarte?

—Seguro. No te preocupes. Te tratarán como a una reina.

—Como debe ser —respondió ella, riendo.

Cruzaron la plaza de Oriente y entraron en el edificio. Antonio se presentó y, tras un par de llamadas de la encargada de la recepción, tuvieron que esperar unos minutos, tiempo para que un funcionario se uniera a ellos y los acompañara en su visita.

Los dos se quedaron maravillados. La cantidad de objetos y piezas históricas expuestas era increíble. Había miles. Todos los tesoros acumulados por las distintas dinastías que habían gobernado España en los últimos siglos. Era realmente impresionante.

Estaban comentando uno de los objetos expuestos cuando sus miradas se fijaron al mismo tiempo en un libro muy sencillo del siglo XVIII. Ambos se miraron, incapaces de pronunciar palabra. En la portada estaba estampado el Florentino, el diamante amarillo de los Medici. Era una copia exacta del que Ann había comprado en la subasta para su museo.

—Si no lo veo no lo creo. Me parece increíble —dijo Antonio, mientras salían del palacio después de la visita. Caminaban por la plaza, aún conmocionados—. ¿Así que hay varios ejemplares de este libro? ¿Son todos iguales o son versiones diferentes?

—Ya no sé qué pensar. Estoy conmocionada —admitió Ann, sin salir de su asombro.

Se sentaron en la primera terraza que encontraron.

—¿Eso querrá decir que estamos perdiendo el tiempo intentando descubrir un secreto que tal vez ni siquiera exista? —preguntó Ann, desconcertada.

—No sabría responder a eso. El secreto está ahí, sin duda, recuerda el papelito oculto en el lomo del libro; pero lo que no entiendo es por qué hay varios ejemplares.

Estuvieron sentados un buen rato en la terraza comentando lo

sucedido, cuando de repente Ann cogió a Antonio del brazo y le dijo:

—Mira, mira hacia allí. ¿Ves a ese hombre, el de la chaqueta marrón?

—Sí, ¿ese caballero de mediana edad?

—Sí, es él. Él es el que me ha estado siguiendo durante todo este tiempo.

Antes de que Ann tuviera tiempo de detenerlo, Antonio ya se había levantado y se dirigía a grandes zancadas hacia el desconocido, que no hizo ningún movimiento. Al contrario, parecía estar esperando, con una gran sonrisa en los labios, a que Antonio se acercara a él.

—Disculpe, señor, pero mi amiga dice que la está siguiendo. ¿Es eso cierto?

—La señora es muy observadora. De hecho, la he estado siguiendo durante varios días.

Antonio se asombró de la franqueza del individuo. Por un momento no supo qué decir.

—¿Y por qué? —preguntó finalmente, sintiéndose un poco estúpido por la ingenuidad de su pregunta.

—¿Por qué no invita a la señora a que nos acompañe y hablamos un poco de nuestros intereses comunes?

—¿Intereses comunes? —repitió Antonio, sorprendido.

—Sí. Intereses comunes. Si tienen un momento, podemos hablar de ello.

—Aguarde un instante. Iré a preguntarle si desea hablar con usted.

Volvió apresuradamente hasta donde estaba Ann, que le esperaba con curiosidad.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó antes de que llegara a la altura de su mesa.

—Dice que quiere hablar con nosotros. Parece que tenemos intereses comunes… Nos invita a compartir su mesa.

—¿Intereses comunes? Vamos a ver qué tiene que decirnos —dijo ella mientras se levantaba a toda prisa sin pensárselo dos veces.

Tras saludarse rápidamente con un apretón de manos, el hombre se presentó.

—Mi nombre es Ettore Bianchini. Espero no haberla molestado con mi seguimiento, señora. No era esa mi intención.

—Francamente, ha sido bastante discreto.

—No lo suficiente, al parecer, para que no se diera cuenta de que la seguía —respondió el hombre sonriente.

Parecía simpático. No le dio a Ann la impresión de ser un entrometido.

—¿Desde cuándo me sigue, señor Bianchini?, y lo que es más importante, ¿por qué me sigue?

—Veo que le gusta ir al grano y no andarse con rodeos. Pues bien, ahora se lo explicaré. —Volvió a su asiento antes de empezar su discurso—. Verá, señora, me interesé por usted y empecé a seguirla desde que mostró interés por el libro del diamante Florentino de los Medici y lo compró en aquella subasta de la Quinta da Serra en Portugal. Llevamos mucho tiempo detrás de ese volumen, y para nosotros era muy importante adquirirlo, pero, desgraciadamente, llegamos demasiado tarde y usted ya lo había comprado y enviado a su universidad en Estados Unidos.

—¿Y cómo lo sabe?

—Se publicó en los periódicos. Nuestros hermanos en los Estados Unidos nos avisaron.

—Perdone —intervino Antonio—, pero ¿a quién se refiere con «nosotros» y quiénes son esos hermanos?

—Disculpe, tendría que haber empezado por ahí. Me explico: somos una hermandad que existe desde hace más de trescientos años. Nuestro nombre es Confraternita dei Palleschi.

—Nunca la he oído mencionar —murmuró Antonio.

El hombre sonrió.

—Quizá deba señalar —prosiguió— que cuando se fundó la cofradía, en 1730, unos años antes de la muerte del gran duque Gian Gastone, éramos una hermandad secreta. Por esta razón, no se conocía.

—¿Palleschi significa algo en concreto? —preguntó Ann, que empezaba a interesarse por el discurso del desconocido.

—Palleschi viene de *palle*, bolas. Era el grito de guerra de los partidarios de la Casa de Medici en el siglo XV. Hace referencia a las bolas del escudo de los Medici.

—Tiene su lógica —intervino Antonio—. Continúe.

—En 1730 ya se sabía que la princesa electora no sucedería a su hermano, una vez fallecido Gian Gastone, sino que el príncipe Carlos de España, hijo de Felipe V, se convertiría en gran duque. Para nosotros se trataba de una imposición inaceptable, dado que había otros miembros de la dinastía Medici con mayores derechos a la sucesión al trono. Apoyamos al otro candidato, miembro de otra rama de la Casa de Medici, el príncipe Giuseppe de Medici.

—Y entonces fundaron esta fraternidad —interrumpió Ann, que tenía prisa por llegar al meollo de la cuestión.

—Exactamente.

—¿Qué relación tiene conmigo y con el libro?

—Se lo explicaré enseguida. Tenga un poco de paciencia, señora —respondió el hombre con calma—. Como sin duda sabrá, la electora había destinado su inmenso patrimonio a la creación de un fondo histórico-artístico en la Toscana para que las generaciones futuras

supieran quiénes habían sido los Medici y pudieran admirar todas sus obras maestras y los diversos tesoros depositados en los museos de la ciudad, que debían crearse a tal efecto. Para ello, había firmado el llamado Pacto de Familia en el que se detallaba el futuro de cada pieza de sus colecciones.

—Sí, lo sabemos —confirmó Antonio.

—Cuando la electora se dio cuenta de que los austriacos no tenían intención de cumplir los pactos, sino que, por el contrario, enviaban en secreto todos los tesoros a Viena, se puso en contacto con nosotros. Imagínense la sorpresa de los entonces dirigentes de la hermandad. La propia electora contactaba con los rebeldes para darles instrucciones precisas sobre lo que tenían que hacer.

—¿Y se sabe cuáles eran esas instrucciones?

—Sí, por supuesto. Detener el robo de sus bienes y asegurarse de que permanecieran en la Toscana, y durante varios años, ese fue nuestro principal objetivo.

—¿Y qué hicieron con los bienes recuperados? —preguntó Ann.

—Ahora llegamos a eso. Uno de los problemas que surgió fue precisamente qué hacer con los bienes recuperados. Hubo que ocultarlos hasta que fueron fundados los distintos museos donde depositarlos. Una vez expuestos, a los austriacos les resultaba más difícil llevárselos. Y eso fue lo que ocurrió, con la excepción de algunas joyas y pequeñas piezas raras, que se ocultaron en estancias secretas que la propia electora hizo construir especialmente en algunas de sus villas.

—La historia empieza a ponerse interesante —dijo Antonio, que escuchaba estupefacto el relato del hombre—. Continúe.

—La electora no se fiaba de nadie. Por eso solo un pequeño número de personas conocía la existencia de estas cámaras secretas. Tal vez dos o tres como máximo. Y cuando ella murió, en febrero de 1743, solo quedaba una persona que sabía que existían esas habitaciones y que poseía no solo la ubicación exacta, sino también las llaves para acceder a ellas: la condesa Caetani-Spina, una dama de la máxima confianza de la princesa. Simonetta Caetani-Spina, que en aquella época debía de ser una persona bastante joven, tenía en su poder una colección de libros que le había dejado en testamento su propia electora, todos ellos dedicados en varios capítulos a la historia del famoso diamante de los Medici, el Florentino. Y se preguntarán qué relación tienen estos libros sobre el diamante Florentino con esta historia. Pues la tienen, y mucha.

Ann y Antonio escuchaban con gran interés.

—La condesa Caetani-Spina, abrumada por el peso de un secreto tan grande, quiso asegurarse de que, en caso de que le ocurriera algo, ese secreto no se perdería, y por eso escribió en forma de código, en

cada libro de la historia del diamante, la ubicación del escondite secreto en cada villa. Un libro por cada villa. Originalmente, había diecisiete villas, pero no sabemos si había una estancia oculta en cada una. Solo se encontraron doce libros y se descubrieron tres escondites. No obstante, queda un número indeterminado de ellos por descubrir.

—Perdone que le interrumpa, amigo, pero ¿aún existe la hermandad?

—Sí, por supuesto.

—¿Y cuál es su objetivo ahora? El trono de Toscana ya no existe.

El hombre se rio.

—Naturalmente. Lo único que queremos es sacar a la luz esos tesoros y exponerlos en los museos de nuestra ciudad, siguiendo los deseos de nuestra electora. No somos ladrones, señora. Somos descendientes de las más grandes familias de la Toscana y estamos muy orgullosos de pertenecer a esta hermandad que tiene más de trescientos años, y que fue creada por nuestros antepasados.

—Le ruego me disculpe, no quería que me malinterpretara. ¿Y ahora? ¿Qué tiene que ver todo esto con nosotros?

—Posee usted uno de los libros que contiene una descripción de dónde está una de las estancias secretas y en cuál de las villas.

—¿Y cómo sabemos que es así?

—Todos los libros contienen una descripción. Solo hay que saber interpretarla.

—Pensamos que el libro podría encerrar un código, pero no sabíamos para qué servía ni qué era. De todos modos, no pudimos descifrarlo. No sabemos cómo leerlo. Es bastante complicado de desentrañar.

—Pero yo sí —afirmó el hombre para gran sorpresa de los dos, con una gran sonrisa en la cara.

Ambos se quedaron con la boca abierta. Pero ¿cómo? Se habían afanado durante horas y horas intentando averiguar cuál era el misterio que contenía aquel libro y, de repente, se encuentran con un desconocido que en menos de diez minutos era capaz de desvelar el secreto del código del diamante Florentino. Increíble.

—Para demostrarles mi buena fe, les explicaré cómo funciona. A cambio, deben hacerme una promesa.

Ann y Antonio se miraron antes de decidirse.

—Depende de lo que nos pida. ¿Qué tipo de promesa espera de nosotros?

—Que lo que nos encontremos no podrá ser alterado y sigue siendo propiedad de la Toscana.

Ann y Antonio volvieron a mirarse y, casi al unísono, declararon:

—Pero ¡por supuesto! Se lo prometemos, pero ¿qué significa «lo que nos encontremos»? ¿Quiere que descubramos juntos el código de

ese libro?

—Claro que sí. Usted es la propietaria del libro. Yo sin él no puedo hacer nada, y usted sin mí tampoco. Por tanto, es normal que unamos nuestros esfuerzos. Ahora se lo explicaré.

Cuando el señor Bianchini empezó a hablar, Ann y Antonio se quedaron estupefactos. La historia que les contaba, a pesar de parecer inverosímil, era precisamente la que ellos trataban de descubrir.

Ettore Bianchini explicó cómo se fundó la cofradía y con qué fin. Explicó también que en aquel momento todavía había un centenar de miembros y que, naturalmente, su finalidad había cambiado y ya no pretendían defender los derechos de la antigua dinastía, sino intentar recuperar aquellos bienes que sus hermanos de hace casi trescientos años habían arrebatado a los austriacos para ponerlos a buen recaudo, pero que, según creían, habían permanecido ocultos desde entonces, ya que nunca se había descubierto dónde habían sido escondidos, a pesar de las largas búsquedas que se habían realizado desde entonces.

—Verá, señora —dijo Bianchini, mirándola a los ojos—, la condesa Caetani-Spina, que fue una de las últimas supervivientes de aquella época y una de las últimas damas que habían conocido y servido a la princesa electora, habiendo alcanzado una edad venerable, se dio cuenta de que solo ella quedaba viva de todo el grupo que conocía el secreto de las estancias ocultas. Todos los demás, los que habían colaborado o estado más o menos implicados en la recuperación de los bienes de los Medici, habían muerto hacía tiempo. No sabemos por qué, pero lo cierto era que no se fiaba de los miembros de los Palleschi restantes y nunca les reveló a ninguno de ellos dónde estaban las cámaras secretas. Tampoco quiso asumir la responsabilidad de llevarse el secreto a la tumba y dejar al azar el descubrimiento de aquellos tesoros, que seguramente no acabarían en un museo, como quería la electora, sino en los bolsillos de quienes los descubrieran. Así que tomó la decisión de utilizar la colección de libros publicados por la electora sobre el diamante Florentino para transmitir un mensaje: la ubicación exacta de las salas ocultas, con instrucciones, en caso de que se descubrieran, de dónde colocar las piezas encontradas, según las propias instrucciones de la electora, y cumplir así su deseo y su última voluntad.

—Debía de ser una persona muy fiel a la princesa y una moral a prueba de bomba —comentó Ann Carrington.

—Efectivamente, creo que lo era —respondió Bianchini.

—Cuéntenos lo que pasó después —intervino Antonio, que estaba impaciente por saber cómo acababa la historia—. Nosotros supusimos que podía haber sido la propia electora la que había escrito aquellos mensajes secretos, pero no sabíamos a quién ni por qué.

—No, no, ya llevaba varios años muerta cuando la condesa

Caetani-Spina decidió escribir esos mensajes.

—¿Y el código? ¿Quién lo descubrió?

—Fue uno de nuestros hermanos por pura casualidad. En uno de los primeros libros, había escondida una nota en la tapa que explicaba cómo utilizar el código. Solo había que seguir el texto contando las palabras y las que quedaban subrayadas formaban el texto final y el nombre de la villa donde se encontraba el escondite. Cada volumen correspondía a una villa diferente.

—Entonces resultaría fácil encontrar los escondites.

—No tanto. El problema fue que la colección de libros se dispersó cuando murió la condesa. Sus herederos ignoraban que eran portadores de este importante secreto y se repartieron entre varios de ellos. Solo unos pocos fueron recuperados y permitieron averiguar los lugares ocultos, pero, por desgracia, un par de ellos ya habían sido descubiertos, nadie sabe cómo ni por quién. Tal vez en el transcurso de trabajos de remodelación de alguna de las villas o algo así, y probablemente también por casualidad. De todas formas, lo que contenían ha desaparecido. Pero quedan al menos tres estancias sin localizar, que deberían estar intactas.

—¿Eso significa que esas habitaciones secretas siguen existiendo hoy en día y que podrían contener parte de la herencia de la electora? —preguntó Antonio, intrigado.

—Sí, señor. Estamos más que seguros.

—¿Y qué les impide ir a verificarlo?

—Es muy simple. No tenemos los libros correspondientes y no sabemos dónde pueden estar.

—¿Y el que se exhibe en la exposición de los tesoros reales aquí en Madrid?

—Lo comprobamos antes de ser expuesto. No contenía ningún mensaje. Sabíamos que algunos de ellos no lo tenían. Tal vez porque las cámaras secretas no eran tantas como el número de villas y solo existían en algunas de ellas. Esto no lo sabemos.

Los tres permanecieron en silencio mientras cada uno pensaba en cómo encontrar los libros perdidos.

—A decir verdad, es realmente increíble. Es como buscar en las tumbas de los faraones. La mayoría ya habían sido expoliadas por los ladrones. ¿Quién sabe si no ha ocurrido lo mismo con estas cámaras secretas? Ha transcurrido mucho tiempo, lo que significa que mucha gente podría haber pasado por allí y haberlas descubierto —dijo Ann, pensativa.

—Pero usted tiene uno de esos libros en su poder —soltó Bianchini de repente.

—Lo envié a Estados Unidos, a la Universidad Brown —señaló Ann.

—Sí, ya lo sabemos. Pero no me refería a ese.

—¿Y entonces a cuál? —preguntó Ann.

—Al otro que le regaló la condesa Teresa —respondió Bianchini con una media sonrisa en los labios—. ¿O creía que no lo sabíamos?

Los tres se miraron y rieron a carcajadas.

—¿Cuántos de esos escondites han descubierto? —preguntó Antonio.

—En realidad, no muchos. Creo que tres.

—¿Solo tres? —se sorprendió Ann.

—Tres en trescientos años —señaló Bianchini—. Puede que haya otros dos o tres, no lo sabemos con exactitud; como les he dicho antes, algunos han sido descubiertos y expoliados.

—¿Y qué esperan encontrar, en caso de que descubran alguna de estas cámaras? —preguntó Ann.

—Lo que sería realmente importante y un gran golpe de suerte sería encontrar el diamante amarillo, el famoso Florentino.

—¿Y no sería posible que ya hubiera sido descubierto precisamente por esos trabajadores o quien quiera que fuera?

—Podría, por supuesto, pero es casi imposible.

—¿Por qué está tan seguro?

—Es una pieza demasiado importante para ponerla en el mercado, incluso aunque fuese una pieza parecida. Se habría sabido inmediatamente.

—Así que, en su opinión, ¿el Florentino podría seguir escondido en algún lugar esperando a ser descubierto después de trescientos años?

—Sí, señora. Eso es lo que pensamos…, aunque no tengamos ninguna certeza, naturalmente —precisó Bianchini.

—Lo que me resulta fascinante —intervino Antonio— es que una organización como la suya haya podido sobrevivir trescientos años. Es increíble.

—Mientras existan miembros de las grandes familias toscanas que han formado parte de nuestra historia, la hermandad continuará. Lo que nos mantiene unidos es el deseo y la férrea voluntad de cumplir las instrucciones de la electora. No importa el tiempo que haya transcurrido. Destinó su legado a Toscana y a Toscana debe pertenecer. No debe quedar encerrado en la oscuridad en una cámara secreta. No tendría sentido.

—Me parece un empeño muy honorable —admitió Antonio—. ¿Y puedo preguntar cuántos miembros hay hoy en la hermandad?

—Ya se lo he dicho, un centenar, repartidos por todo el mundo, aunque la mayoría viven en la Toscana.

—Es como una especie de logia masónica —aventuró Antonio.

—Ah no, no somos como ellos. No nos ayudamos mutuamente.

Nuestro único objetivo es encontrar el tesoro de la electora y ponerlo a disposición del museo pertinente, eso es todo. No tenemos nada que ver con la masonería.

Bianchini había pronunciado las últimas palabras en un tono algo molesto. Antonio se dio cuenta de ello.

—Le pido disculpas, señor Bianchini. Ha sido una falta de delicadeza por mi parte. No era mi intención ofenderle.

—No se preocupe, estoy acostumbrado. Es difícil que la gente comprenda nuestra misión después de tanto tiempo. Pero es precisamente en esta voluntad en donde reside nuestra fuerza.

—¿Qué podemos hacer ahora? —preguntó Ann Carrington.

—Es muy simple —respondió Bianchini—, examinemos el libro que tiene usted y veamos lo que nos dice —dijo con una sonrisa en los labios.

34

Florencia, 1743

La respuesta del emperador a la carta del gobernador fue que la misión debía suspenderse si se confirmaban los rumores sobre el estado de salud de la electora. Sin embargo, en su misiva, el emperador insistía en que el traslado de parte del tesoro a Viena debía reanudarse lo antes posible, y que Beauvau debía asegurarse de enviarlo bien custodiado. En cuanto a Saint-Jean, que volviera a su casa.

Beauvau se alegró de librarse por fin del caballero, pero Saint-Jean no tenía ninguna intención de volver pronto a la aburrida Lorena, ahora que su relación con Mariuccia iba bien.

—Con vuestro permiso —dijo Saint-Jean al gobernador—, prolongaré un poco mi estancia antes de liberaros de mi presencia. Os aseguro que seré muy discreto y ni siquiera os daréis cuenta de que estoy en el fuerte.

Beauvau ni siquiera tuvo tiempo de replicar, porque Saint-Jean ya se había despedido con una profunda reverencia y girado sobre sus talones.

Ahora que su misión se había suspendido oficialmente, Saint-Jean se sentía libre, aunque sabía que no podría permanecer como huésped para siempre en el fuerte Belvedere y que la paciencia del gobernador tenía sus límites. La cuestión era que Mariuccia le gustaba, pero no sabía qué hacer con ella. ¿Llevársela con él a Lorena? Impensable.

Había quedado con ella esa misma tarde. La esperaba en el fuerte. Era una oportunidad para discutir con ella la cuestión de su futuro, antes de verse envuelto en una situación aún más complicada de lo que era en ese momento.

Mariuccia llegó a la hora habitual.

Estaba especialmente guapa, con su cabello suelto sobre los hombros y ese ligero bronceado que le daba un aire exótico. Estaba de muy buen humor y Saint-Jean pensó que quizás fuese un buen momento para hablar de su situación, pero ella lo rodeó con sus brazos en un fuerte abrazo, envolviéndolo con su pierna mientras se apretaba contra su pecho. Se dio cuenta de que ella tenía ganas de hacer el amor, así que pospondría para más tarde la pequeña charla que había preparado mentalmente.

Aquella tarde hicieron el amor durante más tiempo de lo habitual y cuando terminaron, mientras yacía desnudo en la cama con los brazos cruzados detrás de la nuca, él sintió que había llegado el momento.

—¿Has oído hablar de los Palleschi? —preguntó ella de repente,

desmontando su preparación mental.

—No, nunca he oído hablar de ellos. ¿Por qué? ¿Quiénes son? ¿Se supone que debo conocerlos?

—Tal vez. Creo que podrían serte útiles.

—¿Útiles? ¿Por qué crees que pueden serme útiles? ¿Útiles en qué sentido? Que yo sepa, no necesito ayuda. ¿Por qué lo dices?

—Porque percibo que nuestra historia está llegando a su fin y podrían ayudarte a permanecer en Florencia, al menos durante algo más de tiempo.

Saint-Jean se quedó boquiabierto. Definitivamente, aquella chica era muy lista y había comprendido, sin que él se lo explicara, que habían llegado a una encrucijada.

—¿Y quiénes son esos Palleschi? Cuéntame.

Ella lo miró fijamente a los ojos, como si tratara de leerle el pensamiento.

—Primero debes prometerme que nunca hablarás de esto con nadie, y mucho menos con el gobernador. ¿Lo juras?

Saint-Jean sonrió.

—Muy bien, señorita misteriosa. Te lo prometo y te lo juro. No le diré nada a nadie sobre esto.

Se sentó en el borde de la cama y cubrió sus partes íntimas con la sábana.

—Es algo muy serio —dijo ella a modo de explicación.

Le contó con detalle la historia de la fraternidad y lo que habían conseguido hasta entonces. Saint-Jean vio cómo, a medida que entraba en detalle, su pulso se aceleraba y se emocionaba. Estaba visiblemente orgullosa de poder colaborar con aquel movimiento.

—Pero ¿hay una jerarquía? ¿Un jefe? ¿Cómo funciona?

—No, cada uno participa según sus posibilidades. En realidad, no hay un jefe, solo un coordinador. Y, de todos modos, solo sabemos los nombres de aquellos a los que conocemos personalmente. Por si acaso. Si el gobernador atrapase a alguno de nosotros nos mandaría inmediatamente a todos a la horca.

—¿Y ya han cogido a alguien?

—Sí, pero no pasó nada, porque no pudieron demostrar que formaba parte de la fraternidad.

—Eso suena muy interesante, pero ¿qué tiene que ver conmigo? Y has dicho que podrían ayudarme, pero ¿en qué? No lo entiendo muy bien.

Mariuccia jugaba con el dedo sobre las sábanas, dibujando círculos distraídamente.

—Primero debes hacer algo por ellos para que te recompensen.

—Ah, ahora lo entiendo. Eres tú quien me necesita —dijo seriamente—. Si querías algo de mí, no hacía falta que dieras tantos

rodeos, podías preguntármelo directamente. Así que dime: ¿en qué puedo ayudarte?

Se puso seria.

—Últimamente, toda la información relativa a los envíos a Viena se trata con el mayor secreto. Ni siquiera nuestro contacto en el palacio Pitti ha podido averiguar cuándo será el próximo envío. Y no me preguntes quién es porque no tengo ni idea. Trabajamos en diferentes secciones muy restringidas, por si acaso, ya te lo he explicado.

—¿En qué puedo ayudar?

Le miró fijamente, como si intentara estudiar su reacción.

—Por ejemplo, averiguar cuándo saldrá el siguiente envío. Estás próximo al gobernador. Tal vez él te lo diga.

Saint-Jean la miró estupefacto.

—¿Estás loca? ¿De verdad quieres que me juegue el cuello para averiguar una información que no me sirve de nada? Si ese viejo, que ya no me soporta, sospecha que puedo ser un espía al servicio de esos Palleschi, me mandará directamente a galeras.

—No te pongas dramático. Intenta que te lo diga en el curso de una conversación normal. Desde luego, no hace falta que te dirijas a él y le preguntes directamente: «Ah, señor gobernador, ¿cuándo es la próxima salida del convoy con los tesoros que estáis robando al Estado toscano?».

Saint-Jean hizo una mueca de disgusto.

—¿Crees que soy tan estúpido?

Mariuccia se le acercó y lo abrazó.

—¿No lo harías por tu Mariuccina? Solo tienes que tener cuidado. Si ves que se resiste a hablar del tema contigo, no insistas y déjalo estar. Encontraremos otra manera.

—Suponiendo que lo hiciera, y no diga que vaya a hacerlo, sigo sin verle ningún beneficio.

—Te ganas el apoyo de la organización más poderosa del país. Y ya verás cómo, en el momento en que necesites algo, te lo darán, no lo dudes, palabra de Mariuccia.

—Sigo sin ver qué gano yo con todo eso. Corro un gran riesgo.

—Entonces no lo hagas si tanto miedo le tienes al gobernador —replicó ella en tono molesto.

El caballero estaba apenado. No quería disgustar a su amante. Al fin y al cabo, podía intentarlo. Quizás no fuese tan complicado como parecía a primera vista.

—De acuerdo —dijo finalmente—, lo intentaré. Pero si veo que el asunto pinta mal, lo dejaré.

35

Ann Carrington y Antonio Pimentel caminaban hacia el hotel de Antonio en la plaza de la Ópera. Acababan de dejar a Bianchini con la promesa de volver a verse al día siguiente. Llevarían el libro, y él les explicaría cómo se podía descifrar el código.

—¿Qué opinas de todo esto? —preguntó Ann—. ¿No te parece algo demasiado rocambolesco? Primero me sigue y luego quiere que trabajemos juntos. ¿Te crees esta historia de los Palleschi?

—Comprendo tu perplejidad —respondió Antonio, mientras caminaban—. Yo también, en un momento dado, pensé ¿y si el objetivo fuera otro? Pero ¿qué podría ser? No hay ninguna razón para que este hombre nos mienta. ¿Qué puede pretender? ¿Quedarse con el libro? No tiene mucho sentido si la historia no es la que nos contó. También tenemos que aceptar que a veces la realidad supera la ficción, y creo que este es precisamente uno de esos casos. De todas formas, ¿qué podemos perder?

—Tienes razón, pero no puedo evitar sentir cierta perplejidad. Hay algo que no me cuadra.

—Lo extraño siempre da miedo, pero creo que en este caso no tienes nada que temer. El verdadero problema, por desgracia, es que no podré acompañarte mañana. Tengo que volver al trabajo antes de que me despidan. Te dejaré sola ante el peligro —dijo sonriendo.

—No te preocupes. Soy una chica adulta. No tengo miedo a enfrentarme a Bianchini sola.

—Esa es mi chica —concluyó Antonio, con una gran carcajada.

—¿Por qué no le has dicho que mañana tú no podrías ir? —preguntó de repente, intrigada.

—Porque así no se lo espera. Será una sorpresa para él. Así podrás estudiar su reacción al verte sola.

* * *

Ann Carrington había elegido un discreto café no muy lejos del piso que había alquilado. Ya había estado allí una vez sola y había disfrutado de la tranquilidad del lugar, que tenía las mesas bastante separadas unas de otras.

El día que estuvo allí, había varios jóvenes trabajando en sus ordenadores, aprovechando la quietud y la agradable penumbra de la sala.

Había descartado la idea de recibirle en casa, para no estar a solas con él. A fin de cuentas, no le conocía y no tenía ningún deseo de dejar entrar a aquel extraño en su ámbito de intimidad. Aunque Antonio los hubiera acompañado, ella no lo habría hecho.

Ettore Bianchini se presentó a la hora acordada. Llevaba un elegante traje oscuro y corbata, y ella se preguntó si siempre sería tan formal o trataba solo de impresionarla. En cualquier caso, agradeció el gesto. Lo consideró una forma de respeto hacia ella. Un punto a su favor.

—¿Sabe que en el siglo XVIII hubo un artista llamado Giuseppe Bianchini? —le preguntó ella—. Trabajó especialmente para la electora, que le encargó ilustrar un libro sobre los grandes duques de Toscana. ¿Era pariente suyo?

—No, ni creo que tuviera ninguna relación, que yo sepa. Solo el mismo nombre. Hay muchos Bianchini en Italia. Veamos este famoso libro —dijo, impaciente.

Ann lo sacó de su bolso y se lo tendió. Bianchini lo tomó en sus manos con tanto cuidado como si fuera una joya. Se notaba que estaba acostumbrado a tratar con libros antiguos, y eso le gustaba.

Mientras él empezaba a examinar el libro, pasando las páginas tan cuidadosamente como podía, ella aprovechó para estudiarlo discretamente, algo que no había hecho en su primer encuentro, más atenta a estar en guardia que a hacerse una idea del personaje.

Bianchini, esmerado en su atuendo, con una camisa pulcramente planchada y el nudo de la corbata cuidadosamente hecho, debía de tener entre cincuenta y sesenta años. Tenía el cabello oscuro, peinado hacia atrás, y ella se preguntó si usaría algún tipo de fijador o gel porque no se le movía ni un pelo. No podía decirse que fuese un hombre guapo, aunque tenía mucha prestancia y se notaba que procedía de una buena familia, por la manera exquisita y afable con que la trataba.

Una camarera distraída y con pocas ganas de trabajar les sirvió el té que habían pedido. Ann aprovechó para preguntarle:

—¿Qué le parece? ¿Interesante?

Bianchini hojeó suavemente el libro antes de contestar.

—No hay duda de que es uno de los originales. Ahora tenemos que descifrar el código. Como comprenderá, no es algo que pueda hacerse en poco tiempo. Hay que tener paciencia. —Tomó un sorbo de té antes de continuar—: Verá, esta palabra subrayada —señaló una página abierta del libro— es una pista falsa. En realidad, solo las dos siguientes —volvió a indicar con el dedo—, subrayadas juntas, tienen un significado. ¿Lo ha entendido?

—Y en este caso, ¿qué significa?

—Cuando hay dos palabras subrayadas juntas, solo se tendrá en cuenta la primera si es la primera del texto. En el siguiente caso, en el que hay dos palabras subrayadas juntas, la segunda será la correcta. Y así sucesivamente. Siempre hay una alternancia entre la primera o la segunda.

—Pero quien haya escrito este código debe haberle dedicado mucho tiempo, porque sería difícil encontrar las palabras que se pueden utilizar en el mensaje.

—Por supuesto. Hay que tener mucha paciencia. Imagine que encontramos un cierto número de palabras. Luego, con esas palabras tiene que establecer un orden que tenga sentido y le dé la clave. Las palabras no aparecen directamente en el orden correcto.

—Me parece muy complicado.

—Más que complicado, es muy sofisticado, porque uno puede ser capaz de encontrar todas las palabras, pero tal vez no sea capaz de reconstruir la frase con las que tiene disponibles. Ya nos ha pasado una vez. Le aseguro que es muy frustrante.

Bianchini tenía algo que la perturbaba. No sabía exactamente qué, pero le provocaba un rechazo instintivo contra el que no podía luchar. Solo cuando él se acercó a ella para mostrarle una palabra en la página del libro, Ann se dio cuenta de cuál era el motivo de ese rechazo. Era su perfume. Bianchini utilizaba una colonia que la molestaba. No conocía aquel olor, pero debía de ser una colonia española antigua, de las que estaban de moda en los años cincuenta.

No sabía cómo decírselo, pero iba a tener que hacerlo. No podía imaginarse quedar con él todas las tardes y verse obligada a contener la respiración para no correr y vomitar.

Permanecieron varias horas en aquel bar. Entonces Ann empezó a sentir dolor de espalda, lo que significaba que su tiempo de resistencia había llegado al límite.

—¿Qué tal si lo dejamos aquí por hoy? Tengo un dolor en la espalda que no puedo soportar más.

—Por mí no hay problema. ¿Nos vemos mañana a la misma hora en este lugar?

—De acuerdo.

—¿Puedo quedarme con el libro esta noche para estudiarlo bien?

—Lo siento, pero tengo que decirle que no. No es una cuestión de desconfianza, pero comprenderá que, en el fondo, no le conozco.

—Tiene razón. Lo lamento. No debería haber preguntado.

La petición inquietó a Ann. Apenas se conocían, ¿cómo podía esperar aquel tipo que ella le dejara su preciado volumen como si fuera un libro cualquiera que le prestara a un conocido? No sabía ni cómo se le había ocurrido pensarlo.

—No se ofenda —añadió rápidamente—, pero ¿podría utilizar otra agua de colonia para la próxima reunión? La suya me recuerda un suceso muy desagradable.

Bianchini se quedó muy sorprendido y al cabo de un momento le contestó:

—Desde luego. Iré a comprar otra hoy. Siento haberle causado

molestias.

—No podía saberlo. Gracias de todos modos.

36

Florencia, 1742

Habían pasado ya unos días desde que Mariuccia había hecho aquella extraña petición y Saint-Jean no había tenido oportunidad de ver al gobernador. No quería ser él quien provocara el encuentro, para no levantar sospechas. En una ocasión, Beauvau le había prometido una invitación a cenar, y Saint-Jean pensó que sería el momento ideal para intentar robarle la información, pero la invitación nunca llegó y ya no sabía qué hacer.

Finalmente, cuando menos lo esperaba, el gobernador le hizo saber que agradecería su presencia en una pequeña cena que estaba organizando con motivo del paso por Florencia de algunos diplomáticos de Lorena a Viena. La cena tendría lugar esa misma noche, en el palacio Pitti.

Los supuestos diplomáticos de Lorena eran en realidad dos simples funcionarios que Beauvau conocía de su estancia en la capital del ducado, acompañados de sus esposas. Fue una velada más bien íntima, entre amigos, y Saint-Jean se encontró un poco fuera de lugar.

Mientras hablaban entre ellos de los recuerdos de otros tiempos, cuando todos estaban en Lorena al servicio del duque, más tarde gran duque de Toscana y luego emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Saint-Jean pensó que aquella no era la ocasión más adecuada para preguntar por la fecha de la próxima expedición. Absolutamente imposible.

Fue justo entonces, mientras Saint-Jean estaba ensimismado, cuando uno de los invitados, que Saint-Jean no sabía muy bien quién era, preguntó inocentemente:

—Querido Beauvau, no quiero ser indiscreto, pero acabo de ver que se estaban cargando carros en el patio norte del palacio. Debe de tratarse de algo muy valioso, porque había bastantes soldados vigilando, y me hace suponer que serán los encargados de proteger el convoy. ¿Qué se transporta tan preciado para justificar semejante movimiento de guardias? ¿No será el tesoro? —se rio, y sus acompañantes le secundaron, estallando todos en grandes carcajadas.

Beauvau parecía incómodo. Él también se rio de lo que solo pretendía ser una broma, pero Saint-Jean, que le observaba atentamente, se dio cuenta enseguida de que la suya era una risa falsa. Sin saberlo, el colega de Lorena había dado en el clavo con lo que intentaba ser solo un simple divertimento.

—No, querido amigo —dijo el gobernador, que se sintió obligado a responder—, se trata únicamente de unos muebles que transportamos a una de las villas que pronto acogerá a huéspedes

importantes.

Mientras los demás seguían con su conversación, Saint-Jean pensaba en cómo alejarse rápidamente de aquella cena para poder avisar a Mariuccia. Sin saberlo, había obtenido la información que buscaba, pero ¿llegaría a tiempo para alertarlos?

El gobernador, que había bebido más de lo habitual, se sintió animado para hacer una declaración inesperada. Se jactó, delante de sus camaradas, con orgullo:

—Hablando de tesoros, queridos amigos, hace unos días envié a Viena una joya de inmenso valor. Será el orgullo de toda Toscana cuando la luzca su majestad la emperatriz. —Todos estaban pendientes de los labios del gobernador para saber cuál sería esa joya de inmenso valor de la que hablaba su amigo—. Es el maravilloso diamante amarillo de los Medici, el mundialmente famoso Florentino. Un diamante de ciento treinta y siete quilates.

Saint-Jean se quedó atónito. Sin duda era una información que podía interesar a los compañeros de Mariuccia.

37

Viena, palacio de Hofburg, 1743

La información que acababa de recibir de los joyeros de la corte imperial dejó estupefacto al ministro Von Zellstein. Le habían convocado para pedirle que se reuniera con ellos en la sala del tesoro lo antes posible.

Ordenaban las joyas que habían llegado el día anterior de Florencia, entre las que se encontraba el famoso diamante Florentino.

Los joyeros, que eran tres, lo observaron detalladamente varias veces, pasándoselo de uno a otro, haciendo los comentarios oportunos, y todos coincidieron en un punto indiscutible. Aquel diamante era falso, sin la menor duda. A Von Zellstein casi le dio un ataque. ¿Cómo era posible? ¿Y cómo iba a informar a su majestad imperial? Era una situación muy delicada y desafortunada.

—Pero ¿estáis completamente seguros? —preguntó por enésima vez.

—Absolutamente, señor conde. No tenemos la menor duda. Esto no es un diamante. Es un citrino.

—¿Y eso que significa? —preguntó el ministro, que no sabía nada de joyas.

—Una piedra, una simple piedra, pero que posee ciertas cualidades beneficiosas, como la energía y la positividad, aparentemente muy similar a un diamante, pero de un valor infinitamente menor. Estamos absolutamente seguros de que esta piedra no es el famoso Florentino que esperábamos.

Von Zellstein se quedó estupefacto. ¿Qué había ocurrido? ¿Alguien había cambiado el diamante por aquella vulgar piedra durante el viaje? Pero ¿cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo? El viaje de Florencia a Viena era bastante largo, podían haberlo hecho en cualquier momento.

Tenía que informar inmediatamente a Beauvau de esta situación. Él había visto el original, sin duda. Era una de las joyas que la electora había destinado a las grandes duquesas. ¿Quién podría haber sustituido el diamante?

Cuando informaron al emperador, este montó en cólera. ¿Cómo se atrevían a robar las joyas de la corona? El convoy que las transportaba no había sido atacado, como sí había sucedido otras veces. Así que el diamante solo podía haberse cambiado en Florencia o incluso en Viena, pero esto último lo dudaba. Sus joyeros eran de la máxima confianza. Impensable. Ordenó a Von Zellstein que llevara a cabo una investigación exhaustiva.

38

Ann Carrington y Ettore Bianchini se citaron por segunda vez en el café de siempre. Bianchini llegó fresco y de buen humor, lo contrario que Ann, que había dormido mal. Había soñado que el amable señor Bianchini la había estafado y se había llevado el libro sin haberle revelado su secreto. Así que llegó todavía con aquel sueño en la cabeza y llena de desconfianza hacia el italiano. Además, había pasado parte de la noche investigando sobre los famosos Palleschi, pero no había encontrado nada concreto, salvo vagas informaciones que tenía que verificar.

Tras pedir un café, se pusieron manos a la obra.

—¿Le parece bien mi nuevo perfume? Es de Azzaro —le preguntó de repente Bianchini, antes incluso de coger el libro en la mano.

Ann se sintió confusa y ligeramente avergonzada. El día anterior había sido una descarada.

—Sí, me gusta mucho, y va bien con su tipo de piel.

Bianchini sonrió, satisfecho.

Ann tenía que admitir que Bianchini era un hombre minucioso y meticuloso. Anotaba en un cuaderno las palabras subrayadas que le interesaban hasta tener una veintena de ellas puestas unas debajo de otras antes de intentar formar una frase que tuviera lógica con las disponibles.

—Mire esta palabra: Guido. Por sí sola no significa más que un nombre de uso frecuente en nuestra zona, pero no creo que sea la palabra correcta. Tendríamos que encontrar otra palabra que pudiera ir unida a Guido y que tuviera sentido.

—Veo que también hay que tener conocimientos de gramática italiana, de los que, por desgracia, carezco por completo.

—Sí, sobre todo nociones geográficas, porque buscamos villas que pertenecieron, aunque solo fuera durante un tiempo, a la familia Medici. Solo en la Toscana hay más o menos diecisiete.

—¿Por qué especifica «solo en la Toscana»? ¿Hay otras fuera?

—Sí, en Roma, por ejemplo, pero no creo que deban tenerse en cuenta porque buscamos un lugar en el que se haya modificado la estructura para construir una estancia secreta. No es lógico que se haya hecho en alguna villa tan lejana como en Roma. Por eso es mejor concentrarse solo en la Toscana.

Mientras Bianchini continuaba con su minucioso trabajo, ella buscaba en internet todas las villas de los Medici en la Toscana.

—Aquí hay una con un nombre similar, pero no es Guido, sino Guidi.

—Sí, Cerreto Guidi. No es una de las más conocidas, porque está

un poco apartada, pero no podemos descartarla. Podría ser, pero tendría que encontrarme con la palabra Cerreto para completar la frase. Veamos.

Mientras pronunciaba estas palabras, seguía con el dedo el texto subrayado del libro. Era un trabajo largo y agotador en el que la concentración debía ser máxima para poder entender qué palabras quería la condesa Caetani-Spina que fuesen descubiertas. Tras un par de horas de intenso trabajo, ambos estaban cansados y el resultado era más bien escaso. Había transcrito varias palabras, pero resultaba difícil combinarlas con otras para ver si se transmitía un mensaje coherente.

—Si está de acuerdo —dijo Ann—, hagamos un descanso. Caminar nos sentará bien, así estaremos más frescos esta tarde.

—Me parece muy buena idea. Si me lo permite, me gustaría invitarla a comer.

—Me parecería descortés no aceptar una invitación tan amable. Le acompañaré con mucho gusto.

Los restaurantes de la zona estaban llenos de turistas. Decidieron caminar hasta uno donde no hubiera demasiado ruido y pudieran mantener una conversación decente sin gritar. Tras una buena caminata, tuvieron éxito. El lugar se llamaba Los Huevos de Lucio, y la especialidad de la casa eran los famosos huevos rotos sobre una base de patatas. Decidieron compartir varias raciones y eligieron, además del plato estrella, endivias con jamón y queso roquefort.

Durante la comida, hablaron un poco de todo, menos del libro. Se estaban conociendo, manteniendo siempre cierta discreción sobre sus vidas privadas. Bianchini contó que había entrado en la hermandad muy joven, con apenas dieciséis años, y que era un *hobby* al que no dedicaba mucho tiempo.

—Me sorprende que lo llame *hobby* —dijo Ann.

—No quería ser pomposo y llamarlo misión, porque eso es lo que es en el fondo.

Ann pareció reflexionar y observó:

—¿Sabe una cosa? Es muy extraño. Nunca me había encontrado en una situación como esta, en la que estoy investigando con el miembro de una hermandad, por utilizar sus palabras, o una especie de secta, si se mira desde fuera.

—No somos realmente una secta, como usted dice, pero no voy a discutir ese punto. Delicioso este plato de endivias, ¿verdad?

Ann no pudo evitar soltar una carcajada.

—Sin duda es usted un hombre muy diplomático, señor Bianchini. Tiene toda mi admiración.

La conversación fue agradable. Ann descubrió que Bianchini era viudo desde hacía varios años y tenía tres hijos, todos mayores de

edad, y se había casado de nuevo, sin tener otra descendencia. No lo dijo explícitamente, pero Ann dedujo que poseía varias propiedades de las que se había ocupado, pero poco a poco había ido dejando la gestión de las mismas a sus hijos, lo que le permitió dedicarse a los Palleschi.

Su mal humor matinal había desaparecido y el resentimiento inicial e injustificado que había sentido contra él se desvaneció dejando paso a un cierto respeto hacia él.

39

Caminaron de vuelta al bar que casi se había convertido en su oficina. Bianchini parecía más relajado que cuando lo conoció y Ann se sorprendió cuando lo oyó contar un chiste.

Se instalaron en su mesa favorita, la que estaba junto a la ventana, en la esquina, donde, aunque entrara gente en el bar, no les molestarían, y comenzaron a estudiar el texto.

—Mire esta palabra, «llaves», y luego aparece el famoso Guido, que no parece referirse a Guidi de Cerreto Guidi, sino que aquí, inmediatamente después, se puede relacionar con la palabra Guglielmini, así tenemos Guido Guglielmini. ¿Puede buscar si había algún Guido Guglielmini en esa época?

Ann se pudo a buscar de inmediato. Le costó un poco, pero por fin lo encontró.

—Aquí aparece un Guido Guglielmini que murió en 1765. ¿Podría ser él?

—Puede ser. Veamos cómo podemos relacionarlo con otras palabras.

Buscaron más palabras en la lista de nombres que Bianchini había transcrito en su cuaderno.

Ann pensó que bastaba con leer las palabras correctas subrayadas, pero era más complicado. El que había inventado aquel código quería dar la sensación de que parecía fácil de interpretar, cuando en realidad era bastante sofisticado.

De las palabras transcritas en el cuadernillo, ninguna de ellas parecía coherente para componer una frase. Prosiguieron buscando en el libro. La siguiente que descubrieron fue «llaves».

—¿Qué tienen que ver las llaves con Guido Guglielmini? —se preguntó Bianchini, más para sí mismo que para Ann.

—¿No significará que es necesario tener las llaves para abrir la estancia oculta? Y si lo ponemos en relación con Guido Guglielmini, ¿podría ser que fuese el que tenía las llaves? —preguntó Ann.

Bianchini la miró sorprendido.

—¿Lo dice en serio?

—Es solo una sugerencia, por utilizar las palabras de las que disponemos. ¿No será que la solución está justo delante de nosotros y no la vemos porque buscamos palabras inverosímiles? ¿Por qué lo pregunta?

—Porque creo que ha dado en la diana. Por supuesto que se necesitan llaves para entrar en una habitación secreta.

—¿No fue así en las que ya se han descubierto?

—En realidad, no lo sé, pero estoy bastante seguro de que las

llaves no fueron un problema, porque simplemente llegaron hasta esas estancias derribando un muro, ya fuese de forma accidental o deliberadamente. Pero lo de la llave es una sugerencia muy buena. No se me había ocurrido.

Parecía satisfecho de sí mismo.

—¿Y cómo recuperamos esas llaves? Admitiendo, con reservas, que existiesen.

—Eso es harina de otro costal. Tal vez podríamos preguntar al portero del palacio Guglielmini.

Ann le miró con sorpresa. ¿Se había vuelto loco?

Él se rio.

—Era una broma. A veces es usted demasiado seria.

Ella también se rio. Por un momento casi creyó que él pensaba que podrían ir a preguntar al portero por las llaves.

—Entonces, recapitulemos —dijo Ann, volviendo al trabajo—. La condesa Caetani-Spina conoce tanto la existencia como la ubicación de las habitaciones secretas. Antes de morir, por no se sabe qué razón, decidió revelar su ubicación, y la dejó escrita en un libro destinado a no se sabe quién. Para ser exactos, en varios libros. Advierte, eso sí, que para entrar en estas estancias hacen falta llaves, y para eso, cortesía de la casa, nos dice dónde encontrarlas. Todo muy bien, pero ¿y esos escondites? ¿Dónde estarán esas benditas habitaciones ocultas?

—Solo sabemos que estaban en algunas de las villas de los Medici, no en todas. Rastrear las llaves será más difícil.

—¿Y si nos saltamos lo de las llaves y vamos directamente al escondite?

—Por lo que he entendido hasta ahora, intentando descifrar este maldito código, me parece que el camino a seguir es primero encontrar las llaves y a partir de ahí quizás descubramos alguna pista que nos lleve a averiguar dónde está la estancia secreta.

—Parece poco probable y, en cualquier caso, muy complicado.

—¿Y por qué cree que la condesa Caetani-Spina ha transmitido lo que sabía a través de un código? ¿Para hacernos la vida más fácil? —preguntó en tono de broma.

40

Florencia, 1742

El rumor corrió por todo el barrio. En el transcurso de la noche, un hombre, probablemente extranjero porque nadie lo conocía, había sido hallado muerto a pocas calles de la iglesia de Santa Maria Novella. Había recibido varias puñaladas y había muerto desangrado. La noticia se extendió rápidamente por toda la ciudad. El asesinato de un extranjero era una mala noticia para los negocios.

El fallecido no llevaba consigo ningún documento y la guardia no pudo identificarlo. Fue noticia durante un par de días, luego, como no se pudo averiguar nada sobre el asunto, la gente se olvidó de él.

Naturalmente, el gobernador fue debidamente informado. Para él, el hallazgo de un muerto en las calles de Florencia era sin duda un hecho desagradable, pero tampoco se trataba de un asunto de Estado. Como el cadáver no había sido reclamado, dio instrucciones para que fuera enterrado en la fosa común.

* * *

Mariuccia se había llevado una buena reprimenda de su cuñado por hablar de los Palleschi con aquel francés con el que se veía desde las últimas semanas.

—¿Estás loca, Mariuccia? ¿Cómo puedes hablar de nosotros con alguien al que ni siquiera conoces? ¿Cómo sabes que no te traicionará? ¿Y si es un espía para que el gobernador lo descubra? Debes mantener la boca cerrada. Si nuestros jefes se enteran, ya sabes el castigo que te espera. No puedes seguir viéndolo.

—Pero quiere ayudarnos —respondió Mariuccia, atemorizada—. Nos ha hablado del convoy y del diamante.

—Sí, cuando ya no se podía hacer nada. Pero no te das cuenta de que pasa información solo para hacerte creer que quiere ayudarte. Lo que realmente quiere es averiguar quiénes somos para hacer que nos detengan a todos.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Mariuccia bajó la cabeza. Estaba convencida de la sinceridad de su amante. Estaba segura de ello, pero también era cierto que los argumentos de su cuñado podían no ir desencaminados. ¿Y si realmente era un espía del gobernador?

Ya no sabía qué pensar.

Su instinto le decía que estuviese tranquila, que era imposible. Saint-Jean nunca la traicionaría. La quería. Se lo había dicho, y todo en su actitud demostraba que era sincero. ¿O se trataba únicamente de atracción física? Posiblemente, pero la amaba, de eso estaba segura. Y

ella también le quería. Tanto que estaba dispuesta a huir con él si era preciso. Se lo había dejado claro. O al menos eso era lo que ella había entendido. ¿Se había engañado a sí misma, cegada por el amor? Tenía que saberlo y aclararlo con él. No sabía muy bien cómo abordaría el tema, pero tomó la decisión de ir al fuerte Belvedere para hablarlo con él. Si estaba mintiendo, se daría cuenta inmediatamente.

Al llegar a la puerta que utilizaba habitualmente, llamó varias veces sin obtener respuesta. Insistió durante casi media hora, pero no había ni rastro de Saint-Jean. Finalmente tuvo que resignarse e inició el descenso hacia la ciudad. Estaba decepcionada por no haberlo encontrado, pero volvería al día siguiente.

41

Firenze, 1742, pocos días antes

El cuñado de Mariuccia se reunió con los compañeros de su sección de los Palleschi. Estaba muy preocupado. Mariuccia le había revelado que había involucrado a ese caballero francés con el que salía. Lo había hecho por iniciativa propia, sin consultar a los demás, poniéndolos a todos en peligro. Mariuccia se había comportado como una tonta. Las reglas de la hermandad eran muy claras al respecto. Había que mantener una absoluta confidencialidad y evitar comentar los hechos y la propia existencia de la hermandad. La seguridad de todos dependía de ello. La discreción era su mejor garantía. Si el francés hablaba, podía ser su fin.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó a sus compañeros—. Si nuestros jefes se enteran, podrían castigarnos severamente.

—Solo veo una solución —dijo uno, que era zapatero y el más joven del grupo.

—¿Cuál? —preguntó otro, que normalmente hablaba poco.

—Matarlo —dijo el joven zapatero.

—¿Matarlo? —exclamó el cuñado asustado—. ¿Estás loco? Entonces seguro que tendremos problemas.

—¿Por qué? —insistió el zapatero—. Solo nosotros lo sabremos. No hace falta gritarlo a los cuatro vientos.

—¿Y Mariuccia? —preguntó el cuñado.

—¿Mariuccia? No debe saber nada. Y si relaciona la desaparición del francés con nosotros, hay que hacerle entender que es mejor que cierre la boca.

Todos estuvieron de acuerdo, asintiendo con la cabeza.

—¿Quién se ocupará de él? —preguntó el cuñado.

—Lo haré yo —se ofreció el zapatero—. Ese francés siempre me ha tocado los cojones.

—¿No será porque se folla a Mariuccia y tú nunca has sido capaz? —aventuró uno, soltando una carcajada.

—Vete a la mierda, imbécil. Eso no tiene nada que ver. Además, ¿quién dice que no me la follé?

—Sí, sí, sigue soñando —dijo otro bromeando.

Por fin decidieron que irían tres de ellos. Uno sabía qué taberna frecuentaba por la noche, unas calles detrás de la iglesia de Santa Maria Novella, mientras que el cuñado era el único que podía reconocerlo.

* * *

Mariuccia había oído hablar del desconocido asesinado por la noche,

unos días antes, en el barrio de Santa Maria Novella, pero no había relacionado ambos sucesos. Ni por un segundo imaginó que aquel hombre pudiera ser su caballero de Saint-Jean.

El hecho de no haber tenido noticias suyas durante algunos días no la tenía preocupada. No era la primera vez que Saint-Jean desaparecía unos días. Ella no le preguntaba adónde iba por miedo a descubrir que tenía otra amante. Cuando volvía, siempre era muy amable y cariñoso.

Durante los días siguientes, siempre que su trabajo se lo permitía, enfilaba el camino que conducía al fuerte Belvedere. Sabía que no encontraría a su amante, pero había algo en su interior que la impulsaba a hacerlo.

Se dirigía a la discreta puertecita lateral que solía utilizar para reunirse con su amante. Llamaba y esperaba, sabiendo que nadie vendría a abrirle. Pero se negaba a aceptarlo y seguía llamando como si se hubiera abierto para ella el día anterior.

Pasaron dos semanas y ella tuvo que admitir que Saint-Jean se había ido. ¿Habría vuelto a su país? ¿Sin despedirse? Quizá no se había atrevido a hacerlo por miedo a la reacción de ella. ¿Había querido Saint-Jean evitar el drama de la separación y se había marchado de tapadillo sin decir una palabra?

A Mariuccia era una verdad que le resultaba difícil de aceptar. Lloró durante mucho tiempo.

Reanudó su vida habitual, la que llevaba antes de conocerle, pero nunca le olvidó. Cada cierto tiempo, cuando estaba cerca del río Arno, miraba hacia el fuerte Belvedere. Se le encogía el corazón, pero al final recordaba con nostalgia los días que había compartido allí con él, y cuando estaba triste, solo tenía que mirar en dirección al fuerte para consolarse. Allí había sido feliz y nadie podría robarle esos recuerdos.

Beauvau se sorprendió de no volver a saber de él. ¿Se habría ido sin despedirse? Qué descortesía. Ojalá no se encontrara con él de nuevo nunca más. En el fondo, se sintió aliviado. Aquel hombre solo era una molestia. Esperaba no volver a verle.

42

Ann Carrington se levantó de buen humor. No tenía ningún motivo especial para estarlo. Extendió sobre la cama la ropa que se pondría ese día. Una blusa azul claro con una falda azul oscuro. Se probó algunas otras prendas, pero luego se decidió por la primera opción: la falda azul.

Sonó su móvil. Era Pimentel.

—¿Qué tal, querida colega? ¿Cómo te va con ese código?

—Es complicado. Mucho más de lo que pensé al principio. Es un verdadero rompecabezas. Parece que vamos avanzando poco a poco, aunque seguimos en un túnel muy oscuro y muy largo. Hay momentos en los que mandaría todo al infierno.

—Te entiendo, pero debes tener fe. Estoy seguro de que al final lo descubrirás.

—¿Y tú?

—Te llamaba para decirte que me voy de viaje un par de semanas. Primero a París, luego a Múnich y finalmente a Viena. De todas formas, ya sabes que siempre estoy disponible en mi móvil si necesitas algo.

—Gracias, Antonio. Que tengas un buen viaje y ya hablaremos. Si hacemos algún descubrimiento, te llamaré enseguida para informarte.

—Gracias, querida. Ánimo con el trabajo.

Justo después de finalizar la llamada recordó que se le había olvidado decirle que solo iba a estar unos días más en Madrid. Tenía que volver a la universidad.

Pimentel le caía bien. Era un tipo serio que sabía relajarse cuando era necesario. Una compañía agradable. Con él podía hablar de cualquier tema. Era un pozo de sabiduría. Lamentó no poder verle durante algún tiempo. Al menos durante los próximos meses.

Había quedado con Bianchini por la tarde en su café habitual. Tenía la mañana libre y planeaba visitar un par de museos. Desde que llegó a Madrid había estado tan ocupada con su libro que no había tenido tiempo para dedicarse a sí misma. Ahora se le acababan los días de vacaciones y pensaba aprovecharlos al máximo.

Salió a la calle. Hacía un día precioso, y a esa hora el calor aún era soportable. Nunca había imaginado que en Madrid hiciese tanto calor. Le habían dicho que en la capital había un refrán: «Madrid, nueve meses de invierno y tres de infierno». Ella lo estaba comprobando. Sin embargo, la ciudad le gustaba mucho.

Enfiló por la calle Arenal en dirección a la Puerta del Sol, centro neurálgico de la capital. Como el tiempo era bueno, en lugar de coger un taxi, como había pensado en un principio, decidió caminar. No

sabía la distancia exacta hasta el museo, pero se dijo que, si se cansaba, siempre podría coger un taxi sobre la marcha. Además, necesitaba hacer ejercicio y qué mejor que un buen paseo.

A menos de cien metros había una mujer de aspecto joven, tal vez de unos treinta años, pero no tuvo tiempo de fijarse bien en ella, porque se acercó rápidamente a ella, le puso una nota en la mano y salió corriendo antes de que Ann tuviera tiempo de reaccionar.

Al principio pensó que se trataba de publicidad, aunque era una forma extraña de distribuirla, pero cuando lo leyó se quedó estupefacta: «No se fíe de Bianchini».

Rápidamente miró en todas direcciones intentando descubrir a la mujer entre la multitud, pero no la vio por ninguna parte. Ya había desaparecido.

43

Mafalda Rinaldi tenía el corazón en la garganta cuando dejó de correr. Lo había conseguido. Le había entregado a aquella americana la nota que llevaba en la mano en la que había escrito que no se fiara de Bianchini.

Al principio, había pensado en reunirse con ella para hablar, pero le faltó valor y pensó en esa otra solución. Lo importante era prevenirla. No debía confiar en el canalla de Ettore. Ella sospechaba que él quería apropiarse de los bienes de los Medici en su propio beneficio y no para devolverlos al Estado toscano.

Mafalda Rinaldi era la hija única del marqués Francesco Rinaldi, miembro destacado de los Palleschi, la última de una larga lista de los miembros de la hermandad, descendiente directa de uno de sus fundadores. De baja estatura, no superaba el metro sesenta, delgada, con el pelo oscuro, suelto sobre los hombros, más bien tímida; tenía treinta y tres años. Estaba casada con el conde Guglielmini. No tenía hijos.

Al verla, nadie habría pensado que era la hija de un marqués. Parecía más una eterna colegiala que la heredera de una gran familia aristocrática de la Toscana.

Conocía a Bianchini, un socio bastante reciente, y nunca se había fiado de él. No es que tuviera una razón concreta para esta desconfianza, se trataba simplemente de un instinto, un pálpito que tuvo cuando lo conoció y del que nunca había podido librarse por completo. El hecho de que, sin informar a los demás, decidiera viajar a Portugal, donde se subastaba un libro sobre el diamante, había reforzado sus dudas sobre su lealtad a la hermandad.

A veces pensaba que quizás estuviese equivocada, que solo eran imaginaciones suyas y que el hombre actuaba de buena fe, pero eso aún no lo había demostrado.

Cuando se enteró del viaje a Portugal, le había seguido. Entonces había visto cómo acechaba a la persona que había conseguido comprar el libro en la subasta y luego se había puesto en contacto con ella para entablar amistad.

El marqués Rinaldi, su padre, le había confiado un secreto cuando cumplió dieciocho años, haciéndole jurar que lo guardaría a toda costa, fueran cuales fueran las circunstancias. Ella, por supuesto, lo había jurado, intrigada por la confidencia que su padre iba a hacerle.

La familia Rinaldi, al igual que los Guglielmini, eran los depositarios de los últimos deseos de la electora, Anna Maria Luisa, que les había transmitido a ellos la última confidente de la princesa, la

condesa Caetani-Spina. Ellos custodiaban las llaves que abrían las puertas de las estancias secretas construidas por la propia electora para ocultar sus bienes.

Mafalda, al descubrir el alto privilegio que se había concedido a su familia, no le dio la importancia que su padre consideraba un gran honor. La razón era sencilla. A pesar de poseer las llaves, nadie había sabido nunca dónde se encontraban esas famosas habitaciones secretas.

Todos —los miembros de la hermandad— conocían los libros sobre el diamante que la condesa había convertido en mensajes ocultos para averiguar dónde estaban ubicadas las estancias secretas, pero nadie hasta entonces había conseguido hacerse con un ejemplar, y ella se preguntaba si el que se subastaba en Portugal podría ser uno de ellos. El hecho de que Bianchini se reuniera con la estadounidense en varias ocasiones parecía indicar que, efectivamente, el libro era uno los que buscaban. Si era así, al menos Bianchini había sido de alguna utilidad.

No tenía un verdadero plan en mente, pero pensó que, si realmente ellos descubrían la localización de una de aquellas cámaras, lo único que debía hacer era seguirlos y así ella también sabría dónde estaba. Si así fuese, ella contaba con una ventaja: poseía las llaves para abrir la cueva de Alí Babá, aunque se había preguntado si en el curso de los años no se habrían hecho varias copias de las llaves, por razones prácticas, o si se perdieron.

Contaba con el apoyo de su padre. Desde el principio, lo había mantenido informado de todos sus movimientos y descubrimientos. El viejo marqués había expresado su deseo de reunirse con ella en Madrid, pero Mafalda consideraba que su padre era demasiado mayor para jugar a Sherlock Holmes y le había dicho que esperara tranquilamente en casa. A Mafalda le hubiera gustado que su padre estuviese cerca, pero temía que fuera más un estorbo que una ayuda, ya que con su presencia, y teniendo en cuenta su edad, corría el riesgo de ralentizar sus movimientos. Era mejor que se quedara en casa a la espera del desarrollo de los acontecimientos.

44

Ann Carrington estaba confusa. No sabía qué pensar. Una desconocida se le había acercado para deslizarle una nota en la mano y luego salir corriendo. «No se fíe de Bianchini».

¿Quién era aquella mujer y por qué le había hecho aquella advertencia? No entendía nada.

Así que alguien conocía a Bianchini. La nota estaba escrita en italiano. Ella la tradujo más o menos, y, a pesar de todo, cuando llegó a casa, había ido a Google a buscar la traducción exacta, para asegurarse de que había entendido el mensaje y de que no había otra explicación. Pero no, la había entendido perfectamente. El mensaje era claro.

Había llamado a Pimentel para contárselo. Tampoco él había sido capaz de dar una explicación lógica.

—Es todo muy extraño —dijo Antonio—, pero de todos modos no cambia nada. Tú ya desconfiabas de él. Aun así, no dejes que se dé cuenta y actúa como si no hubiera pasado nada. Ten cuidado. No creo que ese hombre represente ningún peligro para ti, pero podría intentar engañarte. Asegúrate de no dejarle nunca el libro a él si se queda solo.

—Puedes estar tranquilo, Antonio. Aún no ha nacido quien pueda engañarme —dijo ella para tranquilizarlo—. De momento, es una gran ayuda. Por mí misma jamás habría logrado descubrir ese código. Ahora tengo mucha curiosidad por saber cómo seguimos y qué podemos averiguar.

—Yo también. No sabes cómo me gustaría estar ahí contigo. Debe ser muy emocionante.

—Sí, lo es —admitió—. Te dejo. Si hay noticias, te llamaré.

Al colgar pensó: «A mí también me gustaría que Pimentel estuviera aquí con nosotros».

En su siguiente cita con Bianchini, el libro no reveló ningún otro secreto.

—Vamos a resumir lo que tenemos. Con las palabras que hemos descubierto, el mensaje indica que hay que recuperar unas llaves que están en posesión de un tal Guido Guglielmini, fallecido en 1765 — dijo Bianchini. Parecía decepcionado—. Realmente, no sé cuál puede ser nuestro siguiente paso. No puedo sacar más información del libro. Ningún párrafo menciona una habitación secreta. Quizá esté en otro volumen de la serie, pero en este desde luego no.

Ann reflexionó. Ella también se sentía un poco decepcionada. Tal vez los dos se habían marcado unas expectativas demasiado altas y se habían hecho ilusiones de que podrían descubrir el secreto oculto en las palabras de aquel libro. Le asaltó la duda de que quizás Bianchini

había descubierto las palabras que indicaban dónde estaba la estancia, pero no había querido decírselo para seguir solo, pero descartó esta hipótesis al ver su cara. Estaba realmente decepcionado. Era imposible que estuviera fingiendo.

—Tal vez baste con seguir sus instrucciones —dijo Ann—. Si la condesa Caetani-Spina quería que el que leyera el libro descubriera que las llaves estaban en manos de los Guglielmini, está indicando que ese es el camino a seguir. Tenemos que averiguar si alguno de los miembros de esa familia vive todavía y si tiene llaves antiguas… Sé que suena estúpido, pero es lo único que se me ocurre. Intento seguir una lógica. Si la condesa quisiera que descubriéramos la o las estancias secretas, lo habría escrito en el mensaje. Creo que habría sido demasiado simple y ella quería complicar la búsqueda, para que el descubrimiento no fuese demasiado fácil. ¿Qué opina?

Bianchini la miró con curiosidad. La mujer no se daba por vencida. Era tenaz y estaba dispuesta a seguir cualquier camino para llegar a la solución.

—Tiene razón. Su lógica no deja lugar a dudas. Si no, ¿para qué hablarnos de las llaves? Ahora bien, ir a buscar a los descendientes de Guglielmini para averiguar si por casualidad tienen escondidas en un cajón unas llaves antiguas es harina de otro costal. Es tan absurdo que incluso podría ser cierto.

—Usted es de Florencia, ¿no sabe si aún hay descendientes de aquel Guglielmini?

—La verdad es que no. No frecuento a la aristocracia. Pero puedo preguntar. Alguno de mis amigos seguramente lo sabrá.

—Entonces, no perdamos más tiempo. Llámelo ahora, así sabremos a qué atenernos.

—A sus órdenes, señora —dijo Bianchini, divertido.

Hizo varias llamadas antes de obtener la respuesta que ambos esperaban. Sí, aún había descendientes de los Guglielmini. Y vivían en el edificio del mismo nombre, en la calle del mismo nombre.

—Está a un tiro de piedra del palacio Pitti —señaló Bianchini, sorprendido sin embargo por el cambio de expectativas. Ann Carrington se había ganado su respeto.

45

Muy a su pesar, Ann Carrington se había visto obligada a pedir a la universidad unos días libres más. Ahora que la historia estaba en marcha, no podía darse por vencida y no ver el resultado de su investigación.

Bianchini y ella habían llegado a Florencia el día anterior. Bianchini se había ido a dormir a su casa de Pistoia, una pequeña ciudad a unos cuarenta kilómetros de Florencia. Ella, en cambio, había encontrado alojamiento en un hotel no muy lejos del centro, el Una Vittoria, en la vía Pisana, elegido por Bianchini porque era fácil llegar en coche, mientras que circular por el centro de la ciudad suponía enfrentarse a toda una serie de obstáculos que lo único que hacían era complicar la vida.

A ella todo le pareció bien. Tampoco era la clase de persona que se preocupaba por este tipo de detalles.

Una vez sola y tras colocar las pocas cosas que había traído, salió del hotel para dar un paseo.

Tomó la vía Pisana en dirección al centro de la ciudad. Siguió hasta borgo San Frediano, luego borgo Santo Spirito y finalmente borgo San Jacopo, que conducía al Ponte Vecchio.

Ya lo conocía porque había estado varias veces en Florencia, pero era un espectáculo que le inspiraba tranquilidad y no pudo evitar detenerse unos minutos para admirarlo.

La noche estaba a punto de caer sobre la ciudad y poco a poco las luces se iban encendiendo, aquí y allá, como una orquesta que empezaba a sonar, dándole un aspecto casi mágico.

Pero no había llegado tan lejos para empaparse de nuevo de la magia del Ponte Vecchio. Allí, en la esquina con el borgo San Jacopo, comenzaba la via Guglielmini y sentía curiosidad por ver, al menos desde fuera, el palacio familiar.

Era mucho más grande de lo que había imaginado. Un enorme palacio de estilo renacentista, como tantos otros en Florencia.

A través del amigo de Bianchini, habían conseguido una cita con un miembro de la familia Guglielmini. Se preguntó si sería alguien de la hermandad. Y quizás por eso habían logrado aquella cita con facilidad. Sentía curiosidad por ver cómo abordaba Bianchini la cuestión de las llaves, porque a ella le parecía absurdo presentarse ante desconocidos para preguntarles si por casualidad habían encontrado un viejo juego de llaves en un cajón.

Para ser sincera, se sintió un poco avergonzada de participar en aquella pantomima, pero, riéndose para sus adentros, tuvo que admitir que había sido idea suya.

Al día siguiente, Bianchini acudió al hotel para acompañarla al palacio Guglielmini. Hicieron el mismo recorrido que había hecho Ann la noche anterior hasta llegar al palacio.

Las puertas estaban abiertas de par en par y había tal trasiego de gente entrando y saliendo del edificio que Ann se sorprendió. No se lo esperaba. Había imaginado que la familia ocupaba todo el inmueble y ella estaba encantada de poder visitarlo en privado. Se sintió muy decepcionada.

—No me dijo que había oficinas. Creía que íbamos a visitar un edificio donde aún vivía la familia —dijo un poco desconcertada.

—En realidad, no lo mencionamos. No pensé que fuera importante. ¿Qué cambia? La familia sigue ocupando todo el piso de arriba. Y es ahí a donde vamos. El resto ha sido transformado en oficinas que han sido alquiladas. Tienen que sobrevivir. Y el mantenimiento de estos edificios cuesta una fortuna.

—Entiendo. Vamos entonces.

Se dirigieron al portero, que discutía con un repartidor.

—Para entregar ese paquete, tiene que subir al segundo piso y entregarlo directamente —comentó el portero, inflexible—. No recogemos paquetes aquí en la portería. Se convertiría en un almacén si lo hiciéramos.

—Pero no tengo tiempo de subir al segundo piso. Tengo la furgoneta aparcada en la acera. Si viene la policía me multarán —respondió el chico.

—Lo siento, muchacho, pero esas son las reglas.

El joven salió furioso, llevándose el paquete.

—Disculpe —dijo Bianchini al portero—, tenemos una cita con el conde.

—¿Su nombre?

—Bianchini. Ettore Bianchini, y la señora Ann Carrington.

El portero hizo una breve llamada.

—Pueden subir. El ascensor está abajo a la izquierda. Cuarta planta.

Cuando se abrió la puerta del ascensor, les esperaba una joven delgada y de baja estatura.

—Buenos días —dijo en un tono más bien frío y distante—. Yo soy Mafalda Rinaldi. El conde Guglielmini es mi marido. Desgraciadamente, ha tenido que marcharse por un asunto urgente, pero pueden decirme a mí el motivo de su visita. Por favor, acompáñenme —dijo, indicándoles con el brazo que la siguieran.

La residencia privada de los Guglielmini era enorme. La siguieron por un pasillo muy ancho decorado con excelente gusto, lleno de antigüedades y cuadros de antepasados. Se respiraba mucha clase. Se notaba enseguida que era una casa aristocrática. Ann no perdía

detalle.

Finalmente entraron en un gran salón cuya parte central estaba dominada por dos enormes sofás cubiertos de terciopelo dorado y una enorme chimenea con un escudo tallado en el centro.

En las paredes, cuadros de tamaño natural de lo que imaginaron más antepasados. Ann tenía dificultades para concentrarse en el motivo de su visita, tan deslumbrada estaba por lo que veía. Siempre había soñado con visitar un palacio de verdad habitado por condes de verdad que vivieran allí generación tras generación. Era la primera vez que veía uno privado, y no uno de esos abiertos al público en los que las cosas están dispuestas en función de lo que cada uno quiera mostrar, siguiendo un recorrido determinado.

Por los grandes ventanales entraba la luz, tamizada por grandes cortinajes de seda de un color indefinido que conferían al salón un ambiente agradable y relajante. Debía de ser estupendo vivir en este ambiente. Ann pensó en su casa de Providence. La había decorado con muebles que había comprado, algunos con Philipp cuando aún estaban casados. Claro que era algo totalmente distinto. El suyo era un ambiente moderno. En el fondo, le encantaba su casa y se encontraba a gusto en ella. Pero se alegraba de haber visto un verdadero ambiente aristocrático.

Mafalda Rinaldi les indicó que se sentaran en uno de los sofás mientras ella ocupaba el de enfrente. En ese instante apareció un camarero con chaquetilla roja y guantes blancos.

—¿Qué puedo ofrecerles? —preguntó Mafalda—. ¿Café, té, refrescos?

—Para mí un café sería perfecto —respondió Bianchini.

—Para mí también —añadió Ann.

El camarero hizo una ligera reverencia y desapareció por donde había venido.

—¿Y bien? —preguntó Mafalda, manteniendo un aire distante—. ¿A qué debo el placer de su visita?

Bianchini carraspeó antes de empezar:

—Verá, señora condesa, seré sincero con usted. Y no podría no serlo si quiero que comprenda el motivo de nuestra visita, la de la señora Carrington y la mía, porque se trata de un asunto bastante delicado.

Mafalda ni se inmutó. Lo miró impasible sin pestañear siquiera, esperando que reanudara su discurso. Le resultaba muy extraño encontrarse en su propia casa con aquellas dos personas a las que había seguido a España y Portugal y ahora se encontraban sentadas frente a ella ansiosas por pedirle algún favor que ya sabía que no les concedería. Al principio temía que la americana la reconociera, pero evidentemente no había sido así, aunque quizás fuese una estupenda

actriz y estuviese fingiendo.

—Como seguramente sabrá —continuó Bianchini—, yo pertenezco a la misma hermandad que su marido y su suegro. No sé si usted también forma parte de ella, y por supuesto no se lo preguntaré, en obediencia a nuestras reglas, pero precisamente estamos aquí por una de las razones fundamentales de nuestra existencia.

—¿Estamos? —intervino Mafalda Rinaldi.

En ese momento volvió el camarero, trayendo una bandeja con café. Todos guardaron silencio hasta que el hombre desapareció, sin hacer ningún ruido ni pronunciar una sola palabra.

—Si se refiere a la presencia de la señora Carrington —prosiguió Bianchini—, debo decirle que gracias a ella hemos podido dar un paso adelante en nuestras investigaciones. Fue la señora quien compró uno de los libros del diamante y muy amablemente me permitió consultarlo. Y precisamente siguiendo las instrucciones dejadas por la condesa Caetani-Spina hemos llegado hasta su casa. Debo señalar, para su conocimiento, que la señora Carrington descubrió el código secreto dejado por la condesa Caetani-Spina en el libro, y esa es la razón por la cual me acompaña. En realidad, debería decir que soy yo quien acompaña a la señora, ya que fue ella quien averiguó la existencia de un código. Yo simplemente la ayudé a descifrarlo.

Mafalda Rinaldi hizo una mueca que Ann no supo captar si era de disgusto y si significaba otra cosa.

—¡Continúe! —se limitó a decir.

Bianchini reanudó su discurso:

—Naturalmente, como comprenderá, señora condesa, lo que voy a revelarle es altamente secreto.

Mafalda no movió ni un solo un músculo, como si estuviera ausente y el discurso de Bianchini no le interesara lo más mínimo.

Bianchini debió de darse cuenta, porque preguntó:

—¿Me sigue, señora condesa?

—Soy toda oídos —respondió ella.

En ese momento, Ann se percató de algo que había notado desde que llegaron: el profundo desprecio de la condesa por Bianchini. Era evidente. Probablemente los había recibido a petición de su marido, que había preferido huir para no tener que recibir él mismo a Bianchini, lo que hizo pensar a Ann que, si todos eran miembros de la misma cofradía, ¿significaba eso que algunos eran de primera y otros de segunda? Los de primera clase debían de ser sin duda aquellos nobles que ya eran miembros desde hacía varias generaciones y probablemente desde el principio, desde la creación de la hermandad. Los recién llegados eran aceptados para que la hermandad pudiera subsistir, pero no se les consideraba del mismo nivel.

Mafalda Rinaldi se quedó mirando a Ann como si la estuviera

sometiendo a un examen, antes de preguntar:

—Y a usted, señora Carrington, ¿cuáles son los motivos que la traen aquí?

Ann se acomodó en el sofá antes de contestar:

—Para que entienda mi presencia hoy aquí, debemos mirar un poco atrás. Todo empezó cuando la universidad en la que trabajo me llamó para pedirme el favor, mientras estaba en Europa, de ir a una subasta en Portugal para intentar comprar un libro sobre un diamante que les interesaba. —Ann relató con la mayor exactitud posible todo lo que le había sucedido, sin omitir ningún detalle, hasta su llegada a Toscana—. Comprenderá usted —prosiguió— que la universidad a la que represento aquí no tiene ningún interés en los objetos que puedan encontrarse en una estancia secreta, suponiendo que realmente exista y se descubra su ubicación.

—Me sorprende, señora Carrington. ¿Duda de la existencia de esa estancia secreta? Acaba de decir «suponiendo» que exista.

—Digamos que soy como santo Tomás. Hasta que no lo vea con mis propios ojos, no será más que un sueño. Todo el mundo habla de ella, pero hasta ahora no he visto ninguna prueba material que confirme su existencia. Eso no significa que no exista, pero deja lugar a la duda y la incertidumbre. Cuando tengamos pruebas tangibles en nuestras manos de que esta sala o estas salas existen, cambiaré de opinión.

—Ahí están los escritos de la condesa Caetani-Spina —dijo en voz baja, como si intentara justificar algo.

Desde que se había sentado en el sofá, había permanecido con la espalda recta y las piernas cruzadas. Apenas se había movido. Ann pensó que, aunque a primera vista la condesa Guglielmini no parecía gran cosa, quizá a causa por su baja estatura, tenía que admitir que tenía clase.

—Sí, por supuesto, pero la condesa Caetani-Spina no menciona hasta ahora la existencia de esta cámara. Solo menciona ciertas llaves.

—¿Llaves? —repitió ella—. ¿A qué llaves se refiere?

—Ese es precisamente el motivo de nuestra visita —intervino Bianchini, que había permanecido en silencio mientras Ann relataba los hechos.

Mafalda Rinaldi no pudo ocultar su sorpresa cuando Ann mencionó las llaves. Hasta ahora no había oído hablar de llaves. Era la primera vez. La reunión a la que se había visto obligada a asistir ante la negativa de su marido a recibir a Bianchini, una cortesía obligatoria con los Palleschi, tomaba ahora un cariz interesante.

—Al descifrar el mensaje oculto entre las palabras del libro y subrayado por la condesa Caetani-Spina —prosiguió Bianchini—, y que pude reunir para descifrar el mensaje de la condesa, no se

menciona ningún escondite secreto, como ha dicho la señora Carrington, sino ciertas llaves que habían sido confiadas en el momento en que la condesa escribió el mensaje al entonces conde Guglielmini, que murió más tarde, en 1765.

—¿Y qué puertas abren supuestamente estas llaves? —preguntó Mafalda Rinaldi, interesada por primera vez en la conversación.

—No lo sabemos —respondió Bianchini—, pero suponemos que podrían ser las puertas de las estancias secretas. De lo contrario, ¿por qué mencionar esas llaves? No tendría sentido.

—Pero, si no recuerdo mal —continuó Mafalda—, usted dice que en ningún momento menciona las llamadas estancias secretas. ¿Qué le hace pensar que es así?

—¿Qué otra razón podría tener la condesa Caetani-Spina para dedicarse a transmitir esta información a través de un código, oculto en varios libros sobre el mismo tema, si no fuera porque algo conduce precisamente a la o las habitaciones secretas? Complicarse la vida por unas simples llaves no tendría sentido, ¿verdad?

—Puede haber varias razones, señor Bianchini, entre las que puede estar precisamente la de enviar por un camino falso y sin salida a quienes intentan llegar a las llamadas estancias secretas. No se puede imaginar la malicia o la astucia de ciertas personas, capaces de cualquier cosa para mantener oculto un secreto.

—Oh, sí. Mi segunda esposa es una de ellas.

Tanto Ann como Mafalda se sorprendieron por el desafortunado comentario de Bianchini. Ninguna de las dos tenía intención de entrar en una conversación cuyo tema era la vida privada del señor Bianchini. Ignoraron el comentario y continuaron.

—Bien. Pero aún no me han dicho el motivo de su visita.

—Precisamente las llaves mencionadas por la condesa Caetani-Spina, señora, quedaron bajo la custodia de ese conde Guglielmini al que he aludido antes. ¿Sabe si la familia Guglielmini aún las conserva?

Mafalda Rinaldi le miró asombrada antes de estallar en carcajadas.

—¿Está bromeando? ¿Cómo se le ha podido ocurrir algo así?

—Yo solo sigo la pista que nos da Caetani-Spina —respondió él, un poco molesto.

—Perdone, señor Bianchini, pero ¿en serio cree que hoy, es decir, doscientos cincuenta años después de los hechos, puede presentarse aquí, en el palacio Guglielmini, para pedir unas llaves que supuestamente han estado guardadas todo este tiempo y que abren la puerta de una estancia supuestamente secreta? Pero ni en los peores libros de ciencia ficción he leído semejante disparate. ¿No le parece un poco ingenuo? Sin ánimo de ofender, por supuesto.

Bianchini no se inmutó. Mostró la misma firmeza cuando dijo:

—Llegados a este extremo, todavía tengo que hacerle la pregunta, señora condesa. ¿Sabe si hay alguien de la familia Guglielmini que pueda tener en su poder un juego de llaves del siglo XVIII?

Mafalda Rinaldi le miró como si hubiera visto un fantasma. No podía creer que Bianchini le hubiera hecho aquella pregunta. Volvió a cruzar las piernas y sonrió amablemente.

—No, señor Bianchini, que yo sepa, ningún miembro de esta familia tiene esas llaves. Pero si le tranquiliza, le preguntaré a mi marido si sabe o ha oído algo al respecto.

Se levantó para indicar que la visita había terminado.

Ann y Bianchini también se pusieron en pie y Mafalda les guio hasta la puerta principal.

Bianchini salió primero para llamar al ascensor y Mafalda sujetó a Ann por el brazo y le susurró:

—Vuelva esta noche sobre las nueve. Hay una puerta trasera. Llame al interfono. Hay otro ascensor que lleva directamente a este piso. No le diga nada a Bianchini.

Se despidieron formalmente y entraron en el ascensor, que ya había llegado. Antes de cerrarse las puertas, pudieron ver a Mafalda observándoles desde el rellano.

Ann estaba intrigada. ¿Qué quería decirle la condesa Guglielmini que no quería que Bianchini supiera? Tenía curiosidad por saberlo.

Una vez en la calle, Bianchini le preguntó:

—¿Qué piensa de esta señora? Creo que sabe algo, pero no lo dice. Y de todos modos es una gran *snob* que se cree superior porque vive en este edificio.

—No lo sé —respondió ella dubitativa—. Póngase en su lugar. Dos desconocidos se presentan en su casa y le preguntan si tiene llaves del XVIII. ¿No cree que usted también se habría quedado perplejo?

—Puede que tenga razón —admitió—, pero sigue siendo una *snob*.

Ann Carrington sonrió para sus adentros. Había comprendido perfectamente que la condesa no soportaba a Bianchini, y no pensaba que fuera por esnobismo. ¿Lucha de clases? Ella no lo creía. Más bien una cuestión de *feeling* personal.

—Bueno, Bianchini, no sé cuáles son sus planes para hoy, pero si no le molesta, me gustaría pasar el resto del día haciendo turismo y quizás ir de compras.

—Tiene razón. Creo que es un plan estupendo. No hay muchas ocasiones de visitar Florencia, que siempre tiene algo nuevo que descubrir. Si quiere puedo acompañarle.

—Gracias, pero no. Prefiero hacer mis compras sola, sin tener a un guardián siguiéndome y metiéndome prisa.

—Tiene razón. Los hombres no tenemos mucha paciencia para

estas cosas. Debe disculparme, pero no podré cenar con usted esta noche. Mi mujer ha preparado raviolis y si no estoy en casa me mata.

Se rieron juntos. Ann estaba encantada de que no pretendiese cenar con ella. De ese modo, podría acudir a su cita con Mafalda Rinaldi sin tener que inventar ninguna excusa.

46

A las nueve en punto, Ann Carrington apareció en la puerta trasera del edificio Guglielmini y llamó al interfono.

—¿Sí? —respondió una voz masculina.

—Soy Ann Carrington. Me están esperando.

—Entre y suba al cuarto piso —le dijo la voz.

Ann siguió las instrucciones.

Cuando llegó al cuarto piso, Mafalda Rinaldi la esperaba, acompañada de un caballero de unos cuarenta años, alto y delgado, cabello escaso y ojos azul oscuro.

—Le presento a mi marido, Marco Stefano Guglielmini.

Se saludaron y entraron.

Ann siguió a la pareja por una serie de pasillos que atravesaban prácticamente toda la planta, hasta desembocar finalmente en el salón donde había estado aquella mañana, situado en la parte delantera del edificio.

Ann estuvo a punto de hacer un comentario sobre la belleza de la casa, pero se abstuvo, consciente del comentario de Bianchini de que era una *snob*. Seguramente no era de buen gusto hacer este tipo de observaciones de ama de casa.

Apenas se habían instalado cuando apareció el camarero, el mismo que les había servido aquella mañana.

—¿Qué quiere tomar? —preguntó Marco Stefano Guglielmini.

Tenía una voz hermosa y profunda. Ann lo miró rápidamente. No era precisamente un hombre guapo, pero tenía clase. Él y Mafalda formaban una extraña pareja, ella tan menuda y él tan alto. Ann calculó que seguramente medía más de dos metros.

Los tres eligieron aperitivos.

* * *

—Saben lo de las llaves —le había gritado Mafalda a su marido cuando este regresó, hacia las siete de la tarde, de la finca que poseían a las afueras de Florencia.

—¿Y cómo lo saben? —preguntó, más preocupado que sorprendido.

—Ese maldito Bianchini lo descubrió, leyendo el libro sobre el diamante que compró la americana.

—¿Ha descubierto algo más?

—No, no por el momento. Al menos eso creo, porque no ha pedido nada. Por eso he invitado a la americana a que vuelva esta noche. Quiero averiguar exactamente lo que saben y qué medios tienen para seguir adelante.

—¿Y por qué crees que te lo dirá? En el fondo, ni siquiera te conoce.

—Me pareció una persona sincera y honesta. Si no sabe nada, no hay problema. Tendremos solo una conversación agradable. Quizá incluso podamos invitarla a cenar ya que estamos. Seguramente está sola y seguro que le gustará más que ir a un restaurante.

—Haz como quieras. Aunque te diga que no, vas a hacer lo que te dé la gana.

* * *

Tras los aperitivos, pasaron al comedor cercano. Era una gran sala que podía acoger a varios invitados, al menos veinte, cómodamente sentados alrededor de la enorme mesa. En los extremos de la sala colgaban tapices con un escudo de armas, y lo mismo a ambos lados. «Debe de ser el de la familia», pensó Ann.

Hablaron de algunas cosas triviales, sin llegar nunca al meollo del asunto que interesaba a todos.

A los postres, Marco Stefano preguntó:

—Pero ¿cómo se enteró de que había un mensaje en el libro? ¿Lo supo antes de comprarlo o después?

—Solo después, claro. Lo descubrí por casualidad. Había un mensaje en el lomo del primer volumen, pero no tenía ni idea de quién lo había escrito ni a quién iba dirigido.

—¿Y eso lo descubrió Bianchini?

—El señor Bianchini descubrió cómo funcionaba el código. Parecía sencillo, pero resultó ser bastante sofisticado y complicado. Toda una serie de palabras subrayadas en el libro de la condesa Caetani-Spina, algunas válidas, otras no, para crear una frase que conducía a la solución. Y de este juego de palabras surgió su nombre y el asunto de las llaves.

—Ahora lo entiendo —dijo Marco Stefano. Era de imaginar que, un día u otro, alguien caería en la trampa de la nota de Caetani-Spina y se pondría a investigar. Por supuesto, solo podía ser alguien con conocimientos históricos como ella.

—Déjeme hacerle una pregunta, Marco Stefano, pero ¿sabía lo de las llaves?

Guglielmini se sorprendió por la pregunta directa y dejó pasar unos segundos antes de responder.

—Sí, era consciente de este hecho.

—Y ahora la pregunta crucial: ¿sabe dónde están esas llaves? —preguntó Ann, mirándole fijamente a los ojos.

Mafalda y su marido se miraron, interrogándose con los ojos, y finalmente Mafalda contestó:

—¡Sí, sabemos dónde están!

47

Florencia

Ettore Bianchini no había vuelto a Pistoia para comer raviolis con su mujer, como le había dicho a Ann. En lugar de eso, se había detenido en Florencia para reunirse con un colega suyo, Ambrogio Brambilla, en un bar del centro, el café Le Giubbe Rosse, de la plaza de la República.

Ettore y Ambrogio eran amigos desde el colegio, aunque Ambrogio no era de Florencia, sino de Milán. Sin embargo, sus padres se habían trasladado a la Toscana cuando él aún era un niño. Habían hecho juntos el servicio militar y se habían unido a los Palleschi cuando aún no habían cumplido los veinte años. Tenían la misma edad.

Cuando se unieron a la fraternidad, no tenían muchas expectativas. Para ellos, solo era emocionante formar parte de lo que creían que era similar a una secta y que la hermandad les ayudaría a ganar dinero fácilmente.

Pronto se dieron cuenta de que no era así y de que los hermanos se tomaban muy en serio su función. Estaban a punto de marcharse cuando Brambilla oyó hablar de las famosas estancias secretas construidas por la electora. Al principio pensaron que se trataba solo de una leyenda, pero cuando, por casualidad, se enteraron de que una de esas mismas habitaciones había sido descubierta y que en su interior se había encontrado una serie de objetos considerable, los dos camaradas empezaron a pensar que tal vez valía la pena investigar e intentar descubrir una de ellas por sí mismos.

No fue fácil, por supuesto, y la información sobre el tema era más bien escasa. Pese a ello, con infinita paciencia y la escasa información que obtuvieron de otros miembros más antiguos de la hermandad, acabaron descubriendo la existencia de la serie de libros del diamante que, en su opinión, también contenían el mensaje que abría la puerta a los tesoros.

—Entonces, ¿estás convencido de que esas llaves existen —preguntó Brambilla— y de que aún podrían estar en manos de los Guglielmini? Pero si así fuera, ¿por qué los Guglielmini no se apropiaron del tesoro escondido si son los únicos que tienen las llaves?

—Por varias razones, querido Brambilla. Primero: quizá no tengan las llaves. Segunda: tienen las llaves, pero no saben para qué sirven. Tercera posibilidad: tienen las llaves, pero no saben dónde están las estancias secretas.

Ambrogio Brambilla se pasó la mano por la barba mientras

reflexionaba. Finalmente dijo con un resoplido:

—¡Menudo lío!

—Sí, un gran lío.

—Y sin embargo…

—¿Sin embargo…?

—Tiene que haber algo —continuó Brambilla—, si no, ¿por qué esa condesa Caetani-Spina, o como se llamara, dejó esos mensajes escritos, y por qué en la serie de libros del diamante? Quizá haya que empezar por ahí para entenderlo. Hay que preguntarse quién podía saber que lo había dejado todo escrito, oculto entre líneas en una serie de libros. Ella quería que se descubriera, pero no que lo hiciera cualquiera. Solo cierto tipo de personas tenían acceso a la serie de libros del diamante y ella dejó el mensaje para esas personas, porque sabía, o al menos esperaba, que leyendo los libros del diamante descubrirían sus mensajes. Debía de tener una mentalidad muy retorcida para montar todo este engaño.

—No lo había pensado, pero quizá tengas razón. El hecho es que nadie sabe exactamente cuántos libros de esa edición quedan y si, como se cree, cada libro tiene su propio secreto y conduce a una estancia concreta.

—Dios mío, Ettore. Me das dolor de cabeza —dijo Brambilla, mientras daba otro sorbo a la segunda *grappa* que había pedido—. De todos modos —continuó—, si lo he entendido bien, aparte de esta historia de las llaves que descubriste en el código, hasta el momento no hay señales de una estancia secreta.

Bianchini bajó la cabeza.

—Ninguna señal —confirmó.

—Entonces, ¿qué vas a hacer ahora?

—Haré lo que has dicho. Seguir la lógica de la maldita condesa. Si ella quería que nos encontráramos con las llaves en primer lugar, solo puede indicar que en las llaves tiene que haber alguna indicación sobre la puerta que abren y tal vez incluso dónde se encuentra.

—Déjame decirte, querido Ettore, que esa es una pista bastante endeble. ¿Le has preguntado ya a la condesa Guglielmini si las tenían? ¿Qué respondió ella?

—En realidad, no me contestó. Se limitó a reírse, como si mi pregunta fuera absurda.

—Un poco absurda sí que es, ¿no crees?

—Puede que sí —admitió—, pero comprenderás que tenía que preguntárselo.

—E incluso si tuviera las llaves, ¿por qué iba a decírtelo?

—Porque formamos parte de la fraternidad. Después de todo, ¿no es su objetivo descubrir tesoros ocultos y exponerlos en museos?

—Tal vez sospeche que no es realmente tu objetivo y no confíe en

ti.

Ettore Bianchini permaneció en silencio. Ambrogio tenía razón. Pero tenía que encontrar la forma de averiguar si Guglielmini aún tenía las llaves.

—Y ahora, ¿cuál será tu siguiente paso?

—No estoy muy seguro, pero cuento con la americana, que es más astuta que un zorro. Cuando nos conocimos, noté que la condesa Guglielmini la observaba con curiosidad. Sentía cierto respeto por ella, aunque no la conociera.

—¿Y hacia ti? ¿No mostró ninguna simpatía o complicidad por formar parte de la misma hermandad?

—Al contrario. Creo que me desprecia.

48

Ann Carrington se quedó boquiabierta.

No solo por la noticia que acababa de darle Mafalda Rinaldi, sino también por la sinceridad con la que le había respondido. De momento, no supo cómo reaccionar. Tenía que asimilar rápidamente la nueva situación. Un paso en falso y sus invitados podrían cambiar de opinión y volver a su mundo de secretos y no revelar más información sobre las llaves.

—Gracias por su confianza. Debo decir que estoy sorprendida. ¿Por qué yo y no el señor Bianchini?

La pareja se miró y esbozó una sonrisa.

—A usted la conocemos, señora Carrington —contestó Mafalda—. Me he informado sobre usted. Es una persona seria y con muy buena reputación. Por desgracia, no podemos decir lo mismo del señor Bianchini. Además, mientras yo iba tras el rastro del libro en Portugal y después en Madrid, vi cómo Bianchini la seguía y finalmente se acercó a usted en Madrid, en aquel café. Desgraciadamente, no llegué a tiempo a la subasta; si lo hubiera hecho, yo misma habría comprado el libro y hoy no nos encontraríamos en esta situación. En cuanto al señor Bianchini, es uno de esos nuevos hermanos que la fraternidad admite para mantenerse viva y activa. Los antiguos miembros van muriendo uno tras otro, y hoy en día quedan muy pocos de las antiguas familias originales. Y nos tememos que los que acceden ahora a la hermandad no tengan la misma dedicación que las antiguas familias y que su objetivo sea distinto al nuestro. Queremos desenterrar el tesoro de los Medici para cumplir con la última voluntad de la electora y exponerlo al público, y no para venderlo en nuestro propio beneficio. Y creemos que el señor Bianchini se inclina más bien por lo segundo. Asumiendo, por supuesto, que estas benditas estancias sean descubiertas.

—Puede parecer una pregunta estúpida —continuó Ann—, pero ¿tiene idea de por qué la condesa Caetani-Spina eligió a su familia como guardianes de las llaves?

—¿Por qué lo pregunta? —quiso saber Marco Stefano.

—Me preguntaba por qué la condesa Caetani-Spina tomó la decisión de dejar a una familia la custodia de las llaves, pero sin revelar qué puerta abre. Un poco extraño, ¿no?

—Nunca lo había pensado —admitió Marco Stefano—, pero su razonamiento no deja lugar a dudas. ¿Significará que quizás tendríamos la solución aquí en palacio desde el principio sin saberlo? Eso sería el colmo.

—No me refería a eso —señaló Ann—. Solo quiero decir que es

extraño que la condesa Caetani-Spina deje unas llaves que nadie sabe para qué sirven. Resulta un tanto ilógico, ¿no creen?

—Quizá deberíamos buscar aquí mismo, en el palacio, si encontramos alguna pista relacionada con las llaves. ¿Por dónde empezar? —intervino Mafalda.

—No ha respondido a mi pregunta —dijo Ann—. ¿Tiene idea de por qué la condesa Caetani-Spina eligió a su familia entre las muchas que hay en Florencia?

Los dos se miraron, interrogándose mutuamente.

—En realidad, no tengo ni idea —continuó Marco Stefano.

—Tengo una idea —intervino Mafalda—. Nunca le había prestado atención, pero ahora que lo pregunta, señora Carrington, puede que haya una conexión. Al menos eso creo. —Permaneció en silencio unos segundos, mientras los demás la miraban expectantes; luego prosiguió—: La condesa Caetani-Spina era una joven dama cuando estaba al servicio de la electora. Poco después se casó. Y lo hizo con un miembro de esta familia y se convirtió en la condesa Guglielmini. ¿Podría ser esta la razón?

Ann Carrington no podía creer lo que acababa de oír.

—Por supuesto que esa es la razón. Ahora se entiende. Por eso dejó a cargo de las llaves a los Guglielmini. ¿Pero se casó con el conde que vivió en la época de Anna Maria Luisa?

—No, ese ya era muy mayor. Se casó con su hijo. También se llamaba Marco Stefano. Una vieja tradición familiar. El primogénito siempre es bautizado con este nombre.

—¿Así que usted es…? —preguntó Ann, volviéndose hacia Marco Stefano.

—Sí, soy descendiente de la condesa Caetani-Spina.

—Interesante —dijo Ann casi en un susurro mientras reflexionaba —. Pero entonces, si no recuerdo mal, a su muerte, la condesa repartió su herencia entre sus descendientes directos, incluida la famosa colección de libros del diamante. ¿Pero están seguros de no tener un par de ellos?

Mafalda y su marido se miraron, asombrados.

—En realidad, nunca lo habíamos pensado —admitió Marco Stefano—. Podemos buscar en la biblioteca, pero lo dudo.

—¿Por qué lo dudas? —le preguntó Mafalda a su marido.

—Porque me parece una idiotez que busquemos por medio mundo ejemplares del libro cuando quizá, e insisto, quizá, tengamos la solución en casa. Eso sería el colmo.

—No se apresure, conde. Primero debe comprobar si tiene o no en su biblioteca uno o varios ejemplares del libro del diamante, y si tiene esa suerte, el código debe entonces ser descifrado.

—Pero usted ya lo ha hecho. ¿No podría volver a hacerlo?

—No lo sé, francamente. Pero, por favor, volvamos a los hechos. Así que tiene las llaves. ¿No hay ningún mensaje con las llaves?

—A decir verdad, creo que ni siquiera las he visto —admitió Marco Stefano—. Sé que las hay, e incluso dónde podrían estar, que esa es otra cuestión. Mi padre me habló de ellas en su momento, pero como no me interesaba mucho la historia de un par de llaves, la verdad no presté mucha atención, pero, de todos modos, sé dónde guardaba sus cosas y no hemos tocado nada desde su muerte. Así que, si las hay, tienen que estar ahí. Tiene que ayudarnos, señora Carrington —Marco Stefano estaba ligeramente alterado—, no estamos acostumbrados a tratar con estas cosas.

—No se preocupe, conde. Si puedo, haré lo que esté en mi mano para ayudarle.

49

Florencia, 1743

Anna Maria Luisa estaba sentada en un sillón, hundida en una gran cantidad de cojines. No encontraba una postura en la que tuviera menos dolor. En los últimos tiempos, este se había vuelto insoportable y se había dado cuenta de que el final se acercaba inexorablemente a grandes zancadas.

Esperaba a la condesa Caetani-Spina. Estaba ansiosa por oírle decir que todo iba bien y que no había habido ningún obstáculo en la tarea que le había encomendado. La había enviado a Cerreto Guidi para comprobar que sus instrucciones se habían cumplido al pie de la letra. Sabía que le quedaba poco tiempo y no quería abandonar este mundo dejando a medias lo que había sido su gran empeño en las últimas semanas: la construcción de unas estancias secretas donde esconder aquellas posesiones que sus fieles habían conseguido arrebatar a los austriacos.

La condesa Caetani-Spina llegó casi corriendo. Estaba sin aliento. Al verse observada por las demás damas, recobró la compostura, aunque le costaba respirar con normalidad.

Se acercó a la silla donde descansaba la electora y le dedicó una profunda reverencia antes de aproximarse lo suficiente para que ella pudiera oírla, pero no las demás damas.

—¿Todo en orden? —preguntó Anna Maria Luisa antes de que la joven condesa pudiera pronunciar una sola palabra.

—Sí, alteza. Todo como su alteza ha ordenado. —Estuvo a punto de añadir «Podéis estar tranquila», pero se detuvo a tiempo. Era una frase demasiado íntima y personal como para dirigírsela a la gran princesa de Toscana.

—Oídme bien —continuó la princesa, casi en un susurro para evitar ser oída por las demás damas de compañía, que estaban sentadas a escasa distancia, fingiendo estar ocupadas con sus bordados, cuando en realidad estaban bien atentas, tratando de captar algunos retazos de la conversación entre la electora y la condesa Caetani-Spina. Todas estaban celosas de que ella hubiera sido la elegida para ser depositaria de quién sabía qué secreto, cuando no solo había sido una de las últimas en llegar a la corte para servir a la electora, sino que procedía de una familia que no tenía más de tres generaciones de historia con la casa soberana, mientras que ellos podían presumir de un pasado impecable, que se perdía en la noche de los tiempos al servicio de la casa reinante, que estaba a punto de desaparecer—. Siempre debéis tener las llaves en la mano y no entregárselas a nadie ni siquiera un breve instante. Y cuando digo a

nadie, es a nadie. ¿Se han hecho dos estancias en Cerreto Guidi?

—Sí, alteza, como habéis ordenado.

—Bien. Así, si alguien descubre alguna vez una de esas estancias, nunca adivinará que hay una segunda. Al menos el cincuenta por ciento de mis posesiones están salvaguardadas. También debéis pensar en el futuro.

La joven condesa no entendió a qué se refría la electora con pensar en el futuro.

—Me temo que no entiendo a qué futuro os referís.

—Al vuestro, querida —dijo la electora con su voz profunda—. Tenéis que ser consciente de que no viviréis eternamente. Cuando vos no estéis, y que Dios permita que eso ocurra dentro de muchos años, y lleguéis a una edad muy superior a la mía, ¿qué sucederá con los bienes escondidos en las estancias que acabo de construir? No podemos dejarlo todo al azar. Hay que anticiparse a cualquier situación y estar preparado para afrontarla. Mi primo, el rey Luis XV de Francia, me envió hace algún tiempo una especie de código secreto con el que quería que nos comunicáramos, por si teníamos cosas que contarnos que los demás no debieran saber. A decir verdad, me pareció un poco excéntrico por su parte. Lo encontraréis en el cajón oculto del secreter que está en mi habitación, el de color más claro; como sabéis hay dos casi idénticos, excepto que uno tiene el color del palisandro.

»En mi biblioteca de la villa La Quiete hallaréis una serie de libros que he hecho reimprimir en los últimos años. Todos ellos están dedicados a la historia de nuestro histórico diamante amarillo. Son doce volúmenes. Cogedlos y lleváoslos. Ya he puesto una nota en mi testamento para que sean vuestros. Empleando el código de mi primo el rey, usadlos para describir dónde están las estancias, por si fallecierais y nadie volviera a saber de la existencia de estas cámaras ocultas.

A la condesa Caetani-Spina le temblaban las piernas. La electora había depositado en ella una gran confianza y unas expectativas que superaban sus capacidades. No estaba del todo segura de poder estar a la altura de sus deseos, y ahora que había mencionado el uso de un código secreto para introducirlo en los libros del diamante, menos aún. No se sentía capaz de hacerlo.

—Pero…

—No hay peros que valgan —la interrumpió la electora—. Sois la única persona a la que puedo pedir que hagáis esto por mí, la única. Seréis recompensada con creces, no lo dudéis.

—Pero no quisiera…

—Basta —ordenó—. Esta es mi última voluntad. Os confío la seguridad de mi tesoro. —La joven condesa estaba a punto de retirarse

y ya había hecho una profunda reverencia, cuando la electora añadió —: Me gustaría que me hicierais un último favor. ¿Recordáis el diamante amarillo que recogimos de la sala del tesoro del palacio Pitti junto con el otro que no es el original, la copia en citrino?

—Sí, por supuesto, alteza.

—Quiero que el ejemplar de citrino sea el primer objeto que se oculte en una de esas estancias y que cuando los tiempos se hayan calmado, vayáis vos personalmente a recogerlo y lo llevéis a los joyeros de la catedral y les digáis que se lo entregáis siguiendo mis órdenes para que esa preciosa joya sea incrustada en la parte superior del relicario que contiene un trozo de la vera cruz. Era un antiguo deseo de mi padre. Por supuesto, a él le hubiera gustado regalar el diamante original, pero nuestros queridos prelados de la sagrada catedral tendrán que conformarse con esta copia.

—¿Y… —titubeó la condesa Caetani-Spina, que casi no se atrevía a preguntar—… el verdadero?

—Aún no lo he decidido. De momento, ponedlo a buen recaudo en la segunda cámara, así dividimos el riesgo, por si alguien descubre una de las salas secretas. Os aseguro que en el preciso momento en que yo muera, Beauvau no tardará ni un minuto en rebuscar entre todos mis efectos personales a ver si descubre algo que haya escapado a su control. Pero no encontrará mi diamante, porque vos ya lo habréis escondido.

50

Florencia, palacio Guglielmini

—Vayamos por orden —dijo Ann, que se dio cuenta de que tenía que tomar cartas en el asunto porque sus anfitriones parecían absolutamente desbordados por los acontecimientos—. En primer lugar, es muy importante saber si tienen o no una copia del libro. Sin eso no podremos avanzar, aunque encontremos las llaves. ¿Tienen biblioteca?

—Sí, aunque para ser honestos, entramos muy poco. Venga conmigo.

Ann y Mafalda siguieron a Marco Stefano.

Recorrieron todo el palacio. La biblioteca estaba al fondo de las habitaciones que ocupaban. No era muy grande y, a primera vista, Ann se dio cuenta de que, aunque el propietario había admitido que no acudía allí con frecuencia, todo estaba perfectamente ordenado, como si lo limpiaran todos los días. No había ni una sola mota de polvo en los viejos volúmenes que ocupaban las cuatro paredes de la habitación. Comenzaron una búsqueda minuciosa, descartando aquellos libros que claramente quedaban fuera del objeto de sus pesquisas: libros de ciencia, atlas, tratados diversos. Había para todos los gustos, pero ni rastro del libro del diamante.

Todos estaban decepcionados.

—¿Pero creen que al menos podrían tener una copia? —preguntó Ann.

—La verdad es que no tengo ni idea. No frecuento mucho este sitio.

—¿Sabe por casualidad a quién fue a parar parte de la herencia de la condesa Caetani-Spina?

—Desgraciadamente, no. Fue hace demasiado tiempo —replicó Marco Stefano, ligeramente abatido.

—Pero ahora que hablas de herencia —intervino Mafalda—, ¿la última división de vuestros bienes no se realizó cuando murió tu padre?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Y tu hermana Simonetta no heredó parte de la biblioteca?

—Ahora que lo mencionas, tienes razón. Parte de ella acabó en sus manos, aunque inicialmente no la quisiera.

—¿Sabe si aún está en su poder? —preguntó Ann Carrington.

—No tengo ni idea, pero siempre puedo llamarla y preguntarle.

—¿No es un poco tarde? —se preocupó Mafalda—. Son casi las diez y media.

—Intentémoslo. Como mucho me mandará al infierno —dijo

Marco Stefano con renovada ilusión.

Simonetta Guglielmini no entendía nada de lo que su hermano intentaba decirle. No tenía por costumbre llamar a esas horas y su tono ligeramente agitado la preocupaba.

—¿Pero estás seguro de que estás bien, Marco Stefano? Pareces un poco confuso.

—Dime si aún tienes esos viejos libros de la biblioteca de papá. Los que te llevaste.

—Creo que sí. Al menos no recuerdo haberlos tirado. Pero ¿por qué de repente te interesan esos libros viejos, tanto como para llamarme en plena noche?

Marco Stefano dudó un momento antes de responder. No tenía intención de involucrar a su hermana en aquel asunto. Ella, naturalmente, sabía lo de los Palleschi, pero siempre se había negado a formar parte de ellos. No le interesaban esas historias de antiguos conspiradores —como ella los llamaba— que solo perseguían una quimera y vivían en el pasado. Ir ahora a hablarle del diamante podía sonar de lo más raro.

—Necesito consultar algo importante.

—¿Tú? No me hagas reír. ¿Qué estás tramando? Soy tu hermana, te conozco bien. No me vengas con cuentos.

Marco Stefano cortó por lo sano. No quería discutir en aquel momento con su hermana.

—Te lo diré mañana. Me pasaré por tu casa con una amiga. ¿Te parece bien?

—Estás de lo más misterioso, pero bueno. Te veré mañana.

Marco Stefano colgó el teléfono. Se volvió hacia su mujer y Ann Carrington. Tenía cara de satisfacción.

—Sí, todavía tiene los libros. Nos pasaremos mañana a ver si entre ellos está lo que buscamos.

—Esperemos.

51

Florencia, Palacio Pitti, 18 de febrero de 1743

Todos estaban arrodillados alrededor de la cama de la electora, rezando en voz baja. El final era inminente. Simonetta Caetani-Spina levantaba la vista de vez en cuando para echar un vistazo a su alrededor y ver si faltaba alguien, pero no, estaban todos presentes. Si hubiese alguna ausencia, esa persona se convertiría inmediatamente en sospechosa; ¿qué había más importante que presenciar los últimos momentos de la electora? La sala estaba abarrotada. Los últimos cortesanos en llegar se agolpaban para entrar y presenciar el último suspiro de su amada electora. En el ambiente flotaba un fuerte olor a cera procedente de los cientos de velas encendidas alrededor de la cama donde yacía.

A pesar de la gran cantidad de personas apelotonadas en la sala, reinaba un silencio sepulcral y casi se podía oír la respiración de los presentes. Todos aguzaban el oído para no perderse el último aliento de vida de la princesa. De repente, su médico personal se aproximó a su cabecera, puso su oído mientras se acercaba a su rostro hasta casi tocarlo, le tomó el pulso y, por su expresión grave, todos comprendieron. La electora, Anna Maria Luisa de Medici, gran princesa de Toscana, había fallecido.

Entre llantos, las damas de honor comenzaron a rezar en voz alta. Todas inclinaron profundamente la cabeza hacia ella, un último tributo de respeto por quien había representado todo un mundo para ellas, ahora desaparecido.

Simonetta Caetani-Spina se levantó lentamente y, sin que nadie se diera cuenta, salió de la habitación enjugándose las lágrimas. Llevaba tiempo preparada para el fatídico acontecimiento, pero aun así había sido una tremenda conmoción para ella.

Tenía un último deber que realizar. Cumplir las instrucciones de su ahora difunta ama. Ocultar cuanto antes el diamante que guardaba en uno de sus bolsillos, mientras en el otro estaba el de citrino.

Tenía que ir a la villa medicea de Cerreto Guidi, donde estaban preparadas las dos primeras cámaras secretas, pero no podía marcharse. Su ausencia se notaría y no podría justificarla. Tendría que esperar unos días y, tras el funeral oficial, cumpliría con su deber.

Mientras tanto, tenía que esconder los diamantes, pero no sabía dónde.

52

Florencia, palacio Guglielmini

Ann Carrington desayunó brevemente antes de salir del hotel. Caminó a paso ligero hasta el palacio Guglielmini, donde la esperaban Mafalda y Marco Stefano. Juntos irían a casa de su hermana, que, según Marco Stefano, vivía a un tiro de piedra de su palacio.

Estaba ansiosa por saber si la hermana del conde tenía o no uno de los volúmenes del diamante. Resultaba ridículo pensar que aquellos libros podían haber permanecido en la más profunda oscuridad de una biblioteca, sin que nadie se interesara por ellos, o más bien que fueran completamente ignorados, y que ahora se hubieran convertido en un bien precioso muy codiciado. Sin uno de ellos para descubrir la ubicación de las salas ocultas, las llaves no valdrían de nada.

La noche anterior habían acabado bastante tarde y al final no habían ido a comprobar si las llaves estaban realmente donde el conde recordaba que se podían encontrar.

Tampoco tenía noticias de Bianchini, pero eso no le preocupaba demasiado. De hecho, era mejor no tenerlo cerca con la evidente antipatía que sentían hacia él los Guglielmini. Tal vez pensara que ella se dedicaría a aprovechar los pocos días que le quedaban para visitar la ciudad y sus museos.

Suponiendo que Simonetta Guglielmini tuviera realmente uno de los libros, esperaba ser capaz de descifrarlo sin necesitar la ayuda de Bianchini. De lo contrario, tendría un problema.

El conserje del edificio informó a los condes de que la señora Carrington les esperaba abajo, en el vestíbulo.

No tardaron en aparecer. Parecían entusiasmados. Marco Stefano le dio un apretón de manos firme, mientras que el de Mafalda fue mucho más suave.

—Mi hermana nos está esperando —dijo él lacónicamente, sin dar muchas explicaciones.

—¿Qué le ha dicho para justificar nuestra visita? —preguntó Ann, preocupada por si se corría la voz y todos empezaban a buscar en sus bibliotecas una copia inexistente del libro.

—La verdad. Que usted es investigadora en una universidad americana y que necesita consultar ese libro. Pero no se preocupe. He tenido mucho cuidado en no decirle el motivo de ese interés.

Ann se sintió aliviada.

Cruzaron el Ponte Vecchio y se dirigieron hacia el Palazzo Vecchio, después tomaron un camino a la derecha que siguieron durante unos cien metros y finalmente se detuvieron ante la puerta de un palacio. Era similar a otros palacios señoriales de la ciudad

construidos en la época de mayor esplendor de Florencia, y estaba justo detrás del Palazzo Vecchio. Ann reconoció inmediatamente el escudo de armas de la familia Guglielmini en la fachada principal. Obviamente, solo podía tratarse de otro palacio suyo.

Los Guglielmini eran una de las familias más importantes de Florencia. Ann no lo sabía, pero la noche anterior, cuando regresó al hotel, había hecho una rápida búsqueda en internet, para no parecer la típica americana estúpida e ignorante, por si Mafalda o Marco Stefano empezaban a hablar de sus ancestros. Estaba impresionada por lo que había leído, y ahora entendía mejor por qué la joven condesa Caetani-Spina había entrado a formar parte de esta familia casándose con el heredero. Era una de las más poderosas de la ciudad.

Desde el interior, alguien abrió la puerta con un interfono automático y los tres entraron.

La planta baja era espaciosa, abierta, ocupada únicamente por una escalera monumental. Ann se disponía a subir aquella larga escalera cuando Marco Stefano la detuvo.

—Hay un ascensor aquí detrás —dijo con una media sonrisa en la cara.

Simonetta Guglielmini les esperaba en el piso superior, delante del ascensor. Era una mujer hermosa, alta, de ojos oscuros y cabellos castaños que le caían hasta los hombros, con un corte perfecto, obra de un peluquero excelente y muy caro. No se parecía a su hermano.

Iba vestida de modo informal, con una blusa y una falda de cuadros escoceses. Ann se dio cuenta enseguida, por su forma de moverse, de que aquella mujer tenía mucha clase.

Les hizo sentarse en el salón, que estaba más lujosamente amueblado que el de su hermano.

—¿Qué queréis tomar? —preguntó amablemente—, ¿café, té?

Después de que todos declinaran la oferta, Simonetta Guglielmini entró inmediatamente en el meollo de la cuestión. Se notaba que era una mujer enérgica que tenía poco tiempo que perder en inútiles conversaciones de salón.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora Carrington? Mi hermano me ha dicho que quería consultar un libro sobre el diamante de los Medici. ¿Es cierto?

—Sí, señora —respondió Ann.

—Antonio —llamó, alzando ligeramente la voz.

—Tiene el mismo nombre que la condesa Caetani-Spina, una antepasada suya, si no me equivoco —comentó Ann por hablar de algo; odiaba los silencios embarazosos.

—Así es. Es una tradición familiar. Cada segunda generación hay una niña que es bautizada con el nombre de Simonetta. Era mi turno.

En ese momento apareció un sirviente bastante mayor y puso fin

a la conversación.

— Por favor, acompañe a la señora a la biblioteca y ayúdela a buscar el libro que le indicará.

—Si no le importa —intervino Marco Stefano—, a nosotros también nos gustaría acompañarla. Tres pares de ojos son mejor que uno. Así seremos más rápidos y dejaremos de molestarte enseguida.

—Como deseéis. No hay problema. Avísame si lo encuentras.

Se levantó y salió disparada por una puerta.

Los tres, Ann, Mafalda y su marido, siguieron al hombre.

La biblioteca estaba junto al salón. Era una habitación bastante grande, con estanterías a rebosar, donde no cabía ni un solo libro más. Iba del suelo al techo y se notaba que habían aprovechado todo el espacio disponible. Encontrar el libro no iba a ser tarea fácil.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Mafalda, muy animada.

—Yo por ese lado de la izquierda y ustedes por el lado opuesto si quieren. Recuerden que el lomo del libro es blanco. Así que pueden descartar los de color para hacerlo más rápido.

Comenzaron su búsqueda, moviendo un libro tras otro. Marco Stefano, con la ayuda de una escalera, había elegido empezar por los más altos, la última fila antes del techo.

Tras casi una hora removiendo libros antiguos que hacía tiempo que nadie había tocado, tuvieron que rendirse a la evidencia. No había el menor rastro del libro del diamante.

Justo entonces, apareció Simonetta.

—¿Y bien? ¿Habéis encontrado lo que buscabais? —preguntó, dirigiéndose a los tres a la vez. Su mirada inquisitiva pasó de uno a otro.

—Nada —dijo Mafalda, visiblemente decepcionada—. No sé si estará en otro sitio, porque es evidente que no está aquí, y hemos hecho una búsqueda exhaustiva, te lo aseguro.

—No tengo ni idea —respondió Simonetta, pensativa—, pero estoy convencida de que lo tuve en mis manos el año pasado, cuando sacamos los libros para pintar la biblioteca. —Reflexionó un momento antes de decir—: Ahora que lo pienso, quizá sepa dónde puede estar. Mi hija Laudomia lo cogió para hacer un trabajo para el colegio. Pensé que lo había devuelto. La llamaré ahora y le preguntaré.

Desapareció de nuevo mientras los otros tres echaban un último vistazo desesperado a la biblioteca.

—No está aquí. Es absolutamente imposible que se nos haya pasado por alto. Si Laudomia se lo llevó, quién sabe dónde lo dejaría.

Mientras tanto, Simonetta había llamado a su hija.

53

Ambrogio Brambilla estaba muerto de cansancio. Apenas había dormido desde el día anterior. Su compañero Bianchini le había pedido que siguiera a Ann Carrington y no la perdiera de vista ni un solo momento.

—No me fío de esa mujer —dijo—. Es demasiado lista para comportarse como una simple turista. Creo que tiene una idea en la cabeza que no quiere compartir conmigo, pero no sabe que la seguiremos.

Había protestado, pero, como siempre, había acabado aceptando. Ettore ejercía sobre él una gran influencia de la que no podía desprenderse.

La había seguido cuando había ido al palacio Guglielmini la noche anterior, después de la visita que había hecho con Bianchini, hacia las nueve de la noche. Había esperado fuera a que saliera y había tardado bastante. Por fin había aparecido y la había seguido hasta su hotel.

A la mañana siguiente, él ya estaba allí, en la vía Pisana, frente a la puerta del hotel, y la había visto salir hacia las nueve para dirigirse de nuevo al palacio Guglielmini, pero ella no había entrado. Una pareja bajó poco después a la puerta principal y juntos se habían dirigido al centro y habían entrado en un palacio situado detrás del Palazzo Vecchio.

Desde entonces, ninguno de ellos había salido por esa puerta. Estaba seguro de ello. No se había movido, ni siquiera para tomar un café, aunque se moría de ganas.

Tras esperar un par de horas, se dio cuenta de que algo pasaba, porque los tres no aparecían.

Llamó a Bianchini para darle cuenta de sus actividades y saber qué tenía que hacer. También quería decirle que estaba cansado de seguirla y esperar durante horas.

—¿Por qué volvería al palacio Guglielmini? No creo que tuviera una cita con la condesa. Acabábamos de hablar con ella. Tal vez había olvidado algo. ¿Su bolso o sus gafas? Hay que averiguarlo. De todos modos, ella oculta algo, ¿por qué iría allí por la mañana y luego a visitar otro palacio con la condesa y ese hombre? ¿Tienes alguna idea de quién podría ser ese hombre? ¿Y fuiste capaz de leer el nombre en el interfono?

—¿Cómo quieres que sepa quién era ese tipo? No tengo la menor idea. De todos modos, parecía un tipo inteligente. Y no, no pude leer el nombre en el intercomunicador simplemente porque no había nombre.

Bianchini reflexionó un momento antes de decir:

—Vete a casa y duerme un poco. Creo que ya has hecho bastante por ahora. Yo me encargo.

—Al menos me harás saber lo que ocurre.

—No te preocupes. Te mantendré informado. Hasta luego.

54

Simonetta Guglielmini habló con su hija, pero esta afirmó que no se había llevado el libro. Sí recordaba haberlo hojeado más que consultado, pero como estaba en gran parte subrayado, había renunciado a utilizarlo.

—¿Y estás segura de que lo has vuelto a colocar en su sitio?

—Sí, mamá, estoy más que segura.

—Muy bien, Laudomia, gracias. Si se te ocurre dónde puede estar, llámame.

—Pero ¿por qué quieres ese libro, mamá? ¿Hay alguna razón?

—Tu tío quiere consultarlo. No sé por qué. Pero no te preocupes. Ya sabes cómo es. A veces tiene estas excentricidades y al día siguiente se olvida de ellas.

Madre e hija se despidieron y dieron por terminada la conversación.

Simonetta Guglielmini regresó intrigada al salón donde esperaban sus invitados.

—¿Y bien? —preguntó Mafalda, impaciente.

—Nada. Laudomia dice que lo hojeó, pero como estaba todo subrayado, renunció a utilizarlo y lo devolvió a su sitio. Por lo tanto, debe de estar en la biblioteca.

—¿Recuerda quizás de qué color era la portada o el lomo? Nos ayudaría mucho en nuestra investigación. Aquí hay miles de libros.

—A decir verdad, no, no me acuerdo, pero quizá Laudomia sí, ya que lo tuvo en las manos hace no mucho. Volveré a llamarla.

Se marchó de nuevo para hacer su llamada. Regresó al cabo de un rato.

—Laudomia dice que, como la cubierta estaba bastante estropeada, lo volvió a forrar con papel de embalar de color verdoso. También dice que estaba en el lado derecho de la biblioteca, cerca de la ventana.

Volvieron todos juntos a la biblioteca. Esta vez ella también los acompañó. El pequeño misterio del libro forrado la intrigaba.

Fue la primera en entrar e inmediatamente se dirigió a la parte que su hija le había indicado.

—Aquí está —exclamó triunfante, agitando el libro en el aire con la mano—. ¿Cómo no lo habéis visto?

—Buscábamos un libro con el lomo blanco, como todos los de esta colección. Quién iba a imaginar que Laudomia lo había vuelto a forrar —dijo Marco Stefano, disculpándose.

Simonetta Guglielmini se acercó a Ann Carrington y le tendió el libro.

—Aquí está, señora. Y es suyo. Seguramente le será más útil a usted que a mí, y francamente, he oído la historia del diamante muchas veces en mi vida y nunca me ha atraído. Pero usted es investigadora, entiendo que sus intereses son distintos a los míos.

—Pero no, no puedo aceptarlo —respondió Ann, ligeramente avergonzada.

—Por favor, señora, es un gran placer regalárselo. Al menos alguien puede usarlo, en lugar de pudrirse en estos estantes.

—Le estoy muy agradecida, señora. Es usted muy generosa.

Se despidieron en la puerta del ascensor.

Ann estaba un poco confusa. Le sorprendía la generosidad de aquellas personas, como Simonetta, una auténtica noble, o la anciana condesa Teresa en Portugal, que se deshacía generosamente de libros que eran un tesoro para ella.

Cuando salieron a la calle, tuvieron la sorpresa de encontrarse cara a cara con Bianchini, que les esperaba en la puerta principal.

—Señor Bianchini —exclamó Ann ante el inesperado encuentro —, qué sorpresa. ¿Qué le trae por aquí?

Los otros dos le saludaron fríamente, sin estrecharle la mano. Era evidente que entre ellos no había buena sintonía y que los Guglielmini estaban muy molestos con aquel encuentro.

—La he visto entrar en este edificio y decidí esperarla. ¿Hay alguna novedad?

—No, ninguna —respondió Ann, molesta. Era obvio que no los había visto entrar, pero que sin duda él la había seguido, lo cual la enfurecía—. No, no hay noticias, señor Bianchini, y es una suerte que nos hayamos encontrado, así puedo despedirme de usted. Iba a llamarle por la tarde para hacerlo. Me voy mañana.

Mientras hablaba, los ojos de Bianchini se clavaron en el libro que Ann sostenía bajo el brazo. ¿Era uno de los ejemplares de la colección del diamante? Imaginó que sí, aunque estaba forrado de forma diferente al que había consultado en Madrid con ella, pero no se atrevió a preguntárselo, sobre todo en presencia de los Guglielmini.

—¡Ah! —pareció sorprendido—. ¿Abandonamos la búsqueda, entonces?

—Sí. No tengo más días disponibles y tengo que volver al trabajo. Además, hemos llegado a un callejón sin salida. Me hubiera gustado poder hacerlo, pero ya no tengo tiempo.

—En ese caso, si abandona la investigación, ¿sería tan amable de dejarme el libro? Podría seguir investigando y tal vez aparezca algo nuevo.

—Lo siento, señor Bianchini, pero no puedo hacer eso. Ese libro irá a la biblioteca de la Universidad Brown, junto con su gemelo, que ya está allí. Quizá con el tiempo podamos encontrar otros ejemplares

y reconstruir toda la colección.

Bianchini estaba visiblemente molesto. Estaba seguro de que el libro que sostenía bajo el brazo era uno de la colección, pero no sabía si era el que ya había hojeado o si se trataba de otro ejemplar. Se moría de ganas de arrancárselo y salir corriendo, pero se contuvo. Ya no tenía edad para tales aventuras, y el conde Guglielmini, que seguía su conversación, era más joven y más fuerte. Lo habría alcanzado sin el menor esfuerzo si hubiera echado a correr.

—Así que solo nos queda despedirnos —dijo, abatido—. Ha sido un placer conocerla y trabajar con usted.

—Lo mismo digo, señor Bianchini.

Se despidieron sin efusión, y los tres lo siguieron con la mirada mientras se alejaba y se perdía entre la multitud.

—Ha sido más fácil de lo que pensaba —dijo Marco Stefano, visiblemente aliviado.

—¿A qué te refieres? —le preguntó su mujer.

—A deshacernos de él, por supuesto.

—Yo no estaría tan segura —confirmó Ann Carrington—. Es un perro tenaz. No se rinde tan fácilmente. Deberíamos tener cuidado. Me lo espero todo de él.

Caminaron de vuelta al palacio Guglielmini. Hacía un día precioso y los turistas ya habían empezado a invadir las calles. Podía verlos sentados en las terrazas desayunando, mientras otros salían de las tiendas cargados de bolsas y paquetes.

Ann estaba impaciente por poder consultar el libro. Lo había hojeado brevemente en casa de la hermana el conde, solo para comprobar que efectivamente era uno de los ejemplares correctos, y cuando lo hubo confirmado, se tranquilizó y solo esperaba el momento de ponerse a descifrar el código. Deseaba con todas sus fuerzas ser capaz de hacerlo por sí misma. La ayuda de Bianchini había sido primordial, tenía que admitirlo, pero ahora tenía que hacerlo sola.

No sabía hasta qué punto podía confiar en aquellos dos, el conde y la condesa Guglielmini, pero, en el fondo, pensándolo bien, eran los verdaderos guardianes de las cámaras secretas por herencia. Tenían el libro, tenían las llaves, a ella le faltaba únicamente descifrar el código creado por orden de Luis XV de Francia. Pero Ann se encargaría de eso.

55

Bianchini se sentó en la única mesa libre a esperar la llegada de Ambrogio. Estaba furioso. Era muy consciente de que la americana se lo había sacado de encima, sin muchos preámbulos. Debería haberlo adivinado desde el mismo momento en que Ambrogio le había dicho que había entrado en un edificio del centro de la ciudad en compañía de Mafalda y de un desconocido. ¿Para qué había ido allí? Seguramente no se trataba de una visita de cortesía. Solo podía estar relacionada con el libro. El que se había traído de Madrid y que habían estudiado juntos ya lo conocía, y no daba más de sí. ¿Era posible que hubiera conseguido otro ejemplar? Si era así, aquella mujer estaba realmente bendecida por la fortuna. Pero no lo sabía, era solo una posibilidad que había imaginado al verla con un libro bajo el brazo. Se preguntó si no sería él quien empezaba a divagar y le bastaba ver a alguien con un libro en la mano para creer que era una copia del del diamante. Se rio para sus adentros.

De todos modos, tendría que comprobarlo. Bastaba con introducirse en su habitación del hotel. Algo tendría que hacer, aunque de momento no estaba seguro de qué, ni cómo ni cuándo. La única certeza que tenía era que necesitaba actuar deprisa si efectivamente la americana se marchaba al día siguiente, como le había dicho.

Esa misma noche, mientras Brambilla seguía a Ann Carrington para avisarle en caso de que regresara al hotel, Bianchini, con la complicidad de un empleado al que había dado una buena propina, se introdujo en la habitación de Ann en el hotel.

Buscó minuciosamente por todos los rincones, debajo de la cama, en su maleta, incluso levantó parte de un altillo que había en el baño para ver si lo había escondido allí, pero no encontró nada.

—¡Maldita seas! —exclamó furioso. El libro no estaba en la habitación. Solo estaba la copia que había traído de Portugal y que ya habían examinado a fondo. De este ejemplar no podía sacar más información. Necesitaba el siguiente tomo para entender el mensaje. Precisamente el que faltaba. No obstante, la había visto al salir del hotel, y no llevaba ni bolsa ni libro. ¿Dónde podía estar?

No se lo podía creer, tendría que resignarse. ¿Había previsto la americana que alguien entraría en su habitación en su ausencia y lo había puesto a buen recaudo? Probablemente.

Esa misma noche, cuando Ann Carrington regresó al hotel, pasó primero por la recepción y preguntó al empleado de turno.

—He dejado antes aquí un sobre blanco grande para la señora Rinaldi. ¿Lo ha recogido?

El empleado miró debajo del mostrador y sacó el sobre grande que Ann había dejado antes.

—¿Es este, señora?

—Sí. Se ve que no le ha dado tiempo —comentó Ann—. Devuélvamelo, por favor, se lo daré mañana cuando la vea.

Ann se dirigió hacia el ascensor que conducía a su habitación. Cuando abrió la puerta, comprobó meticulosamente si había entrado alguien. Había doblado su ropa interior de una forma determinada, para saber si alguien la había descolocado para hurgar en aquel cajón, y ahora estaba doblada de otra manera. No había duda: alguien la había desordenado.

Estaba satisfecha consigo misma. Había sucedido exactamente lo que ella pensaba. Alguien, probablemente el apestoso de Bianchini, había entrado en su habitación para buscar el libro. Ella imaginó que en aquella habitación no habría un escondite seguro que Bianchini no revisara, así que había metido el libro en un sobre y lo había dejado en la recepción para una imaginaria señora Rinaldi, que evidentemente no había venido a buscarlo.

Estaba ordenando sus cosas cuando oyó que llamaban a la puerta.

56

Mafalda y Marco Stefano esperaban a Ann, que primero tenía que pasar por el hotel y luego se reuniría con ellos en el palacio. Ambos estaban entusiasmados, porque Ann les ayudaría por fin a descifrar el misterioso mensaje que su antepasada había dejado en el libro.

—Dependiendo de lo que descubramos en la cámara oculta, tendremos que hacer una lista para ver cómo lo distribuimos. Podemos hacerlo poco a poco, sin llamar demasiado la atención. Quizá en el Museo degli Argenti y, por supuesto, en la Galería Uffizi.

—No te precipites, Mafalda, aún tenemos que ver si averiguamos dónde están esas malditas estancias; luego ya veremos.

—Tienes razón, amor, pero no puedo evitar pensar en todas las maravillas que deben estar ocultas y que volverán a salir a la luz gracias a nosotros.

El tiempo pasaba y Ann no aparecía.

—Qué raro —dijo Mafalda—, ella siempre es puntual. ¿No le habrá ocurrido algún accidente?

—¿Qué accidente? Tú siempre tan dramática —replicó Marco Stefano, un poco molesto por las habituales monsergas de su mujer—. Habrá tenido algún contratiempo. A lo mejor se ha encontrado con Bianchini y no sabe cómo deshacerse de él.

—Tienes razón, amor. Soy una tonta. Siempre me preocupo demasiado. Pero si no está aquí en quince minutos, la llamaré al móvil.

—De acuerdo. Como quieras —claudicó su marido, cansado de las habituales discusiones sobre temas sin importancia.

Al cabo de más de media hora, Mafalda estaba más inquieta que nunca. Ann llevaba ya casi una hora de retraso y no había rastro de ella por ninguna parte. Mafalda había llamado a su teléfono móvil, sin obtener respuesta, y luego había contactado con la recepción del hotel, pero allí no habían visto salir a la señora Carrington y nadie contestaba en la habitación.

—Pero ¿qué le habrá pasado? —exclamó Mafalda cada vez más nerviosa.

—¿Estás molesta porque no viene o porque tiene el libro y temes que ahora que estamos tan cerca perdamos esta oportunidad si desaparece con el libro?

—Pero ¿cómo puedes pensar eso? Eres un insensible. Ann me parece una persona muy correcta. Ella no haría semejante cosa.

—Bueno, en ese caso, solo nos queda esperar a que dé señales de vida. Tarde o temprano aparecerá y nos explicará lo sucedido. Pero, tranquila, no creo que allí haya ocurrido un accidente, como te he

dicho antes.

57

Ann Carrington se despertó con un gran dolor de cabeza. No recordaba cómo había acabado en el suelo, tumbada en la alfombra, entre la cama y la pared. Se levantó con dificultad, apoyó las dos manos en la alfombra y se sentó en la cama. Intentó recordar.

Lo último que había hecho era ir a abrir la puerta de la habitación. Alguien había llamado. Había sido estúpida al no preguntar quién era antes de abrirla, y se había encontrado delante un desconocido de estatura media, de unos cincuenta años, que le había preguntado:

—¿Es usted la señora Carrington?

—Sí —respondió mientras el hombre la agarraba por el cuello y le hacía respirar de una gran bola de algodón un producto que olía fatal. Perdió el conocimiento.

Supuso que el hombre la había arrastrado hasta el interior para poder cerrar la puerta y la había dejado sobre la alfombra, de lo contrario no entendía cómo había acabado allí.

Cuando recuperó el sentido, pensó inmediatamente en el libro. Lo buscó a su alrededor, pero no lo vio. Todavía le temblaban un poco las piernas como para levantarse e ir a buscarlo, pero recordaba perfectamente que, nada más entrar en la habitación, lo había dejado encima de la maleta. La maleta seguía en su sitio, pero ni rastro del libro.

—Ese maldito —dijo en voz alta, como si alguien pudiera oírla—. Estoy segura de que ha sido obra de Bianchini. —Aunque recordaba perfectamente que él no era el hombre que la había narcotizado. Sin duda había utilizado algún tipo de tricloroetileno para dormirla. Intentó levantarse, pero seguía demasiado mareada. Era mejor esperar un poco más.

Notó ganas de vomitar e hizo el esfuerzo, apoyándose donde pudo, de llegar al baño.

Alguien la había anestesiado para robarle el libro. Qué fuerte. Nunca pensó que llegarían tan lejos.

Recordó que la esperaban en el palacio Guglielmini. Llamó a Mafalda y le pidió que se reuniera con ella en el hotel.

Mafalda Rinaldi llegó en un abrir y cerrar de ojos. Ann no le había contado todo, solo que tenía que verla urgentemente y que lamentaba no poder ir al palacio, pero se encontraría con ella en el hotel.

Su marido no la acompañaba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, con el corazón en la garganta, respirando como si hubiera corrido una maratón.

Ann le ofreció un vaso de agua antes de contárselo todo, con todo lujo de detalles. Mafalda se quedó de piedra.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Quién puede haber hecho algo así? —preguntó, visiblemente conmocionada.

—Eso también me pregunto yo, y tengo una sospecha.

—¿Bianchini? —preguntó Mafalda.

—¿Y quién si no? ¿O tenemos otros competidores alrededor y no lo sabemos?

—Francamente, no lo creo. Hasta ahora nos hemos movido con cierta discreción.

—Estoy de acuerdo con usted, aunque no se puede descartar ninguna posibilidad.

—Por supuesto, el robo del libro es una tragedia. ¿Qué hacemos ahora?

—Buscarlo y recuperarlo, ¿qué más podemos hacer?

—Pero ¿y usted? ¿No se suponía que se iba mañana?

—En este momento, no puedo. Pediré un adelanto de mis próximas vacaciones. Si no me echan, puedo considerarme afortunada.

—Es usted una persona excepcional —dijo Mafalda, dándole un ligero apretón en su brazo como muestra de afecto.

—Solo una persona curiosa y testaruda.

Ambas se rieron ante la repentina complicidad.

—¿Por dónde empezamos?

—Si nuestro sospechoso número uno es Bianchini, vayamos a buscarlo. Creo que me dijo que vivía en Pistoia.

—Mi marido sí que lo sabe. Es uno de los jefes de la hermandad. Le llamaré.

—¿Puede llamarle ahora para que al menos nos dé la dirección? Nos presentaremos directamente en su casa, una visita imprevista que seguramente no espera, y a partir de ahí ya veremos qué hacer. Dependerá de su reacción.

—¿Pero está en condiciones de salir?

—Ya me siento mejor. Seguramente dentro de una hora el narcótico habrá desaparecido por completo.

58

El pequeño Lancia de Mafalda avanzaba a toda velocidad por la carretera en dirección a Pistoia. Mafalda había introducido la dirección de Bianchini en su GPS. Tardarían cuarenta y cinco minutos para recorrer los treinta y siete kilómetros que separaban Florencia de Montemurlo. Resultó que Bianchini no vivía en la ciudad de Pistoia, como le había dicho a Ann, sino en un pueblecito llamado Montemurlo, situado entre Pistoia y Prato.

No fue difícil encontrar la casa donde vivía Ettore Bianchini.

Era una pequeña edificación de proporciones modestas, probablemente construida en los años sesenta. Tenía un pequeño jardín en la parte delantera, la que daba a la calle, y se adivinaba que debía haber otro jardín de mayores proporciones en la parte de atrás. A su alrededor había otras casas del mismo estilo.

Había una pequeña puerta con un buzón y un interfono sin cámara.

Mafalda llamó al timbre con decisión. Desde fuera se oía el timbre procedente del interior de la casa. Al poco rato, apareció una mujer en la puerta con un trapo en la mano. Llevaba un gran delantal floreado.

—¿Qué desean? —gritó sin moverse de la puerta.

—Buenos días, señora. Soy Mafalda Rinaldi. Venimos a ver a Ettore.

En la puerta, la señora pulsó un botón dentro de la casa y la verja se abrió.

—Adelante. Le llamaré. Ettoreee, Ettoreee, dos señoras preguntan por ti. —Tras un par de minutos sin respuesta, la mujer les dijo—: Debe de estar encerrado en su taller al final del jardín. Probablemente no pueda oírme. Adelante. Es la única caseta de madera que hay al fondo. Por desgracia, no puedo acompañarlas. Tengo la sopa en el fuego. —Abrió una puerta en la parte de atrás que daba acceso al jardín trasero y les indicó una caseta que había al fondo—. Es esa de ahí —la señaló con un gesto de la barbilla.

Las dos mujeres se dirigieron hacia la entrada de la pequeña casa de madera cuando oyeron un ruido procedente de la parte trasera de la construcción, hojas que se movían y unos pasos apresurados. Entraron corriendo justo a tiempo para ver a Bianchini huyendo hacia el bosque que había detrás de la casa. Había saltado por una ventana.

Las dos mujeres se miraron, aterrorizadas, y luego, casi sincronizadas, sus ojos se posaron en el pequeño escritorio que ocupaba una de las paredes, y entre un gran número de papeles, sobresalía el libro, el mismo que Simonetta Guglielmini le había

regalado a Ann, con la cubierta verdosa. Todavía estaba abierto y a su alrededor había hojas blancas a medio escribir, con posibles soluciones para descifrar el mensaje secreto.

Sin perder tiempo ni pronunciar una sola palabra, Ann cogió el libro y lo metió en el bolso mientras Mafalda recogía todas las hojas en las que había algo escrito y las metía en el suyo.

Salieron directamente sin pasar por la casa ni avisar a la mujer. Una vez en el coche, por fin se relajaron.

—Ha sido visto y no visto —exclamó Mafalda, todavía entusiasmada por la pequeña aventura que acababa de vivir—. Por suerte, ha escapado por la ventana. Debió de oírnos llegar y ni siquiera tuvo tiempo de llevarse el libro. Quién sabe lo que habría pasado si hubiera decidido enfrentarse a nosotros.

—Probablemente nada —respondió Ann—. Al verme en su jardín, debió de asustarse. Sabe perfectamente que narcotizarme es un delito, y si vine corriendo nada más despertarme, comprendió que sabíamos que él era el autor. Pero ya puede ir más despacio; no tenemos prisa.

Mafalda se echó a reír. No se había dado cuenta, pero, debido a la excitación del momento, había pisado a fondo el acelerador.

Marco Stefano les esperaba en palacio. Al ver que Ann sacaba el libro de su bolso, se llevó una sorpresa mayúscula.

—Pero ¿cómo lo habéis hecho? ¿Le habéis amenazado con una pistola?

—No digas tonterías, Marco —replicó su mujer—. El pájaro salió volando por la ventana y nosotros nos limitamos a recuperar lo que era nuestro, o más bien de Ann.

Marco Stefano puso cara de extrañado, como si no aprobara la iniciativa de su mujer, pero no dijo nada.

Se instalaron en la gran biblioteca, donde había una gran mesa en el centro en la que podían colocar todos sus papeles.

Mafalda sacó de su bolso las hojas que había cogido de casa de Bianchini, que eran los primeros intentos de reconstruir las frases escritas casi trescientos años antes por Simonetta Caetani-Spina.

Al verlas, Marco Stefano hizo un gesto de contrariedad, pero no dijo nada y se apartó un momento mientras las dos mujeres trataban de ordenar sus papeles y dar sentido a todas aquellas palabras.

Pasaron casi todo el resto del día descifrando el texto. De vez en cuando aparecía Marco Stefano, que parecía carecer de interés en lo que estaban haciendo, preguntando si querían algo o si debía ordenar al cocinero que preparara un aperitivo.

A Ann le sorprendió el escaso entusiasmo que mostraba, pero prefirió callarse y no preguntar nada. Casi parecía que Marco Stefano estaba molesto, pero ella no entendía por qué.

«Estará pensando en sus cosas», se dijo.

Mafalda, en cambio, estaba encantada, y cuando consiguieron ordenar una nueva frase, mostró su satisfacción dando palmas, como si fuera una niña.

—¿Y bien? ¿Habéis conseguido combinar algo? —preguntó Marco Stefano en su última aparición.

—Yo diría que más que algo —respondió Mafalda, emocionada —. Hemos descubierto frases enteras. Se ve que tu antepasada no sabía sintetizar. Fíjate en esto. —Y le puso delante de las narices una hoja de papel que contenía varias frases—. En esta, describe cómo llegar a la habitación secreta, pero no nos dice a cuál de las villas se refiere. —Leyó la frase en voz alta—: «Una abertura donde hay una pequeña habitación que está por encima del techo de una de las capillas laterales que había en la iglesia». O estas otras: «Del corredor que une la granja con la villa», «que también sirve para llevar comida a la corte desde las cocinas secretas de la planta noble sin arriesgarse a que alguien atente contra la vida del gran duque envenenando la comida». «El pasillo desde el edificio de la izquierda (donde se encuentran las cocinas secretas) pasando por encima del pórtico de la iglesia llegaba al coro de la iglesia o directamente a la planta principal de la villa. El coro pasa por el interior de la iglesia (como el de Santa Felicita en el corredor vasariano) y sale a una de las logias que dan al jardín interior».

—Pero es fantástico. Bravo. Habéis conseguido descubrir el código —exclamó el conde en un tono que parecía sincero.

—No corras tanto. En primer lugar, fue Ann quien consiguió unir las frases. Yo solo la ayudé. Y luego falta la pieza principal. ¿De qué villa está hablando? La descripción podría corresponder al menos a cuatro o cinco.

—Estoy seguro de que la descubriréis. Seguid así. Buen trabajo.

Volvió a darse la vuelta sin añadir nada más.

Ann se quedó tan sorprendida por aquella actitud que no pudo evitar preguntar a Mafalda:

—¿Pero ha pasado algo o su marido siempre es así? No entiendo su falta de interés. Ayer estaba entusiasmado y hoy ni siquiera participa en la investigación, y siempre desaparece. Pensé que estaba interesado en averiguar el código. Parecía más emocionado cuando fuimos a casa de su hermana a por el libro. ¿Estará molesto porque me lo dio a mí y no a él?

Mafalda no supo qué responder. Estaba avergonzada, era evidente. Finalmente contestó, casi en un susurro, como si no quisiera que su marido la oyera:

—No sabría qué decirle. Es extraño, nunca le había visto así. Si fuera porque su hermana le regaló a usted el libro, me lo habría dicho, pero ni siquiera tocó el tema conmigo cuando estuvimos solos. A lo

mejor le preocupa la empresa, no lo sé. De todos modos, le preguntaré. No suele comportarse así.

Siguieron trabajando en el código hasta la hora de cenar. Ann se sentía cansada, tenía dolor de espalda de estar todo el día sentada delante del ordenador.

Habían descubierto más palabras, pero Ann no les encontró sentido alguno cuando trató de combinarlas.

—Estoy destrozada —dijo, estirando los brazos para quitarse el dolor de espalda—. Seguiremos mañana, hoy ya no puedo más.

—¿Le gustaría quedarse a cenar? Será algo sencillo —preguntó Mafalda—. A estas horas el personal ya se ha marchado, pero siempre puedo prepararle algo. Solemos cenar ligero.

—No, gracias. Solo quiero darme una buena ducha y quizás comeré algo en el restaurante del hotel. ¿Qué hacemos con el libro? ¿Quiere que lo deje aquí o que me lo lleve?

—Como desee. El libro es suyo. Si quiere dejarlo aquí, lo guardaré en un lugar seguro.

—Me parece bien. Así no tengo que andar con él de arriba para abajo, y de todas formas no creo que trabaje en ello hasta mañana. ¿Nos vemos sobre las diez?

—Perfecto. Hasta mañana, entonces.

Mafalda le tendió una mano ligeramente rígida, y Ann sintió deseos de abrazarla, como era natural en ella.

Ann salió del palacio y tomó el camino de su hotel. Pero al ver a tanta gente en la calle que iba a cenar o daba su paseo nocturno, algunos con un helado en la mano, pensó que quizá ella también necesitaba distraerse un poco y cambió de ruta para dirigirse hacia el centro, cruzando el Ponte Vecchio.

Caminaba sin rumbo. No tenía mucha hambre, y pensó en detenerse en uno de los acogedores cafés y pedir un sándwich con un capuchino o algo similar.

Encontró lo que buscaba en la plaza Santa Croce. La terraza estaba abarrotada de gente hablando, gesticulando, riendo a carcajadas, todas esas cosas que le gustaban de los italianos. Encontró una mesa libre y tomó asiento, esperando ver aparecer al camarero, que corría de mesa en mesa sirviendo bebidas y comida de una enorme bandeja que llevaba a la altura del hombro. Su mayor placer era sentarse en una terraza, mirar a su alrededor, estudiar a la gente. Disfrutaba de su merecido descanso. Empezaba a sentirse relajada.

Al cabo de unos minutos, apareció el camarero. Pidió un sándwich tan enorme que ni un caballo podría darle un bocado, e hizo que le trajeran cubiertos para poder comérselo.

Llevaba media hora allí sentada, disfrutando de su sándwich, que estaba cortando en trozos pequeños para metérselos en la boca,

cuando entre la multitud que paseaba vio a dos hombres que conversaban. A uno lo reconoció de inmediato. Era Marco Stefano Guglielmini. Tardó un momento en darse cuenta de quién era el otro hombre, pero tras fijarse mejor ya no tuvo la menor duda. Era el tipo que había llamado a la puerta de su habitación de hotel y luego la había narcotizado para robarle el libro.

¿Qué hacía Marco Stefano con ese tipo? ¿Se conocían? ¿Pero entonces…?

59

Al quedarse sola tras la marcha de Ann Carrington, Mafalda fue en busca de su marido. No lo encontró. Había salido y no la había avisado. Quizás había tenido que hacer algún recado urgente.

Ann le había señalado el cambio de actitud de Marco Stefano. Ella por sí misma tal vez no lo hubiese notado, seguramente porque la convivencia entre dos personas hace que uno se acostumbre a los cambios de humor del otro, pero Marco nunca se había comportado así. ¿Qué le estaba pasando? Cuando Ann se lo comentó, se había sentido un poco avergonzada por él, pero había preferido no decir nada para evitar un enfrentamiento innecesario y embarazoso delante de una extranjera. Sin embargo, tenían que hablar de ello cuanto antes.

Buscó un lugar donde ocultar el libro. En el palacio, desde luego, no faltaban escondites. Prácticamente en todas las habitaciones se podía esconder un objeto del tamaño de un libro sin que nadie lo descubriera.

Quería evitar la biblioteca, demasiado fácil y obvia, y también su habitación. Al final, se decidió por un pequeño espacio en el pasillo que conducía del salón al comedor, donde había varias estanterías llenas de todo tipo de objetos, pequeños retratos familiares, objetos de plata, recuerdos varios. Lo metió detrás de una foto enmarcada de su suegro cuando era joven, con su atuendo de caza, ya que era lo bastante grande como para esconder un libro del tamaño del diamante. También sería fácil de sacar sin tener que mover muchos objetos.

Su marido regresó a la hora de cenar.

Parecía de buen humor y Mafalda aprovechó para preguntarle qué demonios le pasaba para no colaborar en la búsqueda.

—El mundo no se detiene porque tú y la señora Carrington intentéis descifrar un código, amor. La vida sigue y yo tengo mucho trabajo dirigiendo mis negocios. Y, francamente, es un trabajo bastante molesto tratar de averiguar cómo funciona el endemoniado código. Te juro que hay veces que tiraría ese maldito libro, el código, sus secretos y a todos los santos por la ventana. Si en todos estos años, y estamos hablando de siglos, nadie ha sido capaz de descubrir nada, quizá haya una razón.

—¿Y cuál sería esa razón? —preguntó Mafalda, visiblemente molesta.

—Que todo sea una farsa. Una leyenda, nada más.

—Pero los Palleschi siempre mantuvieron que era verdad —se defendió ella.

—Pero… los Palleschi ya no son quienes eran, o pretendían ser. Ahora que la fraternidad se ha abierto a perros y cerdos, ya no se puede confiar en nadie.

—Francamente, no te entiendo. ¿Por qué estás ahora tan negativo con los Palleschi? Sí, es cierto, las cosas han cambiado, pero con la ayuda de Ann logramos dar un gran paso adelante. Ya casi está, y a ti, por no se sabe qué razón, ahora ya no te importa nada de esto y te has vuelto muy negativo… Todos tenemos malos momentos, pero eso no es motivo para tirar por la borda principios que se han guardado celosamente durante siglos.

Marco Stefano permaneció en silencio, pensativo.

—Tal vez tengas razón. Es solo un momento de desánimo.

Su mujer le dio un abrazo y Marco sintió que se relajaba. La había convencido de que solo estaba un poco desalentado. Quería que ella lo creyera. Era importante para sus planes de futuro.

—¿Se ha llevado el libro al hotel? —preguntó él de repente.

—No. Lo ha dejado aquí. Lo escondí detrás del retrato de tu padre. Si alguien entrara con intención de robarlo, le resultará difícil de encontrar.

—Habéis hecho bien, después de lo que pasó en el hotel. El libro está más seguro aquí en casa.

60

Florencia, 18 de febrero de 1743

Una terrible tormenta eléctrica, como no se había visto en años, azotó Florencia desde primeras horas de la mañana.

Desde hacía días, el estado de salud de la electora se había deteriorado. Respiraba con dificultad y ya no era capaz de responder a sus damas, que la atendían con la mayor devoción. A la una de la tarde entró en coma. Todos se reunieron en su habitación. Desde el gobernador a todas sus damas, su confesor seguido de numerosos prelados y toda la corte, todos se apresuraron para estar presentes en su último suspiro. Se respiraba una profunda tristeza y todos eran conscientes de que estaban viviendo un momento histórico. El fin de la dinastía que había gobernado el país durante trescientos años.

A las cuatro de la tarde, Anna Maria Luisa expiró. No había recobrado el conocimiento en ningún momento. Tenía setenta y cinco años.

Inmediatamente, Beauvau, el gobernador de la Toscana, al que el emperador acababa de conceder el título de príncipe de Craon, ordenó que se pusiera fin al carnaval, se prohibieran las máscaras, los bailes y se clausuraran todas las fiestas. La electora había muerto y la Toscana estaba de luto.

Nada más conocerse la noticia, las campanas de todas las iglesias de la Toscana repicaron al unísono para anunciar su muerte.

Una hora después de su muerte, cesó la tormenta y volvió a brillar un sol maravilloso. Los florentinos recordaban que lo mismo ocurrió en julio de 1743, cuando murió el gran duque Gian Gastone.

Beauvau, el orgulloso y flamante príncipe de Craon, título concedido por el emperador como agradecimiento a sus servicios, por fin respiró. Desde el primer día que la conoció, había quedado impresionado por su personalidad y majestuosidad. Era una gran dama. Sin embargo, era un estorbo para los planes de Viena y se alegró de que el asunto finalizara con su muerte natural.

No tenía ni idea de que la electora lo había odiado desde el primer momento, no solo por representar a la dinastía usurpadora, sino también porque lo encontraba extremadamente vulgar.

61

Ann Carrington estaba tumbada en la cama con los brazos cruzados detrás de la cabeza.

Acababa de colgar el teléfono, tras haber hablado durante casi una hora con Antonio Pimentel, que iba camino a Alemania. Le hizo una relación de los acontecimientos, con todo lujo de detalles.

—¿Y no te sorprendió que cuando fueron a robarte el libro a tu habitación, eligieran precisamente el tercer volumen que te acababa de regalar la hermana del conde, dejando el segundo, el de la condesa Teresa, allí a la vista?

—Es cierto, no lo pensé en su momento, pero ahora que lo dices…

—Solo puede haber una razón —dijo Pimentel—. El que robó el libro ya conocía el contenido del segundo volumen y sabía que no había nada nuevo en él. Por eso quería el tercero. ¿Y quién podía ser? Solo Bianchini sabía y conocía el segundo volumen.

—Pero, en tu opinión, ¿por qué Bianchini, que forma parte de los Palleschi, quiere descubrir él mismo la solución? ¿No nos interesa a todos descubrir juntos cómo funciona este bendito código?

—Seguramente porque tiene otras intenciones, que, obviamente, no son poner a disposición de la hermandad el supuesto tesoro.

—A la vista de los hechos, debo decir que definitivamente tienes razón. Pero teniendo en cuenta que huyó cuando nos vio llegar a su casa, no creo que tengamos noticias suyas pronto.

Luego hablaron de otras cosas y se despidieron. Ann se alegró de tener un amigo como él con quien poder hablar y, sobre todo, que pudiese comprender ciertas situaciones profesionales.

Aquella noche durmió bien y tranquila. El asunto de Marco Stefano ni siquiera la había afectado. Ya no pensaba en ello, y la larga conversación con Pimentel la había tranquilizado. Solo le quedaba un pequeño runrún en su cabeza: ¿el tipo que la había atacado era amigo de Marco Stefano, era una coincidencia que se conocieran, o ambas cosas estaban relacionadas? ¿Debía fingir que no había pasado nada o debía tratar la cuestión con él directamente?

62

Ann llegó a las diez de la mañana, como había acordado con Mafalda. Esta la esperaba en la puerta del ascensor. Sonreía y parecía feliz.

—Tengo buenas noticias, Ann. Le sorprenderán.

—Si son buenas noticias, serán bienvenidas. Cuénteme.

—Esta noche no podía dormir porque algo me rondaba por la cabeza. Así que me levanté y fui a la biblioteca a investigar. Y encontré lo que buscaba.

Ann esperó pacientemente la revelación que su anfitriona estaba a punto de desvelarle. Comprendió que Mafalda estaba emocionada y que debía dejarla contar lo sucedido a su manera.

—¿Y qué buscaba en la biblioteca? —se limitó a preguntarle.

—A los descendientes de la condesa Simonetta Caetani-Spina. Como seguramente recordará, Simonetta pasó a formar parte de esta casa al casarse con el conde Guglielmini. Sabemos que, en el momento de su muerte, había distribuido en su testamento la colección de libros del diamante entre sus diversos descendientes. Por lo tanto, investigué quiénes eran y quiénes son ahora descendientes directos suyos. Descubrí a dos. Uno, por desgracia, ya ha muerto, sin descendencia, y no se sabe a dónde fueron a parar sus posesiones, pero hay otra que vive, y está aquí mismo, en Florencia.

Ann Carrington escuchaba ahora con curiosidad. Nunca se le habría ocurrido una idea tan ingeniosa, aunque tenía que admitir que, si funcionaba, no estaba nada mal.

—¿Conoce a esa persona?

—No. Hay muchos descendientes, si se tiene en cuenta la línea masculina y la femenina, y esa persona desciende de la línea femenina. Sin embargo, nunca he oído hablar de ella, ni siquiera una simple mención. Por lo tanto, ella no es de nuestro círculo familiar, solo una pariente muy lejana.

—Ya veo —dijo Ann, cuyo interés había decaído bruscamente. ¿Una pariente lejana a la que ni siquiera conocía? Dudaba de que ella pudiera haber heredado uno o varios de los libros de la colección. Que un libro, aparentemente sin interés particular, hubiera pasado de generación en generación hasta nuestros días para acabar en manos de aquella prima lejana era muy improbable. Sin embargo, no costaba nada verificarlo.

—Bueno, ¿qué tal si nos ponemos a trabajar? Aún tenemos mucho que hacer.

—Tiene razón —respondió Mafalda un poco decepcionada. Se dio cuenta de que a Ann no le había entusiasmado su descubrimiento o

quizá lo consideraba una vía sin interés.

Fue a buscar el libro donde lo había escondido la noche anterior. Como tardaba en volver, Ann fue a su encuentro y la vio retirando todas las fotos enmarcadas que ocupaban las distintas estanterías.

—Pero no lo entiendo. Estoy segura al cien por cien de que lo dejé aquí, detrás del retrato de mi suegro. Ahora no está.

Ann se acercó y echó un vistazo superficial a las estanterías. Era obvio que allí no había ningún libro escondido.

—¿Se lo llevaría Marco Stefano para consultarlo? —sugirió Ann, viéndola confusa.

—Imposible. Absolutamente imposible. No comparte nuestra pasión por esta historia.

—En cualquier caso, podíamos preguntarle a él, ¿no? ¿Quién más tenía acceso al libro y quién sabía que estaba precisamente aquí?

Mafalda se lo pensó un momento antes de admitir:

—Solo lo sabemos nosotros tres. Usted, mi marido y yo.

—Es lo que imaginaba. Por eso, solo puede haberlo cogido él, por la razón que sea.

Mafalda fue a buscar su teléfono móvil, que se había dejado en el salón, y llamó a su marido. Aunque insistió y lo dejó sonar durante mucho tiempo, Marco Stefano no contestó.

—¿Dónde se habrá metido este desgraciado? —murmuró Mafalda más para sí misma que para dar una explicación a Ann.

Tras varios intentos, y al cabo de media hora, ya quedó claro que Mafalda no podría localizar a su marido a tiempo para que pudieran trabajar esa mañana.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó desesperada.

—La verdad es que no tengo mucho tiempo para andar buscando a su marido. Ya que estamos atascadas, ¿por qué no intentamos encontrar a esa persona que me ha mencionado antes?

—De acuerdo. Iré en busca de su dirección, la escribí en un papel que dejé en la biblioteca. Vuelvo enseguida.

De hecho, volvió casi de inmediato con una nota en la mano.

—Aquí está —dijo, contenta de poder borrar, al menos por el momento, la mala impresión que le había causado su marido. Pero ¿por qué Marco Stefano se había llevado el libro sin decírselo? Estaba furiosa.

La señora en cuestión se llamaba Lucia Panchetti y vivía en un barrio obrero de las afueras de la ciudad. No les resultó muy difícil de encontrar. Era un edificio de tres plantas sin ascensor y su piso era el último de la escalera, el de la tercera planta.

Llamaron al timbre y tuvieron que insistir varias veces antes de oír pasos en el interior que se acercaban a la puerta. Ann se dio cuenta de que quienquiera que estuviera al otro lado arrastraba los pies y, por

lo tanto, probablemente tenía que ser una mujer mayor.

—¿Quién es? —preguntó una voz cansada.

—Soy Mafalda Guglielmini, señora, y me gustaría hablar con usted.

—¿Quién?

—Mafalda Guglielmini. Me gustaría hablar con usted sobre una herencia de un pariente lejano.

—No entiendo nada —dijo la anciana, mientras descorría algunos cerrojos antes de abrir lentamente la puerta, que mantuvo entreabierta con una cadena.

Lucia Panchetti las miró con desconfianza.

—¿Quién ha dicho que era? Y esa de ahí, ¿quién es? —señaló con la barbilla a Ann Carrington.

—Una amiga mía. Su nombre es Ann, y yo soy Mafalda Guglielmini.

—¿Guglielmini? ¿De los Guglielmini Guglielmini? —repitió, incrédula, la mujer tras la puerta.

—Sí, señora. Soy la esposa de Marco Stefano.

Al parecer, Mafalda había encontrado la palabra mágica. Lentamente, la anciana quitó el último cerrojo y abrió poco a poco la puerta.

—¿Y qué quiere de mí una Guglielmini? —preguntó con aire suspicaz—. ¿De qué herencia me está hablando? ¿Se ha muerto algún conocido y me ha dejado algo?

—Podría decirse que sí.

La señora Panchetti las acomodó en un pequeño salón con un sofá tapizado en terciopelo amarillo y un sillón del mismo color. Ann y Mafalda miraron a su alrededor y no vieron ninguna estantería, ningún estante con libros, nada. Les asaltó la duda de que su esperanza no fuera más que una ilusión.

Lucia Panchetti se sentó en el sillón. Debía de ser su asiento habitual, frente al televisor.

—Así que, dígame, ¿cuánto he heredado? —preguntó con aire satisfecho.

Mafalda, que era la única que hablaba italiano, se enfrentó sola al dilema de cómo explicarle a aquella anciana que no estaba hablando de una herencia actual, sino de una de hacía mucho tiempo.

—Verá, señora, el asunto es un poco más complicado. Déjeme que le explique.

El relato de la herencia de Simonetta Caetani-Spina duró solo unos minutos. Cuando la señora Panchetti se dio cuenta de que no se trataba de dinero, perdió inmediatamente el interés.

—En mi familia se decía que éramos descendientes de la nobleza; eso era lo que aseguraba mi abuela materna, pero nunca supe quiénes

habían sido nuestros antepasados, y mucho menos si era verdad o solo una historia que contaba para hacerse la interesante. ¿Y ahora viene usted, una Guglielmini, y me dice que es verdad? ¿Y de qué me sirve si no hay dinero de por medio?

—Puede que haya dinero, señora —se apresuró a añadir Mafalda —. Verá, estamos buscando un libro que formaba parte de la herencia de Simonetta Caetani-Spina. Si usted lo tiene, estoy dispuesta a comprárselo a buen precio.

—¿Libros? Ah, querida, creo que ha llamado a la puerta equivocada. Aquí no hay libros, como ve. Mire a su alrededor. —Hizo una pausa y preguntó de repente—: Disculpe, señora Guglielmini, pero ¿por qué tanto interés por un libro antiguo? ¿Qué hay escrito en él que lo hace tan valioso para usted? ¿Es por casualidad un mapa del tesoro?

63

Marco Stefano Guglielmini estaba sentado en una mesa disfrutando de su cerveza. Esperaba a sus amigos.

Aparecieron al poco tiempo.

—Siento el retraso, Marco, pero el tráfico está imposible esta mañana —dijo Ettore Bianchini, mientras Ambrogio Brambilla tomaba asiento a su lado.

Marco Stefano hizo una señal con la cabeza para indicar que no importaba y dijo:

—Tengo el libro aquí conmigo, en esta bolsa. Seguro que Mafalda ya se ha dado cuenta de que ya no está en el lugar donde lo había escondido y sabe que me lo he llevado. Me ha llamado al menos diez veces, pero no le he contestado. Ahora tengo que encontrar una buena excusa, de lo contrario me cortará las pelotas.

—Lo importante es tener el libro y averiguar dónde está esa bendita cámara —respondió Bianchini—. Tu mujer tiene planes en la cabeza para el tesoro que no coinciden con los nuestros. Era importante, sobre todo, dejar a la americana fuera de juego. Si descubriera en cuál de las villas está la estancia secreta, esas dos son capaces de entregar al Estado todo lo que encuentren. No se puede ser más insensato. Pero hay que darse prisa, porque ellas no se quedarán de brazos cruzados. Ambrogio las vio salir esta mañana, pero no pudo seguirlas porque fueron en coche. ¿Quién sabe adónde habrán ido? ¿Dónde podremos examinar el libro?

—En el palacio no. Si Mafalda nos pilla, nos matará a todos. Tengo un pequeño piso en borgo San Jacopo que suelo alquilar. Ahora está libre. Podemos ir allí.

—Perfecto —concluyó Bianchini, satisfecho. Consultar el libro en la cafetería no era una buena idea. Mucha gente conocida podría verlos y preguntarles qué estaban haciendo.

Pagaron la cuenta y se dirigieron a borgo San Jacopo. Estaba a solo unos minutos en coche.

El pisito era bonito y tenía unas vistas impresionantes del Ponte Vecchio. Bianchini pensó que seguramente el conde lo alquilaba a un precio desorbitado, pero merecía la pena. No le cabía duda de que los interesados quedarían maravillados con aquella vista.

Bianchini se puso inmediatamente manos a la obra, mientras Ambrogio se marchaba al estanco y Marco Stefano seguía atentamente el método de Ettore para leer el mensaje oculto. No era tan sencillo como él pensaba.

64

Mafalda se obligó a reír ante la broma de la señora Panchetti. La anciana no era tan ingenua como parecía.

—Tal vez —dijo sonriendo. De hecho, es un libro sobre el diamante Florentino. Según me han dicho, lo describe con todo detalle, con toda su historia. La señora que está aquí es de una universidad americana que está muy interesada en este libro porque forma parte de una colección de la que ya tienen varios ejemplares. Por eso quieren completarla.

Lucia Panchetti hizo una mueca.

—Podría ser como usted dice, pero yo no lo creo. Lo que creo es que usted ha de tener un interés muy distinto para venir hasta aquí a visitar a una anciana como yo, solo para preguntarme si tengo un misterioso libro legado a una de mis antepasadas hace dos siglos. Pensándolo bien, es un poco absurdo, ¿no?

Mafalda puso una cara extraña, sin saber cómo argumentar su visita. Desgraciadamente, Ann Carrington no podía ayudarla porque su italiano era demasiado rudimentario y seguía con dificultad el discurso de la anciana.

Mafalda tradujo lo que acababa de decir.

—Ahora que hemos dejado las cosas claras —continuó la señora Panchetti—, ¿por qué no me dice la verdad? No soy tan estúpida, ¿sabe?

Mafalda le tradujo a Ann. Las dos mujeres se miraron a los ojos tratando de buscar qué explicación dar a la anciana. Finalmente, Ann dijo en inglés:

—No tenemos nada que perder. Si esta señora sabe algo y está dispuesta a decírnoslo, podríamos hacérselo saber. Desde luego, no será ella quien se interponga en nuestro camino.

Mafalda aceptó y empezó a contarle toda la historia, desde que uno de los volúmenes salió a subasta en Portugal hasta la desaparición del ejemplar que tenía en su propia casa.

La anciana escuchó atentamente, sin hacer preguntas.

Cuando terminó su relato, hubo un momento de silencio. Se notaba que la señora Panchetti estaba pensando. Por fin, soltó una frase que las dejó a ambas con la boca abierta:

—Interesante y probablemente cierto, pero falta algo importante. —Ann y Mafalda se miraron, sorprendidas—. En todo su discurso, señora Guglielmini —continuó la anciana—, no ha mencionado en ningún momento a los Palleschi.

Mafalda abrió los ojos, alucinada. No se lo esperaba.

—Cuando me dijo que era una Guglielmini, abrí la puerta porque

imaginé que venía a hablarme de los Palleschi, porque nunca dudé de que una familia como la suya no pudiera formar parte de ella. Y dada la obligatoriedad de secretismo que se establece en el… digamos… reglamento…, no se sabe quién es quién, al menos oficialmente, pero claro, esta es una ciudad pequeña y provinciana. Todo el mundo se conoce o alguien conoce a alguien. Para ser muy clara, señora Guglielmini, mi familia siempre ha sido miembro de la hermandad y, en consecuencia, conozco los principios que regulan nuestra pertenencia a este grupo: respetar la última voluntad de nuestra princesa, la electora Anna Maria Luisa. Por tanto, conozco la colección de libros del diamante que contienen la clave para averiguar dónde se encuentran las cámaras ocultas.

Si antes Mafalda estaba alucinada, ahora estaba completamente abrumada por el discurso de Lucia Panchetti, que tradujo rápidamente para Ann Carrington.

Ann, cuando se percató de qué hablaban las dos mujeres, no pudo evitar sonreír. La vida estaba llena de sorpresas, pero aquella era realmente una situación que nadie habría podido imaginar.

—Mi abuela materna, que era la que lo sabía todo, me decía que realmente existían esos libros que desvelaban el secreto, pero yo nunca la creí hasta que empezaron a salir uno tras otro, y entonces me dije: ¿pero no será verdad lo que decía mi abuela del tesoro oculto de los Medici? Ahora usted me lo ha confirmado, aunque ya lo sospechaba cuando aquel caballero vino a verme.

—¿Qué caballero?

—Su marido, supongo, aunque no me dio su nombre, pero le acompañaba ese bandido de Bianchini, al que conozco por mi sobrino, que me dijo que no era de fiar.

Ann y Mafalda se miraron, sorprendidas. Parecía que aquel era el día de las sorpresas.

—¿Puede describir al hombre que cree que es mi marido?

La anciana le dio una descripción detallada. No había duda. Solo podía ser Marco Stefano.

—Pero qué tonta he sido —exclamó Mafalda, furiosa consigo misma, volviéndose hacia Ann—, dejé la nota con el nombre de la señora sobre los libros de genealogía abiertos. Lo entendió de inmediato y no perdió el tiempo. Ahora me pregunto qué hace con Brambilla. No parecía conocerlo cuando vino con usted al palacio. —Luego, volviéndose hacia la señora Panchetti, le preguntó—: ¿Cuándo vinieron ellos dos a verla?

—Esta mañana temprano. Eran poco más de las ocho. De hecho, me sorprendió una visita tan temprana.

—¿Y qué les dijo?

La anciana sonrió, meliflua.

—Que no sabía nada al respecto, por supuesto. —Carraspeó antes de continuar—: ¿Cuáles son sus intenciones si descubre las estancias secretas? ¿Qué piensa hacer con lo que encuentre?

—Ejecutar la voluntad de la electora. Es lo único que se puede hacer —respondió Mafalda.

La anciana lo aprobó con un gesto de la cabeza.

—Sí, es la única razón por la que se ha guardado el secreto durante tantos años —añadió, seria.

Se levantó con cierta dificultad y se alejó, dejando a las dos mujeres perplejas. Regresó unos minutos después con un papel en la mano.

—Parece usted una buena persona, señora condesa, y su amiga también. Con el libro en su poder, esos dos charlatanes pronto descubrirán dónde están las cámaras ocultas, y no creo que su intención sea exponer el tesoro al público. Por el contrario, sospecho que pretenden venderlo al mejor postor, pero no se lo permitiremos. Tome —dijo, tendiéndole el papel a Mafalda—, si se da prisa, con un poco de suerte llegará antes que ellos.

Mafalda examinó el papel. Estaba doblado en cuatro. Al abrirlo con cuidado, ya que evidentemente se trataba de un documento antiguo, descubrió, para su sorpresa, que era una carta escrita, sin firma.

Mafalda intentó leerla, pero tenía dificultades para descifrarla, así que se la dio a Ann.

Ann estaba acostumbrada a leer textos antiguos. No le resultó difícil. Lo leyó en voz alta para Mafalda:

Querida prima:

Si estás leyendo esta carta, significa que has conseguido descifrar el código de Luis XV. Aquí tienes la información que te permitirá acceder a las estancias secretas. Las llaves de las puertas están en manos de los condes Guglielmini.

A continuación, se daban instrucciones sobre cómo acceder a las mencionadas estancias de la villa de Cerreto Guidi. Y luego remataba explicando la elección de la villa:

Se eligió Cerreto Guidi porque era la más apartada de las villas y la menos frecuentada. La intención de su alteza real la electora era hacer construir otras cámaras aisladas en la villa La Quiete y, si fuera necesario, otras en Poggio a Caiano. La prematura muerte de su alteza real interrumpió los trabajos, y en el momento de su fallecimiento solo se habían construido las dos de Cerreto Guidi, donde se depositaron considerables objetos, sustraídos a la avaricia de la nueva casa gran ducal. En las mismas se dan instrucciones precisas sobre el reparto de las posesiones. Es necesario respetar su última voluntad y cumplir al pie de la letra las instrucciones dejadas por su alteza real, especialmente con respecto al objeto más preciado, el diamante amarillo de los Medici, también llamado Florentino.

Lamentablemente, se acerca la hora en que debo unirme con Nuestro Señor y mi felicidad está depositada en la esperanza de reencontrarme con su alteza real, que tanto ha hecho por nuestro país y por todos nosotros.

Dejo en tus manos, querida prima, esta enorme y peligrosa tarea, segura de

que mi confianza no podría estar mejor depositada que en las tuyas…

Las tres mujeres se miraron sin saber qué decir.

Ann fue la primera en reaccionar.

—Pero ¿de dónde ha salido esta carta? ¿Cómo ha llegado a sus manos? —preguntó dirigiéndose a la señora Panchetti.

—¿Cree usted que esta carta es auténtica y que la ha escrito en verdad la condesa Caetani-Spina?

—Eso parece —dijo Ann—. Da instrucciones precisas sobre dónde encontrar las estancias y menciona claramente a la electora. Solo puede haberla escrito la condesa Caetani-Spina. No creo que hubiese otra persona que pudiese dar este tipo de información.

—La verdad es que no sé cómo ha llegado a nuestras manos —reanudó la señora Panchetti—. Mi abuela la guardaba, pero nunca nos la enseñó. Solo la descubrimos después de su muerte, entre sus papeles. Desde entonces la conservo, nunca se la he enseñado a nadie, porque si no es auténtica, solo me hacía quedar mal, y si lo es, lo que ella escribió no debía llegar a oídos de nadie.

Ann se quedó pensativa. No dudaba de la autenticidad de la carta, sobre todo por la información tan precisa que contenía, pero la pregunta era: ¿a quién escribía la condesa poco antes de morir? ¿Quién era esa misteriosa prima a la que iba dirigida?

—Por cierto, Mafalda. ¿Qué pasa con las llaves? ¿Las ha visto?

—Sí. Sé dónde están. Tenemos que ir a buscarlas antes que mi marido.

—Si no las tiene ya —aventuró Ann.

Juzgó inútil preguntar a la señora Panchetti si sabía quién podía ser la misteriosa prima a la que iba dirigida la carta, si ni siquiera sabía cómo había llegado a manos de su abuela.

—No se preocupen por ellos ni por las llaves. Todavía tienen que descifrar el código y no podrán, porque el único elemento para descubrirlo es esta carta que no saben que tienen en la mano. En cuanto a las llaves, imagino que no será una puerta blindada, sino una simple puerta de madera que cualquiera será capaz de abrir. —Ann y Mafalda se miraron sorprendidas. La señora Panchetti se había animado tanto de repente que casi parecía más joven. Como si les hubiera leído el pensamiento, añadió—: Siempre he soñado con formar parte de ese selecto grupo que algún día descubriría el tesoro. Siempre he soñado con verlo y ver las caras de los funcionarios a los que se ha de hacer entrega del tesoro oculto de los Medici. No quiero perdérmelo.

—¿Está segura de que no es imprescindible tener las llaves? ¿Cómo lo sabe? —preguntó Mafalda, que había permanecido callada hasta ahora. Sus pensamientos estaban en otra parte. Pensaba en su marido y en su actitud de los últimos días. Estaba raro. Le había

ocultado muchas cosas y se había aliado con Bianchini, al que ella juraba despreciar. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Por qué?

Lucia Panchetti abrió un cajón de un armario cercano y sacó un juego de llaves, que tendió a Ann Carrington.

—¿Qué llaves son estas? —preguntó sorprendida—. No me dirá que es un duplicado de las llaves originales.

La anciana se echó a reír.

—No, claro que no. Estas son las llaves de mi casa, pero, como puede ver, aquí hay una llave maestra. Con ella podrá abrir cualquier puerta si sabe manejarla. —Y mientras hablaba, sacó una llave larga del manojo, sin dientes—. Cuando haya hecho lo que tiene que hacer, tiene que devolvérmela. No sabe la de veces que la he necesitado para abrir una puerta de la que había perdido las llaves.

65

Marco Stefano se dirigió a buen paso hacia su casa, a escasa distancia del piso. Había dejado allí a sus compinches mientras él se encargaba de recuperar las llaves antes de que lo hiciera su mujer.

Su cabeza iba a cien por hora. Pensaba en el tesoro, en aquellos dos desgraciados que se quedaban en su piso intentando descifrar las últimas palabras del código. Prácticamente estaba hecho. Solo faltaba el nombre de la villa. También pensó en su mujer. Lamentaba mantenerla al margen y ocultarle sus verdaderas intenciones, pero el problema era que Mafalda era inocente, incapaz de pensamientos maliciosos. Se había entusiasmado tanto con este asunto que ya podía ver el tesoro expuesto en algún museo de Florencia.

Sus intenciones eran muy distintas. Planeaba apoderarse de parte del tesoro y venderlo para sacar a flote sus cuentas bancarias, que llevaban mucho tiempo en números rojos. Los negocios no iban bien y necesitaba dinero líquido, que solo la venta de las joyas del tesoro podía proporcionarle. Mafalda no lo sabía. La había mantenido al margen de su situación financiera para no preocuparla, pero ahora había llegado a un punto en el que le resultaba difícil seguir ocultándoselo. La quería, de eso no le cabía duda, pero se encontraba en un callejón sin salida del que no sabía cómo salir.

Desde hacía algún tiempo, aquella situación le quitaba el sueño y dormía muy pocas horas.

Se había levantado temprano y, paseando por la casa con un café en la mano, había pasado por la biblioteca y había visto algunos libros abiertos sobre la mesa que su mujer y Ann solían consultar. Había uno sobre la historia de la genealogía de su familia y una nota con un nombre, Lucia Panchetti, y una dirección en Florencia. Él lo comprendió de inmediato. Mafalda había investigado y se había topado con aquella pariente lejana. Ignoraba qué relación tenía con el libro, pero si Mafalda había hecho esa investigación era porque tenía una idea clara en la cabeza y no podía dejarla llegar antes a la cámara secreta.

Había memorizado su nombre y dirección, había llamado al señor Bianchini y juntos habían visitado a la señora Panchetti a una hora temprana, sin saber muy bien qué preguntarle. Al final habían hablado del libro, pero a la anciana le había sonado a chino. A falta de más información, habían vuelto a intentar descubrir en cuál de todas las villas se ocultaba la cámara secreta. Era la única salida. Si lo lograban, entonces sería fácil. Tenía las llaves en su poder. Todo iría sobre ruedas.

Ambrogio le había asegurado que había visto salir a Mafalda

acompañada de la americana. Esperaba que no hubiera regresado ya. Intentó preparar un discurso mentalmente, pero no pudo. Al final, decidió improvisar si se encontraban en casa.

Pero allí solo estaba la criada.

—¿La condesa? —preguntó en voz baja, como si no quisiera que le oyeran.

—Se marchó temprano, señor conde. Pero no me dijo adónde iba. La acompañaba su amiga, esa señora americana —respondió la criada, antes de desaparecer con un trapo en la mano.

Sacó las llaves de donde las guardaba y se reunió con sus cómplices en el pequeño piso de borgo San Jacopo. Más tarde pensaría en cómo justificarse ante su mujer.

—Me pregunto —dijo Ann— quién sería esa misteriosa prima a la que le escribe la condesa Caetani-Spina y qué papel habrá desempeñado en todo esto. Al fin y al cabo, esa dama, quienquiera que fuese, tenía la llave de la habitación oculta. ¿A quién pudo dejar tras su muerte la carta que llegó a manos de la abuela de la señora Panchetti?

—¿Y eso qué importa? No entiendo —respondió Mafalda.

—Está claro que esta carta ha pasado de mano en mano durante los últimos dos siglos y medio. ¿Quién podía garantizar que todo el mundo fuese honesto y no tuviese la curiosidad de ir a comprobar si lo escrito en la carta era cierto? La tentación es muy fuerte.

—¿Significa esto que quizá nos encontremos con una estancia vacía?

—Es una posibilidad.

—¿Así que el diamante también podría haber desaparecido?

—No tengo ni idea, Mafalda, ¿cómo voy a saberlo? Es una hipótesis que tenemos que tener en cuenta.

Luego se volvió hacia la señora Panchetti, que había permanecido en silencio, absorta en sus pensamientos. Pidió a Mafalda que tradujera.

—Usted, señora, ¿no tiene ni idea ni sospecha de cómo llegó esta carta a manos de su abuela?

—No, no tengo ni idea. Tuvo que ser alguien que tuviera fe ciega en ella para entregarle la clave de dónde y cómo llegar al cuarto secreto. Por desgracia, yo aún era una niña. Apenas tenía diez años cuando ella falleció. Solo recuerdo que la gente se burlaba de ella cuando afirmaba que descendía de una gran familia y decían que se inventaba historias. En resumen, que estaba un poco loca. Pero al final tenía razón.

—No importa —intervino Mafalda—, ahora que sabemos que está en Cerreto Guidi y sabemos cómo llegar, ¿a qué esperamos?

—Creo que es importante saber en quién tenía tanta confianza la condesa Caetani-Spina para desvelar el lugar secreto que tanto se había esforzado en ocultar. Solo sabemos que era pariente, aunque esto no es ninguna garantía, ya que las personas de cierto nivel social se llamaban frecuentemente primas en sus cartas, a pesar de que no lo fueran directamente. Pero si supiéramos quién era, sabríamos quién tenía acceso a la estancia secreta. Que lo hiciera o no es otra cuestión. —Luego, dirigiéndose a la señora Panchetti, que había escuchado pacientemente todo su discurso, le dijo—: Señora, le agradecemos infinitamente su ayuda, sin la cual toda la búsqueda habría quedado

en nada. Si encontramos la cámara le informaremos de ello. —Le dijo en su italiano rudimentario.

—No tan deprisa, muchacha —replicó, poniéndose en pie y enderezando la espalda como si acabara de hacer una hora de gimnasia—. Adonde usted vaya, también iré yo. No creerá que he guardado el secreto todos estos años para que, llegado el momento, no pueda estar presente para ver lo que queda del tesoro. Tengo mucha curiosidad.

Mafalda intervino para traducir rápidamente lo que acaba de decir la señora.

—Pero… —protestó Ann.

—No hay peros que valgan —replicó la señora Panchetti—. O voy o no les doy la carta. Y además, ¿cómo piensan entrar en la villa? ¿Creen que los guardias estarán allí esperándolas y las conducirán directamente al lugar secreto?

—La verdad es que no había pensado en eso —dijo Mafalda, que había permanecido en silencio todo el tiempo, dejando volar sus pensamientos de la carta de la condesa a su marido y al tesoro—. Hemos de pensar cómo entraremos en la villa sin que nos vean y hacerlo lo antes posible, antes de que mi marido y Bianchini se den cuenta de que la respuesta es Cerreto Guidi.

La señora Panchetti las miró a ambas con aire divertido.

—Puede que sea vieja —dijo finalmente—, pero aún puedo ser útil.

—¿Qué quiere decir, señora? —preguntó Ann.

—Que sé cómo entrar en Cerreto Guidi sin ser vista e ir directamente al lugar que buscan.

Mafalda y Ann sonrieron. Aquella anciana estaba dispuesta a todo para no quedarse fuera de juego.

—¿Y cómo piensa hacerlo? —preguntó Mafalda.

—Mi sobrino se ocupará de ello. Resulta que mi sobrino Alfredo, el hijo de mi hermana Ángela, trabaja para el Polo Museístico Florentino. Será fácil para él entrar en Cerreto Guidi.

Se hizo el silencio. Las dos reflexionaron sobre la valiosa información que la señora Panchetti acababa de soltar. Sin duda facilitaba mucho las cosas, pero también significaba hacer partícipe a otra persona del secreto, y ya empezaban a ser muchas. ¿Cómo harían entonces si realmente se encontraban el tesoro con tanta gente con intereses diferentes?

—Bien —concluyó Ann, que no estaba muy entusiasmada con la idea, pero tenía que admitir que el sobrino podría facilitarle la entrada en la villa-museo—. ¿Su sobrino es una persona de confianza?

—Totalmente. Pero también tendré que informarle de la razón por la que queremos colarnos en la villa.

—Por supuesto —intervino Mafalda—, aunque no hace falta que le cuente todos los detalles.

La señora Panchetti llamó a su sobrino Alfredo, que apareció media hora más tarde. Era un joven de unos treinta años, deportista, alto y guapo.

Le pidió a Mafalda que le hiciera un resumen de la historia y le explicara por qué su tía le había llamado.

—Pero ¿están completamente locas? —exclamó Alfredo—. ¿Cómo se les ocurre hacer una cosa así? Si las ayudo, me arriesgo a que me despidan.

—¿Crees que te despedirían por desenterrar las pertenencias de nuestra electora para que todos las vean? Será un *boom* para Florencia. Deberían darte una medalla por ello —dijo la señora Panchetti.

—Tía —continuó el joven—, tienes una visión muy romántica de cómo funcionan las cosas. Francamente, no sé si podré ayudarte. Y encima, ¿en qué se basan? ¿Se fían ustedes de una simple carta que no sabemos cuándo ni quién escribió? ¿Quién les asegura que es realmente de Simonetta Caetani-Spina? Tal vez sea falsa, escrita por alguien que quería divertirse creando falsas esperanzas.

—Tiene razón, Alfredo —intervino Ann—, pero esta carta llevaba bastante tiempo en poder de su bisabuela. Podría ser falsa, pero ¿y si no lo es? Tenemos que verificarla, es demasiado importante. Si esas estancias secretas existen, lo averiguaremos, y si no, al menos lo habremos intentado. ¿No cree que merece la pena?

Alfredo no dijo nada durante un breve instante que les pareció eterno a las tres mujeres.

—De acuerdo —claudicó—, podría comprobarlo de algún modo, aunque ahora mismo no tengo ni idea de cómo.

—¿Comprobar qué? —preguntó Mafalda—. ¿La veracidad de la carta?

—No —respondió, con aire resignado—, la existencia de la cámara secreta.

—¿Cómo? No entiendo —insistió Mafalda.

—Póngase en mi lugar, señora. ¿Cómo puedo justificar, si nos pillan, que he metido de tapadillo a tres señoras que quieren saber si de verdad hay una estancia secreta en algún lugar de la villa? Me echarían a patadas. Lo que podría hacer es ir yo mismo, de avanzadilla, y comprobar si esa habitación existe o no. Si la encuentro, se lo diré y podremos decidir cómo actuar.

Se hizo un espeso silencio, en el que cada una pareció reflexionar sobre la propuesta de Alfredo. ¿Se podía confiar en él?

Fue Mafalda de nuevo quien tomó la palabra:

—A decir verdad, creo que tiene razón. Podría ser una solución. Pero tendremos que estar cerca.

—La elección del día es importante. Solo se puede hacer un día, que es cuando el museo está cerrado. Hay menos personal. Será más fácil.

—O no —continuó Mafalda—. Si fuera un día en que el museo está abierto al público, ¿no se notaría menos si nos mezclamos entre la multitud?

Alfredo sonrió. Ann se dio cuenta de que tenía una sonrisa preciosa. El tal Alfredo era un joven apuesto.

—¿Ha visitado la señora Cerreto Guidi alguna vez? No es precisamente uno de los museos más frecuentados, porque está un poco apartado. Nunca he visto grandes multitudes allí.

Mafalda se acercó a Ann y le dijo al oído, mientras el joven hablaba con su tía:

—No sé si podemos confiar en él. ¿Y si lo encuentra y dice que no ha descubierto nada?

Ann la miró fijamente a los ojos.

—¿Ve otra solución? Tenemos que darnos prisa si no queremos que su marido llegue antes a Cerreto Guidi. Intentémoslo por lo menos. Es inútil poner el carro antes que los bueyes, ¿no cree?

Mafalda se encogió de hombros. Una desconfianza generalizada se había apoderado de su mente con todos los que se acercaban a ella, desde que había descubierto el juego sucio de su marido. Ya no sabía en quién confiar. Quizá Ann era la única, por el momento, que se salvaba de sus recelos.

La hora siguiente se la pasaron los cuatro preparando un plan. Sabían que debían darse prisa si querían llegar los primeros, pero tampoco podían subestimar los riesgos que entrañaba colarse en la villa. Al final, Alfredo propuso ir a la villa esa misma tarde, con cualquier excusa, para hacer una inspección. Quería averiguar cuántos guardias había durante el día y cuántos por la noche y cómo eran los turnos. Luego volvería por la noche, junto con sus cómplices, que se quedarían fuera esperando a que él descubriese la estancia, siguiendo las instrucciones de la condesa Caetani-Spina, y para dejarlas entrar a ellas también, si tenía éxito.

67

Ettore Bianchini estaba cada vez más nervioso. Llevaba al menos tres horas intentando descifrar el maldito código, pero no aparecía ningún nombre que pudiera relacionarse con ninguna de las villas.

—¿Pero estás seguro de que no faltan páginas en el libro? ¿Quizá alguien las arrancó para confundirnos? —dijo Ambrogio Brambilla, que no entendía nada de lo que hacía su compañero.

—Yo también lo creí por un momento, pero no, no falta nada. El libro está completo. Lo que empiezo a pensar es que la solución no está en este libro, sino en alguno de los otros. Si es así, estamos jodidos.

—Cállate, no digas tonterías. La solución tiene que estar en esto, si no, ¿cómo localizaremos los otros ejemplares? Misión imposible —replicó Ambrogio, que se esforzaba por seguir el razonamiento de su colega. Al fin y al cabo, él nunca había creído en esa historia del tesoro y cada día estaba más convencido de que no era más que una fantasía de Ettore. Pero no le costaba nada seguirle en sus delirios si realmente eran recompensados—. ¿Estás seguro de que la vieja a la que fuiste a visitar no tiene una copia y te ha mentido?

—Seguro del todo no estoy, pero me parece poco probable. De todas formas, si quieres, hazle una visita, quizá mientras sale a hacer la compra, si así te quedas más tranquilo. Pero no dejes huellas y que todo quede en orden. Que no se dé cuenta de que has rebuscado entre sus cosas.

Le pareció buena idea. De todos modos, no tenía nada que hacer. En lugar de quedarse allí mirando cómo Ettore se ponía cada vez más nervioso, le iría mejor si iba a tomar el aire.

Salió de casa y fue a recoger su moto, que había aparcado a unos cien metros. Pero antes, tenía que tomarse un buen café. Se lo pedía el cuerpo.

Entró en el primer bar que encontró. Para la hora que era, estaba abarrotado de turistas. Los odiaba. Estaban por todas partes, como hormigas. Florencia estaba invadida por ellos, en cualquier época de año, y eso le ponía histérico.

Se quedó de pie delante de la caja esperando su turno para pedir un café, mientras miraba distraído a su alrededor. De repente, vio pasar a Marco Stefano por la calle. Iba en dirección a su casa. Le pareció extraño que pasara justo por delante del pequeño piso donde trabajaba Ettore, y no sintiese la curiosidad de subir a preguntar si había algún avance en la búsqueda. Parecía absorto en sus pensamientos. Él no podía verle porque estaba de pie dentro del bar.

Se tomó rápidamente el café y cogió su moto.

El trayecto hasta la casa de la anciana era bastante largo, y estaba en una zona que conocía poco. Le llevó tiempo encontrar el inmueble, a pesar de la ayuda de su teléfono móvil. Bendito teléfono móvil. No sabía cómo eran capaces de vivir antes sin aquella fuente de información, pensó mientras aparcaba a pocos pasos del edificio de Lucia Panchetti.

Se dio cuenta de que no la conocía. ¿Cómo iba a identificarla? Podría llamar a su puerta, decir que se había equivocado, y luego esperar fuera a que saliera.

Le pareció un buen plan y estaba a punto de entrar en el edificio cuando vio salir a un grupo de personas. Reconoció inmediatamente a la americana y a la condesa Guglielmini. Los otros dos eran un joven al que nunca había visto y una anciana que solo podía ser la señora Panchetti.

Se escondió rápidamente detrás de un árbol.

Se despidieron y el grupo se separó. La americana y Guglielmini por un lado, el joven por su cuenta mientras que la anciana volvía a la casa.

Ahora solo le quedaba esperar a que ella saliera de nuevo a hacer la compra, aunque no estaba seguro de que fuera así.

Llamó a Ettore por el móvil y contó la escena que acababa de ver.

—Síguelos —le dijo Bianchini inmediatamente.

—¿Pero seguir a quién? Se han separado y han tomado caminos distintos.

—Sigue a la americana y no la pierdas de vista.

Intentó seguir las instrucciones de Bianchini, pero no pudo. Las dos mujeres tenían el coche aparcado a un tiro de piedra y ya habían empezado a maniobrar para salir del aparcamiento cuando él aún corría para recuperar su moto. Cuando por fin llegó al lugar donde las había visto por última vez, ya habían desaparecido.

Aparcó otra vez la moto en el mismo lugar donde la había dejado antes y volvió a vigilar la puerta del edificio Panchetti, con la esperanza de que saliera.

Media hora más tarde, Lucia Panchetti metió la cartera en el bolso junto con la lista de la compra y el estuche de las gafas, las de leer, porque las de ver las llevaba en la nariz, y salió de casa, cerró con cuidado los dos cerrojos de la puerta y se dirigió al supermercado.

Hizo el mismo recorrido que de costumbre, pasando por delante de un banco donde un señor de mediana edad, bastante rollizo, se echaba una siesta, aprovechando el frescor que le proporcionaban los árboles de la avenida.

Ambrogio Brambilla ni siquiera la vio pasar cuando volvía del supermercado con las bolsas llenas. Cuando se despertó, era tarde, y renunció a la visita que había planeado al piso de la señora Panchetti.

Era evidente, pensó, que la señora no había salido de casa aquel día.

68

Hacía varios días que no hablaban, y la llamada de Pimentel la animó. Le contó todo lo que había hecho en los últimos días, sin omitir, por supuesto, el extraño comportamiento del marido de Mafalda.

—A lo mejor tienen problemas de pareja y no te lo dicen —aventuró Antonio Pimentel—, ¿o crees que está relacionado con la búsqueda del diamante?

—Francamente, no sabría decirte. Es un ambiente extraño. No hemos sabido nada más de Bianchini, pero creo que está preparando una de las suyas. No me parece de los que se rinden tan fácilmente. El tipo tiene una cosa en mente y no se rendirá hasta que esté satisfecho. En teoría, él y Marco Stefano tienen ventaja.

—Pero aún tienen que averiguar de qué villa se trata, ¿no?

—En teoría, sí. Pero no sabemos si ya lo han descubierto o no.

—Ah, cómo me gustaría estar ahí contigo. Disfruto mucho con estas intrigas. Por desgracia, tengo que trabajar y no tengo tiempo.

—Tu apoyo moral me basta. Al menos no me siento sola entre estos chacales. Creo que solo Mafalda es sincera. Me parece la más inocente de todas.

—Recuerda el viejo dicho.

—¿Cuál?

—Confiar es bueno, pero no confiar es mejor.

Hubo un momento de silencio, en el que Ann reflexionó rápidamente.

—¿Me estás diciendo que no debería confiar en ella?

—La verdad es que no. Te estoy diciendo que tienes que tener cuidado. No confíes ciegamente en nadie ni en nada. Te ahorrarás grandes disgustos.

—De acuerdo, tendré cuidado.

—Es interesante que Caetani-Spina le escribiera a una prima. ¿Has podido averiguar quién era?

—No. Es muy difícil.

—¿Y esta carta? ¿La has analizado para saber si realmente fue escrita en el siglo XVIII?

—No he tenido tiempo. Y, de todos modos, la señora Panchetti no la suelta ni un minuto. Solo conseguí hacer una foto con el móvil para poder seguir sus instrucciones si entrábamos en la villa.

—Bien pensado, pero recuerda que es importante comprobar si es auténtica o no.

—Intentaré hacerlo. Ahora debo dejarte. Un abrazo y hasta pronto.

Ann cortó la comunicación y se puso a pensar. En realidad, Pimentel tenía razón. ¿Quién le aseguraba que la carta de Simonetta era auténtica? ¿Y si no era así? ¿Quién tendría interés en escribir una misiva semejante? ¿Por qué no aparecía nunca el nombre de la prima? Desde el primer momento en que oyó hablar de la existencia de esa prima fantasma, Ann había considerado que se trataba de un elemento importante, pero no entendía por qué. Ahora Pimentel, sin querer, le había vuelto a poner la mosca detrás de la oreja con esa prima. Tenía que intentar averiguar quién era.

La otra cuestión que se planteó fue cómo había llegado esa carta a manos de la abuela de la señora Panchetti. ¿Qué relación podía tener esa señora con la prima de la condesa Simonetta, destinataria de la carta? Pero realmente no era importante. Era solo una curiosidad suya. Que una antepasada de la señora Panchetti fuera relacionada con la familia Guglielmini no era algo excepcional. Las relaciones familiares son infinitas.

Por último, otra incógnita: si la condesa Simonetta se había tomado la molestia de dividir el código secreto que conducía a la estancia oculta en los doce volúmenes del diamante, ¿por qué repartir entonces dichos volúmenes entre sus distintos herederos? ¿No quería que se descubriera el código, aunque fuera por pura casualidad? No lo tenía muy claro. ¿Por qué escribir después a una supuesta prima para revelarle el lugar secreto?

Cuando pensaba en la señora Panchetti, le venía a la mente su sobrino Alfredo. Era realmente un joven apuesto. Ann sonrió para sus adentros.

—Demasiado joven para ti, querida —dijo en voz alta, dirigiéndose a una hipotética presencia que no era otra que ella misma.

69

Alfredo había reunido a las tres mujeres en casa de su tía para explicarles su plan. Lucia mostraba una vivacidad que él nunca había notado, mientras que Mafalda parecía absorta en sus pensamientos. Ann se preguntó si estaría pensando en sus problemas matrimoniales o si estaría distraída por algún otro motivo. Ella, por su parte, miraba con curiosidad al joven que les explicaba cómo actuarían. ¿Qué edad podría tener? ¿Treinta y tres, treinta y cuatro? Eso significaba que era diez años más joven que ella.

«Deja de hacer el tonto y concéntrate. Demasiado joven para ti», se dijo antes de mirarle fijamente mientras intentaba seguir el plan que Alfredo estaba exponiendo.

—Tía Lucia, insisto, no es un paseo lo que vamos a dar, y si tenemos que huir como conejos, ¿qué vamos a hacer contigo? Mejor quédate aquí en casa y espéranos.

Lucia Panchetti emitió un gruñido para mostrar su desacuerdo con su sobrino.

—Si tú lo dices —admitió poco convencida—. Pero ¿por qué tenemos que huir como conejos?

—Es solo una posibilidad si nos pillan, tía. No significa que tenga que pasar, pero tengo que sopesar todas las probabilidades.

Alfredo era el tercer hijo de su hermana, el menor, y sin duda su preferido, ya que los otros dos solo venían a saludarla en las fiestas obligatorias, como cumpleaños, Navidad o el día de su santo. Alfredo, en cambio, no. No necesitaba una excusa para pasarse a visitarla. Era un buen chico, y ella no entendía cómo no había sentado ya la cabeza con una buena chica. Era un muchacho guapo, fuerte y bien formado, alto, de ojos verdes. Cualquier chica habría estado orgullosa de salir con él, lo tenía clarísimo.

Al final, se dejó convencer. Se quedaría en casa, junto al teléfono, por si necesitaban algo.

Los tres subieron al coche, Ann, Mafalda y Alfredo. Eran las cinco y media de la tarde. Según los cálculos de Alfredo, si el museo cerraba a las seis, llegarían a tiempo para ver salir a los guardias y demás empleados. La vigilancia nocturna era muy reducida. Solo un par de guardias hacían una ronda cada hora. Si Alfredo entraba primero a echar un vistazo, tenía tiempo de sobra antes del turno de guardia.

La única duda era la alarma. El día anterior, como les había dicho, había acudido a la villa con una excusa administrativa. Había aprovechado para informarse discretamente sobre el estado de todo el servicio de alarma, justificándolo con un nuevo proyecto de seguridad museística que la Dirección General del Polo Museístico, donde

precisamente trabajaba, tenía previsto instalar. Sabía que cada cierto tiempo cambiaban los números de código para desconectarla o ponerla en funcionamiento, y no se había atrevido a hacer preguntas demasiado precisas para no levantar sospechas. Le había bastado con leer discretamente los números actualmente en uso, cuando uno de los empleados que le esperaban le explicó cómo funcionaba la alarma actualmente en funcionamiento.

—Efectivamente, ya es hora de cambiarlo, porque se trata de un sistema un poco antiguo, aunque funciona perfectamente. De todas formas, nunca hemos tenido ningún problema —le había confesado el empleado que se encargaba de ello—. El cambio de los códigos siempre es un fastidio porque luego nos olvidamos de que los hemos cambiado y salta la alarma. Sin embargo, no pasa nada. Si se introduce rápidamente el código correcto, deja de sonar.

Alfredo esperaba no tener la desgracia de caer el mismo día que tenían que cambiar el código.

Una vez en Cerreto Guidi, aparcaron el coche en un lugar discreto. El pueblo era pequeño y un coche extraño a la vista atraería inevitablemente la atención de los lugareños.

Evitando la carretera principal que conducía a la villa, situada en un promontorio, se acercaron lentamente. Si alguien se percataba de su presencia, podría pensar que eran turistas paseando por el pueblo. Afortunadamente, no se cruzaron con nadie.

Según lo acordado, Mafalda y Ann se sentaron discretamente en un lugar donde no podían ser vistas, esperando a que Alfredo hiciera su ronda.

Volvió a los pocos minutos.

—Todo está en orden. Ahora viene la parte más difícil. Entrar en la villa y desconectar la alarma. Si pasa algo, váyanse directamente al coche y espérenme allí. No correrán ningún peligro.

—¿Qué quieres decir con «si pasa algo»? —preguntó Mafalda en voz baja, como si temiera que alguien pudiera oírla. Era la más inquieta de los tres.

Ann, que se había dado cuenta de su nerviosismo, había intentado varias veces calmarla.

—Tranquila, Mafalda. No vamos a robar nada. Digamos que es una visita nocturna. Una visita privada.

La broma no le hizo gracia, pero intentó sonreír. Se preguntó cómo se había dejado convencer para participar en semejante disparate. No se reconocía a sí misma.

Ann siguió a Alfredo con la mirada mientras se alejaba. El chico estaba corriendo un gran riesgo. Si le pillaban, seguramente perdería su trabajo. Aun así, no había dudado cuando se había hablado de descubrir las llamadas estancias secretas. A veces ella misma dudaba

de que existieran y de que todo fuera un gigantesco engaño. Acostumbrada a estudiar documentos históricos, había confiado tontamente en una supuesta carta escrita por la supuesta condesa Caetani-Spina, de la que no se encontraba rastro alguno en los documentos históricos, salvo que aparecía como una de las numerosas beneficiarias en el testamento de la electora. ¿Era eso suficiente para creer toda la historia?

Ya era demasiado tarde para echarse atrás. Solo esperaba que todo saliera bien. ¿Qué otra cosa podía hacer?

70

Siguiendo las instrucciones de Ettore Bianchini, Ambrogio había vuelto a montar guardia frente a la casa de la señora Panchetti. Bianchini estaba convencido de que la anciana tramaba algo y la única forma de saberlo era seguirla. Además, ¿qué otra cosa podía hacer? Estaba claro que no podría sacar más información del libro y la razón era sencilla. Los datos que buscaba no estaban en ese volumen. Lo había leído hasta saberse de memoria el texto de cada capítulo. No había nada que pudiera ayudarle.

La certeza de que la señora Panchetti sabía mucho más de lo que quería admitir surgió del movimiento en torno a su casa, con las visitas de las dos mujeres y luego de un chico que no sabía quién era.

Ambrogio se había cuidado de confesar a Bianchini que se había quedado dormido la última vez que se había sentado en el mismo banco. De haberlo sabido, Bianchini le habría cortado la cabeza. Esta vez hizo todo lo posible por mantenerse bien despierto.

La buena fortuna, o tal vez la terquedad, de Bianchini dio sus frutos, cuando pocos minutos después de haberse instalado en el banco, vio salir por la puerta de la señora Panchetti al joven acompañado de las dos mujeres. Ninguno de ellos llevaba un libro, lo que, para él, vino a confirmar que Panchetti no poseía ninguno de los ejemplares.

Subieron al coche y él corrió hacia su moto. Mientras condujesen por la ciudad, podría seguirlos, pero si se metían en la autopista, se acabó. Llamó rápidamente a Bianchini.

—Síguelos todo lo que puedas —dijo Bianchini—. Intenta no perderlos de vista. Y si toman la autopista, comprueba en qué dirección van.

—Haré lo que pueda —respondió, ya nervioso por seguir a un coche entre el tráfico urbano.

De hecho, en el primer semáforo ya los había perdido. Su moto, por potente que fuese, no era rival para el motor de un coche. No podía decírselo a Bianchini, así que esperó diez minutos antes de volver a llamarle y anunciarle que los había perdido.

—¿Pudiste ver al menos si tomaban alguna autopista?

—No. Todavía estábamos en la ciudad. En un semáforo…

No tuvo tiempo de terminar la frase. Bianchini ya había colgado.

71

La villa de Cerreto Guidi estaba construida sobre un promontorio y constaba de dos edificios principales.

La primera, llamada la granja, estaba conectada con el palacio principal, la villa propiamente dicha, por un corredor que se extendía por encima del pórtico de la iglesia, llegaba al coro, pasaba al interior de la iglesia y enlazaba directamente con la planta noble del palacio, muy similar al que conecta los Uffizi con el palacio Pitti, el llamado corredor vasariano.

En tiempos de los grandes duques mediceos, la granja albergaba también las cocinas secretas donde se cocinaba la comida que luego se servía al gran duque, pasando por el pasillo y evitando así que los alimentos pudieran ser envenenados.

Alfredo entró por la puerta que utilizaba el personal. En ese momento aún estaba abierta, ya que algunos funcionarios trabajaban en horarios diferentes, en función de sus turnos, y sabía que la puerta no se cerraría hasta que se hubiera marchado el último.

Se sintió cómodo porque sabía que la puerta trasera no podía ser controlada desde los despachos de los funcionarios. Había una cámara, pero por suerte llevaba mucho tiempo fuera de servicio. Lo había comprobado en su visita anterior, cuando había venido a inspeccionar.

El único guardia, el del turno de noche, ya había llegado, pero Alfredo sabía que no empezaría su ronda antes de que todos los funcionarios se hubieran marchado. Aun así, tenía que ser rápido.

Desde el edificio en el que se encontraba, que era la antigua granja, tenía que llegar al edificio principal. Debía atravesar el pasillo y el camino no era demasiado largo. Tardó un par de minutos en alcanzar la iglesia, atravesar el presbiterio y salir a una de las logias que daban al jardín interior.

De vez en cuando se paraba a escuchar por si oía pasos que se acercaban por el pasillo. Si alguien se aproximaba, y solo podía tratarse del vigilante que había comenzado su ronda, ya había controlado un par de escondites donde refugiarse en caso de necesidad.

Llegó al final del pasillo, donde supuestamente se ocultaba la estancia secreta, pero todo lo que vio fueron paredes pintadas con frescos, y ningún detalle que sugiriera que detrás pudiese haber una cámara oculta.

Intentó dar golpecitos con el dedo meñique para percibir si había un hueco detrás de cada una de las paredes, pero nada. Todas parecían sólidas.

¿Había ido a parar a la habitación correcta? La duda le asaltó.

Echó un rápido vistazo a la carta de la condesa Caetani-Spina para asegurarse. No, no había duda, solo podía estar en aquella sala, y si aquella era la sala, el acceso a la habitación oculta estaba realmente bien escondido. Probó de nuevo a golpear las esquinas de cada una de las paredes, pero fue en vano. ¿Qué hacer? No podía quedarse allí parado, seguir haciendo pruebas y correr el riesgo de que le pillaran.

De mala gana, volvió sobre sus pasos, atento a cualquier ruido. Esperó un minuto, con todos los sentidos alerta, antes de moverse y volver a cruzar el largo pasillo por donde había venido. Caminaba de puntillas y se detenía de vez en cuando para escuchar cualquier ruido sospechoso. Nada. Tenía vía libre.

Las dos mujeres esperaban ansiosas, sentadas en el banco donde él las había dejado antes. Mafalda fue la primera en levantarse al verle llegar.

—¿Y bien? —preguntó agitada.

—Nada. No he encontrado nada.

—¿Ha intentado golpear las paredes para saber si había un hueco detrás?

—Por supuesto, pero nada. No hay nada.

Ann permaneció en silencio. Escuchó el relato de Alfredo sobre lo que había visto y hecho. Estaba visiblemente disgustada. ¿Y si todo no era más que un gigantesco engaño?

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Alfredo, visiblemente decepcionado.

Hubo un momento de silencio. Todos pensaban y trataban de llegar a una conclusión.

—¿Y si entro para ver si se le ha escapado algún detalle, no sé, algo que sugiera que hay una habitación detrás de esas paredes? —preguntó Ann, reacia a rendirse tan fácilmente.

—Mejor no —respondió Alfredo—. Es peligroso. Y a estas horas, el vigilante ya estará de guardia. Si se entera, tendremos problemas. Vamos a pensarlo con calma. No hay prisa.

—¿Y si los otros descubren que la respuesta es Cerreto Guidi? —preguntó Mafalda, claramente intranquila.

—¿Con «los otros» se refiere a su marido y a Bianchini? —preguntó Alfredo.

—Sí, por supuesto. ¿Quién si no?

—No creo que lo descubran tan fácilmente. Podemos estar tranquilos.

Acordaron que lo único que podían hacer por el momento era regresar a Florencia y preparar otro plan.

Durante el viaje de vuelta, Ann iba sentada detrás de Alfredo, que conducía.

Iba sumida en sus pensamientos, al igual que sus compañeros de

viaje, pues nadie hablaba.

Había varias cosas que seguía sin entender bien. Primero, la carta de la condesa. ¿Por qué perder el tiempo escribiendo instrucciones en varios libros si no llevaban a ninguna parte? ¿Por qué escribir después una carta explicándoselo todo a una misteriosa prima? No tenía lógica, y si la tenía, ella desde luego no la veía. Era una lógica que se le escapaba por completo, porque no la comprendía, por mucho que intentara descifrarla.

Pensó que la única solución era empezar de nuevo a partir de los mensajes ocultos en los libros.

Alfredo la dejó en la puerta de su hotel y acompañó a Mafalda a su casa. Volverían a verse al día siguiente en casa de su tía, la señora Panchetti.

72

Ettore Bianchini estaba muy nervioso.

Sentado en el mismo banco donde Ambrogio Brambilla había merodeado el día anterior, Bianchini observaba la puerta del edificio de Lucia Panchetti.

Había los movimientos habituales. Vecinos entrando y saliendo. Nada en particular.

La señora Panchetti seguía sin aparecer. Supuso que tendría que salir en algún momento, para ir de compras o por cualquier otro motivo. Los ancianos siempre tienen una excusa para salir de casa.

La americana y la condesa habían desaparecido durante todo el día y él no sabía adónde habían ido ni qué habían hecho. Seguramente no se habían dedicado al turismo. ¿Significaba eso que habían descubierto algo que él ignoraba? Solo de pensarlo se ponía furioso. No era posible que dos mujeres lo dejaran de lado cuando él llevaba años buscando el diamante.

Si hubieran tenido nueva información, ¿quién podría habérsela dado?

¿Qué tenía que ver aquella anciana? ¿Cómo se había metido en aquel asunto? Seguro que ella poseía datos que él desconocía, si no, ¿por qué reunirse en su casa varias veces?

Brambilla era un idiota. Ni siquiera había conseguido seguirles cuando habían salido de casa. Las cosas solo funcionaban cuando él tomaba las riendas. De hecho, decidió que a partir de ahora iría él mismo a vigilar la casa de la anciana.

A Brambilla le encargaría la tarea de vigilar al conde. No se fiaba mucho de él. Cuando había que tomar una decisión, siempre dudaba. Bianchini no sabía si lo hacía por su buen nombre o por el de su esposa. En un momento dado, mientras estaban en el pequeño apartamento de borgo San Jacopo, Marco Stefano les había revelado que se sentía culpable de haber traicionado la confianza de su esposa y, en varias ocasiones, había estado tentado de ir a contárselo todo para tranquilizar su conciencia. Representaba un peligro potencial si descubrían el tesoro, porque estaba seguro de que iría a contárselo todo a su mujer y, por lo que él sabía, Mafalda era una idealista. Nunca permitiría que se apropiaran de lo que encontraran en la estancia secreta. De eso estaba seguro. Pero ya tenía un plan en mente.

Por supuesto, era perfectamente consciente de que estaba haciendo las cuentas de la lechera, pero estaba profundamente convencido de que faltaba muy poco para descubrir la cámara oculta. Muy poco. Solo que no sabía cuál era el siguiente paso para

encontrarla y eso le ponía furioso.

73

A su regreso de Cerreto Guidi, los tres decidieron almorzar en una *trattoria* que Mafalda conocía en la zona cercana a su edificio.

A pesar de que su escapada había sido infructuosa, mantenían la esperanza de poder regresar a la villa.

Mientras degustaba los espaguetis con almejas que había pedido, Ann, entre bocado y bocado, intentaba convencer a sus amigos de que eligieran una vía más legal y menos arriesgada.

—En qué está pensando —preguntó Alfredo, todavía bajo el efecto del nerviosismo por no haber sido capaz de descubrir ni siquiera un indicio de la ubicación de la cámara.

—En jugar la carta de la sinceridad —respondió ella mientras se metía otro bocado en la boca. Las emociones le daban hambre.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntaron los otros dos casi al unísono.

Los miró a los dos con una sonrisa pícara.

—Hagámoslo bien —dijo, e hizo una pausa. Los otros dos se quedaron esperando a que terminara su discurso. Ann dejó pasar deliberadamente unos segundos antes de continuar—: Vayamos a ver al director del museo y compartamos con él todo lo que sabemos. Si es una persona sensata, será el primero en querer descubrir esta sala, si realmente existe. Si luego se hace pública, sería un impulso fabuloso para el museo. Tú, Alfredo, que lo conoces —Ann dejó de lado el tratamiento formal y empezaron a tutearse. En el fondo, estaban todos embarcados en una aventura que permitía olvidarse de las formalidades—, ¿qué clase de persona es? ¿Un funcionario gris o es listo?

Alfredo reflexionó un momento antes de contestar.

—En realidad, no lo sé. Lo conozco poco y solo he tratado con él asuntos administrativos. Me parece una persona íntegra. Si tuviera que elegir, votaría por darle un voto de confianza.

—¿Pero no es muy peligroso? —intervino Mafalda—. Si ese hombre no quiere saber nada, estamos perdidos. —Se detuvo un momento y luego prosiguió—: Aunque, por otro lado, debo decir que me gusta la idea. Es el camino correcto. Lo que hemos estado haciendo es un poco de delincuentes, admitámoslo.

Alfredo asintió con un gesto afirmativo de la cabeza.

—Pero tenemos que ir juntos —dijo—, y yo solo soy el encargado de presentaros. Como funcionario del ministerio, no puedo comprometerme oficialmente. Luego ya encontraremos la manera de justificar mi participación.

—Me parece más que justo —concluyó Ann—. Ahora tenemos

que estudiar bien cómo se lo presentamos, sin decirle que ya hemos estado dentro. También tenemos que evitar involucrar a tu tía. Si esto se hace oficial, aunque no sea público, seguro que le harán muchas preguntas sobre el origen de la carta y no sé si se creerán la historia de que la abuela recibió esta misiva en mano.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Mafalda—. ¿No te lo crees?

—Tengo mis dudas. La historia no me parece muy clara, más bien confusa. Si el director acepta colaborar, podríamos pedirle que autentificara la carta de la condesa. Sería un gran avance.

—Ahora tenemos que centrarnos en cómo le presentamos la historia y asegurarnos de no descubrir todas las cartas en caso de que se niegue a cooperar.

—No se me da bien inventarme historias —se apresuró a decir Mafalda—. Decidid vosotros.

—Debemos decidirlo juntos y ponernos de acuerdo sobre lo que decimos y lo que ocultamos. Seremos tú y yo quienes hablemos con él. Es muy importante que coincidamos en cada palabra que le digamos, y que él lo entienda todo inmediatamente.

—De acuerdo. Pero habla tú, yo no sé hacer estas cosas. Yo me pongo nerviosa y termino diciendo algo estúpido.

—No te preocupes. No estamos confesando un crimen —concluyó Ann, riendo.

74

Por fin la vio salir de casa. Bianchini llevaba varias horas vigilando la puerta de entrada de la señora Panchetti y solo había presenciado el movimiento habitual de los vecinos que entraban y salían.

Sin moverse, la siguió con la mirada y la vio dirigirse hacia el supermercado. Era el momento justo, el que llevaba horas esperando.

Caminó enérgicamente hacia la puerta principal. No estaba cerrada. «Típico de los ancianos que se olvidan de cerrar la puerta cuando se van y luego se quejan de los robos», pensó.

Al poco tiempo ya estaba delante de la puerta que buscaba. Ya había venido con Marco Stefano, pero no recordaba bien cuál era; una pequeña placa indicaba: «Familia Panchetti».

La puerta tenía tres cerraduras. No lo había previsto. Pensó que como mucho habría un par.

Sacó del bolsillo la llave maestra que había traído consigo. Un manojo de llaves de todo tipo que podía resolver cualquier problema. Comenzó a trabajar en la cerradura del medio, la que probablemente habría cerrado la señora, pero no respondía. Tras varios intentos, probó con la de arriba. Tampoco tuvo éxito. Estaba a punto de intentar abrir la tercera cerradura, la inferior, cuando oyó una voz detrás de él:

—¿Qué está haciendo aquí?

Se giró bruscamente y se encontró frente a la señora Panchetti.

La anciana se giró de repente, para intentar salir corriendo del edificio y empezó a gritar:

—¡Al ladrón, al ladrón, me están robando!

Bianchini corrió hacia ella, le tapó la boca con una mano antes de que alertara a todo el vecindario y tiró de ella hacia dentro. Metió la otra mano en la bolsa de la compra y encontró las llaves.

Mientras él trataba de abrir la puerta, ella intentó huir y liberarse. Bianchini tuvo que presionarle la boca mientras él intentaba sujetarla con fuerza.

Por fin, tras un tiempo que pareció eterno, oyó un clac que anunciaba que había conseguido abrir la puerta. Obligó a la anciana a entrar en la casa y cerró la puerta tras de sí.

Lucia Panchetti consiguió por un momento liberarse de la presión de Bianchini y empezó a gritar. Bianchini le dio entonces un puñetazo en la cara, haciéndola caer y golpearse la cabeza contra la esquina de una mesa. El cuerpo de Lucia cayó al suelo y permaneció inmóvil. No se le escapó ni un gemido.

Bianchini estaba aterrorizado por lo que acababa de ocurrir. No era su intención hacerle daño, de hecho, solo pensaba rebuscar en el

piso para ver si encontraba alguna pista que justificara la repetida visita de las dos mujeres, pero la situación había llegado a un punto crítico cuando ella había regresado. Probablemente había olvidado algo. No había previsto esta posibilidad.

Echó un vistazo a la anciana y le giró la cara hacia arriba y en ese momento vio que sangraba mucho por la cabeza.

Al darle la vuelta, se manchó las manos con su sangre. Asustado, corrió a la cocina a lavarse para quitarse la sangre y salió corriendo del piso. Si alguien la había oído gritar, no quería que lo pillaran en la casa con el cadáver de la vieja. Con las prisas, no había tenido tiempo de comprobar si estaba herida o muerta.

Afortunadamente, el pasillo estaba despejado. Al parecer, nadie había oído sus gritos.

Antes de salir del edificio miró a su alrededor y, cuando vio que no había moros en la costa, se dirigió a toda prisa al exterior y caminó a paso ligero hacia su coche, aparcado no muy lejos.

Sentado al volante, se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho, Dios mío? ¿Ahora cómo salgo de esta?

No podía pensar. Lo que en principio había planeado como una visita rápida al piso se había convertido en la peor de sus pesadillas. Un verdadero drama. Ni siquiera podía reconstruir los hechos en su cabeza. Solo recordaba que todo se había precipitado cuando la anciana había regresado; luego todo había sucedido rápidamente, no había tenido siquiera tiempo de pensar en cómo afrontar la nueva situación.

Finalmente, puso el motor en marcha. Tenía que alejarse de la zona lo antes posible antes de que alguien viera su coche y lo denunciara a la policía.

75

Habían transcurrido veinticuatro horas desde el suceso y Bianchini estaba desesperado. No había dormido en toda la noche, sentado a oscuras en un sillón de su salón, cavilando sobre lo que había hecho y sobre cómo podría salir de aquella situación.

A las seis de la mañana salió de casa y corrió al quiosco, que estaba a punto de abrir, para comprar la prensa local. Tuvo que esperar una media hora, caminando nervioso por la plaza, antes de que repartieran los primeros periódicos. Los compró todos.

En el periódico local, la noticia aparecía en portada. El titular decía:

> Anciana salvajemente asaltada en su domicilio. Los ladrones, probablemente sorprendidos en pleno robo, huyeron sin llevarse nada. La anciana ha sido hospitalizada. Sufre un traumatismo craneoencefálico (TCE). Su vida no corre peligro.

Luego leyó el informe en las páginas interiores. Nadie había visto nada. Solo una vecina había oído gritos y había ido a ver qué pasaba. Al pasar por delante de la puerta de la señora Panchetti, que había quedado entreabierta, la vio tendida en el suelo sobre un charco de sangre. Inmediatamente llamó a los *carabinieri*.

El café seguía cerrado. Bianchini habría tomado con gusto un buen café. Se sentó en un banco y siguió leyendo la prensa.

Eran buenas y malas noticias al mismo tiempo.

Que la señora Panchetti no estuviera muerta era un alivio. Un gran alivio. Había estado pensando en ello toda la noche y le aterrorizaba lo que había hecho. Ahora que sabía que su vida no corría peligro, respiró aliviado. Desgraciadamente, esa noticia tenía su lado negativo, y era el hecho de que la señora Panchetti seguramente le reconocería si lo veía en una rueda de reconocimiento o en una simple foto.

No estaba fichado, por lo que la probabilidad de que la policía le mostrara una foto suya era muy improbable.

En otro artículo decían que una vecina se había asomado a la ventana cuando oyó gritos y vio a un hombre de unos cincuenta años salir por la puerta principal. Pero su descripción era vaga e inexacta. Si él se hubiera enfrentado a esa testigo, difícilmente lo habría reconocido.

Por el momento, era mejor que se quedara tranquilamente en casa y evitara acercarse a ese barrio.

76

El ataque que había sufrido su tía había preocupado mucho a Alfredo. No creía que hubiera sido un accidente y estaba convencido de que estaba relacionado con la búsqueda del diamante y de la estancia oculta. Eso solo podía significar dos cosas: primero, que estaban muy cerca de descubrir la cámara maldita y, segundo, que alguien estaba siguiendo sus pasos hasta el punto de entrar en el piso de su tía. Ella misma, cuando se había sentido mejor, había contado su versión de los hechos, pero desgraciadamente era bastante inexacta y de poca utilidad para la investigación. Recordaba haber llegado a casa porque se había olvidado la cartera y haber visto a un hombre de pie ante su puerta intentando abrirla. Sin embargo, el hombre se abalanzó sobre ella y por detrás, aún de pie, le tapó la boca con la mano para que no gritara. No le había visto la cara, salvo durante un par de segundos. Estaba tan aterrorizada que sería absolutamente incapaz de reconocerlo, aunque lo tuviera delante. Lo único que recordaba era que el hombre utilizaba un *aftershave* que le resultaba familiar. Probablemente un sobrino suyo usaba la misma marca.

Alfredo había reunido a sus compañeras de aventura en el bar del hotel Una Vittoria, donde se alojaba Ann Carrington.

—¿Tienes idea de quién puede haber sido? —preguntó, sabiendo ya la respuesta.

Las dos mujeres se miraron a la cara, interrogándose con un gesto.

—Solo puedo pensar en ese maldito de Bianchini —dijo Mafalda —, pero eso es pura especulación. Francamente, me sorprendería que estuviera tan desesperado como para atacar a una anciana. Aunque la verdad es que no lo conozco. Pero tiene que ser alguien que esté al tanto de nuestros movimientos, si no, ¿cómo habrían llegado hasta tu tía? O bien no tiene nada que ver y es un simple ladrón al que han pillado in fraganti.

—No creo que debamos centrarnos en ese hecho —intervino Ann —. Dejemos que la policía haga su propia investigación. Tienen más experiencia que nosotros en estas cosas. Concentrémonos en cambio en cuál podría ser nuestro próximo movimiento.

—¿Sigues opinando que el director del museo debería estar al tanto? —preguntó Alfredo.

—Sí. Creo que es la única manera. No podemos ponernos en una situación ilegal o que roce la ilegalidad. Aunque descubramos la estancia, ¿cómo vamos a justificar cómo hemos llegado hasta allí? No, definitivamente no. Tenemos que trabajar de modo irreprochable.

—Estoy de acuerdo contigo —confirmó Mafalda—. ¿Qué dirían

de mi familia si descubrieran que formo parte de una banda que busca tesoros? Seríamos el hazmerreír de toda la ciudad. Mi marido nunca me lo perdonaría.

—Por cierto —intervino Ann—, ¿qué pasa con tu marido? No lo hemos vuelto a ver. ¿Has podido hablar con él?

—Sí, me llamó ayer. Ha tenido que viajar a Suiza por un asunto importante. Volverá mañana o pasado mañana.

Extraño matrimonio, pensó Ann. Las cosas no debían de ir bien entre ellos. ¿Qué marido desaparece durante varios días sin decir nada y luego hace una llamada desde Suiza? Era muy raro. Mafalda siempre ponía esa carita de niña buena, pero se notaba que estaba preocupada, y no era por la cámara oculta, sino por algo más personal que la perturbaba muy profundamente.

77

Alfredo había concertado una reunión con el director. Había llegado la hora de la verdad. De su decisión dependía el futuro de la búsqueda de la estancia oculta. ¿Les ayudaría a resolver el misterio o los mandaría al infierno?

Contrariamente a lo que había anunciado al principio, Alfredo decidió acompañarlas, aunque solo fuera para hacer las presentaciones. Ese era un tema importante. No quería que el director pensara que eran dos lunáticas que se dedicaban a descubrir salas ocultas como pasatiempo. Al fin y al cabo, era él quien las iba a presentar y se estaba jugando su reputación. Si las cosas salían mal, esperaba poder intervenir y convencer de alguna manera al director para que las escuchara y al menos les diera una oportunidad.

Antes de entrar, Mafalda sujetó a Ann por el brazo y discretamente deslizó un juego de llaves en su bolsillo.

—Sí —dijo Mafalda, viendo su cara de sorpresa—, estas son las famosas llaves. Quiero que te las quedes.

—¿Pero no las tenía tu marido?

—Eso es lo que él cree —dijo con una media sonrisa—, pero las cambié y dejé un viejo juego de llaves que nadie recuerda para qué servían. Ni siquiera se dio cuenta.

Gianni Marchetti era un hombre bastante joven, que debía de tener poco más de cuarenta años, y sentía mucha curiosidad por oír lo que tenían que decir aquellas dos mujeres que Alfredo le había recomendado encarecidamente. Estaba especialmente interesado en Ann Carrington. Aparte de ser una mujer hermosa, y él era sensible al sexo femenino, era una erudita con una formación seria y una carrera respetable. No creía que una profesional como ella se mezclara en un estúpido asunto si no había una profunda justificación histórica.

—¿Cree usted sinceramente, señora Carrington, que nuestra electora ordenó construir cámaras ocultas para esconder parte del tesoro que los austriacos querían llevarse y que fue recuperado por los Palleschi? Si he entendido bien, ¿es esa la historia que quiere que verifique? ¿Qué fue lo que la convenció para creer semejante cosa?

Ann Carrington ya se esperaba ese tipo de preguntas. Por lo tanto, se había preparado a conciencia.

—Comprendo su incredulidad, señor director. Admito que es una situación que puede dejarle perplejo. Yo también pensé al principio que podría tratarse de un engaño, o de una leyenda, pero luego aparecieron indicios que lo confirmaron y, sobre todo, una pregunta de difícil respuesta. Si esa parte del tesoro de los Medici que ha desaparecido no está en Viena, ni en ningún museo, ¿dónde está? La

dama de compañía de la electora, la condesa Simonetta Caetani-Spina, se tomó la molestia de transcribir el secreto en doce volúmenes dedicados al diamante Florentino, ¿lo habría hecho solo por diversión? No lo creo. Como mínimo, merece la pena comprobarlo. Solo es cuestión de investigar y confirmar si esta cámara oculta existe realmente. Y luego, en realidad, no importa que se descubra un tesoro que ha estado oculto durante siglos, sino más bien si la electora realmente había pensado en esa sala y la había hecho construir. Desde el punto de vista histórico, es un descubrimiento muy importante y explica el pensamiento de la princesa. Si existe y además está lleno de piezas fabulosas, esa es otra historia. Sea como fuere, su museo siempre saldrá beneficiado.

Gianni Marchetti sonrió y se quedó mirando un momento el abrecartas con el que había estado jugando desde que habían empezado a hablar. Parecía sopesar los pros y los contras. Por fin, anunció su decisión:

—De acuerdo. De todas formas, todo esto no saldrá de aquí. Tanto si tenemos éxito como si no, nadie hablará nunca de este asunto. ¿De acuerdo? Déjeme ver esa foto de nuevo, la parte donde la dama de compañía explica la ubicación de la cámara.

Mafalda sacó el móvil del bolso y se lo tendió. Se sentía muy nerviosa. Estaban a un paso de descubrir por fin la verdad.

Marchetti se levantó, papel en mano, y se dirigió a la puerta de su despacho.

—Bueno, señoras, vamos en busca del tesoro —dijo en tono algo bromista—. Seguiremos paso a paso las instrucciones de la carta. A ver adónde nos lleva.

Todos salieron detrás de él.

78

Marco Stefano miró por la ventana hacia el Ponte Vecchio. La vista desde el piso era realmente fabulosa. Él y Mafalda lo utilizaban principalmente para alquilarlo a turistas, pero esa temporada había días libres en los que el piso no se alquilaba y él aprovechaba para utilizarlo como lugar de reunión con sus cómplices, Bianchini y Ambrogio.

En ese momento estaba solo.

Había hecho creer a su mujer que estaba en Suiza para no tener que enfrentarse a ella. Estaba avergonzado. También sabía que esa situación no podía durar eternamente.

Había leído la noticia del ataque a la señora Panchetti en los periódicos e inmediatamente había adivinado que era obra de Bianchini. Era muy poco probable que se tratase de una coincidencia.

No le gustaba aquel individuo, y ahora que había visto de lo que era capaz, aún menos. Le temía. Tenía que deshacerse de él, pero tenía que hacerlo de forma que el otro no pudiera chantajearle.

Si la policía le pillaba por el asunto Panchetti y le interrogaba, estaba seguro de que saldría su nombre a relucir. Eso significaría su fin.

En los dos últimos días, había recibido varias llamadas suyas, pero había evitado contestarlas. No sabía cómo decirle que ya no quería saber nada de todo aquello. El negocio del diamante se había desvanecido para él. No encontrarían la famosa cámara sin la ayuda de su mujer y de la americana.

Estaba deprimido. Se enfrentaba a una situación insostenible y no tenía a nadie con quien hablar y compartir sus problemas. La lógica dictaba que esa persona debía ser su mujer, pero en los últimos tiempos se habían distanciado. Desavenencias insostenibles. Mafalda era honesta. Ella nunca habría permitido una desviación de la legalidad. Él lo sabía. Siempre había sido así. Ahora, por culpa de ese estúpido diamante, estaban en bandos diferentes. Él necesitaba dinero urgentemente, antes de que estallara un escándalo y su empresa fuera declarada en quiebra. Una desgracia para su familia y su buen nombre.

¿Y si allí no había nada? Aunque encontraran la famosa estancia oculta, ¿y si estaba vacía? Podría perfectamente haber sido descubierta antes y vaciada de todos los objetos que contenía. ¿Y si todo no era más que una leyenda? ¿Era posible que una cámara así pudiera permanecer oculta durante tantos siglos? ¿Perseguían un sueño ilusorio?

Pensar en ello le deprimía cada vez más. No sabía muy bien cómo

afrontar el problema. Se sentía solo y sin nadie que pudiera ayudarle.

79

Florencia, palacio Guglielmini, 1748

Mariuccia se había cansado de trabajar en las cocinas del palacio Pitti. Desde que el gobernador Beauvau había sido nombrado príncipe de Craon, las cenas y los almuerzos eran constantes. Sus momentos de libertad se habían reducido a unas pocas horas en las que tenía que hacer todas las tareas domésticas a toda prisa y luego volver corriendo al palacio. Se sentía muy cansada y había tomado la decisión de cambiar de trabajo.

Una amiga suya que trabajaba cerca del palacio Pitti, en el palacio de los condes Guglielmini, le había dicho que la cocinera de la casa se jubilaba porque era demasiado mayor y los condes buscaban una sustituta. Ella se presentó y, al haber estado empleada en las cocinas del palacio Pitti, fue inmediatamente elegida por el mayordomo encargado del personal. Nunca tuvo ocasión de conocer a los anfitriones, los condes Guglielmini.

Era un trabajo mucho más tranquilo. Básicamente, tenía que cocinar para la familia, que rara vez recibía invitados. Por lo tanto, no era una tarea pesada y la paga era similar.

En las cocinas trabajaban varias empleadas. Media docena en total, y se había hecho especialmente amiga de una de ellas, llamada Anna.

Anna era una verdadera chismosa, y su tema favorito era siempre cotillear sobre los patrones.

—Imagínate si la vieja está mal de la cabeza —le confesó un día que estaban solas en la cocina— que se pasa el día subrayando capítulos enteros de libros. Cuando uno está lleno, pasa al siguiente. Quién sabe lo que pasa por su vieja mente. Sin embargo, he oído que cuando era joven era una persona muy inteligente. Dicen que fue la última dama de compañía de la princesa heredera.

—Ah, sí —dijo Mariuccia—. Pero ya murió hace mucho tiempo. Yo era joven entonces. Lo recuerdo porque tenía un amante francés. Un tipo guapo, alto, fuerte. Solía llevarme a escondidas al fuerte Belvedere para follar con él. Nos vimos durante bastante tiempo. Ah, qué buenos tiempos aquellos.

—Cuéntame, cuéntame —pidió Anna, ansiosa por saber.

—Fue lo mejor que me pasó en esta sucia vida.

—¿Cómo era? ¿Quién era? —preguntó Anna, intrigada.

—Era un caballero francés. No sé exactamente para qué había venido a Florencia. Al principio, dijo que era un comerciante de paños, pero descubrí que era una gran mentira. De todos modos, debía de ser alguien importante porque el gobernador le tenía un gran

respeto y lo alojó en la fortaleza, lo que no es muy habitual.

—¿Y era un buen amante?

—El mejor que he tenido, aunque para ser sincera, solo he tenido un par, incluido ese desgraciado que acabó siendo mi marido.

Anna se rio. Conocía al marido de Mariuccia. Por supuesto, ya no era un hombre joven, pero en su época debió de ser bastante sinvergüenza. Sin embargo, se le veía fuerte y musculoso, a pesar de su edad.

—No te quejes —dijo—, al menos has sido afortunada. Mira lo que me ha tocado a mí. El mío no sirve para nada, y menos con esa cosa de ahí.

Mariuccia se rio. Anna tenía razón. El marido que le había tocado no era tan malo. De hecho, de joven era incluso un muchacho guapo. Ella se había fijado en él cuando jugaba al *calcio florentino*. Fuerte y guapo, se había interesado inmediatamente por ella y la había cortejado durante mucho tiempo antes de ceder finalmente a la presión de su madre, que quería verla casada y asentada.

Mientras batía los huevos, Anna se puso seria de repente y dijo:

—¿Sabes leer?

La pregunta la sorprendió.

—Sí. ¿Tú no?

—En realidad, me las arreglo, aunque no soy una lumbrera.

—¿Por qué me lo preguntas? —quiso saber Mariuccia con curiosidad.

Anna dejó el cuenco con los huevos sobre la mesa y se secó las manos con un paño antes de sacar una carta de un bolsillo.

Se la tendió a Mariuccia. La carta comenzaba: «Querida prima…». No estaba firmada.

Mariuccia la leyó y luego dijo:

—No entiendo nada de lo que dice. ¿Quién ha escrito esta carta? ¿Es tuya?

Anna bajó la cabeza, un poco avergonzada, antes de admitir, casi en voz baja:

—La condesa la escribió. Luego la dejó en su secreter. Cuando empecé a leerla, me di cuenta de que estaba loca.

—¿Por qué?

—Porque escribe «querida prima», pero en realidad es bien sabido que no tiene ninguna prima.

—Devuélvela inmediatamente, antes de que se dé cuenta de que te la has llevado —le ordenó Mariuccia, furiosa—. ¿Sabes que te pueden echar por eso?

—No lo creo. Lo cogí hace unos días, y ni siquiera recuerda haberla dejado en el secreter, porque no la buscó ni me preguntó si la había visto.

En ese momento, un criado entró en la cocina y Mariuccia escondió rápidamente la carta metiéndosela en el bolsillo.

Más tarde, cuando volvieron a quedarse solas, Mariuccia sacó la misiva y se la tendió a Anna.

—Vuelve a dejarla donde la encontraste, o nos meteremos en un lío y no quiero problemas por tu culpa y una estúpida carta que ni siquiera entendemos. Soy demasiado vieja para eso.

—No, eso sería peor. A ella le falla la memoria. No se acuerda. Quédatela y que tu marido la lea. Quizá entienda algo.

Mariuccia estaba a punto de protestar cuando alguien volvió a entrar en la cocina. No tuvo más remedio que meterse rápidamente el papel en el bolsillo antes de que la vieran.

Aquella noche, en casa, sentados a la mesa, Mariuccia le dio el papel a su marido y le preguntó si entendía lo que había escrito la anciana condesa.

El marido lo leyó varias veces antes de pararse a reflexionar.

—¿Qué me dices? —preguntó Mariuccia con impaciencia.

80

La señora Rapallo estaba ocupada limpiando la casa. Acababa de poner la lavadora y tenía que colgar la ropa en el tendedero que estaba frente a la ventana de la cocina que daba al patio. No era un patio propiamente dicho, salvo por un par de casas más bajas de las que podía ver los tejados. Dos casas más allá había una parecida a la suya, de la misma altura.

Sacó la pieza más grande, una de las sábanas, de la lavadora, maldiciendo porque la blusa se le había escapado y caído al suelo.

—Menos mal que acabo de barrer —dijo en voz alta, aunque nadie podía oírla, ya que estaba sola en la casa.

Llevó la sábana a la ventana y la extendió en la cuerda con cuidado de colocarla de modo que colgara del lado más largo, para aprovechar el sol y que se secara rápidamente. Era un bonito día soleado y, si tenía suerte, tal vez la ropa se secaría enseguida y tendría tiempo de hacer una segunda lavadora.

Estaba a punto de volver a entrar cuando vio algo en el tejado de la casa más baja, la más cercana al otro edificio alto situado a unos cincuenta metros.

No entendía muy bien qué podía ser, porque la mitad estaba oculta por la inclinación del tejado, pero a ella le pareció ver unas piernas, como si alguien estuviera tumbado encima del tejado tomando el sol, con las piernas a un lado y el cuerpo colgando del otro.

—Qué idiota —dijo en voz alta—, subir al tejado a tomar el sol es una locura.

Cogió lo que quedaba en la lavadora y volvió a colgarlo en la ventana.

No sabría decir si era un hombre o una mujer, parecían más bien las piernas de un hombre, aunque no podría jurarlo.

No se movía.

Siguió a sus cosas y, al poner la última pinza, se detuvo a mirar aquellas piernas que no se movían.

Estaba realmente perpleja.

Estuvo a punto de ir a hablar con la vecina, pero luego se contuvo. Si iba a su casa a ver lo que veía en el tejado, ya no podría librarse de ella y la haría perder toda la mañana.

Cerró la ventana y se olvidó del asunto.

Cuando el sol estaba a punto de ponerse, se acordó de la colada que se estaba secando fuera y corrió a recogerla.

En ese momento, vio que lo que estaba convencida de que eran piernas no se habían movido de allí.

Sospechando que ocurría algo extraño, llamó a la policía.

El cuerpo sin vida de Marco Stefano Guglielmini fue encontrado en el tejado de una casa contigua a la suya en borgo San Jacopo. Había saltado desde el balcón de su casa, el que da al Ponte Vecchio. Probablemente había muerto en el acto.

En su domicilio, los investigadores encontraron una carta dirigida a su esposa Mafalda, en la que le pedía disculpas.

81

Florencia. 1765

Giovanni, el marido de Mariuccia, releyó de nuevo la carta antes de contestar a su mujer. No entendía qué quería decir la persona que había escrito aquella misiva, pero estaba convencido de una cosa: aquel trozo de papel era importante. No sabía exactamente de qué hablaba, pero su sexto sentido actuó de inmediato. Sí, estaba seguro. Aquella carta era la clave de algo grande, de algo realmente importante.

—No sé, Mariuccia, pero este trozo de papel puede revelar algo realmente importante. Según tengo entendido, esta señora está indicando cómo llegar a una sala oculta en la villa real de Cerreto Guidi. Pero ¿por qué? ¿Qué podría ser tan importante para esconderlo en una cámara secreta?

—¿Un tesoro? —aventuró Mariuccia.

Su marido la miró, asombrado, antes de convertir su asombro en una gran sonrisa.

—¿Un tesoro? ¿Por qué no? Tal vez finalmente tengamos suerte. ¿Qué dices, esposa?

—Dejemos de soñar y empecemos a pensar cómo hacemos los pobres desgraciados para entrar en la villa a buscar este bendito tesoro.

—Todo a su tiempo, querida esposa. Cierra la boca. No se lo cuentes a nadie. Y dile a esa amiga tuya que robó la carta que no significa nada. Solo un delirio de la condesa. Dile que la quemamos para evitar que nos acusen de haberla robado, mientras buscamos la forma de darle un buen uso a esta información. Y, sobre todo, no lo menciones delante de tu cuñado, que sabes que lo suelta todo.

82

Florencia, palacio Guglielmini, 1765

Simonetta estaba enferma. Hacía tiempo que sabía que padecía la misma enfermedad que su amada electora y, al igual que ella, guardaba silencio. De qué servía quejarse si solo era para ver caras largas y tristes. De todos modos, ese mal no tenía cura.

También se sentía moralmente mal por no poder transcribir el secreto en los volúmenes del diamante. Era una tarea titánica y ahora que le faltaba tiempo, tenía que encontrar otra solución para informar a alguien de la existencia de las salas ocultas. El problema era ¿a quién?

De los Palleschi que había frecuentado en su juventud, ninguno había sobrevivido, y de los nuevos no se fiaba. No podía confiar en ellos, y mucho menos encomendarles un secreto tan importante.

Como se le acababa el tiempo para terminar de transcribir el código en los volúmenes, tomó una decisión drástica. Iba a escribir en un papel cómo llegar a los escondites. No quería que los tesoros de los Medici permanecieran encerrados en aquellas habitaciones para siempre. Había que llevar a cabo las instrucciones que le había dejado la electora. Quería que sus posesiones fueran expuestas a la vista de todos para demostrar la grandeza de su casa real, y ella, la más fiel de sus servidoras, desde luego, no podía faltar a su promesa.

El peso de ser la única en el mundo que conocía el secreto era insoportable para ella. Temía que, si le ocurría algo, todo estaría perdido.

Pensó que, si se limitaba a escribir el camino a las cámaras ocultas en un trozo de papel, tal vez ni siquiera fuera tomado en consideración. Tenía que hacer creer a la persona que descubriera ese papel que había encontrado el camino a un tesoro escondido.

Se le ocurrió convertir el precioso mensaje en una carta dirigida a una supuesta pariente. Empezó su carta con: «Querida prima…».

Para evitar que la rastrearan directamente hasta ella y tal vez la presionaran para que revelara el secreto, no firmó el papel. Quienes lo encontraran pensarían que su redacción se había interrumpido por cualquier motivo y habría añadido misterio al misterio.

Personalmente, nunca los había acompañado en sus incursiones nocturnas a Cerreto Guidi para ocultar los bienes recuperados. No quería ser vista ni comprometerse con los Palleschi.

Se había sentado frente al pequeño escritorio que tenía en su habitación y que utilizaba para su correspondencia y había empezado a escribir su carta. Al llegar al final, se había levantado para coger algo de otra habitación y, cuando regresó, la carta había desaparecido.

Había mirado a su alrededor, para comprobar que no era el viento el que se la había llevado, pero no había ni rastro de la carta.

Sonrió, satisfecha.

Su plan estaba en marcha, sin que hubiera tenido tiempo de pensar dónde dejar el papel.

Solo podría haber sido alguien de su personal. Pero a quién le importaba. Para ella, saber que su angustioso secreto ya estaba en manos ajenas era un gran alivio.

Simonetta Caetani-Spina murió dos semanas después. Era el mes de febrero, el mismo en el que había fallecido su amada electora. En su testamento, mencionó unas llaves que dejaba en herencia al mayor de sus hijos, sin precisar para qué servían. En su razonamiento, si alguien descubría el secreto guardado en los libros, solo entonces entendería el uso de las llaves. Era dejar mucho a la casualidad, pero solo así podía proteger el tesoro de los codiciosos.

83

Florencia, 1765

Mariuccia, siguiendo las instrucciones de su marido, buscó un escondite en la casa donde poner la carta a buen recaudo. De pie junto a la mesa, paseó la mirada por la habitación, sin moverse, buscando un escondite lo suficientemente grande como para ocultarla pero que no llamara demasiado la atención. Tras valorar varios lugares que juzgó inseguros, acabó decidiéndose por la cómoda. Era un mueble sencillo, con dos cajones más pequeños en la parte superior, uno en el centro y otro más grande y profundo en la parte inferior. Provenía de una casa noble. Un aristócrata le había encargado su restauración a su marido, pero luego nunca volvió a por ella y se había quedado en casa.

Eligió este último.

Lo sacó hacia afuera y en la parte de atrás clavó el papel con un pequeño clavo. Era un escondite provisional, a la espera de encontrar otro mejor. Hundió el clavo profundamente en la madera para que el papel no se cayera cada vez que se abriera el cajón.

Satisfecha, continuó con sus tareas domésticas.

No se encontraba muy bien, y lo atribuyó a algo que había comido y no había digerido bien. Sentía como urticaria en todo el cuerpo, sobre todo en los brazos. Se puso enferma durante los primeros días del carnaval. Ella no sabía lo que le pasaba, porque siempre había sido una mujer fuerte y nunca había estado enferma.

Al día siguiente le subió la fiebre y aparecieron pústulas por todo el cuerpo y principalmente en la cara.

El médico fue llamado urgentemente, pero ni siquiera entró en la casa. Se había declarado una epidemia de viruela en la ciudad y gran parte de la población estaba infectada.

Cuatro días después, murió.

Su marido, que la había cuidado amorosamente, también se infectó y murió al día siguiente.

El papel permaneció enganchado en el fondo del último cajón de la cómoda, sin que nadie sospechara que en él se encontraba la clave de un tesoro que yacía a pocos kilómetros de distancia.

La cómoda fue cambiando de ubicación durante el siglo siguiente, hasta acabar en una casa en las afueras de Florencia, en la que desconocían su origen.

Mientras tanto, el papel hacía tiempo que se había desprendido del clavo y yacía en el fondo del mueble, oculto entre el cajón y la superficie inferior de la cómoda. Normalmente, este tipo de cajonera no tenía fondo propio, ya que el último cajón cumplía esta función,

pero quien lo había construido lo había querido así.

El mueble fue puesto a la venta en un mercadillo, junto con otros trastos viejos. Una anciana que pasaba por allí lo vio y pensó que era exactamente lo que buscaba para guardar la ropa blanca. El precio le pareció razonable y, tras regatear con el vendedor, acabó llevándoselo por una suma ridícula. El vendedor, feliz de deshacerse de aquello, incluso se ofreció a llevársela a su domicilio. Por ironías del destino, sin saberlo, aquella mujer había adquirido una cómoda que mucho tiempo atrás había pertenecido a su familia, cuando corrían tiempos mejores. Pero eso ni lo sabía ni podía imaginárselo.

Instalada en su habitación, a los pies de la cama, la mujer decidió que antes de depositar en ella su ropa blanca, aquel mueble necesitaba una buena limpieza y sacó uno a uno todos los cajones. Al ponerse de rodillas para pasar un trapo por el fondo y quitar el polvo, se topó con un papel que extrajo con cuidado. Era una carta y, a juzgar por el tipo de letra, dedujo que se habría colado allí debajo hacía mucho tiempo.

Le resultó difícil de leer y de comprender su contenido, pero sospechaba que no se trataba de un simple papel. Parecía algo importante, precisamente porque no entendía las palabras que le daba la sensación de que eran instrucciones.

No podía esperar ayuda de ninguno de sus parientes porque consideraba que eran todos bastante ignorantes. Pensó en alguien a quien podría enseñarle aquella carta y, por mucho que caviló, no se le ocurrió nadie en quien pudiera confiar.

Volvió a poner el papel donde lo había encontrado. Si había estado escondido allí durante mucho tiempo, podía quedarse allí un poco más. Mientras tanto, podía pensar con más tranquilidad.

Cuanto más tiempo pasaba, más curiosidad sentía por saber qué demonios significaba lo que estaba escrito en la carta.

De vez en cuando, cuando estaba con sus parientes, soltaba alguna frase para intentar descubrir si había alguno de los suyos que pudiera sentir curiosidad por el asunto, pero nadie parecía interesado; al contrario, se burlaban de ella y decían que deliraba.

Hasta que un día habló abiertamente de ello a su nieta Lucia, la hija de su hija Rosa.

—Es una carta secreta, créeme. El Señor la ha enviado, estoy segura de ello. Un mensaje secreto que indica cómo llegar a un tesoro escondido en la villa de Cerreto Guidi. No dejes que nadie la vea. Recuerda que ante el dinero la gente pierde la cabeza y es capaz de hacer cosas de lo más extrañas. No te fíes de nadie. Un día aparecerá alguna persona que sabe de estas cosas, y comprenderás que es ella. Nunca te separes de la carta.

Lucia decía que sí a todo lo que le contaba su abuela, convencida, como los demás, de que se estaba volviendo loca, pero cuando la

encontró en los papeles de su madre cuando murió, entendió que era la famosa carta de la que hablaba la abuela. No estaba loca como le habían dicho. La carta existía de verdad. Eran instrucciones sobre cómo seguir un determinado camino dentro de la villa de Cerreto Guidi, pero no decía qué había al final del mismo y, desgraciadamente, no estaba firmada, de modo que era imposible saber quién la había escrito.

Lucia no creía en milagros, pero era un hecho que la carta existía y que probablemente había sido escrita hacía mucho tiempo en un italiano difícil de descifrar para ella.

En cualquier caso, y más que nada para complacer a su abuela, aceptó guardarla y prometió no contárselo a nadie.

Cuando se casó con Gianfranco Panchetti, dudó si hacerle partícipe de su secreto, pero finalmente decidió guardárselo para sí misma. Estaba convencida de que Gianfranco se burlaría de ella.

Hasta el día en que aparecieron la condesa Guglielmini y su amiga americana. Era una señal, como había anunciado su abuela. Aquellas dos mujeres sabían más que ella y comprendió que había llegado el momento de sacar la carta de su escondite y mostrársela.

84

Ettore Bianchini no podía creer lo que acababa de ver en la televisión. Las noticias habían informado de que el conde Guglielmini había sido encontrado muerto en el tejado de una casa contigua a la suya en el centro de Florencia. Se había suicidado.

Se quedó de piedra.

¿Cómo era posible que alguien como él, que lo tenía todo para ser feliz, llegara a quitarse la vida? Era increíble.

Rebuscó en su memoria para ver si podía tener alguna relación con el asunto del diamante, pero francamente no pudo ver la conexión.

Llamó a Ambrogio Brambilla.

—¿Has visto las noticias? —preguntó en cuanto el otro respondió.

—¿Te refieres a la muerte del conde?

—Sí, claro, ¿a qué si no?

—Sí, lo he oído. Nunca pensé que ese tipo fuese capaz de tirarse. No le habrás empujado, ¿verdad? —añadió, riendo entre dientes.

—No bromees con estas cosas, imbécil. —Y tras una leve pausa, continuó—: Esperemos que no nos traiga problemas.

—¿Y por qué habría de traernos problemas? Si no lo empujaste, no hemos hecho nada malo, ¿verdad?

—Y dale con «le empujaste». Te dije que no bromearas con los muertos. Da mala suerte.

—¿Y qué hacemos ahora que también hemos perdido las llaves?

—¿Las llaves? —preguntó sorprendido Bianchini, que no sabía a qué llaves se refería.

—Sí, las llaves que tenía el conde. Ahora no podremos conseguirlas.

—¡Ah, esas llaves! Ya no me acordaba de ellas. Hasta que no sepamos en cuál de las villas está la cámara, no las necesitamos. Y, de todas formas, yo diría que deberíamos tomárnoslo con calma y dejar que la situación se tranquilice un poco antes de reanudar la búsqueda. Con la policía de por medio por el suicidio del conde, nunca se sabe lo que puede pasar.

—¿A qué tienes miedo? Te veo preocupado. No habrás hecho alguna cagada sin decírmelo.

Hubo un breve silencio antes de que Bianchini respondiera.

—¿¿¿¿Pero qué cagada???? Lo único que creo es que con el lío que hay ahora con lo del suicidio del conde, es mejor estar tranquilo.

—Vale, lo que tú digas —respondió Brambilla, resoplando—. Hablaremos dentro de unos días.

—De acuerdo. Hasta luego.

Bianchini colgó.

Estaba preocupado. Entre el ataque a la señora Panchetti y el suicidio del conde, temía que la policía estableciese una conexión entre los dos casos, aunque, para ser sincero, era un poco difícil de encontrar.

Sin embargo, lo mejor que podía hacer para dormir tranquilo era desaparecer durante un tiempo de la circulación.

85

El pequeño grupo siguió al director. Marchetti se movía con soltura. Para él, la villa no tenía secretos.

La visita de las dos mujeres le había sorprendido.

Cuando Alfredo había pedido hablar con él, pensó que quería impresionarlas y ofrecerles una visita guiada privada por la villa, pero cuando habían empezado a hablar de la cámara oculta, su curiosidad se había disparado.

Nunca había oído hablar de esa estancia, aunque era habitual que circularan todo tipo de historias, producto de la imaginación de la gente. Dudaba de que existiera realmente, pero estaba a punto de averiguarlo. Si la encontraban, sería una noticia fabulosa para la publicidad de la villa, y no se atrevía a imaginar si, además de dar con ella, hallaban allí escondidos objetos del tesoro de los Medici.

Se adelantó al grupo, abriendo camino, sosteniendo una copia de la carta de aquella condesa de la que nunca había oído hablar. Si descubrían la cámara, tenía que investigar para ver cómo alguien como ella podía estar al corriente de un secreto tan importante.

Llegaron a la última sala. La que, según las instrucciones, debía dar acceso a la cámara oculta.

—Así pues, según lo que nos cuenta esta señora en su misiva, el acceso a la estancia se realizaría desde este punto. Evidentemente, tratándose de una sala secreta, no será fácil de descubrir, sobre todo si ha conseguido permanecer oculta durante todos estos siglos. Sin embargo, si existe, no puede haber desaparecido.

—Propongo que nos dividamos en dos grupos —dijo Alfredo—. Uno examina las paredes desde el lado izquierdo mientras que el otro inicia la búsqueda desde el lado derecho, para no estorbarse mutuamente.

—Me parece una buena idea —confirmó Marchetti, que claramente empezaba a entusiasmarse con la investigación.

—Ann, ven conmigo; Mafalda irá con Gianni —dijo Alfredo, mientras la cogía del codo para llevarla al lado derecho de la habitación—. Busca grietas o cualquier imperfección en la pared. Puede que no sean evidentes, pero tienen que estar ahí.

Mientras buscaban cualquier desperfecto en los muros, pasaban los dedos sobre ellas con la esperanza de encontrar un defecto, un bulto que no debería estar ahí, algo que pudiera indicar que debajo se ocultaba un paso.

De repente, Mafalda gritó:

—Aquí hay una protuberancia. Puedo notar el vacío detrás de ella.

Gianni Marchetti se acercó. El museo era de su incumbencia. Si tenía que tirar la pared para ver si allí se escondía algo, solo podía hacerlo bajo su responsabilidad.

Dio pequeños golpecitos con el dedo índice. Tras realizar ese ritual varias veces, se detuvo a pensar.

—No lo sé —dijo al final—. No creo que esta protuberancia indique claramente que haya una entrada debajo. Antes de hacer un agujero en la pared, quiero asegurarme de que no es solo un abombamiento creado por la humedad.

—Y entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Alfredo.

—Mandaré llamar a uno de los obreros que trabaja para nosotros. Quiero oír su opinión si están de acuerdo.

—Usted es el jefe —intervino Mafalda—. Haremos lo que usted diga. Por cierto, yo he traído las llaves que, a juzgar por lo que escribió la condesa Caetani-Spina, sirven para abrir la cámara.

Y sacó de su bolso un par de llaves antiguas bastante grandes y se las tendió al director. Eran las mismas que le había dado antes a Ann y que ella le había devuelto.

Marchetti las examinó con curiosidad, antes de entregárselas a Mafalda.

—Por el momento, quédeselas. Si encontramos la puerta más tarde, las usaremos.

Mafalda estaba entretenida discutiendo con Marchetti sobre el asunto del albañil, y olvidó el tema de las llaves, así que Ann se limitó a metérselas en el bolsillo del pantalón.

El operario llegó por fin y, tras tocar el muro con su puño cerrado en diferentes sitios, determinó rápidamente:

—Es solo un muro sólido, señor director. No hay vacío aquí atrás.

La frase del hombre convenció al director, que le dio las gracias.

—Gracias, gracias. Vuelva a su trabajo. Si le necesitamos, le haré llamar de nuevo. Disculpe las molestias.

—Por supuesto, señor director. No hay ningún problema.

El hombre se alejó.

En cuanto lo perdieron de vista, los cuatro empezaron a buscar de nuevo, recorriendo toda la pared palmo a palmo.

Tras un examen exhaustivo, Marchetti declaró:

—Creo que hemos hecho una búsqueda minuciosa. Si están de acuerdo, creo que debemos suspenderla.

Las caras de los demás eran muy elocuentes. Indicaban decepción y tristeza por no haber descubierto la estancia.

—Un momento —intervino Ann—. La condesa no concluyó la carta. Tal vez la interrumpieron. Y quizás falte un fragmento, porque con las indicaciones de esta sala, aquí acaban las instrucciones, pero puede que este no sea el punto final, sino que falte otro trozo.

—Comprendo su decepción, señora Carrington, pero con los elementos que tenemos entre manos, comprenderá que es difícil continuar, sobre todo si no sabemos en qué dirección.

—Lo sé, pero no puede estar muy lejos. ¿Por qué no buscamos cerca? ¿Qué nos costaría? Ya que estamos aquí, podríamos llegar hasta el final.

Alfredo la contempló, admirado. Aquella mujer no se rendía tan fácilmente. Era una luchadora. Se sintió fascinado por ella.

—Creo que la señora Carrington tiene razón —intervino—. Sigamos buscando en las salas próximas. Quizás no encontremos nada, pero al menos lo habremos intentado.

—De acuerdo —aceptó el director—. Demos por buena esta versión y continuemos en las salas de aquí. Pero si la investigación es negativa, se acabó. No voy a poner patas arriba todo el museo solo por una corazonada de la señora Carrington.

Los demás se miraron y sonrieron. En el fondo, Marchetti era el más interesado de todos ellos en descubrir algo. Sería una aldabonazo para su carrera y un beneficio para el museo.

—¿Qué es o era esta sala vecina? —preguntó Alfredo.

—Era el punto de llegada de los alimentos traídos de las cocinas secretas. La comida que se servía en el piso principal se preparaba aquí abajo. Era para evitar que alguien envenenara a los gobernantes. También hay una trampilla en el techo de una de las capillas de la iglesia. Servía para que los soberanos pudieran escapar en caso de peligro.

—¿Se puede ver? —preguntó Ann, intrigada—. Así que hay varios rincones secretos en este palacio. No me extraña que la electora eligiera este lugar para esconder sus tesoros.

El pequeño grupo se puso en marcha, con Mafalda rezagada. Ella tampoco estaba dispuesta a rendirse, así que buscó desesperadamente en cada rincón un indicio que pudiera conducir a una puerta secreta.

Mientras caminaba en dirección a la capilla, notó una ligera corriente de aire. Una corriente apenas perceptible, que solo podía percibirse si uno se quedaba casi inmóvil frente a una placa de mármol situada entre dos columnas encastradas en la entrada de una de las capillas.

¿Era una ilusión suya o había notado realmente una corriente de aire? ¿De dónde provenía? ¿De la estela de mármol? Dio un paso atrás y esperó inmóvil, con la esperanza de volver a percibir la corriente. Pero no oyó nada. Tal vez solo era una corriente de aire que notaba a su espalda.

Ann, al darse cuenta de que Mafalda se había quedado rezagada y se había detenido, volvió sobre sus pasos.

—¿Estás bien?

—Sí… sí —respondió como si dudara de su respuesta—. Me pareció sentir una corriente de aire al pasar, pero no ha sido nada. Solo una impresión.

Ann, sin decir palabra, se colocó a su lado y permaneció inmóvil un momento, alerta a cualquier corriente de aire.

—¡Sí! Tienes razón. No es solo una ilusión. Hay una corriente de aire real que viene de este panel.

Lo examinó detenidamente. Era de un tamaño bastante grande, más alto que una persona de estatura normal y lo bastante ancho como para dejar pasar incluso un cuerpo bastante fuerte. No tenía ninguna inscripción. Ocupaba todo el espacio entre las dos columnas.

Ann puso la mano en el borde para notar si pasaba el viento y, efectivamente, tras un breve instante exclamó:

—Aquí hay algo. ¡Director! —gritó en dirección a los otros dos, que se habían detenido un poco más adelante para esperarlas—. Vengan, por favor.

Marchetti se giró rápidamente, seguido por Alfredo.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó, esperanzado.

—Mafalda notó una corriente de aire al pasar por delante de este panel de mármol y si pone la mano aquí —señaló el hueco entre la columna y la placa—, también la percibirá.

Gianni Marchetti hizo lo que le indicaba y, tras pasar la mano por varias esquinas, concluyó:

—Ya lo creo. Aquí hay una corriente de aire.

La emoción se apoderó del grupo.

86

Mafalda no podía ocultar su satisfacción, mientras que Marchetti tenía que hacer un esfuerzo para no mostrar la emoción que se iba apoderando de él.

Alfredo intentaba mantener la calma, como si el asunto no le concerniera, y Ann no se atrevía a creer que realmente les hubiera tocado la lotería. No cabía duda de que detrás de aquel panel de mármol había un espacio vacío. En el lateral había otro panel, similar al de la parte delantera, cuya altura superaba la de un hombre y cuya profundidad no debía exceder de sesenta centímetros.

No había espacio suficiente para que todos se pusieran delante de lo que podría ser una posible puerta de acceso, así que solo se quedaron Marchetti y Alfredo, porque si había que mover aquella losa de mármol, se necesitaba fuerza.

Pasaron las manos por toda la longitud del panel varias veces sin encontrar nada especial.

—Aquí no hay nada —dijo el director, decepcionado—. Mira al otro lado de la otra columna.

Todos se movieron hacia el lado opuesto, pero no percibieron nada en particular.

Ann se colocó delante del primer panel y volvió a pasar la mano por los bordes, de arriba abajo.

Justo al pie del panel lateral, palpó un pequeño agujero con la punta de los dedos.

—Vengan aquí. Aquí hay algo.

Todos corrieron hacia ella y Alfredo puso el dedo donde Ann señalaba.

Era un orificio muy pequeño y no parecía lo bastante grande como para que cupiera una llave.

Lo intentaron, pero la llave era demasiado grande.

—¿Tiene una estilográfica, Gianni? —preguntó Alfredo.

Marchetti la sacó del bolsillo interior de su chaqueta y se la tendió en silencio a Alfredo.

Alfredo lo intentó varias veces, en vano, y luego empujó la estilográfica hasta el fondo del agujero. Se oyó un pequeño crujido y la pared de mármol se movió medio centímetro hacia dentro.

Todos se miraron estupefactos.

Alfredo empujó lentamente el panel de mármol que descansaba sobre un armazón metálico que a su vez estaba anclado a la pared por tres bisagras de hierro que le permitían girarse hacia el interior.

Marchetti entregó a Alfredo una linterna que había traído consigo y les indicó que entraran.

Alfredo entró e iluminó toda la sala. Era un espacio bastante grande. En una de las paredes había una gran puerta de madera.

—Dadme las llaves. Creo que pueden ser útiles aquí.

Introdujo la primera llave en la cerradura y no ocurrió nada. La llave no giraba. Probó con la otra. Esta vez la puerta se abrió.

Miró a sus compañeros, todos sin aliento, emocionados y esperanzados. Habían conseguido descubrir la famosa sala oculta.

Finalmente abrió la puerta.

Iluminó con su linterna toda la estancia, que era bastante grande, de forma rectangular, de cuatro o cinco metros de profundidad por tres o cuatro de anchura.

Estaba vacía. Completamente vacía.

87

La decepción fue palpable en el rostro de todos. Habían visto colmadas sus esperanzas cuando por fin habían encontrado la habitación oculta solo para tener una monstruosa caída de adrenalina cuando descubrieron que estaba vacía.

—Pero ¿cómo es posible? —exclamó Mafalda, al borde de las lágrimas. Tantos años de esperanza para acabar en esta habitación oscura y absolutamente vacía—. ¿No habrá otra cámara después de esta?

Ann le pasó un brazo por los hombros para consolarla.

—No lo creo, Mafalda. Quizá tuvieron que trasladar el tesoro por alguna razón o quizá alguien descubrió la sala antes que nosotros y se apropió de lo que había dentro. De todas formas, por la cantidad de polvo que hay, debió de ocurrir hace varios años.

—O el tesoro nunca existió y no era más que una leyenda —dijo el director, también decepcionado.

—Seamos positivos —intervino Alfredo—. Al menos hemos comprobado que la leyenda de la cámara secreta era cierta.

Los demás sonrieron. Era una sonrisa amarga y desilusionada. El éxito de haber descubierto por fin la estancia no podía enmascarar la decepción de encontrarla vacía.

Mientras los demás comentaban el hecho entre ellos, Ann cogió las llaves que habían dejado en la cerradura de la puerta y salió de la habitación.

Al contrario que sus colegas, Ann estaba satisfecha.

El descubrimiento de aquella sala demostraba que la carta de la condesa era verdadera y si ella conocía esta estancia, también sabía del tesoro. Si no, ¿qué sentido tenía crear una cámara secreta?

Lo que la había hecho dudar era que el manojo contenía dos llaves, que todos creían que servían para abrir aquella puerta, pero como bien había demostrado Alfredo al introducir la primera llave, solo una de ellas era válida. ¿Y la otra? ¿Para qué servía?

La condesa hablaba de las salas, no de la sala, dando a entender que había más de una.

Si era así, descubrirla era otra cuestión. No creía en los milagros y poder acceder a una posible segunda cámara era prácticamente imposible. Por eso no había querido hablar de ello con los demás. La decepción habría sido demasiado grande.

Paseó por el resto de las salas sin rumbo fijo. La villa era sin duda un edificio muy bonito, aunque algo austero. Había pocos muebles.

Por su posición, calculó que debía de estar encima de las cocinas secretas. La cámara que habían descubierto estaba en el pasillo que

iba de una parte a otra de la villa, de la zona que habitaban los gobernantes a la ocupada por sirvientes, guardias y quién sabe quién más. Había muchos espacios en los que edificar un escondite, y no era del todo descabellado pensar que existiera otra habitación. La cuestión era dónde.

Mientras los demás discutían sobre si en aquella estancia había habido o no un tesoro escondido en el pasado, cada uno defendiendo sus propios argumentos, nadie se había dado cuenta de que Ann se había alejado.

Mientras caminaba entre las salas, Ann rozaba las paredes, acariciándolas con una mano, como si quisiera despedirse de ellas. Quién sabe cuántas cosas habían pasado entre aquellas antiguas paredes, amores, discusiones, asesinatos, intrigas y conspiraciones. Varias vidas vividas a lo largo de los siglos.

Ah, si pudieran hablar…

Desde la planta principal descendió a la planta baja, utilizando la gran escalera.

¿Y si había una cámara bajo la escalera? Fue a comprobar esta hipótesis, pero no, no había nada que apoyara esta posibilidad.

Entró en una habitación cuyas paredes estaban extrañamente cubiertas de papel pintado con motivos chinos.

Para verlos bien y seguir los dibujos que mostraban a los emperadores rodeados de sus geishas y otros miembros de la corte, tenía que situarse en el centro de la sala. La historia comenzaba en una pared y continuaba de una a otra, terminando junto a la puerta por la que ella había entrado.

Recordó que, en aquella época, a principios del siglo XVIII, estaba de moda tener un salón chino en los palacios de toda Europa. Estaba claro que los Medici no habían querido ser menos y se habían hecho construir uno propio.

Rozando el papel pintado con las yemas de los dedos, observó que en algunas partes había pequeños relieves apenas perceptibles. Se preguntó por qué. Quizá habían encargado aquella decoración en Oriente y, al aplicarla a las paredes, las medidas no eran exactas al milímetro y habían tenido que superponer un papel sobre otro para que encajaran.

Por supuesto, divagaba, y posiblemente la realidad no tenía por qué ajustarse a lo que ella imaginaba y quizás la explicación era muy distinta.

Continuó a la siguiente sala, donde había una cama con dosel como único mueble, mientras que en la siguiente se exponían armas del siglo XVI.

Sin embargo, el detalle del papel pintado superpuesto la hizo detenerse. No sabía por qué, pero siguió su instinto y regresó a la

habitación china.

Volvió a situarse en el centro de la sala y observó atentamente la sucesión del relato del emperador chino hasta la parte en que se solapaban los papeles. Desde esa distancia apenas era perceptible. Había que estar justo delante y tocarlo con la mano para darse cuenta.

Se acercó todo lo que pudo a la pared, como si estuviera a punto de percibir el olor, rozándolo con la punta de la nariz, y entonces vio, oculto en una parte del dibujo, precisamente donde se representaba una pierna del emperador recostado en su trono, un pequeño agujero.

En ese mismo momento, oyó una voz detrás de ella:

—Ah, estás aquí —dijo Mafalda—, te estábamos buscando. Pero ¿dónde te habías metido?

—Aprovechaba para visitar el palacio. Es muy interesante.

También llegaron Alfredo y el director.

—Bueno —dijo Gianni Marchetti—, ya hemos tenido nuestra dosis de emoción por hoy. Les invito a tomar un café.

Salieron todos juntos.

Mafalda y el director iban delante.

Ann cogió a Alfredo por el brazo y le susurró al oído.

—He visto algo extraño que me gustaría mostrarte. Pero no ahora. Tenemos que encontrar una manera de volver aquí por nuestra cuenta.

Alfredo la miró, sorprendido.

—¿Qué has descubierto?

—No puedo decírtelo ahora. Más tarde, cuando volvamos a Florencia. Pero por el momento prefiero no ilusionar a Mafalda innecesariamente. Se ha tomado fatal no haber encontrado el tesoro.

—De acuerdo. Hablaremos luego.

88

En el camino de vuelta en el coche, Mafalda no paraba de hablar. Hacía todo tipo de conjeturas sobre el hecho de que la cámara estuviera vacía. Según una de sus muchas versiones —porque estaba convencida, sin la menor duda, de que el tesoro recuperado por los Palleschi había sido depositado allí—, alguien ido a apropiarse de él generosamente, hasta el punto de no dejar ni un alfiler.

—No tienes por qué tomártelo así, Mafalda —intentó calmarla Alfredo, siempre tranquilo y propenso a contemporizar—. Piensa que hemos logrado descubrir una sala de la que se hablaba desde hacía trescientos años y que nadie había conseguido encontrar.

—Eso es lo que tú dices —respondió ella, contrariada—. Alguien la descubrió antes que nosotros.

El debate continuó durante todo el viaje.

Cuando llegaron a Florencia, en lugar de pasar primero por el hotel para dejar a Ann, Alfredo condujo directamente al palacio Guglielmini para llevar a Mafalda. Quería estar un momento a solas con Ann para que le explicara qué había visto de extraño en la villa.

Para su sorpresa, en cuanto Alfredo aparcó el coche en la acera frente a la puerta principal del edificio para que Mafalda pudiera salir, tres *carabinieri* que parecían estar esperándola se acercaron inmediatamente y le rogaron que les siguiera al interior.

Sorprendida, sin decir palabra, Mafalda hizo lo que le decían.

Desde el coche, Alfredo y Ann siguieron toda la escena, atónitos por lo que estaba ocurriendo.

En un momento dado, Mafalda se dobló y empezó a gritar palabras inconexas, hasta que dos de los *carabinieri* la acompañaron al interior del edificio, en dirección al ascensor. El tercer *carabiniere* permaneció en el pórtico de entrada esperando.

Ann y Alfredo se acercaron al policía.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Alfredo, preocupado.

—Encontramos el cuerpo de su marido hace poco. Se ha suicidado.

Ann y Alfredo se miraron, incrédulos.

—¿Cómo dice? ¿Qué Marco Stefano se ha suicidado? Eso no es posible.

—Una vecina lo descubrió por casualidad. Desde su ventana podía ver el tejadillo de un edificio anexo y nos llamó. Probablemente llevaba allí veinticuatro horas, solo que nadie lo había visto. Saltó desde el balcón de un pequeño piso que tenía en el edificio de al lado. Una altura de unos quince metros. Debió de morir en el acto.

Le dieron las gracias y corrieron hacia el interior para reunirse

con Mafalda. No podían dejarla sola en ese estado.

89

Tras permanecer largo rato consolando a Mafalda por la desgracia, llegó el momento de separarse. Alfredo y Ann, aún aturdidos por la noticia, decidieron ir a cenar juntos, habiendo dejado a Mafalda en compañía de sus familiares, que iban llegando poco a poco.

Después de que un suceso así les dejara a ambos conmocionados, no querían quedarse solos reflexionando sobre el incidente.

Eligieron un restaurante en borgo Santa Croce.

Durante la cena habían hablado largo y tendido sobre el suicidio de Marco Stefano cuando, de repente, Alfredo preguntó:

—Dime ahora qué has visto en la villa de Cerreto Guidi y por qué no quisiste contárselo a los otros dos.

Ann se tomó su tiempo antes de contestar. Sus pensamientos estaban en otra parte cuando él le hizo la pregunta a bocajarro.

Ahora que lo conocía mejor, se dio cuenta de que Alfredo tenía un rostro hermoso y cuando la miraba fijamente, se sentía atrapada por la intensidad de su mirada. Además, todo su cuerpo exudaba virilidad. No pudo reprimir una sonrisa. No iba dirigida a él, sino a sí misma, reflejando sus pensamientos. Era una tonta. No le habría importado tener una aventura, pero era diez años mayor que él. ¿En qué estaría pensando?

—¿Por qué sonríes? —le preguntó—. ¿Es una historia divertida?

—No, lo siento, estaba divagando por mi cuenta.

Le dedicó su sonrisa más hermosa.

—No sé lo que daría por saber lo que piensa esa cabecita tuya.

Ella se rio. Estuvo a punto de preguntarle si tenía novia, pero enseguida se dio cuenta de que sería inapropiado.

—Entre otras razones —dijo, de nuevo seria—, ¿no te sorprendió la falta de entusiasmo que mostró Gianni Marchetti cuando descubrimos la sala? Si yo hubiera estado en su lugar, habría saltado de alegría, o al menos habría expresado mi sorpresa y satisfacción de alguna manera. Pero no lo hizo. Eso solo puede significar una cosa. Él ya la conocía y sabía dónde estaba.

Alfredo se puso serio. Se lo pensó un momento antes de contestar:

—Ahora que lo dices, tienes razón. No me di cuenta entonces, pero, en realidad, recordando el momento preciso, es sorprendente.

—Si así fuese, todo indica que podría pertenecer a los Palleschi. La condesa Caetani escribió que les daba las llaves siempre que se las pedían para depositar las piezas que lograban recuperar de manos de los austriacos. ¿Y entonces? ¿Adónde fueron a parar? Solo quienes depositaban las piezas en la sala conocían su existencia. ¿Quién puede

asegurar que no fueron ellos quienes la vaciaron?

—Interesante. No se me habría ocurrido a mí solo, pero, aun así, el tuyo es un buen argumento, pero ¿y Mafalda? ¿Por qué excluirla también?

—Por la misma razón. Toda su familia pertenece a los Palleschi. Y, sobre todo, son ellos los que tenían las llaves. Por cierto, abro un paréntesis. Las llaves las tengo yo todavía. Quiero comprobar algo antes de devolvérselas. Cierro el paréntesis. ¿Estás seguro de que en todo el tiempo que llevan custodiando las llaves, ninguno de ellos, los Guglielmini, ha tenido nunca la curiosidad o la tentación de ir a echar un vistazo al tesoro? Tres siglos de silencio es mucho tiempo. Eso pensé cuando vi la cámara vacía.

—Pero, en teoría, no sabían dónde estaba esa cámara.

—Lo has dicho bien. En teoría. Pero un tesoro tan importante es tentador para aquellos que también poseen medios importantes. Solo tenías que seguir a la persona que tenía las llaves para averiguarlo. No debía de ser tan difícil.

—Eres maquiavélica —dijo riendo—. ¿Cómo puedes pensar todas estas cosas?

—Es fácil. Analizo todas las situaciones, sobre todo cuando hay algo que me hace sospechar.

—Bien. Ahora dime qué te ha parecido extraño mientras deambulabas por la villa y por qué quieres que volvamos allí.

—Quizás no sea nada realmente importante, pero creo que he visto algo que no encaja y quiero entenderlo. Me gusta llegar al fondo de las cosas, no dejarlas sin terminar.

—¿Y no me vas a decir qué es? —dijo, mostrando su sonrisa más cautivadora.

—Prefiero enseñártelo —respondió mientras se metía una loncha de salami en la boca.

Tuvieron que esperar a que Gianni Marchetti se marchara a una conferencia en Apulia para poder volver a la villa. Lo hicieron como si se tratara de una visita al museo. Los guardias, que ya los habían visto en la primera ocasión, los dejaron en paz, sabiendo que eran amigos del director. No hicieron ninguna pregunta sobre el motivo de esta nueva visita. Temían que la respuesta incluyera acompañarlos y prefirieron quedarse en su garita para ver el partido de fútbol, Fiorentina-Lazio.

Inmediatamente se dirigieron al lugar que ella indicó.

Ann le enseñó el agujero, pero él no acababa de verlo claro.

—¿Y crees que aquí se puede introducir una llave? Evidentemente no encaja, se ve a simple vista —dijo Alfredo, preocupado por si alguno de los guardias abandonaba el partido y venía a ver cómo estaban.

En ese momento oyeron pasos.

—Ve tú a distraerlos —dijo Ann rápidamente—. Yo seguiré buscando.

En cuanto Alfredo se hubo alejado, Ann levantó el trozo de papel que casi tapaba el agujero y, efectivamente, apareció un espacio lo bastante grande como para introducir una llave. La metió suavemente y le dio una vuelta. No oyó ningún ruido que indicara que la cerradura se había abierto, pero toda la pared se movió. Ocultaba una puerta totalmente cubierta por el papel pintado chino. Al empujarla hacia dentro, Ann se dio cuenta de que el trozo milimétrico de papel pintado que se superponía en toda la altura de la pared servía precisamente para permitir que la puerta se moviera sin dañar el resto del dibujo impreso. Muy ingenioso y calculado al milímetro.

Entró.

La cámara era infinitamente más pequeña que la otra y solo podía contener objetos pequeños, como joyas o papeles importantes. No había nada de eso.

Encendió la luz de su móvil para comprobar que no se le había escapado nada, y vio en un rincón dos estuches pequeños, forrados de terciopelo, ambos idénticos, abandonados allí en el suelo.

Cogió suavemente el primero y, acercándose a la luz que entraba por la puerta abierta, lo abrió.

Se quedó aturdida. Sin aliento. Echó un rápido vistazo a la puerta para comprobar si se acercaba alguien y, al no ver a nadie, volvió la vista al contenido de la caja. Casi no se atrevió a cogerla.

No se lo podía creer. Tenía en sus manos el famoso diamante amarillo, el Florentino. Por fin lo había descubierto. Se sintió invadida

por una emoción difícil de controlar. ¿Y ahora qué?

Lo examinó con cuidado, por miedo a que, por un gesto torpe, se saliera de la caja y cayera al suelo; luego volvió a dejar la caja en el suelo y cogió la otra en la mano.

Lo abrió y casi le dio un infarto. Tenía en la mano otro diamante amarillo, igual de preciso que el primero, prácticamente un hermano gemelo.

No podía ser.

Cogió el primer estuche en la mano y los comparó colocándolos uno al lado del otro. Eran absolutamente idénticos.

Luego recordó que, en el libro del diamante, decían que Cosme II había mandado hacer tres copias del diamante original, para utilizarlas como pruebas de talla. Eran citrinos, pero al sostenerlos uno junto al otro, no se podía distinguir cuál era el verdadero. Se preguntó cuál de ellos tenía ahora en mano. Sabía que una de las copias había sido ofrecida a un convento de Florencia para adornar una Virgen de la cual no recordaba el nombre; mientras que la otra copia había desaparecido junto al original. ¿Eran estas dos que tenía en la mano? Seguramente, no podía ser de otra manera. Calculando que una copia había llegado a Viena, y otra adornaba la corona de la Virgen, no cabía duda de que estas dos eran las que faltaban.

Siguió examinándolas, incrédula. Era un descubrimiento que solo podía ocurrir una vez en la vida.

Maldición. No tuvo tiempo de examinarlos detenidamente. Se estaba quedando sin tiempo.

Oyó voces que se acercaban. Probablemente Alfredo venía con uno de los guardias a ver qué pasaba.

Tenía que tomar una decisión rápida.

Cerró rápidamente los dos cofres y los colocó en el suelo, donde los había encontrado, salió a toda prisa de la pequeña habitación y cerró suavemente la puerta tras de sí. Comprobó que la abertura no había creado imperfecciones en el papel pintado, que no había pliegues que delataran su presencia, pero no, todo estaba en su sitio y nadie podía imaginar que hubiera una puerta secreta detrás. Quienquiera que hubiese creado aquella puerta con el papel pintado móvil había hecho un trabajo magistral.

Fingió interesarse por el dibujo chino cuando los dos aparecieron por el pasillo.

—Este amigo estaba preocupado por si te habías perdido —se rio Alfredo, pero Ann captó el mensaje—. ¿Va todo bien? —le preguntó como si quisiera saber si se había encontrado con algo o no.

—Todo va muy bien. Es realmente un edificio interesante y este diseño chino es uno de los más bonitos y completos que he visto nunca. Me alegro de haber vuelto para verlo.

—Dale las gracias a nuestro amigo —intervino Alfredo—. Él es quien ha tenido la amabilidad de dejarnos entrar.

—Imagínate —dijo el vigilante fingiendo estar avergonzado—. Sois amigos del director. No faltaba más.

Tras agradecer de nuevo al vigilante su amable colaboración, ambos abandonaron la villa para dirigirse de nuevo a Florencia.

La mente de Ann daba vueltas.

Tenía que tomar rápidamente decisiones muy importantes y no se sentía preparada para hacerlo. Le debía una explicación a Alfredo y tenía que ser plausible. La cuestión era: ¿le confesaba que había descubierto el escondite del diamante Florentino —porque ya no dudaba que uno de los dos era el original— o guardaba silencio? ¿Por qué tenía que ocultarle ese secreto?

En cuanto arrancó el motor, Alfredo preguntó:

—¿Y? ¿Has descubierto algo nuevo? ¿Era solo ese pequeño agujero en la pared lo que te tenía intrigada? Es obvio que no podía haber una cerradura ahí atrás. Demasiado pequeño.

Sin darse cuenta, Alfredo la estaba ayudando a tomar una decisión. Si estaba convencido de lo que decía, que siguiera creyéndolo.

Fue consciente de que una enorme responsabilidad caía sobre sus hombros. Se sentía como la condesa Caetani y comprendía su estado de ánimo. Ahora era la única en el mundo que conocía el escondite del preciado diamante.

—Tenías razón. Era solo un pequeño agujero en la pared. ¿Pero quién sabe por qué lo hicieron?

—No te preocupes. A lo mejor lo hicieron cuando colocaron el papel pintado y era para bloquearlo mientras lo pegaban. No tengo ni idea, pero de todas formas no es importante. Lo mejor de todo es que descubrimos la cámara, aunque luego estuviera vacía, pero la descubrimos. Eso es lo importante.

—Sí, tienes razón. Todo un éxito, aunque solo lo sabemos nosotros cuatro.

Alfredo guardó silencio. De hecho, estaba furioso. Estaba convencido de que encontrarían el tesoro en la habitación. Él y sus hermanos Palleschi llevaban tiempo buscándolo. ¿Acaso Gianni Marchetti, que era uno de ellos, conocía ya la ubicación de la cámara, como había sugerido Ann? ¿Por qué se había callado? Si era así, no le sorprendía; Marchetti era un intrigante. Pero ¿por qué no hablar si sabía que estaba vacía? No lo entendía. Aun así, había llegado a la conclusión de que la persona que había robado el tesoro no pertenecía a esta época. Había tanto polvo en aquella estancia que probablemente no había sido abierta desde hacía al menos un siglo.

Dejó a Ann en su hotel y se despidieron. Ann tenía que hacer su

equipaje. Tenía un vuelo reservado para el día siguiente.

Al quedarse sola, mientras doblaba desganadamente sus cosas sobre la cama antes de meterlas en la maleta, se sintió presa de una agitación que no podía controlar.

Había tomado a toda prisa una decisión muy importante y no estaba nada convencida de que fuera la correcta. Varias veces había estado a punto de llamar a Alfredo y confesarle la verdad, pero luego estaba ese sexto sentido que la bloqueaba.

Telefoneó a Mafalda para ver cómo estaba.

La joven viuda no paraba de llorar por teléfono. Ann prometió volver a visitarla si regresaba a Florencia.

También llamó a Alfredo. Se mostró tan alegre como siempre. También le prometió visitarle de nuevo si regresaba a Florencia en un futuro viaje.

Por último, llamó Antonio Pimentel. La llamada le sorprendió mientras estaba de viaje en Holanda. Prometieron reunirse pronto. Ann no le habló de su descubrimiento. Era su secreto y se sentía en la obligación de guardar absoluto silencio. Tal vez, antes de morir, haría como la condesa Caetani-Spina y redactaría un testamento con indicaciones para llegar al escondite donde se hallaba el preciado diamante.

Se quedó con una incógnita. De hecho, dos. La primera era averiguar cuál de las dos piedras era el verdadero diamante, y la segunda: ¿quién podría haber escondido allí las dos cajas?

No todos los secretos pueden revelarse. Era interesante que algunas incógnitas permanecieran abiertas; de lo contrario, ¿qué secreto era?

Por supuesto, todos creyeron que la habitación oculta era solo una y no se dieron cuenta de que en realidad había dos. Quienquiera que hubiera depositado el diamante y su gemelo en la segunda cámara, lo más probable es que lo hiciera para protegerlo.

La villa de Cerreto Guidi, en su austera belleza, podía conservar aún durante mucho tiempo aquel gran misterio en su interior.

Ahora le tocaba a ella cargar con uno de los mayores secretos de la historia de los diamantes.

91

Providence, Rhode Island, Estados Unidos

Ann Carrington llevaba ya varios meses en casa tras su aventura europea.

Había retomado su actividad habitual, universidad-casa, casa-universidad, en la tranquilidad de su Providence natal.

Pensaba a menudo en el diamante. ¿Había sido una decisión acertada o demasiado precipitada? A veces se decía que su comportamiento había sido un poco egoísta, por no decir excesivo. Al fin y al cabo, ella misma, ciudadana estadounidense, había tomado la decisión de que el Florentino permaneciera encerrado en aquel cuartito oscuro, fuera de la vista de los curiosos.

La conclusión a esos remordimientos momentáneos era siempre la misma.

El diamante estaba mejor donde estaba que en manos de granujas que probablemente lo habrían cortado en varios trozos para venderlo. Su precipitada decisión había sido finalmente la correcta para salvar una pieza importante de la historia de aquella dinastía.

A veces pasaba por la biblioteca de la universidad, donde había un ejemplar del libro de diamante Florentino expuesto en una vitrina especial. El que ella misma había comprado en Portugal. Otra copia gemela se encontraba en la otra biblioteca de la universidad.

Solo con verlo, sentía como si hubiera algún tipo de complicidad entre el libro y ella y siempre acababa guiñándole un ojo cuando se iba.

Se sentía feliz.

Todos los personajes de esta novela son ficticios e inventados. El parecido con personas vivas es pura coincidencia. En cuanto a los personajes históricos, los diálogos que se les ha atribuido son pura fantasía, solo para el desarrollo de la trama.

Nota histórica

El Gran Diamante de Fernando I —también conocido como el Florentino— pasó a la historia no solo por ser el segundo diamante más grande del mundo en el siglo XVII, después del Gran Mogol, sino también por su «misteriosa» desaparición.

La adquisición

La piedra, de tamaño considerable y color amarillo citrino, fue adquirida en bruto por Fernando I de Medici (1549-1609) a principios del siglo XVII, tras dos largos años de negociaciones entre los intermediarios: el cardenal Del Monte por parte de los Medici y don Simone Enríquez por el lado de los propietarios portugueses, don Ludovico de Castro, conde de Montesanto, y su esposa doña Mexia di Noronha.

En realidad, el diamante ya había sido ofrecido a la corte de los Medici veinte años antes, en tiempos de Francisco I (1541-1587). En junio de 1579, Francesco Nelli escribió desde Lisboa al segundo gran duque de Medici informándole de que los propietarios del diamante, los «hijos del virrey don Antonio di Norogna», no estaban dispuestos a enviar la piedra para que el comprador la viera, por lo que mandarían al gran duque un «molde de plomo» como prueba del tamaño del diamante, por el que se pedían entonces «cien mil ducados». El mediador aseguró su singularidad y afirmó que se trataba de «la joya más hermosa que jamás haya venido de Asia, porque además de pesar ciento setenta quilates, es tan bella y transparente que parece no necesitar trabajo» (ASFi, Mediceo del Principato 725, c. 25; BAROCCHI-GAETA BERTELA, 1993, pp. 155-156, número 167; GAMBARO, 2009).

Pasaron varios años antes de que Orazio Rucellai, emisario del siguiente gran duque, Fernando I, pudo reanudar las negociaciones en 1599 y concluir entonces la compra de la piedra, que entretanto había llegado de Portugal a Roma y había sido depositada en poder de los jesuitas (TARCHIANI, 1923): era el 12 de octubre de 1601 y la corte de los Medici pagó treinta y cinco mil escudos portugueses para asegurársela (PELLI BENCIVENNI, 1779 1, pp. 215-216).

Un pasaje del diario de la corte de César Tinghi informa de que el diamante había sido comprado por un «portugués, que lo había traído de la India» (BNCF, Manuscrito Capponi 261, C. Tinghi, *Diario di Ferdinando I e Cosimo II gran duca di Toscana*; TARGIONI TOZETTI, 1780, I, p. 15). Nelli ya había relatado cómo, antes de llegar a Portugal, la piedra había sido «muy querida por el más poderoso rey de Bisnaga», a quien se la habían arrebatado, junto con su vida, durante el «saqueo de la gran ciudad de Narsinga».

La misma historia es recordada posteriormente por Pelli Bencivenni en *Saggio istorico della Real Galleria di Firenze*.

El lugar de origen, Narsinga, en la India, es interesante, porque fue precisamente de esa zona, y en particular de la «mina nueva», de donde procedían los grandes diamantes amarillos como el Florentino.

Las fuentes de los siglos XVII y XVIII insisten no solo en el color amarillo pajizo de la piedra, sino también, y sobre todo, en su considerable tamaño: las indicaciones sobre su peso, expresado en quilates, se encuentran también en representaciones gráficas; las cifras oscilan entre los ciento veinte quilates de la piedra tallada y los ciento setenta de la piedra en bruto. En los años treinta, Piero Aloisi, profesor de mineralogía de la Universidad de Florencia, se detuvo en las discrepancias de los datos que figuran en los documentos y atribuyó las distintas diferencias, aparte de la cuestión del pesaje antes y después de la talla, principalmente a la utilización de sistemas métricos diferentes (romano, veneciano, etc.) (ALOISI, 1932, p. 174).

Pompeo Studendoli, un «diamantaro» de origen veneciano empleado en la corte de los Medici, figura en el diario de la corte de Tinghi como el hombre que dio forma al «Gran Diamante»: tardó siete años —de 1608 a 1615— en darle su típica forma de almendra con talla rosa doble, con un total de ciento veintisiete caras. Como había supuesto el mineralogista Aloisi y como confirma hoy el dibujo de la piedra en su estado natural, fue precisamente la forma original, en forma de lágrima y con un mayor abombamiento en una de las dos caras, la que determinó la talla con una de las dos rosas más prominente.

Tras el tallado, el Florentino empezó a ser una «atracción» para ser mostrado a los viajeros y diplomáticos que visitaban al gran duque. Como Pelli Bencivenni recordaría más tarde, «es muy famoso, y muchos viajeros la mencionan en el Gabinetto della Galleria, conocido como la Tribuna» (PELLI BENCIVENNI, 1779 I, p. 215). En años anteriores, el propio Pelli había anotado en las *Efemérides* las valoraciones hechas sobre el diamante por Tavernier, que lo había visto en 1657, y más tarde por Jacques-Christophe Valmont de Bomare (1762) (BNCF, NA 1050, PELLI, *Efemérides*, serie I, tomo XIX, c. 167; serie I, tomo X, c. 184). Antes que ellos, lo habían admirado y recordado, entre otros, el holandés Thomas Cletscher, que lo dibujó hacia 1625 (TILLANDER, 1995, pp. 198-200), y en los mismos años Cassiano dal Pozzo, que en el relato de su estancia florentina cuenta: «3 de octubre de 1625… Dicho diamante mayor está suelto, solo sostenido en el aire por un aro de diamantes de oro. Es algo citrino, con todo lo que tiene de hermoso, no teniendo nubes, ni se sabe que sea pieza mayor, sino en manos de… y del siguiente tamaño aproximado, hecha en facetas, y dicen que vale cuatrocientos mil

escudos» (BAV. Barberiniano Latino 5689, copia, cc. 208-212r; BAROCCHI - GAETA BERTELA, 2005 I, pp. 320-339: 338). Al menos una década más tarde, Richard Lassels también lo vería, y habló de él en su diario de viaje escrito después de 1635 y publicado póstumamente (LASSELS, 1670).

La fama del diamante permaneció inalterada durante toda la época de los Medici y la joya siguió siendo una de las piezas más prestigiosas de las colecciones granducales.

Incluso para los miembros de la entonces Sociedad Colombaria, fundada en 1735, que se interesaban por todos los campos del saber, el Gran Diamante era objeto de conversaciones eruditas, como demuestra el dibujo antes citado que aparece en las Actas de las Reuniones de la Academia, testimonio de una reunión celebrada la noche del 24 de marzo de 1740.

La dispersión

Poco después, sin embargo, la piedra preciosa abandonaría Florencia. Tres años antes, en 1738, a la muerte de Gian Gastone, el último gran duque de los Medici, el poder pasó a manos de la familia Lorena, y Anna Maria Luisa, la última heredera de los Medici, hizo todo lo posible, mediante el Pacto de Familia, para asegurar que las colecciones de la casa de Medici fuesen para la ciudad. Pese a ello, tras su muerte, este acuerdo, que debía hacer inalienables los bienes de los Medici, no fue respetado y el Florentino, junto con otros objetos de valor, abandonó el gran ducado con destino a Viena, pasando así a formar parte de las joyas de la corona imperial de los Habsburgo. Desde aquí, durante la primera mitad del siglo XX, fue trasladado a Suiza y, tras diversas vicisitudes, se vendió y a partir de ahí se perdió su rastro.

A principios del siglo pasado, fue precisamente la venta en una subasta por parte del último propietario lo que despertó el interés de aficionados y estudiosos: había llegado el momento de arrojar luz sobre la historia del diamante y sobre cómo fue adquirido por los Medici. Entre los primeros figura Nello Tarchiani, que en su artículo «Il “Fiorentino” e le vicende del suo acquisto», publicado en *Il Marzocco* el 26 de agosto de 1923, basado en documentación de archivo, refutó todas las informaciones erróneas y fantasiosas que circulaban sobre el diamante de los Medici.

Si bien hoy se han esclarecido el momento y la forma de la venta, el problema de su desaparición sigue sin resolverse, en parte debido a las numerosas informaciones confusas que empezaron a difundirse después de que Otón de Habsburgo sacara la piedra a subasta: la más habitual de estas afirmaciones fue que el diamante fue tallado en tres piedras más pequeñas. Si esto fuera cierto, el Gran Diamante estaría

irremediablemente perdido. Hay que recordar que la última venta conocida estuvo precedida de una serie de negociaciones diplomáticas entre los Estados italiano y austriaco. Según el Tratado de Paz de Saint-Germain de 1919, entre los objetos histórico-artísticos que Austria debía devolver a las potencias aliadas figuraban también las «joyas de los Medici de Toscana», y entre ellas se incluía explícitamente el diamante en cuestión; sin embargo, hasta 1920 no se celebró la Convención Artística italo-austriaca para la restitución de estos bienes. Sin embargo, en 1921, tras una serie de intercambios de correspondencia, el Gobierno austriaco comunicó a sus interlocutores italianos que no podía cumplir con la convención, ya que el diamante ya no se encontraba en territorio austriaco, sino que había sido llevado a Suiza por Carlos de Habsburgo. No satisfecha con estos argumentos, Italia reiteró la petición; la controversia entre ambas naciones se prolongó hasta 1923, cuando se involucró a la viuda del antiguo emperador, Zita de Borbón-Parma, con quien se llegó a un acuerdo en 1929 que puso fin al asunto y, sin duda, decretó indirectamente su desaparición. El diamante habría quedado en manos de los Habsburgo: «El Gobierno italiano se abstendrá de reclamar el diamante conocido como Florentino reconociendo a su majestad el derecho de posesión y libre disposición de la joya» (ASE, P 1919-1930. 846, Roma, 3 de diciembre de 1929).

Las réplicas

Tras la talla magistral de la piedra, es decir, después de 1615, se realizaron varias copias del diamante que dan fe de su forma, tamaño, talla y color amarillento. Una reproducción en topacio está engastada en la parte superior de la Cruz de la Pasión conservada en el Museo dell'Opera del Duomo de Florencia (SFRAMELI 1986 pp. 473-474, tab. 5.7). El relicario, obra de Cosimo Merlini, está fechado en 1618, por lo que la talla del «topacio indio» debió realizarse inmediatamente después de la del diamante. Pelli Bencivenni da noticia en cambio de una copia en las «Annotazioni» al *Saggio istorico* (PELLI BENCIVENNI 1779, II, nota CIII). En el Museo della Scienza e della Tecnica de Milán se conserva otro ejemplar, sin fecha, también de cristal amarillo pálido (Fock 1980, p. 236, n.º 450).

El Florentino sigue ejerciendo una fascinación incuestionable y despertando el interés de quienes se dedican a la joyería en general y a los diamantes en particular.

A lo largo de los años se han realizado otras reproducciones en materiales muy diversos, como la del Diamant Museum de Ámsterdam.

Bibliografía

Para saber más sobre el diamante de los Medici se puede consultar:

FRANCINI, Carlo y ZUCCHI, Valentina (eds.), *Il Fiorentino. Il Gran Diamante di Toscana*, exposición celebrada en el palacio Medici Riccardi del 26 de noviembre de 2021 al 25 de enero de 2022.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
© Lorenzo de' Medici, 2024
© La Esfera de los Libros, S.L., 2024
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 443 50 00
www.esferalibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2024
ISBN: 978-84-1384-818-1 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.